

El Orgullo de Chanur

C. J. Cherryh



La Saga de Chanur - Lectulandia

Los comerciantes hani y sus antiguos enemigos, los kif, coexisten en precaria paz en la estación Punto de Encuentro. Hasta que el Extraño aparece y provoca la gran conmoción que acabará poniendo en peligro el pacto interestelar entre diversas especies. La capitana hani Pyanfar Chanur deberá afrontar la persecución de los kif, con la ayuda de los manendo'sat y la constante presencia de los misteriosos knnn. Y todo ello sin olvidar la defensa de la mismísima casa de Chanur en su planeta natal.

Una saga espacial que moderniza lo mejor de la clásica *space opera* y que da inicio a una serie que ha hecho historia dentro del género.

«Cherryh nos ha proporcionado una gran historia sobre la psicología extraterrestre. Su mayor éxito es que aquí es el humano el que parece extraño.» Analog

Lectulandia

C. J. Cherryh

El Orgullo de Chanur

Saga de Chanur - 1

ePUB v1.1

ualah 21.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Pride of Chanur*

C. J. Cherryh, 1981.

Traducción: Albert Solé

Ilustración portada: Michael Whelan

Diseño portada: ualah

Editor original: ualah (v1.0)

ePub base v2.0

PRESENTACIÓN

C. J. Cherryh tuvo mala suerte cuando publicó *EL ORGULLO DE CHANUR* en 1982. Podía haber repetido en 1983 el Hugo que había obtenido el año anterior con *LA ESTACIÓN DOWNBELOW* y hubiera sido la primera persona en obtener dicho galardón durante dos años consecutivos. Su mala suerte consistió en que, ese mismo año, tres de los clásicos maestros indiscutibles de la ciencia ficción publicaran también obras interesantes.

Robert A. Heinlein presentaba *VIERNES*. Arthur C. Clarke ofrecía por fin la tan esperada continuación de la trama de la película de ciencia ficción más famosa de todos los tiempos con su *2010: ODISEA DOS*. Y también Isaac Asimov eligió ese año para publicar *LOS LÍMITES DE LA FUNDACIÓN*, la continuación de la serie de ciencia ficción más famosa de todos los tiempos, reemprendida treinta años después de su aparición en forma de libro.

Y ante esos monstruos sagrados del género, C. J. Cherryh era sólo una recién llegada que, tras su éxito con *GATE OF IVREL* (1976) y *BROTHERS OF EARTH* (1976) —que le habían valido el premio John W. Campbell al autor más prometedor de 1977—, había decidido dejar su trabajo como profesora de latín para dedicarse exclusivamente a su labor como escritora.

Aun así, de entre los 1.322 votos del Hugo de 1983, *EL ORGULLO DE CHANUR* obtuvo 234 nominaciones para el primer puesto, superando a las 214 de Asimov, las 208 de Heinlein y las 167 de Clarke (el resto se repartió así: 212 para *COURTSHIP RITE*, de Donald Kingsbury, un autor novel; 179 para Gene Wolfe por *THE SWORD OF LICTOR*) y las demás proponían dejar el premio desierto. Pero el complejo procedimiento de recuento de votos de los Hugo hizo que, al final, el galardón fuera por escaso margen para Asimov, con Cherryh en segundo lugar, con lo que *EL ORGULLO DE CHANUR* superaba a las novelas de Clarke y Heinlein.

En los últimos años, el premio Hugo se otorga por el procedimiento llamado «australiano», que es un tanto complicado y exige casi la utilización de un ordenador. Según este método (y los lectores no interesados en procedimientos electorales pueden aprovechar para saltarse este párrafo), se contabilizan en primer lugar los títulos citados como primeros en cada papeleta de voto, y el título que es citado menos veces como primero es eliminado. Posteriormente los títulos que ocupaban la segunda posición en los boletos eliminados se convierten en votos para la primera posición y se acumulan a los anteriores. De nuevo el que obtiene un menor número de citas queda eliminado y se repite el proceso hasta que uno de los títulos obtiene la mayoría absoluta.

Por ello puede ocurrir que el vencedor final no disponga de una mayoría de votos que lo propongan como primer título. Ese año, en efecto, *EL ORGULLO DE*

CHANUR fue citada en primer lugar más veces que la novela de Asimov (234 a 214), pero acabó en segundo lugar (por una escasa diferencia: 575 para Asimov y 539 para Cherryh), porque muchos de los que habían situado a Clarke o Heinlein en primer lugar de su votación, habían puesto a Asimov como segundo.

En cualquier caso, para la mayoría de los aficionados y especialistas, Cherryh se alzó con una especie de «Hugo moral» en 1983, y ha habido que esperar hasta 1986 y 1987 para que un autor, en este caso Orson Scott Card con la saga de Ender, obtuviera el Hugo dos años consecutivos después de treinta y tres años de existencia del premio.

EL ORGULLO DE CHANUR es básicamente una space opera modernizada, cuyo éxito ha obligado a su autora a continuarla hasta conformar una tetralogía que parece llamada a convertirse en el ejemplo por antonomasia de lo que la space opera puede llegar a ser en la nueva ciencia ficción. La Saga de Chanur se completa con CHANUR'S VENTURE (1984), THE KIF STRIKE BACK (1985) y CHANUR'S HOMECOMING (1986), títulos que iremos ofreciendo en esta misma colección.

C. J. Cherryh tiene la extraña capacidad de introducirnos hábilmente en nuevas culturas extraterrestres y profundizar en la psicología de unos personajes (a menudo femeninos) a través de los cuales se supera el esquema habitual de la clásica space opera, aquejada casi siempre de un exceso de esquematismo argumental y de una escasa caracterización de los personajes. Y Cherryh logra todo ello sin abandonar el ritmo trepidante de la acción que exige la trama de aventuras propia de la space opera.

El rechazo del etnocentrismo habitual y la paulatina descripción de culturas extraterrestres ha hecho que algunos críticos comparen su obra a la de Le Guin, y el tratamiento del rol de los sexos en esas culturas que crea la fecunda imaginación de Cherryh se ha convertido ya en el paradigma de lo que puede ofrecer la nueva ciencia ficción en este tema. No me resisto a incluir una cita de un interesante artículo con el significativo título de: «C. J. Cherryh y los nuevos roles sexuales del mañana», de Mary T. Brizzi, profesora de Literatura Inglesa en la Universidad de Kent. Se dice en él que «Cherryh está logrando algo más que afirmar la creencia feminista sobre las potencialidades de las mujeres educadas en la expectativa de ser líderes fuertes y valerosos. También está afirmando el carácter complementario de las características femeninas y masculinas, mostrando que una personalidad humana completa debe exhibir ambos tipos de cualidades».

Todo ello se hace patente en la heroína de esta novela, la capitana Pyanfar Chanur, perteneciente a la especie hani, que se ve obligada a huir de sus antiguos enemigos, los kif, a causa de la presencia de un Extraño que se ha refugiado en su nave y es la causa de la gran conmoción que acabará por poner en peligro el Pacto interestelar entre diversas especies.

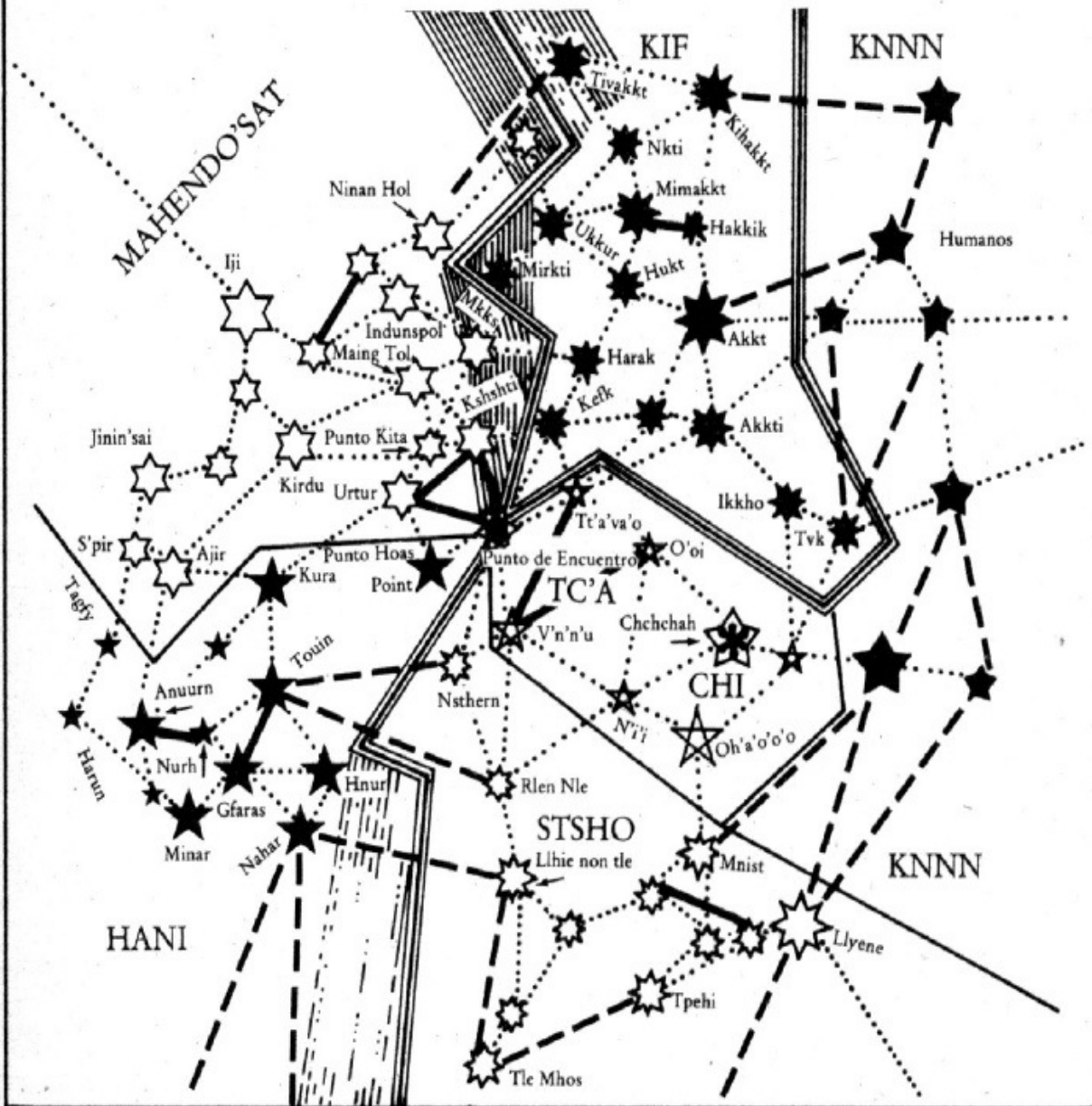
La capitana hani Pyanfar Chanur deberá afrontar la persecución de los kif, con la ayuda de los mahendo'sat y la constante presencia de los misteriosos knnn. Y todo ello sin olvidar la defensa de la mismísima casa de Chanur, asediada en su planeta natal por clanes rivales.

Los hani son una especie con aspecto de leones antropomorfos, con una organización social por casas o clanes y en los que el rol social de los sexos es distinto de lo que hasta ahora habido norma en nuestro mundo. Pero, además de ello, para todos es evidente que la riqueza de sugerencias implícitas y no desveladas en torno a las otras muchas especies presentes en la trama de EL ORGULLO DE CHANUR dan material más que suficiente para que las otras tres novelas de la Saga de Chanur se conviertan en una interesante space opera en la que se mezclan los elementos clásicos de la aventura con un complejo esquema de relaciones interestelares plagado de intrigas políticas y comerciales entre las diversas razas del Pacto.




MIQUEL BARCELÓ

MAPA ESPACIAL DEL PACTO




Profundidad de campo – más/menos 40 años luz






SÍMBOLOS

-  – Estrella central de un sistema
-  – Estrella y/o estación de importancia
-  – Punto de salto y/o estación comercial de poca importancia

FRONTERAS

-  – Pacíficas
-  – Prohibidas
-  – Disputadas

RUTAS

-  – Rutas posibles sólo para naves knnn
-  – Rutas posibles sólo para naves de poca masa
-  – Rutas posibles sólo para naves que lleven masa

NOTA: Algunas veces las estrellas aparecen unas al lado de otras cuando en realidad la profundidad del campo representado en el mapa debería situarlas bastante alejadas. Las rutas de navegación han sido planeadas tanto para «subir» y «bajar» como para el desplazamiento lateral.

Algo había estado merodeando durante toda la mañana por el muelle de la estación, escondiéndose entre las cintas de transporte y los recipientes que esperaban a ser cargados, acechando protegido por las sombras que cubrían las rampas de acceso a la multitud de navíos que llenaban el muelle en Punto de Encuentro. Por lo poco que del intruso habían podido ver las tripulantes del *Orgullo de Chanur*, iba desnudo, era de piel pálida y parecía medio muerto de hambre. Evidentemente, nadie había informado a las autoridades de la estación y, aún menos, nadie de la *Orgullo*. Entrometerse en los asuntos de los demás no resultaba demasiado aconsejable en la Estación Punto de Encuentro, lugar en el que varias especies comerciaban y se aprovisionaban... al menos, no hasta que a uno le molestaran personalmente. Fuera lo que fuere, el intruso era un bípedo vertebrado capaz de esfumarse con gran rapidez. Lo más seguro era que se le hubiera escapado a alguien y muy probablemente ese alguien sería un kif, cuyos ágiles dedos de ladrones andaban metiéndose en todo y no consideraban el secuestro como algo indigno de ellos. O quizá se tratara de algún animal exótico de gran tamaño: los mahendo'sat tenían tendencia a mantener extrañas mascotas, así como a comerciar con ellas, y la estación había tenido disgustos con ellos sobre tal asunto en más de una ocasión. De momento no había hecho nada ni cometido robo alguno y nadie deseaba meterse en el complejo juego de las preguntas y respuestas que surgiría entre sus propietarios originales y las autoridades de la estación. Por el momento las autoridades no habían hecho ninguna declaración oficial y ningún navío había denunciado su pérdida, lo que ya era un buen argumento para disuadir a toda persona inteligente de que fuera haciendo preguntas al respecto. La tripulación informó del asunto solamente a la capitana y expulsó por dos veces al intruso del área de embarque de la *Orgullo*, volviendo luego a sus tareas y considerando que se habían ocupado debidamente del estorbo.

Mientras, la distinguida y noble capitana Pyanfar Chanur se disponía a bajar por la rampa de su nave hacia los muelles y el intruso ocupaba el último lugar por orden de importancia en sus pensamientos. La capitana era hani y poseía una espléndida melena rojo dorada que se prolongaba en una barba de sedosos rizos hasta la mitad de su pecho, cubierto de un suave pelaje. Su atuendo era el conveniente a una hani de su rango: pantalones anchos de color escarlata recogidos por un cinturón dorado al que guarnecía una generosa cantidad de cordones de seda cuyas tonalidades recorrían toda la gama del rojo y del naranja. De cada cordón colgaba una joya y los pantalones terminaban a la altura de las rodillas en una banda de oro. Llevaba un brazalete de oro delicadamente labrado y la velluda curva de su oreja izquierda iba adornada con una hilera de finos anillos de oro y un gran pendiente con una perla. Bajó por la rampa con el paso seguro de la propietaria, aún algo encendida la sangre a causa de una

disputa anterior con su sobrina... y se detuvo, lanzando un chillido y sacando las garras, al toparse con el intruso.

Su primer golpe, fruto de la sorpresa, habría dejado algo aturdido a un hani, pero la piel sin vello del intruso se desgarró como si fuera de papel y éste, más alto que ella, la rebasó tambaleándose. Dio la vuelta en el final de la rampa curvada y, patinando a causa del impulso de su carrera, se coló de un salto en la nave, dejando sangre a su paso y marcando con la huella de una mano ensangrentada la blanca pared de plástico.

Pyanfar, boquiabierta y más que enfadada, se lanzó tras él arañando con las garras las placas del suelo para no patinar.

—¡Hilfy! —gritó a plena potencia. Hilfy, su sobrina, estaba antes en el pasillo inferior. Pyanfar llegó hasta la esclusa y, con un golpe brusco en el panel de comunicaciones, se puso en contacto con todos los puestos de la nave—. ¡Alerta! ¡Hilfy! ¡Llamada a toda la tripulación! Algo se ha metido en la nave. Enciértrate en el compartimiento más cercano y llama a la tripulación.

Abrió con un golpe seco el panel que había junto a la unidad de comunicaciones, agarró una pistola y partió a la caza del intruso. El seguirlo no era ningún problema, dado el rastro de manchas rojas que había dejado en el blanco suelo. El rastro torcía a la izquierda en la primera encrucijada de corredores, y no se veía a nadie: el intruso debía de haberse desviado nuevamente a la izquierda, siguiendo la forma del cuadrado de pasillos que circundaba las cubiertas de los ascensores. Pyanfar siguió corriendo y oyó un grito procedente de esa intersección de corredores. Apretó el paso; ¡Hilfy! Rebasó la esquina a toda velocidad y frenó de golpe para encontrarse con la imagen, como congelada, del intruso con su espalda lampiña por la que corrían riachuelos rojizos y de Hilfy Chanur, defendiendo el corredor vacío sin más armas que sus garras y su osadía de adolescente.

—¡Idiota! —le dijo Pyanfar a Hilfy con un bufido y el intruso se volvió como un rayo hacia ella. Ahora lo tenía mucho más cerca que antes: su cuerpo se quedó encogido, como a punto de saltar, al ver el arma que Pyanfar sostenía con las dos manos apuntándole. Quizá fuera lo bastante inteligente como para no arremeter contra un arma; quizá... pero eso le haría revolverse contra Hilfy, que seguía inmóvil y desarmada detrás del intruso. Pyanfar se dispuso a hacer fuego al menor movimiento de éste.

El intruso seguía agazapado, el cuerpo tenso, jadeando a causa de la carrera y sus heridas.

—Sal de ahí —le dijo Pyanfar a Hilfy—, retrocede,

El intruso había trabado ya conocimiento con las garras hani y ahora acababa de conocer sus armas, pero sus acciones seguían siendo imprevisibles. Hilfy, un manchón confuso en el límite de su campo visual, centrado por completo en el

intruso, permanecía tozudamente inmóvil.

—*¡Muévete!* —gritó Pyanfar.

Y el intruso gritó igualmente, con un rugido que a punto estuvo de ganarle un disparo. Con el cuerpo ya erguido, se llevó la mano por dos veces al pecho en un gesto desafiante. *¡Venga, dispara!*, parecía invitarle.

Eso intrigó a Pyanfar. El intruso no era nada atractivo: una revuelta melena dorada, barba del mismo color y un poco de vello en el pecho, tan escaso que casi resultaba invisible, bajando en una línea decreciente hasta su vientre que subía y bajaba velozmente impulsado por sus jadeos y desvaneciéndose por fin en lo que indudablemente era tela, aunque reducida a tal estado de harapo como para ser casi inexistente y tan ennegrecida por la suciedad que apenas se la distinguía de su piel lampiña. El olor del intruso era agrio pero...

Ese modo de comportarse, la invitación al enemigo hecha por sus ojos llameantes... sí, eso merecía ser meditado. Conocía las armas; llevaba encima un pedazo de tela; sabía trazar su territorio y estaba decidido a defenderlo. Quizá fuera un macho: en sus ojos había esa expresión tozuda y atolondrada típica de ellos.

—¿Quién eres? —le preguntó Pyanfar, pronunciando lentamente las palabras y usando varios lenguajes en sucesión, incluyendo el kif. El intruso no dio señales de entender ninguno de ellos—. ¿Quién? —le repitió.

De pronto el intruso se agachó con una mueca huraña hasta tocar el suelo y con un dedo, provisto de una gruesa uña, empezó a escribir con su propia sangre, profusamente esparcida alrededor de sus pies descalzos. Trazó una hilera de símbolos, diez en total, y luego otra que empezaba con el primer símbolo precedido por el segundo, luego el segundo con el segundo, el segundo con el tercero... escribía con gestos pacientes y cada vez más absortos en su tarea pese a los crecientes temblores de su mano, mojando el dedo en la sangre y escribiendo, como un loco incapaz de abandonar algo que ha empezado.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Hilfy, que no podía verlo dada su posición.

—Es un sistema de escritura, probablemente algún tipo de notación por cifras. No se trata de un animal, sobrina.

Al oír el intercambio de palabras el intruso alzó los ojos... y se levantó con una brusquedad que resultó excesiva después de su pérdida de sangre. Sus ojos se vidriaron y con una expresión desesperada el intruso se derrumbó sobre el charco de sangre y los signos que había trazado, resbalando sobre ellos cada vez que intentaba levantarse de nuevo.

—Llama a la tripulación —dijo Pyanfar con voz calmada, y esta vez Hilfy se apresuró a obedecerla. Pyanfar se quedó donde estaba, pistola en mano, hasta que Hilfy hubo desaparecido por el corredor y luego, asegurándose bien de que nadie la veía faltar de tal modo a su dignidad, se inclinó sobre el intruso dejando descansar el

arma, aún agarrada con las dos manos, entre sus rodillas. El intruso seguía debatiéndose y finalmente logró apoyar su espalda ensangrentada en la pared, apretándose con el codo la herida del flanco de la que brotaba mayor cantidad de sangre. Aunque algo extraviados, sus ojos, de un azul claro, no parecían haber perdido el sentido de lo real y la observaban, cautelosos, con lo que en su situación parecía un cinismo irracional.

—¿Hablas kif? —le preguntó de nuevo Pyanfar. Un fugaz centelleo en sus ojos, lo cual podía significar cualquier cosa, pero ni una palabra. Su cuerpo empezó a temblar violentamente con los primeros efectos de un shock por hemorragia. Su piel carente de vello se estaba cubriendo de sudor. Pero el intruso no apartaba los ojos de ella.

Ruido de pasos en los corredores. Pyanfar se incorporó rápidamente, no deseando que nadie le viera en tal posición junto al intruso. Hilfy apareció por un pasillo a toda velocidad y en dirección opuesta, al mismo tiempo, llegó la tripulación. Pyanfar se apartó unos pasos al verlas y el intruso intentó moverse sin demasiado éxito. Varias manos se apoderaron de él rápidamente y lo arrastraron sobre el charco de sangre. Lanzó un grito, intentando luchar, pero no tardaron en darle la vuelta y aturdirle de un golpe.

—¡Con suavidad! —gritó Pyanfar, pero ya no era necesario, Le ataron los brazos a la espalda con un cinturón y luego otro le rodeó los tobillos, apartándose luego de él con el pelaje tan ensangrentado como el cuerpo del intruso, que seguía removiéndose lentamente—. No le hagáis más daño —dijo Pyanfar—. Lo quiero limpio, naturalmente. Dadle agua y comida y curadle, pero que esté bien encerrado. Id preparando alguna explicación de cómo logró darse de bruces conmigo en la rampa y si alguien habla de esto fuera de la nave, aunque sólo sea una palabra, me encargaré de venderla a los kif.

—Capitana... —murmuraron, agachando las orejas en deferencia. Eran sus primas en segundo y tercer grado: dos parejas de hermanas, una grande y una pequeña, y las cuatro estaban igualmente apenadas.

—¡Fuera! —les dijo. Cogieron al intruso por el cinturón que le ataba los brazos y se dispusieron a llevárselo a rastras—. ¡Con cuidado! —siseó Pyanfar, y su transporte fue algo menos brusco—. Y tú... —le dijo después Pyanfar a Hilfy, la hija de su hermana, mientras que ésta agachaba las orejas y apartaba el rostro de corta melena en el que ya empezaba a despuntar la barba de una adolescente, con cierta expresión de mártir—. Si desobedeces otra orden mía te enviaré de vuelta a casa con la melena afeitada. ¿Me has entendido?

Hilfy le hizo una reverencia con el debido aire de contrición.

—Tía —le dijo, irguiendo de nuevo el cuerpo y logrando que el gesto fuera a la vez grácil y reposado en tanto que sus ojos se clavaban en los de ella con ofendida

adoración.

—Bah... —dijo Pyanfar, Hilfy le hizo una segunda reverencia y se marchó caminando lo más silenciosamente posible. Sus pantalones azules eran iguales a los del resto de tripulantes pero su paso, orgulloso y grácil, era típico de Chanur y no resultaba todo lo ridículo que habría podido esperarse en una joven de su edad. Pyanfar resopló mientras se alisaba los sedosos rizos de la barba y luego sus ojos, más pensativos, se posaron en la mancha de sangre que el Extraño había dejado al caer, borrando así todo lo que había escrito a los ojos de la tripulación.

Vaya, vaya, vaya...

Pyanfar dejó para más tarde su viaje a las oficinas de la estación y volvió al centro de operaciones de la cubierta inferior. Una vez allí tomó asiento ante el tablero del ordenador, rodeada por la miríada de luces que indicaban el estado de la mercancía y las operaciones rutinarias de carga y mantenimiento que la *Orgullo* desempeñaba automáticamente.

Primero examinó los mensajes que estaban llegando y al no encontrar nada en ellos buscó en el registro que la *Orgullo* mantenía con todos los mensajes recibidos desde el ataque, junto con todos los que habían pasado por el sistema de comunicaciones de la estación para otros destinatarios. En primer lugar examinó todo lo enviado o recibido por los kif y una rápida sucesión de líneas destelló en el monitor, con una transcripción de todo el parloteo implicado en las operaciones normales... en cantidades ingentes. Luego buscó algún aviso sobre un animal perdido y después el anuncio de que se hubiera escapado alguno.

¿*Mahendo'sat?*, preguntó luego, limitándose siempre a los registros que la nave mantenía con todos los mensajes recibidos, en los que entraba la amplia gama que fluye a cada momento en una estación atareada, y sin mandar nunca una pregunta directa al sistema de ordenadores de la estación. Recicló el último registro y lo hizo pasar a cegadora velocidad por el monitor, buscando alguna palabra clave sobre huidas o avisos de que hubiera algún extraño no identificado en Punto de Encuentro.

Bien... Así que todos mantenían la boca cerrada sobre el asunto.

Los propietarios no querían todavía reconocer públicamente la pérdida de su artículo y una Chanur no era tan imbécil como para anunciar públicamente que lo había encontrado, como tampoco para confiar en que los kif, o quienes lo hubieran perdido, fueran quienes fueren, no estuvieran en ese mismo instante revolviendo la estación de arriba abajo en una discreta búsqueda.

Pyanfar desconectó la máquina y movió las orejas, haciendo tintinear así los anillos de su lóbulo izquierdo, un ruido que siempre lograba relajarla. Se puso en pie y empezó a recorrer el centro de un extremo a otro, con las manos metidas en el cinturón y pensando en las alternativas y las ganancias posibles. Funesto sería el día, ciertamente, en que una Chanur acudiera a los kif para entregarles algo que había

adquirido. Quizá pudiera reclamarlo justificando su acción mediante las responsabilidades legales que acarrearía la entrada sin autorización en una nave hani: riesgo público, eso sonaría bien. Pero no tenía ningún testigo de tal entrada que no perteneciera a la nave y los kif, que estaba casi segura eran los responsables de todo, no cederían sin plantear un litigio... lo cual significaba acudir a los tribunales y una prolongada proximidad con los kif, unos seres de piel grisácea y cubierta de pliegues que ella encontraba aborrecibles al igual que le resultaba insoportable su expresión acostumbrada de pena dolorida y las interminables jeremiadas sobre miserias e injusticias cometidas con ellos... no, insoportable. Una Chanur metida en la sala de un tribunal con una multitud de kif chillando a plena potencia... y quizá todo llegara a tales extremos si acudía un kif reclamando al intruso. El asunto resultaba indigerible en todas sus implicaciones.

Fuera lo que fuera y viniera de donde viniera, estaba claro que el intruso poseía una educación y eso a su vez sugería otras cosas, tales como imaginar la razón de que los kif no desearan darle ninguna publicidad a su búsqueda dado lo preocupados que estaban al haber perdido una de sus propiedades.

Pyanfar conectó uno de los comunicadores internos.

—Hilfy.

—¿Tía? —le contestó Hilfy un instante después.

—Averigua cómo se encuentra el intruso.

—Ahora mismo estoy viendo cómo le cuidan. Tía, creo que se trata de un un *macho*, si es que existe alguna analogía entre su forma y..

—Olvida la zoología. ¿Está grave?

—Se encuentra algo conmocionado, pero yo diría que se encuentra mejor que hace un rato. La criatura... bueno, él... se tranquilizó bastante cuando logramos ponerle un poco de anestésico en las heridas. Creo que comprendió nuestra intención de ayudarlo y entonces dejó de resistirse. Pensamos que la droga le había dejado inconsciente por completo y nos preocupó algo, pero ya respira mejor.

—Probablemente estará esperando una oportunidad de actuar. Cuando lo tengas a buen recaudo quiero que trabajes un turno en el muelle de carga, ya que tan ansiosa estabas de echarle una mirada al exterior. Las demás te enseñarán lo que debes hacer. Que Haral venga a la sala de operaciones de la cubierta inferior... ahora mismo.

—Sí, tía. —En la voz de Hilfy no había el menor rastro de mal humor ante sus órdenes.

Los efectos de la última reprimenda aún no se habrían desvanecido. Pyanfar desconectó el comunicador y mató la espera escuchando el incesante parloteo de la estación, deseando en vano que algo de lo transmitido le aclarara el asunto.

Haral apareció sin tardanza, sudando a chorros, manchada de sangre y sin aliento.

Hizo una leve reverencia en el umbral y luego volvió a erguirse. Era la más vieja

de la tripulación y destacaba por su talla, además de por una cicatriz oscura que le cruzaba su ancha nariz y otra el vientre, recuerdos de una juventud más impetuosa.

—Límpiate —le dijo Pyanfar—. Luego coge algo de dinero y ve de compras, prima. Dedicáte a los mercados de según da mano como si fueras por tu cuenta. Lo que deseo encontrar puede resultar difícil de adquirir, pero no creo que eso resulte imposible en un lugar como Punto de Encuentro: unos cuantos libros, entre ellos un vocabulario mahendo'sat y una versión de sus textos sagrados, El filósofo Kohboranua o cualquier otro de su clase, eso me resulta completamente igual. Y también un traductor simbólico mahendo'sat, con módulos y manuales de elemental para arriba, todos los niveles que puedas encontrar. Eso lo quiero por encima de todo, el resto es una tapadera. Si alguien te pregunta al respecto, di que un cliente se interesa súbitamente en la religión.

Haral hizo otra reverencia aceptando las órdenes y no hizo ninguna pregunta. Pyanfar rebuscó en su bolsillo y acabó sacando una variopinta colección de monedas de valor medio tirando a alto.

—Y cuatro anillos de oro —añadió Pyanfar.

—¿Capitana?

—Para recordaros a todas que la *Orgullo* se ocupa en silencio de sus propios asuntos. Di exactamente eso cuando se los des: espero que os consuele un poco si nos vemos obligadas a prescindir de la juerga en la estación, cosa que bien puede ocurrir. Pero si hablas demasiado y despiertas alguna sospecha sobre esos artículos, Haral Araun, no tendrás oreja en que llevar el anillo.

Haral sonrió, haciendo una tercera reverencia.

—Vete —le dijo Pyanfar y Haral partió como una flecha, dispuesta a cumplir concienzudamente sus encargos.

Bueno. Era un riesgo, pero un riesgo menor. Pyanfar consideró las circunstancias durante un segundo y luego abandonó la sala de operaciones para seguir por el corredor donde estaba el ascensor al nivel central, el de sus aposentos. Una vez allí se lavaría, dejando atrás el pestilente olor a desinfectante que reinaba en la cubierta inferior.

Cerró la puerta detrás de ella con un suspiro, fue al baño y se lavó las manos, vigilando que no hubiera quedado ningún pedazo de carne en el interior de sus garras y comprobando luego sus magníficos pantalones de seda por si alguna gota de sangre los había manchado. Finalmente se aplicó un poco de colonia para eliminar el recuerdo de ese feo olor.

Estupidez. Se estaba volviendo más idiota que un stsho por no haber logrado reducir al intruso a la primera oportunidad; *vieja* era una palabra en la que prefería no pensar.

Lentitud de reflejos, distracción: eso explicaba el que su golpe hubiera sido más

propio de una adolescente en su primera salida que de ella. Pereza... sí, mejor aún. Se golpeó levemente su plano estómago y decidió que ya iba siendo hora de apretar otra vez el cinturón que lo sostenía, aflojado cómodamente a lo largo de todo un año. Estaba perdiendo la forma. Su hermano Kohan seguía conservándose muy bien a pesar de no abandonar el planeta y no poder disfrutar del tiempo suplementario que acarreaban los saltos. Las disputas entre machos y un par de hijos que echar de casa habían mantenido su sangre circulando y, normalmente, en la casa siempre había algún trío de compañeras con retoños a los que controlar. Ya iba siendo hora de que hiciera atracar la *Orgullo* en el muelle de Anuurn para una buena revisión a fondo y para dormir un poco junto a su compañero, Khym, en su residencia de las colinas Kahin, en las tierras de Mahn. Sí, oler el viento de su mundo natal durante unos meses, cazar un poco, hacer que el cinturón pudiera recuperar ese agujero suplementario que había cedido en los últimos tiempos. Vería a su hija Tahy y se enteraría de si ese hijo suyo todavía andaba a la ventura o si alguien se había encargado ya de romperle el cuello. Seguramente el chico habría tenido la cortesía normal de enviar un mensaje vía Khym o Kohan caso de haberse establecido en algún sitio y, aunque no se lo hubiera enviado a ella, por ningún motivo podía haber pasado por alto el mandárselo a su hija la cual, bien lo sabían los dioses, estaba haciéndose mayor y se ablandaba viviendo aún junto a su padre entre otras doce hijas, la mayor parte sin hermanos. Su hijo Kara tendría que establecerse, buscarse una esposa sin propiedades y darle a su hermana algún buen empleo que proporcionara grandes ganancias... sí, por encima de todo debía establecerse de una vez, dejando en paz a su padre y a su tío. Kara era ambicioso, desde luego, pero si el joven rufián intentaba hacerle alguna jugada a su tío Kohan esa jugada sería la última. Pyanfar flexionó las garras al pensarlo y recordó una vez más la razón de que todas sus estancias en el hogar fueran tan cortas.

Pero este asunto actual con el intruso que había entrado a bordo como polizón, quién sabe si de propiedad kif. El honorable señor Kohan Chanur, su hermano, tendría bastante que decir sobre el descuido con que se manejaba una nave permitiendo que un intruso tal alcanzara la cubierta. Y si Hilfy sufría algún daño entonces habría una auténtica revolución en la casa: Hilfy, que no tenía hermanos, que se había vuelto demasiado Chanur como para seguir a un hermano caso de que su madre llegara a darle uno; Hilfy Chanur *par* Faha, que deseaba las estrellas por encima de cualquier otra cosa y que se aferraba a su padre porque él era capaz de dárselas. Este viaje como aprendiz a bordo de la *Orgullo* representaba para ella la oportunidad que había esperado durante toda su vida. El pobre Kohan se había sentido muy dolorido al separarse de su favorita, y eso quedaba muy claro en la carta que había llegado con Hilfy,

Pyanfar meneó la cabeza, cada vez más inquieta. El que su tripulación de orejas

peladas se quedara sin bajar a la estación por el asunto del intruso era una cosa, pero el llevar a Hilfy a su casa de Anuurn mientras se embarcaba en un pleito de importancia con los kif era otra, y muy distinta. El cambiar el trayecto de vuelta resultaba caro y, aún peor, el orgullo de Hilfy quedaría herido de muerte si ella fuera la causante de tal cambio. Si tenía que enfrentarse a sus hermanas después de haber vuelto tan repentinamente al hogar...

Además, Pyanfar se vio obligada a confesarse que sentía afecto por la chiquilla pues ella deseaba lo mismo que Pyanfar a su edad y, después de todo, era muy probable que acabara mandando una nave Chanur algún día; quizás incluso (y que los dioses hicieran llegar bien tarde tal hora) la mismísima *Orgullo*. Pyanfar pensó en el legado que ello supondría... algún día, el día en que Kohan y ella llegaran a viejos. Había otros en la casa de Chanur que envidiaban a Hilfy y que aguardaban la menor ocasión para dar satisfacción a su envidia. Pero Hilfy era la mejor y la más brillante, igual que ella y que Kohan, y de momento nadie había logrado demostrar lo contrario. Fuera quien fuera el macho joven que lograra arrebatarse el cetro de los Chanur a Kohan en su vejez sería mejor que andara con cuidado y no hiciera enfadar a Hilfy, o quizás ella acabara encontrando un compañero capaz de arrancarle las orejas al entrometido. Así era Hilfy, leal a su padre y a su casa.

Y destruir ese espíritu o poner en peligro su vida a causa de ese Extraño harapiendo no valía la pena. Pyanfar pensó que quizá debiera tragarse su orgullo y entregar al intruso, como si fuera un desperdicio, en la nave kif más próxima. Lo estuvo pensando seriamente, dado que escoger la nave equivocada podía acabar proporcionando una diversión de lo más animada. Los kif se subirían por las paredes y en la estación reinaría el caos. Pero entregar al intruso seguía resultándole, en el fondo, de lo más desagradable.

¡Dioses! De ese modo se proponía enseñarle a la joven Hilfy cómo manejar las dificultades, ¡ése era el ejemplo que le daba...! entregar lo que tenía porque creía peligroso conservarlo en su poder.

Estaba ablandándose. Se golpeó nuevamente el estómago y decidió que cuando acabara el viaje no habría permiso y menos aún romance y otra camada nacida en Mahn para complicar las cosas. No habría retirada. Aspiró una honda bocanada de aire y sonrió, no de muy buena gana. La vejez se aproximaba y los jóvenes se hacían también viejos pero no lo suficiente, de eso cuidaban los dioses. Durante este viaje la joven Hilfy Chanur aprendería a justificar ese contoneo insolente con que recorría los pasillos de la nave... sí, realmente lo aprendería.

Imposible dejar la nave con tantas cosas por hacer. Pyanfar fue a la pequeña galería central ascendiendo por la curvatura de estribor y el puente, deteniéndose para tomar una taza de café del proveedor automático y sentándose en el mostrador que había junto al horno para saborearlo sin prisas, concediéndole a su tripulación el

tiempo suficiente para vérselas con el Extraño. Una vez pasado ese tiempo les concedió aún algo más y finalmente arrojó la taza vacía en el esterilizador, se puso en pie y bajó nuevamente a cubierta, donde los corredores olían fuertemente a desinfectante. Allí encontró a Tirun, apoyada en la pared junto al lavabo de la cubierta inferior.

—¿Y bien? —le preguntó Pyanfar.

—Le hemos metido aquí, capitana. Es más fácil de limpiar, si le parece bien... Haral se fue. Chur, Geran y ker Hilfy están fuera encargándose de la mercancía. Pensé que alguna debería quedarse aquí junto a la puerta para asegurarse de que el intruso se encuentra bien.

Pyanfar puso la mano en el cerrojo y se detuvo para mirar a Tirun: la hermana de Haral, tan ancha y sólida como ella, con las bien ganadas cicatrices de la juventud y el oro de los viajes saldados con éxito brillando en su oreja izquierda. Las dos juntas serían capaces de manejar al Extraño fuera cual fuera su estado, pensó.

—¿Ha dado señales de salir de la conmoción?

—De momento está quieto: respiración agitada y no fija demasiado bien la vista... pero se da cuenta de lo que sucede a su alrededor. En los primeros momentos nos asustamos pensando en una reacción alérgica al medicamento, pero luego se fue calmando al ver que el dolor cesaba. Cuando lo llevábamos tuvimos mucho cuidado e intentamos hacerle entender que no deseábamos causarte daño. Quizá lo haya entendido. Lo metimos aquí, se quedó quieto y no hizo nada más... se movía cuando se lo indicábamos pero su pasividad no era resistencia, sino más bien como si hubiera dejado de pensar o de hacer lo que debía.

Yo diría que está... desgastado o muy cansado, no sé.

—Ya —Pyanfar corrió el cerrojo. El oscuro interior del lavabo olía también a desinfectante, el más fuerte del que disponían a bordo. Las luces estaban muy bajas y la atmósfera, casi asfixiante, contenía un extraño olor enmascarado por la omnipresente pestilencia del desinfectante. En el primer vistazo no distinguió al intruso y sus ojos recorrieron ansiosamente la estancia para acabar localizándolo en un rincón, un confuso montón de mantas junto a la ducha... dormido o despierto, eso no podía decirlo, con la cabeza escondida bajo los brazos. Un gran recipiente de agua y un plato de plástico con algunos restos de carne y migajas se encontraban junto a él, sobre las baldosas del suelo.

Bien, oír a vez. Después de todo, era carnívoro y no tan delicado si aún le quedaba apetito para comer algo, lo que parecía reducir su pretendida conmoción a un mero disimulo—.

¿Está atado?

—Tiene cadena suficiente como para ponerse en pie... si es que sabe hacerlo.

Pyanfar salió del lavabo y cerró nuevamente la puerta.

—Es muy probable que sepa hacerlo. Tirun, o es un ser inteligente o yo estoy ciega. No des por sentado que no sea capaz de operar los controles de la puerta. Nadie debe entrar ahí sin ir acompañada y no quiero que nadie lleve armas cerca de él. Transmite la orden a las demás personalmente. También a Hilfy. Especialmente a Hilfy.

—Sí, capitana. —El ancho rostro de Tirun parecía totalmente inocente y sin la menor opinión propia. Sólo los dioses sabían lo que podían hacer con el intruso si lo conservaban a bordo, pero Tirun no hizo ninguna pregunta al respecto. Pyanfar se marchó, meditando en la escena que había presenciado tras la puerta del lavabo, el engañoso montón de mantas, el alimento consumido aparentemente con tan saludable apetito, la conmoción fingida... No, el intruso que por dos veces había puesto a prueba la seguridad de la nave y había logrado entrar en ella a la tercera vez, no era ningún estúpido. ¿Por qué la *Orgullo*?, se preguntó, ¿por qué su nave entre todas las del muelle? ¿Porque eran los últimos en la sección, antes de que el gran mamparo de la esclusa exterior pudiera obligar al intruso a salir al descubierto, y de ese modo resultaban ser su única oportunidad a mano? ¿O había acaso alguna otra razón?

Recorrió el pasillo hasta la compuerta y luego tomó por la rampa, a lo largo de cuya curvatura soplaban el aire frío de los muelles de carga. Al salir miró a la izquierda y vio a Hilfy, cargando recipientes con Chur y Geran, haciendo rodar los grandes cilindros fuera de la plataforma del vehículo de la estación hasta la cinta transportadora que llevaría las mercancías a las bodegas de la *Orgullo*. Esas mercancías por las que cobraban, las que iban a Urtur, Kura y Touin, algunas incluso hasta Anuurn: mercancías stsho, artículos de lujo, telas, medicinas... nada fuera de lo corriente. Hilfy se detuvo un instante al verla, jadeando a causa del esfuerzo y pareciendo ya al borde del desmayo, pero irguiendo el cuerpo con las manos a los costados y las orejas gachas, el vientre agitándose con su respiración laboriosa.

Mover los recipientes era un trabajo duro, especialmente para quien no estuviera acostumbrada a ello y careciera de la habilidad que, por ejemplo, tenían Chur y Geran.

Ellas dos, de baja estatura y cuerpo nervudo, seguían trabajando sin parar, conociendo exactamente cuáles eran los puntos de equilibrio del recipiente. Pyanfar fingió no ver a su sobrina y se alejó a grandes zancadas, con aire despreocupado y sonriendo interiormente.

Hilfy debía estar muy indignada al ver que no se le dejaba ir al mercado de la estación y que le era imposible vagar sin escolta por la Estación Punto de Encuentro, a la cual acudía por primera vez, un lugar al que llegaban especies nunca vistas en su mundo natal...

También en Urtur y Kura se había perdido espectáculos similares, ya fuera por estar trabajando en la nave o porque no se le había permitido alejarse del punto de

ataque. La chiquilla estaba demasiado llena de entusiasmo pero al menos ese día había conseguido echarle una mirada a los famosos muelles de Punto de Encuentro, algo que había pedido más de una vez, aunque no hubiera podido permitirse la excursión turística planeada por su joven imaginación.

La próxima vez, pensó Pyanfar... quizás entonces su sobrina habría aprendido lo suficiente como para dejarla vagar sin escolta, cuando ese salvaje entusiasmo se hubiera embotado un poco y hubiera sacado del incidente actual la lección de que el muelle era un lugar peligroso y que incluso en el puerto más amistoso un poco de cautela nunca estaba de más.

En cuanto a ella, Pyanfar escogió la ruta más directa, aunque vigilando siempre lo que la rodeaba.

2

Normalmente visitar a los oficiales de la Estación Punto de Encuentro era algo descansado y agradable. Los stsho se encargaban de las oficinas y departamentos de esta parte de la estación, dedicada al atraque de las especies que respiraban oxígeno, y resultaban tan plácidos como amables. Metódicos hasta la exasperación, los stsho podían acabar siendo insoportables cuando se dedicaban a descifrar los sutiles significados ocultos en los tatuajes y adornos color pastel que cubrían en series interminables sus flancos nacarados. Eran otra especie sin vello: delgados como palos y con tres sexos, hallarles alguna semejanza con los hani requería un salvaje esfuerzo imaginativo, si es que el tener los ojos, la nariz y la boca en el orden biológicamente adecuado podían calificarse de similitud, Incluso entre ellos sus formas de comportamiento resultaban extrañas, pero los stsho habían aprendido cómo adaptar su metódico proceder y su amor por las ceremonias a los gustos hani, que consistían en un sillón confortable, una taza de té con hierbas siempre a punto y un plato de golosinas exóticas, aparte de una actitud individual todo lo relajada posible en cuanto a impresos y estadísticas, con lo que tales visitas acababan pareciendo meras charlas sociales.

Este stsho no le resultaba familiar. Los stsho cambiaban a los funcionarios con un entusiasmo aún mayor del que aplicaban a los cambios en la decoración. Pyanfar supuso que o un individuo distinto se encargaba ahora de controlar la Estación Punto de Encuentro o que un stsho al que ya conocía había entrado en una nueva fase. ¿Algo ha cambiado?, se preguntó Pyanfar, sintiendo que en su interior se agitaba un instinto diminuto y algo nervioso... ¿algo ha cambiado? ¿Extraños sueltos y luchas por el poder entre los stsho?

Todos los cambios resultaban sospechosos si había un nuevo factor en liza. Si el actual encargado de la estación era el mismo de antes, había cambiado todo el complejo entramado de plumas y adornos de plata: ahora eran de color lima y azul, no verde menta y azul. Si tal era el caso, resultaba extremadamente descortés el demostrar que se había reconocido al individuo remodelado, aunque tal fuera la sospecha de una hani.

El stsho le ofreció golosinas y té con una reverencia y los miembros como palillos del *gtst* (él, ella o lo, ya que, hablando en puridad, ninguno de los tres géneros sexuales clásicos podían aplicarse a un stsho) le instalaron en su asiento, un hueco acolchado abierto en el suelo de la oficina, la mesa, imprescindible, se alzó sobre un pedestal ante *gtst*, Pyanfar ocupó el otro hueco, apoyándose en un codo para alcanzar el pez ahumado que el sirviente del stsho, de un rango social inferior, había colocado a su izquierda sobre una mesa similar. El sirviente, que carecía de adornos y por lo tanto no era nadie, se quedó apoyado en la pared, con los brazos rodeando sus

huesudos tobillos y las rodillas más arriba que la cabeza, esperando el momento de ser útil.

También el funcionario *stsho* probó el pescado ahumado y se sirvió té, gráciles muestras de la elegancia y hospitalidad *stsho*. Sus cejas, cubiertas de plumas y de grosor aumentado gracias a la cirugía, se movían delicadamente sobre ojos que parecían piedras lunares cada vez que *gtst* alzaba la cabeza: trazos blancos que se desvanecían en sombras violetas y azules; líneas azules que cubrían el cráneo en forma de cúpula y cambiaban suavemente de color hasta volverse casi blancas en la coronilla desprovista de pelo.

Naturalmente, cualquier *stsho* habría podido leer con absoluta precisión esos trazos, descifrando en ellos la estación vital, el humor elegido para esa fase de su existencia, los gustos y modas y, a partir de ahí, el grado de complacencia que podía esperarse de *gtst*. A quienes no eran *stsho* se les perdonaban sus errores y cualquier *stsho* en fase de retiro era altamente improbable que ocupara un cargo público.

Pyanfar intentó sacar a colación el tema del Extraño, con gran delicadeza:

—¿Han estado tranquilas las cosas últimamente por aquí?

—Oh, naturalmente —fue la respuesta, acompañada de una radiante sonrisa de su fina boca y sus estrechos ojos. Una costumbre de carnívoro, aunque la raza *stsho* no era nada agresiva—. Naturalmente.

—En mi planeta también —dijo Pyanfar, sorbiendo su té y notando en sus fosas nasales el delicioso aroma de las especias—. De hierbas; pero, ¿qué hierbas?

La sonrisa se hizo un poco más amplia.

—Ah... importadas de mi mundo. Las hemos estado introduciendo en nuestras oficinas de aquí. Sin impuestos: nuevas técnicas de cultivo hacen que sea posible exportarlas. Pero sólo la primera vez, claro, el primer cargamento que ofrecemos... Son muy escasas, una auténtica muestra de los sabores de mi lejano mundo.

—¿Precio?

Discutieron el precio, que resultaba escandaloso, pero que fue rebajado, tal y como era predecible, al ofrecer Pyanfar la tentación de ciertas golosinas *hani* que prometió hacer transportar del muelle a las oficinas. Pyanfar salió de la entrevista con el ánimo bastante alegre: el regateo y la compraventa le resultaban tan imprescindibles como respirar.

Cogió el ascensor que llevaba a los muelles sin pasar por los varios corredores laterales que también habrían podido conducirla hasta allí con un recorrido más largo.

Luego hizo a pie el largo camino que llevaba hasta el muelle de la *Orgullo*, vagabundeando sin rumbo fijo y sin ninguna prisa por la gran extensión de muelles que iba desplegando ante ella oficinas y edificios comerciales a un lado y, al otro, las inmensas grúas móviles, torres que apuntaban con sus cimas hacia el lejano eje de Punto de Encuentro, de tal modo que la más lejana parecía imposiblemente inclinada

sobre la curvatura del horizonte.

Tableros indicadores situados espaciadamente informaban de las llegadas y salidas de los navíos, y también mencionaban su puerto de origen y la mercancía que transportaban.

Pyanfar los fue leyendo distraídamente.

Un vehículo pasó junto a ella como un rayo: era de forma globular y esquivaba los recipientes, la gente que iba a píe y las cintas transportadoras con tal velocidad que no podía tratarse de un vehículo automático. El hecho de que no tuviera ninguna abertura indicaba que muy probablemente llevaba a un ser que respiraba metano, quizás algún funcionario procedente del otro lado de la línea fronteriza que separaba las dos realidades incompatibles de Punto de Encuentro. Los tc'a controlaban ese lado de la estación: eran seres parecidos a reptiles con la piel dura y de color dorado, que resultaban más bien incomprensibles a las demás especies a causa de sus cerebros multisegmentados.

Comerciaban con los knnn y con los chi, manteniéndose generalmente alejados de las demás razas y teniendo muy poca relación con los hani e incluso con los stsho, con los cuales compartían el control de Punto de Encuentro, construido por las dos razas. Los tc'a nada tenían en común con este lado de la frontera, ni tan siquiera las ambiciones; y los knnn y los chi resultaban aún más extraños y participaban aún en menor medida de las relaciones entre los mundos y territorios del Pacto. Pyanfar se quedó observando el vehículo que se alejaba hacia el horizonte de los muelles de Punto de Encuentro y muy pronto la esclusa de la sección lo ocultó al franquearla el vehículo con un presuroso zig zag que indicaba la presencia ante los controles de una mente tc'a. Los tc'a no suponían ningún problema en cuanto a su asunto... era imposible que estuvieran relacionados con el Extraño, dado que sus cerebros eran tan disparatados como sus aparatos respiratorios. Pyanfar se detuvo un instante contemplando el tablero más próximo y buscando entre los improbables e intraducibles nombres de los respiradores de metano alguno que le resultara familiar, en caso de que hubiera problemas y como aliados posibles para una crisis. No podía andarse con remilgos a la hora de escoger aliados en este punto concreto del trayecto de la *Orgullo*.

Había otra nave hani en el muelle, la *Viajera de Handur*, y ella conocía remotamente algunos miembros de la familia Handur. Procedían del otro hemisferio de Anuurn y no eran ni rivales ni aliados íntimos, dado que no compartían ninguna zona común de la superficie de Anuurn. Había muchas naves stsho, lo cual era de esperar tan cerca del espació stsho y también muchas de los mahendo'sat, cuyo territorio acababa de cruzar la *Orgullo*.

Y pasando a los posibles problemas, había cuatro kif, una de las cuales conocía: la *Kut*, capitaneada por un tal Ikkkukkt, un rufián ya algo viejo cuyo estilo habitual

consistía en permitir que los recipientes de otra nave aparecieran misteriosamente en su muelle de carga desdeñando luego las protestas de aquellos desorientados propietarios que pudieran quejarse. Por sí solo no representaba un problema demasiado grande, pero los kif en grupo ya eran algo muy distinto, y no conocía a los otros.

—Hola —dijo al pasar junto a un muelle de carga mahendo'sat en el que se hallaba la *Mahijiru* y un grupo de criaturas cubiertas de oscuro pelaje que maldecían y se rascaban la cabeza ante la dificultad surgida con una conexión cuyas piezas revueltas yacían desordenadamente entre la multitud de recipientes a cargar—. ¿Ha ido bien el viaje, *mahe*?

—Ah, capitana. —La figura que ocupaba el centro del grupo se apartó de él acercándose a Pyanfar, imitada luego por algunas otras que se abrieron paso cuidadosamente entre las piezas de la conexión. Cualquiera hani bien vestida resultaba una capitana para los mahendo'sat, los cuales preferían equivocarse por exceso de cumplidos que no por defecto. Pero éste, a juzgar por sus dientes dorados, era probablemente el capitán del carguero—. ¿Comerciendo?

—¿El qué?

—¿Qué tiene?

—Bueno, *mahe*... ¿qué necesita?

El mahendo'sat sonrió, exhibiendo una deslumbrante hilera de dientes afilados.

Naturalmente, nadie empezaba a comerciar admitiendo que en realidad necesitaba algo.

—Necesito unos cuantos kif menos en la estación —añadió Pyanfar respondiendo a su propia pregunta, y los mahendo'sat lanzaron sus risas que parecían silbidos, agitando la cabeza en señal de aprobación.

—Cierto, cierto —dijo Dientes-de-oro, con un aire a medio camino entre el buen humor y la ofensa, como si tuviera alguna historia muy personal que narrar—. Ah, buena y honesta capitana, llorones kif te deseamos bien lejos de tu muelle. *Kut* no bueno, *Hukan* y *Lukker*, igual, Pero *Hinukku* hizo nuevo trato que no bueno, Espere en estación, espere para no pasar igual que *Hinukku*, buena capitana,

—¿Cómo... *armas*?

—Igual que hani, quizá —Dientes-de-oro acompañó sus palabras con una sonrisa y Pyanfar rió, fingiendo que la broma le parecía estupenda.

—¿Cuándo han llevado armas las hani? —le preguntó.

Al *mahe* también le pareció excelente la broma.

—Doscargas de seda —le ofreció Pyanfar.

—Impuestos de estación se llevan todo mi beneficio.

—Ah, qué pena. Un trabajo duro ése. —Rozó con el pie una de las partes de la conexión—. Puedo ofrecerte berra mientas hani magníficas, acero estupendo, dos

soldadoras hani magníficas. Hechas por la casa Faha.

—Yo ofrecer buenas obras de arte, calidad.

—¡Arte!

—Quizás algún día gran artista *mahe*, capitana.

—Ven a verme *entonces*, de momento me guardo la seda.

—Ah, ah... yo hacer favor con arte, capitana, pero no pedir que corras riesgos. En vez de arte, tengo unas cuantas perlas muy bonitas como las que tú llevar.

—Ah...

—Eso dar seguridad para herramientas y soldadoras. Uno mío viene a ti mañana para recoger herramientas y enseñar perlas al mismo tiempo.

—Cinco perlas.

—Vemos herramientas tú ves dos perlas.

—Trae cuatro.

—Estupendo. Tú escoges tres mejores.

—Y las cuatro si no son de las mejores, mi buen y magnífico capitán *mahe*.

—Tú ver —prometió él—. Absolutamente mejores. *Tres*.

—Bien —Pyanfar sonrió ampliamente y dejó que su mano fuera estrechada por los fuertes dedos con gruesas uñas del *mahe* y se marchó, sonriendo aún a todo el que se cruzaba en su camino. Pero la sonrisa se desvaneció al terminar de pasar junto a los recipientes y entrar en el dique siguiente.

Bien. El problema eran los kif. Había kif y kif, y dentro de esa jerarquía de ladrones había unos cuantos capitanes de nave que tendían a funcionar como dirigentes en las fechorías de gran escala, y entre ellos algunos pocos elegidos que podían plantear realmente grandes problemas. Traducir lo que decía un mahendo'sat siempre tenía sus dificultades pero lo que había oído le hacía pensar preocupadamente en algo parecido.

Quédate en el muelle, le había aconsejado el mahendo'sat; no te arriesgues a salir de aquí hasta que se haya marchado. Ésa era la estrategia típica de los mahendo'sat pero no siempre funcionaba. Podía mantener la *Orgullo* en el muelle y acumular una factura monstruosa y, pese a ello, no tenía la garantía de que el trayecto posterior fuera del todo seguro. También podía anticipar la salida y partir con la esperanza de que los kif no sospecharan lo que llevaba a bordo... o, al menos, de que contaran con algo más fácil de masticar que un puñado de hani.

Hilfy. Una preocupación más que rondaba su mente. Diez viajes tranquilos, diez viajes de una calma tan profunda que llegaba a ser agotadora... y ahora esto.

Los muelles que tenía delante, entre ellos el de la *Orgullo*, parecían estar muy tranquilos. Su tripulación seguía trabajando allí donde la había dejado, subiendo el correo y la carga a la nave tal y como era su deber. Haral estaba de nuevo entre ellas y la alivió verla. Ahora le tocaba a Tirun el turno de exterior, así que Hilfy debía estar

dentro; las otras dos eran Geran y Chur, dos siluetas delgadas que se afanaban junto a Tirun y Haral. No había razón para apresurarse. Probablemente Hilfy ya había tenido bastante y se había metido dentro para cumplir su turno de vigilancia junto al Extraño, y ojalá los dioses permitieran que no le viniera la idea de abrir la puerta y meterse en líos.

Pero la tripulación la había visto llegar y al darse cuenta de que en sus rasgos aparecían súbitas expresiones de alivio desesperado y algunas orejas se enderezaban velozmente supo, con el corazón oprimido, que algo había ido muy muy mal.

—¿Hilfy? —preguntó Pyanfar mientras que Haral iba hacia ella. Las otras tres se quedaron junto a la carga, muy ocupadas poniendo cara de nerviosismo, jugando a ser obreras sin ni un solo momento libre.

—*Ker Hilfy* está sana y salva dentro —se apresuró a decir Haral—. Capitana, traje lo que me ordenó y lo puse en la sala de operaciones de la cubierta inferior... todo, no falta nada.

Pero, capitana... había kif por todo el mercado. Iban y venían entre los puestos mirando a todo el mundo pero sin decir nada. Acabé de hacer las compras y volví mientras que ellos seguían rondando por el mercado. Decidí ordenarle a *ker Hilfy* que entrara de guardia y mandara fuera a Tirun. De pronto este lugar parece haberse llenado de kif...

—¿Qué están haciendo?

—Mire por encima de mi hombro, capitana.

Pyanfar hizo lo que indicaba, sin apenas mover la cabeza.

—Nada —dijo. Pero había montones de recipientes junto a la esclusa de la sección...

quizá veinte o treinta, cada uno tan alto como una hani, y estaban apilados de dos en dos: una protección más que suficiente. Puso la mano en el hombro de Haral y volvió con ella hacia las demás, como si estuvieran hablando amistosamente—. Mira, tendremos una pequeña entrega *stsho* y vendrá un *mahendo'sat* para hacer tratos con tres perlas; los dos son de confianza... pero vigílalos. Y nadie más. Hay una nave hani al otro extremo del muelle, junto a la zona de metano. No he hablado con ellas. Es la *Viajera de Handur*.

—Una nave pequeña.

—Y vulnerable. Vamos a sacar la *Orgullo* de aquí, tan de prisa como podamos, pero sin levantar sospechas: creo que las cosas van a empeorar. Tirun, tengo una pequeña tarea para ti: acércate a la *Viajera* y avísales de que hay atracada una nave llamada *Hinukku* y que corre el rumor entre los *mahendo'sat* de que esa nave significa problemas bastante feos y fuera de lo normal. Luego, vuelve aquí lo más rápido posible... No, espera. Un buen equipo de herramientas y dos buenas soldadoras: déjaselas a la tripulación del *Mahijiru* y, si te es posible, coge las perlas sin perder

tiempo. El séptimo dique yendo hacia abajo. Se merecen eso y más si es que les he echado encima a los kif haciéndoles preguntas. Vete.

—Sí, capitana —dijo Tirun a toda prisa y se marchó, con las orejas agachadas, por la rampa de servicio que corría junto a la cinta de carga.

Pyanfar miró por segunda vez el montón de recipientes al volverse. No vio ni un solo kif. *¡Aprisa!*, te ordenó mentalmente a Tirun, *¡no pierdas el tiempo!* El obtener los artículos necesarios para el intercambio era algo rápido, dado que la bodega estaba automatizada.

Tirun apareció nuevamente con las cajas bajo el brazo y se fue directamente hacia su destino con la razonable premura que era de esperar ante las órdenes de su capitana.

—Bueno... —Pyanfar se volvió nuevamente hacia las sombras.

Sí, ahí. Junto a los recipientes, después de todo. Un kif, alto y vestido de negro, con una nariz larga y puntiaguda y el cuerpo medio encogido. Pyanfar clavó los ojos en él... y le *saludó* con enérgico y algo irónico compañerismo mientras se encaminaba hacia él.

El kif retrocedió sin perder ni un segundo, escondiéndose entre las sombras de los recipientes. Pyanfar dejó escapar un largo suspiro, flexionó sus garras y siguió andando, rodeando los recipientes sin hacer ningún ruido... hasta toparse con el kif. Unos ojos oscuros rodeados de círculos rojizos situados en un rostro narigudo descendieron hacia ella.

Una túnica negra y polvorienta como la de cualquier otro kif, la apagada tonalidad de la tela confundiéndose con la piel grisácea... un pedazo de sombra que había cobrado vida.

—Largo de aquí —le dijo Pyanfar—. No quiero ningún problema con los recipientes, nada de cambios. Ya conozco vuestros trucos.

—Nos han robado *algo* que nos pertenecía.

Pyanfar logró reír, ayudada por la sorpresa.

—¿Así que os han robado algo que os pertenecía, oh maestro de ladrones? Será una historia magnífica para contarla en mi planeta.

—Será mejor que acabe volviendo a nosotros. Será mucho mejor, capitana...

Pyanfar echó hacia atrás las orejas y su boca se abrió en algo que no era precisamente una sonrisa amistosa.

—¿Adonde se dirige la tripulante con esas cajas? —le preguntó el kif.

Ella no le respondió. Sus garras brotaron de las yemas de sus dedos.

—Quizás hayáis encontrado ese artículo perdido, capitana, no sé de qué modo...

—Vaya... ¿ahora es algo *perdido*?

—Creo que se ha perdido y que ya ha sido encontrado.

—¿De qué nave eres, kif?

—Si eres tan lista como te imaginas, capitana, ya debes saberlo.

—Me gustaría saber con quién estoy hablando... aunque sea un kif. Creo que conoces mi nombre, dado el modo en que merodeas por aquí. ¿Cuál es el tuyo?

—Mi nombre es Akukkakk, capitana Chanur. Pyanfar Chanur... Sí, te conocemos. Te conocemos muy bien, capitana. Hemos llegado a *interesarnos* por ti... ladrona.

—Oh... Akukkakk, ¿de qué nave? —examinó atentamente al kif, cuya túnica era algo mejor de lo normal, notando que en su porte había muy poco del modo con que los kif tratan a especies de talla más corta, encorvando los hombros y adelantando la cabeza. No, este kif la miraba desde arriba, sin encorvarse ni un centímetro—. Me gustaría saber eso también, kif.

—Acabarás sabiéndolo, hani... no, una última oportunidad. Pagaremos por lo que has encontrado. Te hago esa oferta.

Los pelos de su bigote se abatieron de pronto como si hubiera percibido un olor desagradable y repulsivo.

—Sería interesante si ese artículo estuviera en mi poder. Ese objeto perdido... ¿es redondo o plano? ¿O quizá lo robó alguien de tu tripulación, capitán kif?

—Ya conoces su forma, dado que está en tu poder. Entrégnoslo y se te pagará. De lo contrario... también se te pagará, hani, también.

—Describeme el artículo.

—Por su vuelta en buen estado... oro, diez barras del mejor oro. En cuanto a la descripción, arréglate con lo que tienes.

—Lo tendré presente, kif, por si casualmente encuentro algo fuera de lo normal y que huelga a kif. Pero de momento no he encontrado nada.

—Eso es peligroso, hani.

—¿Qué nave, kif?

—La *Hinukku*.

—Recordaré tu oferta. Sí, ten por seguro que la recordaré, maestro de ladrones.

El kif no dijo ni una palabra más, convertido en una rígida torre silenciosa. Pyanfar lanzó un seco escupitajo hacia sus pies y se marchó, andando muy despacio y con aire desafiante.

La *Hinukku*, claro. Un tipo de problema totalmente nuevo, eso habían dicho los mahendo'sat, y quizás este kif taciturno o algún otro hubieran visto... o hablado con quienes habían visto algo. Oro, ésa era su oferta. Un kif... pagando rescate. Y además no precisamente un kif cualquiera. Siguió andando con un hormigueo entre los omóplatos y una creciente aprensión por Tirun, la pequeña silueta que ahora recorría las plataformas curvadas del muelle. No había ni la menor esperanza de que las autoridades de la estación intentaran evitar un crimen... al menos, no uno donde las partes fueran un kif y una hani. La neutralidad stsho consistía básicamente en no

meterse en nada y su ley se limitaba al arbitraje después de los hechos.

Las naves stsho eran las víctimas más numerosas de las incursiones kif y, pese a ello, los kif seguían atracando sin problemas en Punto de Encuentro. Qué locura. Sintió cómo el vello de la espalda se le erizaba y sus orejas se agitaron levemente, haciendo tintinear sus anillos. Una hani podía entenderse con los kif y darles una buena lección, pero de ello no sacaría el menor provecho, y aún menos ahora. ¿Desviar todas las naves hani de un provechoso comercio para que se dedicaran a cazar kif? Otra locura... a menos que no se tratara concretamente de la *Orgullo*.

—Todo dentro —le dijo a su tripulación—. Subid los recipientes y cerradlo todo. Preparad la nave para abandonar el dique. Voy a llamar a Tirun. Es peor de lo que pensaba.

—Iré a buscarla —dijo Haral.

—Haz lo que digo, prima... y que Hilfy no se entere de nada.

Haral obedeció. Pyanfar siguió andando lentamente: una vieja costumbre, no corras nunca; quizás el orgullo, quizá la cautela o un instinto que no era de por sí ni bueno ni malo. Fuera lo que fuera, nunca corría si alguien podía verla. Sus zancadas se fueron haciendo más grandes hasta que algunos transeúntes (stsho) se dieron cuenta de ello y se la quedaron mirando. Estaba alcanzando a Tirun. Estaba prácticamente a la distancia suficiente como para llamarla con un grito pero aún faltaba un buen trecho por la curvatura del muelle para alcanzar la *Viajera de Handur*. Tirun debía pasar frente a la *Hinukku* para alcanzar la nave hani pero antes se encontraba la nave mahendo'sat, la *Mahijiru*. Si al menos Tirun decidía visitar antes esa nave para cumplir con su encargo, lo cual sería lógico dado el peso de las cajas que llevaba bajo el brazo... Sí, era lo más lógico aun considerando la premura del otro mensaje.

Ah... Tirun estaba en el dique mahendo'sat. Pyanfar lanzó un suspiro de alivio y, rompiendo su propia regla en el último segundo, echó a correr detrás de unos recipientes para unirse al grupo que se estaba formando alrededor de Tirun. Una palmada en el brazo de un sorprendido mahendo'sat, un par de empujones y logró abrirse paso hasta Tirun, agarrándola por el brazo sin más ceremonias.

—Problemas. Vámonos, prima.

—Capitana —dijo Dientes-de-oro a su derecha—. ¿Volver para hacer un nuevo trato que resultase más grande?

—No te preocupes por eso. Las herramientas son un regalo. ¡Vamos, Tirun!

—Capitana —se dispuso a decir Tirun, aturdida, viendo cómo Pyanfar tiraba de ella, Los mahendo'sat les abrieron paso en tanto que su perplejo capitán les seguía, parloteando todavía sobre las soldadoras y las perlas.

Kif. De pronto un semicírculo de figuras vestidas de negro apareció rodeando al grupo de peludos mahendo'sat. Pyanfar aferró a Tirun por la muñeca y la hizo

avanzar.

—¡Cuidado! —gritó Tirun de repente: uno de los kif había sacado una pistola de su túnica.

—¡Corre! —le ordenó Pyanfar y las dos hani se lanzaron por entre los mahendo'sat, que maldecían a pleno pulmón, para aparecer detrás de los recipientes, donde se había formado otro grupo de kif. A sus espaldas sonaron varios disparos. Pyanfar derribó a un kif con un zarpazo capaz de romperle las vértebras pero no aflojó su carrera para comprobarlo. Tirun corría detrás de ella: las dos hani huyeron mientras que los disparos hacían brotar nubecillas de humo en las placas del suelo.

De pronto alguien disparó desde su derecha, Tirun lanzó un grito y tropezó, herida en la pierna. Ahora se veían más kif en las oficinas del muelle y uno de ellos, muy alto, era familiar, Akukkakk, con sus amigos.

—¡Bastado sin orejas! —gritó Pyanfar, agarrando a Tirun y reemprendiendo la carrera hasta conseguir ocultarse tras los recipientes de otra nave mahendo'sat entre una granizada de disparos y el olor pestilente del plástico chamuscado. Tirun estaba medio conmocionada pero una maldición acompañada por una buena sacudida en el brazo lograron que volviera a correr desesperadamente: la quemadura hecha por el disparo empezó a sangrar de nuevo.

Cruzaron por un espacio abierto, no teniendo otra elección, mientras detrás de ellas y a su derecha sonaban los agudos gritos de los kif que las perseguían.

De pronto se oyó un rugido ante ellas y hubo otro estallido multicolor de disparos, procedente del dique de la *Orgullo*. Su tripulación estaba devolviendo el fuego, apuntando bastante alto para no herirlas pero sin dejar duda en cuanto a sus intenciones. Las señales de alarma empezaron a funcionar emitiendo un zumbido grave y penetrante. En los muros y en la curvatura del techo se habían encendido los intermitentes rojos y al final del muelle se veía al personal de la estación huyendo asustado en busca de refugio. Si había kif entre ellos vendrían también de esa dirección, sorprendiendo a sus tripulantes por la espalda.

Hilfy era la cuarta en esa línea de siluetas que disparaban cubriéndolas en su carrera con una dispersa tormenta de fuego. Pyanfar arrastró a Tirun por entre ellas agarrándola del cuello. Tirun tropezó y cayó sobre las placas metálicas pero Pyanfar logró ponerla de nuevo en pie y tuvo el tiempo justo de mirar hacia atrás: el muelle estaba lleno de enemigos bien protegidos que disparaban contra su tripulación, ahora demasiado expuesta al fuego.

—¡Adentro!—Les gritó con el último aliento que le restaba, a punto de caerse sobre la rampa de acceso por la velocidad de su carrera. Haral empezó a retirarse y agarró a Tirun por el otro lado mientras que Hilfy, sorprendiéndola, agarraba a Pyanfar por el brazo.

Pyanfar miró de nuevo hacia atrás, sintiendo el deseo de volverse y luchar. Geran

y Chur se retiraban ordenadamente detrás de ellas, dando aún la cara a los kif y disparando, con lo que habían logrado impedir que éstos avanzaran para tener un mejor punto de fuego. Hilfy le tiró del brazo y Pyanfar se soltó de una sacudida: ya estaban en la primera puerta de la rampa—. *¡De prisa!* — les gritó a Geran y Chur y apenas entraron éstas, aún disparando, Pyanfar activó el cierre de la puerta. La pesada lámina de acero se encajó con un golpe apagado en el hueco y las dos se apartaron, tambaleándose, mientras que Hilfy saltaba como un rayo hacia adelante bajando de un golpe la palanca del cierre.

Pyanfar se volvió hacia Tirun, que seguía de pie aunque medio derrumbada entre los brazos de Haral, apretándose el muslo derecho. Sus pantalones azules estaban oscurecidos por la sangre que le corría por la pierna hasta formar un charco en el suelo, y de su boca fluía un interminable torrente de maldiciones.

—Continuad —les dijo Pyanfar. Haral cogió a Tirun en brazos y se la llevó, aunque el peso no era despreciable. Ascendieron por la rampa hasta llegar a su propia compuerta y, después de haberla sellado, se sintieron un poco más seguras.

—Capitana —dijo Chur, como si estuviera hablando de un asunto absolutamente normal—, todas las conexiones han sido soltadas y la rampa de carga está aflojada. Por si acaso...

—Bien hecho —le dijo Pyanfar, sintiendo un gran alivio al oírla. Cruzaron la esclusa y entraron en el corredor principal de la cubierta inferior—. Aseguraos de que el Extraño esté bien y dadle un sedante fuerte. Tú... —miró a Tirun, que estaba intentando caminar apoyando un brazo en los hombros de su hermana—, ponte una venda en esa pierna, rápido. No hay tiempo para nada más. Nos largamos. No creo que la *Hinukku* se quede inmóvil y no tengo ganas de que los kif me pasen por la cola cuando tengamos la nariz apuntando a la estación.

Todo el mundo listo para maniobrar.

—Yo me ocuparé de la venda —dijo Tirun—, dejadme en la enfermería.

—Hilfy —dijo Pyanfar, dirigiéndose a su sobrina mientras ésta esperaba junto al ascensor—. Eres desobediente —murmuró una vez la tuvo bien cerca.

—Perdóname —dijo Hilfy. Entraron en el ascensor y la puerta se cerró. Pyanfar le dio un golpe a la joven arrojándola contra la pared del ascensor y luego pulsó el botón de la cubierta principal. Hilfy se enderezó, consiguiendo no llevarse la mano a la oreja golpeada, pero tenía los ojos acuosos y las orejas pegadas al cráneo. Sus fosas nasales estaban dilatadas como si se enfrentara a un potente vendaval.

—Estás perdonada —dijo Pyanfar. El ascensor se paró y Hilfy empezó a correr por el pasillo hacia el puente pero Pyanfar, deliberadamente, caminó sin apretar el paso. Hilfy se detuvo y la imitó, cruzando con ella el umbral que limitaba el perímetro curvado de la sala principal de operaciones.

Pyanfar se instaló en su asiento acolchado ante una hilera de monitores y empezó

a conectar los sistemas. De la estación llegaba el graznido de las protestas ofendidas de los stsho.

—Ocúpate de eso —le dijo Pyanfar a su sobrina mientras sus manos volaban sobre los conmutadores—. Dile a la estación que nos largamos, tendrán que hacerse a la idea y conformarse.

Un breve lapso de tiempo. Hilfy envió el mensaje en su algo vacilante stsho, olvidándose del traductor mecánico en su prisa.

—Se quejan de que mataste a alguien.

—Magnífico —las abrazaderas se soltaron con un chasquido y un indicador le informó de que estaban en buena posición—. Diles que nos alegramos de haber eliminado a un kif que empezó a disparar sin la menor provocación, poniendo en peligro las vidas de quienes estaban en el muelle, por no hablar del riesgo para las mercancías. —Conectó el repulsor y de pronto se encontraron libres del muelle, perdiendo la gravedad y readquiriéndola un instante después en otra dirección. Luego puso en funcionamiento los secundarios que soltaban la *Orgullo* de la estación, realineando así sus puntos de referencia en el espacio.

La gravedad de la nave empezó a subir lentamente, un pausado tirón que intentaba contrarrestar el impulso procedente de la popa.

—La estación está muy preocupada —le informó Hilfy—. Piden hablar contigo, tía.

Amenazan con no permitirnos atracar en ningún sitio que pertenezca a los stsho...

—No te preocupes de los stsho —Pyanfar estaba examinando las imágenes de sus monitores. Vio que otra nave quedaba suelta, más o menos donde debía encontrarse la *Hinukku*. De pronto la imagen se llenó de estática al protegerse la *Hinukku* con todas sus pantallas disponibles para hacer algo que Pyanfar ignoraba—. Por los dioses, así se pudran —sus manos se lanzaron salvajemente hacia los controles y logró reorientar la *Orgullo* con la suavidad suficiente como para no romperle los huesos a cualquiera que aún no se hubiera protegido para las maniobras... y, al mismo tiempo, dando así una buena advertencia de que sería mejor que lo hicieran—. Si nos disparan se llevarán por delante la mitad de la estación.

¡Dioses! —accionó el mando de comunicación general—. Agarraos. Vamos a ir deprisa.

Esta vez todo pareció enloquecer. Un cuaderno de notas cruzó el puente como un rayo y aterrizó en algún lugar más adelante, a centímetros de los controles. Hilfy lanzó un bufido y por el intercomunicador llegó un abundante surtido de maldiciones. La *Orgullo* no había sido construida para tales maniobras y menos aún para las que vinieron a continuación, un golpe seco que frenó de repente todo el impulso direccional que llevaban y, haciendo bajar bruscamente el morro de la nave, les colocó casi al instante en el nadir de la estación (el cuaderno voló rápidamente hacia

su punto original), seguido por un acelerón que trajo consigo otro vuelo de páginas aleteantes.

—Bastardos sin madre —dijo Pyanfar, manipulando los controles que conectaban la torreta al monitor de tal modo que ésta giraría automáticamente apuntando a cualquier objeto de cierto tamaño que entrara en su campo visual—. Ahora, que asomen las narices por aquí... —Le dolían las articulaciones. En el cuadro de mandos sonaban multitud de alarmas y un sinfín de luces parpadeaba, indicando que bastantes mercancías se habían soltado de sus amarras. Se pasó la lengua por los dientes y arrugó la nariz, preguntándose qué cuadrante del monitor debía vigilar. Luego puso a la *Orgullo* en una lenta rotación axial, corriendo el riesgo de esperar que los kif no aparecieran bajo la estación en un lugar tan obvio como ése, inmediatamente contiguo a su última posición conocida—. Vigila el monitor —le dijo a Hilfy, concentrándose mientras tanto por unos segundos en el tablero de operaciones para asegurarse de que todo iba bien—, Haral, sube aquí.

—¡Tía! —dijo Hilfy. Pyanfar giró velozmente y vio en la pantalla un poco de polvo luminoso: la estática cubría la parte superior de la imagen. El control automático de disparo que había dispuesto era capaz, teóricamente, de reaccionar ante señales aún más ligeras pero nada había ocurrido. El ascensor al otro lado del pasillo se detuvo con un golpe y luego empezó a zumbear. Haral no había acusado recibo de su orden, pero ya venía.

—Dispararemos contra cualquier cosa que parezca sólida —dijo Pyanfar—. Sigue vigilando esa nube de estática, sobrina. Y ten cuidado, podría ser simplemente una estratagema. No me fío de nada.

—Sí —dijo Hilfy con voz tranquila, para añadir un instante después—: ¡Mira!

—Más estática —dijo Pyanfar, identificando las líneas luminosas, con el corazón aún helado por el grito de Hilfy—. Sé precisa en cuanto al cuadrante, basta con el número.

Pies corriendo en el pasillo. Haral entró en la sala de mandos. Hilfy cedió su lugar ante los monitores y Haral se instaló en el tercer asiento, ajustándose las correas de sujeción.

—No había planeado moverme tanto —dijo Pyanfar, sin apartar nunca los ojos de la pantalla—. ¿Alguna herida?

—No —dijo Haral—, todo bien.

—Por aquí se lo están pensando —dijo Pyanfar.

—¡Tía! ¡4/2!

La torreta estaba girando y el detector enfocaba la pantalla número cuatro. Una oleada de energía por encima de la estación: más estática y luego materia sólida.

—Capitana, le han dado a la estación —Haral, con voz incrédula—. Han disparado.

—La *Viajera de Handur*... —Pyanfar había trazado el origen en el toroide de la estación y la relación estaba clara—, Oh, dioses... —Conectó el repulsor y envió la nave rápidamente hacia el núcleo de sombra de la estación, inclinando el morro con un segundo impulso y luego cortando el motor principal, con lo que la hizo salir despedida del nadir de la estación, el morro hacia el infinito. Pyanfar quitó la tapa roja de un control y lo accionó. La *Orgullo* osciló, sacudida por una explosión.

—¿Qué fue eso? —dijo Hilfy—. ¿Nos han dado?

—Acabo de soltar la carga —Pyanfar tragó aire y sus fosas nasales se ensancharon. Sus garras aparecían y desaparecían, hundiéndose en los brazos del asiento. La gravedad les estaba haciendo pasar un mal rato: la *Orgullo de Chanur* iba lanzada a toda velocidad, con su relación masa/impulso bruscamente alterada, lista para huir—. Haral, danos un rumbo.

—En marcha —dijo Haral, mientras las cifras empezaban a brotar en la pantalla del ordenador a la izquierda de Pyanfar.

—Tendremos que encontrar un sitio tranquilo.

—Urtur está a un solo salto de distancia —dijo Haral—, yendo tan ligeras como ahora.

Puede...

—Tendrá que estarlo. Más allá de Punto de Encuentro, en la otra dirección, se encontraba el espacio stsho, con muy pocos puntos de salto para ayudarles, siendo una zona en la que escaseaba ese tipo de masas mediante las cuales avanzaba la *Orgullo* y cualquiera otra nave de salto. Y el resto eran zonas kif o knnn, y regiones inexploradas en las que no habían sido localizadas todavía las coordenadas de salto. Saltar a ciegas en esos lugares podía significar el no regresar nunca a un lugar conocido.

Conectó otro tablero haciendo aparecer en él las gráficas del salto. Urtur... Estaba en la dirección por la que habían llegado. Con carga les habían hecho falta dos saltos. Era un sistema muy grande en el que los mahendo'sat mantenían ciertas manufacturas y explotaciones mineras, concediendo licencias a otras razas. Quizá pudieran cubrir esa distancia ahora en un solo salto. Los kif no les seguían... aún, pero eso no les era imprescindible. Podían imaginar sus destinos posibles mediante la masa que habían soltado y evaluando la lógica de la situación. *Oh, hermano mío*, pensó, preguntándose cómo podría enfrentarse algún día a Kohan. La desgracia le afectaría sin duda: la carga perdida, el haber salido huyendo de la estación mientras que una nave hani perecía indefensa en ella. Quizá Kohan Chanur no fuera capaz de soportarlo y eso podía inducir a otros machos jóvenes para desafiarle. Y si había los suficientes desafíos y la frecuencia era elevada...

No, ése no sería el final de Chanur. No pensaba volver a casa con esa clase de noticias. No hasta que los kif hubieran pagado su culpa y la *Orgullo* se hubiera

cobrado la deuda.

—Quince para punto de salto —dijo Haral—. Capitana, no hay duda de que nos tienen bajo observación.

—No hay duda —dijo ella, y tras el rostro curtido de Haral distinguió el de Hilfy, sin una marca y con los primeros inicios de su barba, asustada pero intentando no demostrarlo.

Pyanfar conectó el comunicador general—. Preparadas para el salto.

La alarma empezó a sonar, llenando la nave con un lento gemido. La *Orgullo* saltó hacia adelante impulsada por sus ondas generadoras, cobrando velocidad gracias a la separación entre dimensiones, sufriendo varios salvajes arranques en falso y entrando finalmente de golpe en el espacio intermedio. Pyanfar escondió las garras en un reflejo creado por décadas de costumbre y, aplicando esa gimnasia mental que consistía en mentirle a su oído interno, logró mantener el equilibrio. ¡*Vamos!*, le dijo a la nave, animándola, como si por pura fuerza de voluntad le fuera posible lograr que corriera una distancia mayor.

3

La *Orgullo* volvió de nuevo a la existencia con la pegajosa lentitud de una pesadilla, apareciendo y esfumándose varias veces entre un caos de instrumentos confundidos por el salto, que acabaron revelando una posición aún fuera del alcance de Urtur, tan lejos que apenas si era posible percibir un indicio de masa estelar.

Habían estado a punto de fallar, pese a que habían forzado al máximo la nave.

Pyanfar intentó erguirse en su asiento acolchado, luchando para mover sin equivocarse los dedos de su mano y obligarles a que cerraran los monitores. Bloqueó las luces, la débil transmisión que les identificaba dando su posición y todas las emisiones de la nave, sin olvidar nada pese a la confusión mental que seguía siempre a la aparición en el espacio normal. Luego empezó los pasos para ir disminuyendo su velocidad, que era demasiado alta pese a la onírica lentitud con que les parecía moverse. Centró su mente en el trabajo, intentando que sus pensamientos no se perdieran imaginando el horror que habían dejado detrás y lo escaso de su margen al huir de él.

Hilfy vomitó, lo que no constituía una reacción al salto demasiado anormal, pero tampoco ayudaba en nada al estómago de Pyanfar.

—Estamos bajando a velocidad de crucero en sistema —dijo Pyanfar por el comunicador—. Es posible que los kif se detuvieran un rato para examinar todo lo que arrojamos antes pero no tardarán en llegar. O quizá ya estén aquí, probablemente, con más kif para ayudarles. Lo contrario me sorprendería mucho. Hemos cerrado todas las transmisiones y la emisión de energía. No vamos a usar los motores principales. ¿Todas bien?

La respuesta llegó con un retraso considerable.

—Parece que sí —sonó la voz de Tirun desde la cubierta inferior, que había perdido casi todo lo que era su misión controlar cuando la carga fue arrojada al espacio—. Chur y Geran están empezando una comprobación por controles remotos pero creo que cuando soltamos la carga la separación fue bastante limpia. Todos los sistemas en funcionamiento y en buen estado.

La velocidad siguió bajando mientras Hilfy, avergonzada, limpiaba los restos de su vómito. Haral se mantuvo en su puesto y Pyanfar se entregó a una febril serie de cálculos centrados en la imagen que habían obtenido al llegar antes de cerrar los monitores, ayudada por los datos que seguían recibiendo de modo pasivo. Un delicado ajuste, luego ir disminuyendo el impulso relativo hasta el flujo en el que intentaban entrar a fin de ofrecer la menor superficie posible y que los riesgos de la entrada fueran soportados por las partes más robustas de la nave: se trataba de sincronizar la *Orgullo* con la rotación general del sistema de Urtur, compuesto de fragmentos de roca y gases extendidos sobre las órbitas de diez planetas, cincuenta y

siete lunas principales y un número incalculable de planetoides y cuerpos menores; uno de los sistemas más difíciles para que una nave pudiera entrar con rapidez en su plano central.

La *Orgullo* estaba recogiendo señales de una instalación mahendo'sat situada más al interior... al menos, parecía que ése era su origen, dado que la transmisión se había vuelto ininteligible no sólo por la distancia, sino también por el tiempo transcurrido desde que fue emitida. Parte de ella podía deberse a naves que estuvieran recorriendo el sistema, tanto mercantes como los incontables navíos mineros de todos los tamaños que iban desde los enormes cargueros de mineral hasta los vehículos monoplaza de los prospectores. Llegado el momento la *Orgullo* debería anunciar su presencia y su identidad, pero ella no tenía intención de hacerlo. Había una buena oportunidad de que su llegada hubiera tenido lugar fuera del alcance de las mejores instalaciones del sistema y no veía el menor provecho en hacer que los mahendo'sat de Urtur se vieran metidos en una pelea privada con los kif.

Quizás éstos hubieran llegado hacía días gracias a que disponían de una nave más potente y quizás el parloteo de las transmisiones se lo revelara, si eso había ocurrido. Siguió escuchando las transmisiones mientras terminaba la reducción de velocidad y luego ajustó todos los factores con la esperanza de que su posición fuera la que ella pensaba, mientras iba contando.

La *Orgullo* avanzaba ahora a la deriva y su único movimiento era el de la rotación para mantener la gravedad. Siguió contando. De pronto se oyó un leve repiqueteo en el casco seguido por un chirrido más fuerte: polvo cósmico, después rocas. El blanco estaba delante y Pyanfar localizó un grupo de rocas que les superaba en velocidad, una masa fría que les rodeaba cual un enjambre protegiéndoles con su pantalla de la posible llegada de los kif. Disparó los cohetes direccionales y ajustó de nuevo el rumbo. El repiqueteo fue disminuyendo hasta convertirse en algún impacto ocasional con el polvo cósmico. Hilfy, en pie junto a la consola de comunicaciones, miraba a su alrededor como si esperara ver los impactos pese a que todos los sensores estaban apagados. Sus ojos se encontraron con los de Pyanfar y se desviaron rápidamente hacia Haral, que permanecía con aire ceñudo sentada en su puesto intentando aún calcular su posición: Hilfy, con un esfuerzo de voluntad, se mantenía serena y logró no encogerse cuando la siguiente roca golpeó el casco.

Pyanfar levantó su cuerpo dolorido del asiento y cruzó con paso no muy seguro el puente hasta apoyar la mano en el dorso del asiento de Haral.

—Conecta los sensores entre sí —le dijo—. Ponlos en el canal uno y cuida de que siempre haya alguien vigilando. Quiero una conexión con la sala de abajo: aún les queda un poco por hacer. Los kif acabarán asomando la nariz, no lo dudes, así que vamos a quedarnos muy quietas. Recibimos señales pero no emitimos ninguna y tampoco maniobramos. Lo único que haremos será seguir avanzando a la deriva.

—Bien —Haral empezó a realizar las conexiones eliminando algunas funciones del centro de comunicación, algo que le incumbía hacer a Hilfy. En su rostro de rasgos anchos y curtidos no había ni la menor señal de inquietud ante toda esta locura. Haral conocía el juego; ya habían tenido una o dos ocasiones para poner en práctica este silencio oscuro y prolongado, ya fuera esperando la llegada de los kif o de algo desconocido... pero nunca lo habían hecho en el campo estelar de Urtur, plagado de objetos a la deriva, donde era probable que hubiera más naves y se diera una colisión. Haral ya lo sabía, pero esas instrucciones la capitana las había dado pensando en Hilfy.

Pyanfar cogió su sensor portátil de la pared y tomó otro para Hilfy, que estaba apoyada en la consola con las fosas nasales convertidas en una rendija y las orejas echadas hacia atrás. Pyanfar te dio una palmada en el hombro y dejó caer el sensor en su mano.

—Venga, fuera de aquí. Ahora todo está bajo control automático y no hay nada que puedas hacer —pasó junto a Hilfy y se fue por el corredor con un espantoso dolor de cabeza, el estómago revuelto por las preocupaciones y el obsesivo deseo de tomar un baño.

Su camarote no estaba en tan mal estado como había temido, pese a que no había podido asegurar las cosas para el salto. Las sábanas del lecho no se habían soltado de sus ajustes y la única víctima del salto era un montón de mapas que yacían dispersos en el suelo. Rechinó los dientes intentando olvidar el doloroso latir de su cráneo y fue recogiendo los mapas, alisando los bordes arrugados. Luego dejó el montón en su escritorio y se quitó la ropa, llena de sangre, cepillándose el pelo para quitarse la sangre seca y eliminar el vello suelto. A cada salto se le caía algo de pelo... de puro miedo. Tenía los músculos tensos. Flexionó sus rígidos hombros y el brazo que se le había envarado a causa de la lucha contra la gravedad variable hasta hacer que le dolieran las costillas. Después recogió el sensor y se lo llevó al baño, escuchando la estática que brotaba de él y dejándolo en el mostrador antes de ir a la ducha.

La ducha, cálida y reconfortante, era una pura delicia. Alzó el rostro hacia el chorro, dejando que su barba y melena se pusieran en orden bajo la presión, y luego se volvió de espaldas hacia éste mientras el masaje iba calmando sus hombros doloridos.

El sensor emitió su zumbido de emergencia. Pyanfar maldijo y abrió de un tirón la puerta de la ducha, patinando en el suelo y saliendo de su camarote, desnuda y chorreando agua. Por el camino se encontró con Haral y Hilfy que volvían cada una por su lado, pero llegó a la consola central antes que ellas.

Donde antes había sólo espacio vacío ahora se encontraba una nave, recién salida del salto. Pyanfar se inclinó sobre el tablero y limpió el agua que había caído en la pantalla, apartándose luego un poco para no mojarla más. La recién llegada se

encontraba más cerca de Urtur que ellas, llevándoles una buena ventaja tanto en el eje horizontal como en el cénit. Había llegado hacía ya un rato: la señal que habían recibido procedía de ella.

—Casi una hora antes —calculó Haral—, pero puedo afinar el cálculo.

—Hazlo.

Permanecieron observándola en tanto que Pyanfar iba formando un charco de agua fría sobre el suelo y la consola.

—Va hacia adentro —afirmó finalmente al ver las cifras de Hilfy, comprobándolas con la recepción actual—. Si son los kif han saltado en exceso y ahora tendrán que jugar un poco a cazarnos. Una onda nuestra está a punto de llegar ahí pero no lleva nada para que puedan distinguirla del resto de la chatarra que hay fuera. Bien —de pronto recordó que iba desnuda y se irguió, apartándose de la consola—. Limpia eso —le dijo con cierto énfasis a Hilfy, la más joven de las presentes, y luego se alejó, con su dignidad más que puesta a prueba.

—Capitana —dijo la voz de Haral en el sensor. Pyanfar atravesó el camarote en dos zancadas y conectó el comunicador que había junto a su lecho, sosteniendo aún el cepillo en la mano.

—Te recibo.

—Tenemos aquí algo que suena mal —le dijo Haral—. Creo que hay kif, desde luego. Lo que entró en el sistema hace poco puede que sea mahendo'sat; también recibo voces y señales kif en el centro del sistema.

—No me sorprende. Compadezco a los *mahe* que se hayan dejado caer por aquí, si se trata de eso. Pero también podrían haber cubierto el ruido que hiciéramos nosotras al entrar.

—Quizá —dijo Haral—. ¡Dioses, capitana! Para empezar es imposible saber cuántos kif puede haber en Urtur. Puede que haya todo un enjambre de kif encima de los mahendo'sat.

—Sólo los dioses saben qué problemas habrán tenido con los kif hasta ahora. Esa pandilla de Punto de Encuentro puede haber llegado aquí en el salto con cinco o seis días de antelación a nosotros. Olvídalo, no te preocupes por ello. Tenemos otras cosas de qué preocuparnos.

—Bien —dijo Haral con reluctancia.

—Mantén el silencio, Haral. Hasta que los tengamos encima, no moveremos ni un dedo.

—Bien, capitana.

La conexión se interrumpió. Pyanfar aspiró una larga bocanada de aire y se quedó inmóvil frente al comunicador. Un segundo después captó la imagen que podían obtener en esos momentos, la procedente del telescopio en la cúpula de observación. Urtur resultaba impresionante visto desde tan lejos, como un platillo de luz lechosa.

Una sombra cruzó la imagen: un pedazo de roca, sin duda, parte del enjambre con el que viajaban. Hizo desaparecer la imagen. Las rocas avanzaban en su ciego curso, golpeando el casco de vez en cuando con un leve ruido que apenas llegaba hasta este lugar en el núcleo de la *Orgullo*, mientras la nave fingía ser una mota en la enorme lente de Urtur. Este tipo de silencio era un viejo truco que funcionaba... a veces.

Siguió cepillándose y finalmente, con el pelaje seco y la barba y la melena puestas en orden, sedosas y adornadas con sus anillos, se puso su tercer par de pantalones, de tela verde y oro con un complejo adorno de cadenillas de oro auténtico en las caderas. Sustituyó su pendiente de perla por uno de esmeralda y se inspeccionó las garras, notando una aspereza. Se había roto una punta. Ese kif tenía la piel dura. Pero al menos había conseguido darle bien a ese bastardo del muelle, lo que ya era cierto consuelo respecto al cargamento y la herida de Tirun. En cuanto a las vidas hani que se habían perdido... eso aún estaba pendiente.

Regresó nuevamente a la sala de control, donde Hilfy montaba guardia. Ahora tenían mucho más espacio gracias a la rotación, pues la gravedad en la nave hacía accesibles los camarotes de la tripulación y gran parte del espacio de carga, al igual que esa amplia parte delantera de la sala de control que era inaccesible durante la carga. Algunas tripulantes debían estar ahora comiendo o durmiendo, ya que ese tipo de asuntos se dejaba siempre a su arbitrio: ellas sabían mucho mejor que nadie cuándo necesitaban descansar y en qué momento sus necesidades eran compatibles con las de la nave. Pyanfar apareció entre la penumbra del puente, rodeada de pantallas apagadas y paneles casi a oscuras: Hilfy se volvió a mirarla con el rostro preocupado y los rasgos algo hinchados. Hilfy montaba guardia como si su presencia allí resultara imprescindible, con las orejas bien tiasas y las pupilas dilatadas al máximo, lo que acarreaba el lógico cansancio.

—¿Haral te ha dejado de guardia, chiquilla?

—Haral dijo que iba a la cubierta inferior.

—Creí haberte dicho que te fueras.

—Creí que no haría ningún daño estando aquí. No consigo descansar.

—Al no descansar le haces una mala pasada a la nave. El insomnio es algo que ya aprenderás a solucionar, chiquilla. La espera será demasiado larga como para que nos hagamos pedazos aquí, sin dormir. No podemos hacer nada.

—Siguen llegando señales. Son ellos... la misma nave kif. Le están preguntando a las naves mahendo'sat dónde estamos y no paran de amenazarles. Nos llaman ladronas.

Pyanfar lanzó un seco escupitajo y sonrió.

—Qué delicado honor... ¿Y qué hacen al respecto los mahendo'sat?

—Nada. Parece que después de todo es una estación mahendo'sat pero el lugar está lleno de naves. Eso es una ayuda para ellos, ¿no? Pensé que *harían* algo en vez

de permitir que los kif obren a su antojo.

—Puede que también haya muchas naves kif —Pyanfar se inclinó hacia el tablero y comprobó las señales y el escaso flujo de datos que el ordenador conseguía obtener en recepción pasiva. Una roca golpeó la nave con un lento chirrido metálico; una pantalla se iluminó con un chispazo de estática para corregirse automáticamente: un impacto en las antenas—. Chiquilla, no pienso decirte lo cerca de perder las coordenadas que estuvimos en ese salto. Si ese kif llegó aquí antes que nosotros, entonces es considerablemente más fuerte. Debe de ser todo potencia con muy poco espacio para carga de gran valor. ¿Eso te dice algo?

—Que no es un carguero.

—Una nave rápida de los kif. Unos cuantos tanques falsos por encima, un casco y prácticamente una masa nula enmascarando lo que es en realidad. ¿Me entiendes? Esas naves son las que se encargan de la matanza y luego vienen los cargueros auténticos, las naves que se alimentan de carroña y que chupan la carga para hacer luego el comercio en algún puerto. Es probable que nos enfrentemos a este tipo de nave: rápida y dedicada a la caza. Han sobrestimado nuestra capacidad y han saltado en exceso, muy probablemente; quizás el tráfico de entrada en el sistema ha sido lo bastante numeroso como para confundirles aún más. Si se trata de eso puede que ya hayamos tenido toda la buena suerte que es legítimo esperar...

—¿Vamos a quedarnos aquí sentadas? —le preguntó Hilfy—. Una nave tras otra están entrando en el sistema sin saber dónde se meten... todas las naves de Punto de Encuentro que no hayan seguido la ruta stsho...

—Chiquilla, por el momento estamos ciegas. Hemos reducido la velocidad a casi cero... y es probable que algunas de esas naves que andan cazándonos no lo hayan hecho, con lo que aún puede llegar alguna. Ya sabes en qué clase de situación nos coloca eso: que somos un blanco inmóvil.

—Si todas se dirigen hacia el centro —sugirió Hilfy con cautela—, podríamos saltar otra vez... podríamos desaparecer antes de que les fuera posible atraparnos y de ese modo aliviaríamos la presión que sufren esos *mahe* antes de que haya más daños. Quizá podamos conseguirlo en el siguiente punto de salto, quizá podamos llegar a Kirdu... después de Urtur, ¿no podríamos llegar a Kirdu en dos saltos? Salir de aquí... Después de este lugar hay otras elecciones posibles, ¿verdad?

Pyanfar la observó en silencio.

—Has estado haciendo algunas investigaciones, ¿verdad?

—Examiné los datos.

—Ya... —era una idea bastante inteligente y a ella se le había ocurrido incluso antes de saltar, pero en el asunto quedaban demasiadas piezas por encajar, demasiados movimientos que no podían ser calculados. ¿Cuál era la fuerza real de los kif, y por qué razón estaban aquí?—. Es posible —apuntó con un dedo a Hilfy—.

Primero debemos cuidar de nosotras mismas. Vamos abajo y veamos cuánta mercancía nos queda.

—Creí que la habíamos tirado toda.

—Oh, no, sobrina; al menos, no la que desean los kif —se apoyó en ta consola comprobando la conexión del sensor—. Creo que podemos dejarlo reposar un poco. Ven.

Todas las transmisiones que se reciben quedan grabadas automáticamente: luego las comprobaremos. No puedes quedarte a vivir aquí arriba —puso la mano en el hombro de Hilfy—. Vamos a hacer unas cuantas preguntas...

Su pasajero sin invitación había quedado bien instalado después del salto: estaba envuelto en un capullo protector de mantas y se le había dado un sedante; ahora estaba junto a la ducha convertido en un montón de tela arrugada. Tenía el cuerpo retorcido formando un nudo apretado y se había cubierto la cabeza con una manta: sólo se percibía el movimiento de su respiración.

—Está atado del tobillo —le dijo Chur mientras le observaban desde el umbral—. De momento ha estado muy dócil, pero será mejor que llame a Geran y nos aseguremos —Chur era la más pequeña de la tripulación, aún más que Geran, su hermana, cuya estatura ya no era muy elevada. Tenía una barba no muy cerrada y tanto su melena como su pelaje eran de un delicado tono amarillo, aunque el calificativo «delicado» no lo aplicaría nadie que la conociera bien.

—Ahora ya somos tres —dijo Pyanfar—, veamos cómo reacciona. —Entró en la estancia y se acercó al montón de mantas que respiraba lentamente. Tosió y algo se removió entre las mantas; una esquina se alzó levemente, revelando un ojo de color claro que la contemplaba.

Pyanfar le hizo una seña.

Las mantas volvieron a quedar inmóviles.

—Creo que me entiende perfectamente —dijo—. Chur, creo que deberás llamar a Geran.

Puede que tengamos que hacerle salir a la fuerza y no me gustaría que sufriera daño.

Chur se fue. Hilfy se quedó con su tía. Las mantas volvieron a removerse y el intruso hizo un vacilante esfuerzo para apoyar la espalda en el ángulo formado por el lavabo y el compartimiento de la ducha.

—Está demasiado débil —dijo Hilfy—. Tía, está demasiado débil para luchar.

—Yo me quedaré vigilandole —propuso Pyanfar—. Tenemos un traductor simbólico mahendo'sat y unos cuantos manuales y módulos; Haral dijo que los había puesto en la sala de operaciones del nivel inferior. Quiero el libro elemental, y ojalá los dioses no le dieran a nadie la idea de ponerlo con el resto de la carga.

Hilfy vaciló un instante, mirando de soslayo al intruso, y luego se fue a toda prisa.

—Bueno. —dijo Pyanfar, acuclillándose como ya había hecho antes y extendiendo un dedo para trazar con él los números del uno al ocho en el suelo. De vez en cuando alzaba los ojos para contemplar al intruso, que la observaba atentamente. Unos instantes después éste salió de su nido entre las mantas e hizo el gesto de escribir algo en el suelo pero retiró el brazo y se quedó mirándola hasta que ella llegó a dieciséis y se detuvo. El intruso se envolvió más apretadamente con las mantas y sus pálidos ojos azules se clavaron en ella.

Lavado tenía mejor aspecto. Su melena y su barba podían incluso calificarse de magníficas: eran sedosas y doradas como polvillo de oro. Pero en el brazo desnudo que sobresalía de las mantas había las feas huellas amoratadas de los dedos que lo habían sujetado. Esa capa de suciedad debía de esconder un montón de golpes, pensó Pyanfar, con lo que después de todo había una razón para su actitud. No es que fuera dócil, es que ahora se encontraba debilitado. Había trazado otra línea fronteriza que abarcaba su esquina y en los ojos azules había una expresión rara, quizás analítica, como si pensara en algo difícil de elucidar.

Se puso en pie, oyendo a Chur y Geran que se aproximaban hablando por el pasillo.

Al verlas llegar se volvió indicándoles que esperaran un instante. Vio cómo los pálidos ojos del Extraño tomaban buena nota de los refuerzos y en ese momento Hilfy volvió con el manual.

—Dámelo —le dijo Pyanfar, extendiendo la mano sin apartar la mirada del Extraño.

Hilfy se lo entregó y Pyanfar abrió el libro, volviendo las páginas hacia el Extraño, en cuyos ojos brilló un chispazo de asombro. Se inclinó hacia él, sin importarle ya su dignidad dado lo serio del asunto, y empujó el manual sobre las baldosas hasta un lugar donde el intruso pudiera cogerlo, pero éste ignoró el libro abierto ante él. Otro truco que había fallado. Pyanfar se quedó inmóvil un momento con los brazos en las rodillas y luego se incorporó, alisando sus pantalones de seda.

—Espero que el traductor simbólico se encuentre en buen estado.

—Está perfectamente —dijo Hilfy.

—Probaremos con eso. ¿Puedes manejarlo?

—Aprendí con uno de ellos.

—Pues anda —dijo Pyanfar, haciéndole una seña a Geran y Chur—. Ponedle en pie pero con suavidad.

Hilfy se fue a toda prisa mientras que Geran y Chur avanzaban cautelosamente hacia el intruso. Pyanfar se apartó un poco, pensando que quizá se pusiera violento, pero no fue así. Cuando le tocaron en el hombro el intruso se levantó dócilmente con un poco de ayuda.

Estaba desnudo y el calificarlo de macho parecía una hipótesis bastante

razonable, concluyó Pyanfar, mientras el intruso cogía las mantas que habían caído a sus pies y Chur abría con grandes precauciones la cadena que le habían colocado en el tobillo, con Geran agarrándole del brazo derecho. Pyanfar frunció el ceño, algo inquieta ante la idea de tener un macho a bordo, con toda las ideas que eso podía llegar a provocar. Chur y Geran se estaban comportando con él de un modo desusadamente cortés y eso ya era un riesgo.

—Vigíladle bien —dijo Pyanfar—. Llevadle a la sala de operaciones y tened mucho cuidado con lo que hacéis —se inclinó a recoger el libro de símbolos mientras que ellas lo guiaban hacia la puerta.

El Extraño pareció dudar cuando llegaron al umbral y Chur y Geran le dieron unas palmadas en sus hombros desprovistos de vello, dejando que se tomara un tiempo para reflexionar, lo que parecía el único gesto adecuado. Permaneció inmóvil durante varios segundos, mirando hacia los dos extremos del corredor, aparentemente paralizado, pero al indicársele de nuevo...

—Vamos —dijo Geran con su voz más suave, tirando levemente de él.

El Extraño decidió cooperar y permitió que se le condujera hasta la sala de operaciones. Pyanfar les siguió con el libro bajo el brazo, irritada ante lo que les había costado hasta ahora el Extraño y con la inquietante sensación de que quizás estuviera equivocada al haber actuado de ese modo. Habían pagado demasiado por él.

Y ahora, ¿qué? ¿Entregarlo después de todo aquello a los kif, encogerse de hombros y fingir que no había ocurrido nada?

El Extraño se detenía de vez en cuando examinando lo que le rodeaba como si los acontecimientos se produjeran con demasiada celeridad para él y necesitara recobrar el equilibrio. Chur y Geran le permitían detenerse cuando quería, sin darle nunca demasiada prisa, y luego le animaban suavemente para que siguiera avanzando. El Extraño avanzaba dócilmente; quizá, pensó Pyanfar con amargura, esperando que llegara su momento mientras ponía a prueba sus reflejos y memorizaba la disposición de los corredores, si poseía la inteligencia suficiente para ello.

Finalmente llegaron a la sala de operaciones con todos sus tableros llenos de luces resplandecientes y el intruso se detuvo una vez más, respirando agitadamente, mirando a su alrededor. Ahora tendremos problemas, pensó Pyanfar, pero el intruso permitió que le hicieran entrar y se dejó instalar en uno de los asientos que había ante la consola de cargamentos, ahora apagada, cerca del mostrador donde estaba Hilfy trabajando en el traductor por cuya pantalla hacía pasar una serie de cifras. El Extraño aflojó todo su cuerpo una vez sentado, con la mirada algo extraviada y sudando abundantemente, aún envuelto en la manta que seguía agarrando con fuerza. Pyanfar se acercó al asiento y la cabeza del intruso saltó rápidamente hacia arriba al notar su presencia, sus ojos otra vez alerta. No, era algo más que estar alerta: miedo. Recordaba quién le había herido y era por lo tanto capaz de reconocerlas como

individuos, aunque se hubieran cambiado de ropa. Ya era algo.

—Hola —le dijo Pyanfar, usando su tono más amable para las razas extrañas, dándole una palmadita en su hombro cubierto de sudor y apartando luego a Hilfy del traductor, una unidad bastante barata consistente en un teclado unido por un cable a uno de los monitores de la nave, que no tenía nada de barato. Apretó la tecla de borrado, eliminando las cifras de Hilfy y luego la tecla de Bípedos Inteligentes, en la cual había la imagen esquematizada de una criatura provista de largos miembros. Una figura idéntica apareció en la pantalla.

Apretó luego la tecla siguiente, que mostraba una hani en imagen fotográfica, y señaló su propio cuerpo.

La había comprendido. Sus ojos ardían de ansiedad. Apretó con más fuerza su manta y trató de poner los pies en el suelo para levantarse, tendiendo la mano hacia la máquina.

—Dejadle hacer —dijo Pyanfar, y Chur le ayudó a incorporarse. El intruso no hizo caso de ninguna de ellas, se apoyó en la consola y su mano temblorosa vaciló sobre el teclado.

Todo el brazo le temblaba violentamente. Apretó una tecla: nave. El intruso alzó la mirada, intentando ver si le comprendían.

Pyanfar tomó con muchísimo cuidado su mano y el intruso la dejó hacer. Le hizo extender el índice y lo guió hasta la tecla de borrado y luego nuevamente a la de la nave. El intruso hizo que le soltara la mano y empezó a buscar algo, con sus dedos temblando violentamente sobre el teclado para escoger por fin la tecla de Movimiento de Figuras.

Nave. Movimiento de Figuras. Otra vez nave. Hani. Borrado. Luego se la quedó mirando.

—Sí... —dijo ella, reconociendo lo que pretendía decir e indicándole con un gesto que continuara.

El intruso se volvió de nuevo hacia el teclado, buscando. Figura en Posición Supina.

Encontró la imagen de los kif y un rostro grisáceo de larga nariz ocupó la pantalla junto a la Figura en Posición Supina.

—Kif —dijo Pyanfar.

La había comprendido, eso estaba claro.

—Kif —repitió como un eco. Su voz era rica y vibrante, como un ronroneo. Qué extraño resultaba oírle articular una palabra familiar, aunque resultaba algo difícil entender esa palabra cuando la lengua que la pronunciaba era capaz de evitar tanto el chasquido típico de los kif como la tos ronca de una hani. Y ahora en sus ojos había algo más que temor: furia. Pyanfar sacó las garras y apoyó los dedos sobre la imagen, apretando luego el borrado. Luego puso de nuevo en la pantalla el símbolo hani y

conectó la grabación de voz,

—hani, proclamó el altavoz, pronunciando al modo de su raza. Cogió el poco sofisticado micrófono y habló en beneficio de la cinta de estudio del aparato, dejando que grabara su voz.

—Hani —luego hizo aparecer otra imagen—. De pie. —Una tercera—. Caminar...

Hicieron falta algunas repeticiones pero el Extraño empezó a interesarse en el proceso y olvidó su temblorosa histeria ante la imagen del kif. Procedió empezando por la primera tecla, afanándose con el aparato pese a su debilidad física, grabando en él su propia identificación para todos los símbolos sencillos de la primera hilera, actuando de modo calmado, sin demostrar alegría ante sus descubrimientos pero sin remolonear tampoco.

Luego fue procediendo cada vez más de prisa, apretando teclas y hablando a un ritmo acelerado que acabó resultando endiabladamente veloz, como si estuviera probando algo.

Había setenta y seis teclas en ese modelo y las fue recorriendo todas una por una, aunque hacia el final apenas si lograba controlar el movimiento de sus dedos.

Luego se detuvo y se volvió hacia ellas con esa misma expresión abatida, dirigiéndose hacia el asiento que ocupaba antes. Llegó hasta él a duras penas y se derrumbó sobre el acolchado, envolviéndose con la manta hasta los hombros, pálido y sudoroso.

—Ha llegado a su límite —dijo Pyanfar—, dadle un poco de agua.

Chur le trajo un poco del dispensador. El Extraño la aceptó con una mano, husmeó por unos instantes el vaso de papel y luego la bebió del todo. Extendió el vaso vacío, se indicó a sí mismo y luego señaló la máquina que había sobre la consola y miró a Pyanfar, acertando con ello en cuanto a quién estaba al mando. Quería continuar, pensó Pyanfar interpretando sus gestos.

—Hilfy —dijo Pyanfar—, tráeme el manual.

Hilfy se lo entregó y Pyanfar rebuscó entre las primeras páginas los símbolos referentes al módulo que había en esos momentos en la máquina.

—¿Cuántos módulos tenemos?

—Diez. Y dos manuales.

—Eso debería permitirnos llegar a los conceptos abstractos. Bien por Haral... —puso el libro abierto en el regazo del Extraño y le indicó los símbolos que había hecho antes, enseñándole hasta dónde llegaba esa sección del libro. El intruso comprendió la relación y apretó el libro con sus dos manos, pretendiendo quedárselo—. Sí —dijo Pyanfar, haciéndole una seña afirmativa. Quizás ese gesto de afirmar con la cabeza fuera algo compartido por sus dos especies, ya que el intruso le devolvió el gesto. No parecía demasiado contentó pero ahora en su expresión había

algo menos de inquietud. Sus dedos apretaron aquel libro con más fuerza.

Pyanfar miró a Hilfy y luego a Geran y Chur, que lo observaban todo con rostro inexpresivo. Sabían muy bien cuál era el nivel de inteligencia de su pasajero, pero en cuanto a conocer las dificultades que había tenido con los kif, eso ya era otro asunto, aunque imaginó que debían tener una buena idea al respecto, dado lo que habían ido oyendo y las conjeturas que habían podido formarse a partir de tales datos,

—Un camarote de pasajeros —dijo—. Creo que le gustaría tener algo de ropa. Comida y agua, su libro. Una cama limpia para dormir en ella. Un alojamiento civilizado... pero eso no quiere decir que debáis descuidaros al tratarle. Llévemosle hasta allí y que descanse.

El intruso miró a Chur y Geran al acercársele éstas y pareció algo nervioso cuando Chur le cogió del brazo para indicarle que se pusiera en pie. Señaló de nuevo hacia la máquina: deseaba poseerla, tener a mano esa oportunidad de comunicarse. Seguramente estaba esperando que le devolvieran a su rincón en el lavabo, Pyanfar le tocó el hombro desde el otro lado y luego tocó el libro que sostenía entre sus dedos, cerrando éstos en torno al libro e indicándole así que podía conservarlo. En esos momentos le pareció el mejor modo de asegurarse que la conversación no había terminado para siempre. El intruso se tranquilizó lo bastante como para permitir que le ayudaran a levantarse y luego, algo más recuperado, que le sacaran de la sala.

Pyanfar contempló la máquina sobre la consola y luego, acercándose a ella, la desconectó. Hilfy seguía inmóvil junto a ella.

—Cógelo todo —dijo Pyanfar—, nos arriesgaremos a estropear el equipo —desconectó el módulo del teclado, que no pesaba demasiado pero resultaba incómodo de transportar—. Trae la pantalla.

—Tía —dijo Hilfy—, ¿qué haremos con él?

—Eso depende de cuáles fueran los planes que tenían los kif al respecto. Claro que no podemos preguntárselo ahora... ¿verdad? —Siguió al Extraño, conducido por Chur y Geran, recorriendo el pasillo lateral que conducía a uno de los tres cuartos que tenían para los ocasionales pasajeros de pago transportados en la *Orgullo*, los cuales se hallaban un poco más allá de los camarotes privados de la tripulación siguiendo por la curvatura del casco.

Los camarotes eran muy cómodos y el escogido por Chur y Geran se hallaba decorado en tonos verdes, con las paredes de hierba entretejida y el mobiliario de un amarillo muy claro contrastando con el verde de la estructura. Pyanfar empezó a calcular los posibles daños en el mobiliario y frunció el ceño pero, después de todo, ya habían perdido mucho como para preocuparse por unos metros de tapicería desgarrada.

Y el Extraño pareció darse cuenta de que se había producido un giro radical en su situación. Se quedó inmóvil en mitad del cuarto con el libro bien cogido, envuelto en

su manta, contemplando el lugar con una expresión algo menos abatida que antes. En sus rasgos, tan difícil aún de interpretar, parecía haber ahora algo parecido al asombro.

—Será mejor que le enseñemos primero el cuarto de baño —dijo Pyanfar—, y espero que nos entienda.

Chur le cogió del brazo y le llevó cuidadosamente hasta el cuarto de baño. Hilfy llegó con la pantalla y Pyanfar conectó el módulo a ésta, uniendo luego el conjunto al receptáculo auxiliar de comunicación/ordenador. Desde el cuarto de baño les llegó el fugaz sonido de la ducha funcionando y luego el del lavabo. Chur apareció nuevamente en el camarote con el Extraño, los dos con aspecto algo incómodo. Entonces el Extraño vio el traductor encima de la mesa y en sus ojos hubo un chispazo de interés.

Pero no de alegría. Hasta entonces, en esos ojos no habían visto nada que se le pareciera.

El intruso dijo algo, dos palabras bien separadas. Por un momento pareció como si les estuviera hablando en su propio idioma y luego les recordó vagamente el idioma kif.

Pyanfar alzó las orejas e inspiró con fuerza.

—Dilo otra vez —le pidió en kif, señalando como en un gesto de ánimo su oreja, un signo que resultaba formar parte del lenguaje común en los muelles de carga.

—Kif... ¿compañero?

—No —esta vez la bocanada de aire que inspiró fue mucho más honda—, ¡Bastardo! Me estás entendiendo. —Y nuevamente en kif—. ¿Quién eres? ¿A qué especie perteneces?

El intruso sacudió la cabeza, aparentemente confundido. Estaba claro que ese quién no formaba aún parte de su repertorio. Pyanfar observó meditabunda al inquieto Extraño y luego extendió la mano para apoyarla en el hombro de Chur que, muy adecuadamente, estaba a su lado.

—Ésta es Chur —dijo en kif, y prosiguió en hani—. Prima, me harás un gran favor quedándote con el Extraño durante tu guardia. Hazle trabajar en esas identificaciones y cambia el módulo apenas lo haya identificado y tenga llena la banda de audio. Déjale trabajar mientras él quiera, pero no le obligues. ¿Sabes cómo funciona el aparato?

—Sí —dijo Chur.

—Ten cuidado. No sabemos lo que está pensando y los apuros que ha pasado antes, y no creo que sea incapaz de jugarnos una mala pasada llegado el caso. Quiero que se comunique con nosotras; así que no seas dura con él y nada de asustarle... pero tampoco corras peligro. Geran, te quedarás fuera y vigilarás tus operaciones en los controles mediante sensor remoto mientras Chur esté dentro, ¿entendido?

Geran agitó levemente las orejas, inquieta: en la oreja derecha había una pequeña herida, estropeando una curva que de otro modo habría sido considerablemente hermosa; los anillos de oro que llevaba en la oreja izquierda brillaron levemente.

—Lo he entendido claramente —le dijo.

—Hilfy... —Pyanfar le hizo una seña a su sobrina y las dos cruzaron la puerta. El Extraño hizo ademán de seguir las pero Chur extendió el brazo para impedirlo y, no queriendo aparentemente pelear, se quedó inmóvil. Chur se apresuró a hablarle mientras que le tocaba con cautela el hombro: por primera vez en sus rasgos había una inconfundible expresión de puro y simple terror.

—Creo que te quiere, tía —observó Hilfy.

Pyanfar agachó las orejas, aborreciendo la sola idea de verse obligada a rechazar un asalto físico contra su persona y siguió andando seguida por Hilfy, sin apresurar el paso.

Una vez se encontró fuera de la habitación miró hacia atrás.

—Tened cuidado con él —les dijo a Chur y Geran—. Puede que se porte de modo amable y encantador diez veces seguidas; y puede que a la undécima os salte al cuello.

Y luego se alejó, con el vello de los hombros erizado por el disgusto. Hilfy iba detrás de ella pero Pyanfar metió las manos en su cinturón y no le prestó la menor atención hasta que hubieron llegado al ascensor. Hilfy apretó el botón para abrir la puerta y las dos entraron en la cabina. Una presión en el botón central y el ascensor las llevó hacia arriba.

Pyanfar, aún sin haber dicho palabra, salió de la cabina al corredor que llevaba al puente.

—Tía... —dijo Hilfy.

Pyanfar miró hacia atrás,

—¿Qué haremos con él?

—Ten la seguridad de que no lo sé —le respondió con cierta aspereza. Seguía teniendo las orejas agachadas. Con un esfuerzo de voluntad, logró ponerle mejor cara a Hilfy—. No es culpa tuya, sobrina. Todo este lío lo he montado yo misma.

—Me gustaría encargarme de algún trabajo. Te ayudaría si supiera cómo hacerlo. Con el cargamento desaparecido...

Pyanfar frunció el ceño, agachando nuevamente las orejas. «¿Quieres quitarme alguna preocupación?», pensó. «Entonces, no cometas ninguna idiotez.» Pero ante ella estaba ese rostro, joven y orgulloso, ansiando hacer las cosas bien... Casi todo lo que competía a Hilfy en la nave había dejado de existir al esfumarse el cargamento y empezar el silencio de transmisiones,

—Jovencita, me he metido en un juego mucho más peliagudo de lo que había planeado y no podremos ir a casa hasta que haya arreglado las cosas. Cómo vaya a

hacerlo es una cuestión muy complicada, dado que los kif conocen nuestro nombre. ¿Tienes alguna idea que no me hayas comunicado?

—No, tía, hay demasiadas cosas que ignoro.

Pyanfar asintió.

—Pues lo mismo me ocurre a mí, sobrina. Que eso te sirva de lección. Ésa era precisamente mi situación cuando metí dentro de la nave al Extraño en vez de haberlo devuelto de inmediato a los kif.

—No podíamos entregárselo.

—No —dijo Pyanfar de mala gana—, pero eso habría sido ciertamente lo más conveniente —meneó la cabeza—. Ve a descansar, niña, y esta vez lo digo en serio. Te pusiste mala durante el salto y cuando te necesite no estarás en condiciones de rendir lo suficiente. Y ten por seguro que acabaré necesitándote —siguió andando y cruzó el umbral que llevaba al puente. Hilfy no la siguió. Pyanfar ocupó su asiento entre los instrumentos apagados, escuchando el murmullo ocasional de las partículas de polvo que rozaban el casco. Finalmente decidió examinar el registro de lo sucedido durante su ausencia, aunque sin demasiada atención y oyendo al mismo tiempo el flujo de comunicaciones actual.

Malas noticias. Otro recién llegado al sistema... no, varios. Quizá fueran kif, quizá vinieran del desastre ocurrido en Punto de Encuentro. Fuera lo que fuera, era un mal asunto. Quienes ya estaban en el sistema se encontraban fuera de toda duda metidos en la cacería: los kif estaban lo bastante preocupados y ansiosos por llegar aquí como para haber arrojado su cargamento y ninguna otra nave tenía razones para perseguir a la *Orgullo* o calificarla de ladrona. No cabía duda de que eran los mismos kif, metidos en un apuro lo bastante grande como para formar una jauría de caza. Todo eran malas noticias.

Ahora estaban oyendo a la estación de Urtur fanfarronadas, advertencias a los kif sobre severas penalidades y multas. La transmisión era ya antigua y databa de los primeros momentos del asunto; formaba parte de una señal que sólo ahora les estaba llegando.

Amenazas de los kif, más abundantes. La nave mahendo'sat... acosada, dirigiéndose hacia la estación. Los kif concentrando su atención en otras cuestiones y luego en los recién llegados. Pronto empezarían a imaginar que los cargueros recién entrados en el sistema habían saltado después que la *Orgullo*, y que ésta debía de haber logrado engañarles para entrar en los territorios stsho o que debía de estar aquí, haciendo precisamente lo que estaba haciendo; y muy probablemente un kif nervioso tomaría las medidas lógicas ahora que ya habían puesto en peligro su reputación. Empezarían a cazar sombras apenas hubieran llegado a tal conclusión, una vez hubieran interrogado a unos cuantos *mahe* asustados. Se desplegarían en abanico examinando el sistema y deteniendo a las naves mineras para someterlas a un

estrecho interrogatorio, probablemente cometiendo al mismo tiempo alguna que otra leve piratería para no desaprovechar la ocasión. La estación no podía hacer nada: quizás una de mayor tamaño habría podido pero no Urtur, que se dedicaba básicamente a la manufactura y apenas si estaba defendida. Ninguna nave mahendo'sat se dejaría detener voluntariamente, pero no tenían esperanza de vencer en una carrera a la potente nave kif... no, al menos, si no decidían correr riesgos que ningún capitán mahendo'sat corriente estaría dispuesto a correr.

Y no había tampoco esperanzas de que una de esas naves procedentes de Punto de Encuentro resultara ser hani para librarles así del peso de la culpa. La *Viajera de Handur* había desaparecido para siempre y, muy probablemente, ni tan siquiera la proximidad a Punto de Encuentro hubiera sido garantía contra ese tipo de ataque. Los kif eran muy concienzudos: no les importaba derramar sangre ni tan siquiera entre ellos y nunca dejaban supervivientes.

Nadie sabía cómo los kif habían logrado no exterminarse unos a otros durante el tiempo que les llevó abandonar su mundo natal y llegar al espacio. Según sospechaban los hani eso había sido logrado mediante el odio y la desconfianza mutua. Habían peleado entre ellos para llegar al espacio y se habían cazado unos a otros hasta encontrar presas más fáciles.

Pero entre esas presas no estaría la *Orgullo*, se juró Pyanfar Chanur.

Ese tipo que les mandaba... estaba totalmente segura de que era Akukkakk, de la *Hinukku*, que se había apresurado a establecerse firmemente en Urtur, esperando su llegada. Cuando ese kif supiera que habían logrado pasar empezaría a comprobar todas sus grabaciones, husmeando en ellas, esperando encontrar algún indicio que antes se le hubiera escapado y que indicara la llegada de la *Orgullo*. Apenas si habían dejado el fantasma de una onda para que pudiera detectarlo pero quizá hubiera algo, un minúsculo destello que se les hubiera pasado por alto.

El seguir derivando como hasta ahora tenía sus riesgos. Mientras que unas cuantas naves kif recorrieran el sistema a velocidad relativamente alta podían lanzarse sobre ellas mientras que aún intentaban acelerar partiendo de lo que virtualmente era una velocidad nula.

Sus oportunidades de abandonar todo disimulo y echar a correr dependían de la posición que ocuparan las naves kif y de si les iba a ser posible disponer del tiempo crítico que tardarían en establecer sus referencias y colocarse en posición de salto. Estando a ciegas como hasta ahora, el único modo de averiguar dónde se encontraban esas naves era intentar algo y el único modo de saber cuántas eran consistía en escuchar atentamente las transmisiones kif y tratar de distinguir en ellas el número de naves que había.

Pero lo más probable era que ese tal Akukkakk no fuera tan descuidado. Estaba segura que no emitían señal de identificación, ya que la estación habría protestado

por ello, así como tampoco ninguna señal de posición. Las únicas señales de este tipo que estaban recibiendo eran de mineros y residentes legales del sistema, suponiendo que ninguna de ellas fuera falsa.

Bien, bien, bien. Estaban metidas en una botella y esperar que los kif fracasaran en su intento de obligar a los mahendo'sat a que ayudaran en la cacería era demasiado optimista.

Si los kif aumentaban la presión tanto la estación como los mineros acabarían dejándose intimidar. Aún peor, había naves hani con rumbo a Urtur y esas naves serían muy vulnerables a los kif, dado que no sospechaban la atrocidad que éstos habían cometido en Punto de Encuentro. Se meterían en las fauces de los kif sin ninguna idea de a qué se enfrentaban y los kif podían actuar contra ellas sin aviso previo para obligar a que la *Orgullo* revelara su posición, No sería una táctica hani pero llevaba demasiados años fuera de Anuurn entre especies extrañas y sabía muy bien cómo pensaba un kif, aunque sus procesos mentales le revolvieran el estómago e hicieran erizar el vello de su nuca.

Y entonces, ¿qué hago?, se preguntó en silencio. *¿Salgo mansamente a su encuentro para morir? ¿O dejo que sean otras quienes mueran?* El derecho a vivir de su tripulación no era ni más fuerte ni más débil que el de cualquier otra tripulación hani que se metiera en la trampa. Sus vidas corrían peligro, y la de Hilfy y, a través de ella, todo Chanur.

Cuando vuelva a casa, se prometió, haré que instalen esa otra batería de cañones, cueste lo que cueste.

Cuando vuelva a casa.

Frunció el ceño, quitando la grabación: ésta había llegado ya al punto en que Pyanfar había entrado en el puente. Las transmisiones actuales eran pocas y muy escuetas. Tendría que hacer subir a alguien para que permaneciera constantemente vigilando el flujo de comunicaciones: Hilfy lo haría muy bien. Pero no eran una nave de combate y no podían prescindir de personal para la batalla. Eran seis, con sus tareas acostumbradas y un prisionero al que vigilar; tenían que trazar un rumbo y efectuar comprobaciones después del salto, aparte de muchos sistemas sobre los cuales había que estar bien segura. Existía también la posibilidad de que debieran ponerse en movimiento y defenderse en cualquier instante, lo cual significaba que tres miembros de la tripulación debían estar tanto mental como físicamente listas para la acción en cualquier instante, sin importar la hora. Los mecanismos automáticos que gobernaban la *Orgullo* en sus funciones cotidianas no servían ahora de mucho: los sistemas habían quedado sobrecargados tras un salto que la nave no había sido diseñada para efectuar, aparte del problema de seguridad representado por un pasajero de raza extraña que posiblemente estuviera chalado. ¡Dioses! Reforzó la alarma de su sensor, activada por un transmisor, y avisó al turno de guardia que se iba

a encargar durante un rato de los monitores, para aliviarlas así un poco de tal responsabilidad.

—Se encuentra bien —le dijo Geran en cuanto al Extraño—, está descansando un poco.

Magnífico, pensó Pyanfar, Al menos, que alguien descanse.

Acabó yendo a la cocina. No tenía apetito pero sentía los miembros débiles a causa de la falta de alimento. Calentó una ración que tomó del frigorífico y se obligó a comerla pese a las ansiosas protestas de su estómago, arrojando luego los desechos en el esterilizador. Después regresó a su camarote para ver si podía reposar un poco.

Estaba demasiado nerviosa para dormir. Se dedicó a ir de un lado para otro sin objeto y, después de haber puesto los mapas en orden, tomó asiento para examinar una y otra vez las alternativas posibles en vista de los factores que ya conocía demasiado bien. Por último, decidió olvidarse de ello y acabó activando la consola que tenía junto al lecho para entrar en conexión con la terminal del Extraño, utilizando los códigos de acceso adecuados a través del computador principal. Estaba trabajando de nuevo: oyó la voz del Extraño y vio también los símbolos que iban surgiendo al funcionar las teclas del traductor. La estaba utilizando metódicamente una detrás de otra y al conectar Pyanfar el comunicador oyó la voz de Chur, ayudándole: por los sonidos supuso que quizás estuviera usando también algo de mímica para hacerse entender. De vez en cuando había símbolos que la máquina no podía representar o quizá sólo fueran interferencias de Chur tratando de aclarar algún punto más oscuro. Pyanfar cortó la comunicación y la recepción del traductor y se quedó contemplando la pantalla apagada. Por el sensor que llevaba en el cinturón seguían llegándole las transmisiones de Urtur, con el volumen al mínimo e igualmente nada tranquilizadoras en cuanto a su contenido. La estación estaba aconsejándole a las naves mahendo'sat que no huyeran y se dejaran registrar si las abordaba algún kif y, caso de estar cerca de la estación, que acudieran a ella para encontrarse más seguras.

Una voz hani preguntó algo.

¡Hani!

Pyanfar saltó de su cama con la sensación de que las paredes de pronto se habían vuelto transparentes ante la fuerza avasalladora de esa imagen: la estación, una nave hani atracada en el dique y los kif pidiendo entrar en ella para moverse a su antojo. El desenlace no importaba, ya que había tenido lugar hacía mucho. La *Orgullo* estaba separada de esa nave hani y de los kif no sólo por el espacio, sino también por el tiempo y ahora, derivando a ciegas en el vacío, Pyanfar nada podía hacer para ayudarles.

—¡Dioses! —bufó, empujando la silla que tenía delante a lo largo de su riel con un fuerte golpe. En el muelle de la estación había una nave Faha, la *Buscaestrellas* de

Faha, y tanto la casa como la compañía eran aliadas de Chanur. La primera mujer de su hermano Kohan fue Huran Faha. ¡La madre de Hilfy, en el nombre de los dioses! Había lazos, pactos, acuerdos de alianza...

Y Hilfy.

Los mahendo'sat de la estación le pidieron a la nave hani que mantuviera la calma.

Los *mahe* habían confesado que no tenían ninguna intención de verse implicados en un problema de los kif y no iban a dejar que los actos temerarios de alguna hani les ocasionaran problemas.

Los hani pedían información; los kif perseguían a una nave de Chanur. La nave Faha lo había estado oyendo todo y se había estado poniendo cada vez más nerviosa: ahora quería respuestas. Sabía que todo el diálogo estaba teniendo lugar por circuito abierto, al igual que la estación sabía muy bien lo que pretendía la nave Faha al causar tantos problemas con su transmisión, asegurándose de que toda la información contenida en ella surcaba la oscuridad del espacio hasta llegar, muy posiblemente, a oídos de la nave Chanur.

Oh, dioses, oh, dioses. Así que después de todo había un aliado haciendo por ellos todo lo que en ese momento podía hacerse... y ninguna de las dos naves podía enfrentarse directamente al enemigo.

Pyanfar puso nuevamente la silla en su sitio y se instaló en ella, absorta durante unos minutos en lo que oía. No hubo demasiada información nueva: la ráfaga de señales les había llegado a través del sistema de largo alcance de la estación o quizá de la *Buscaestrellas*. Una serie de informaciones como un faro encendido para iluminar la oscuridad del sistema, deliberada y conscientemente. Si habían imaginado que la *Orgullo* se encontraba ahí, entonces también eran capaces de imaginarlo los kif.

Hubo ecos y repeticiones del mensaje: el sistema de comunicaciones lo estaba clasificando, colocando las transmisiones según su grado de claridad y el vello de la nuca de Pyanfar se erizó súbitamente al darse cuenta con gratitud de que todas las naves esparcidas por el sistema habían empezado a retransmitir ese mismo mensaje, dejando que se difundiera cual una serie de ondulaciones en la tranquila superficie de un estanque, como lanzando así un desafío masivo a los kif. Y los kif no habían ordenado el silencio... al menos de momento. No estaban en condiciones de hacer cumplir tal orden, dados los límites actuales de su agresión a Urtur, pero esos límites podían cambiar. La información seguía extendiéndose como un grito repetido por una multitud de gargantas: pese a que en su origen se había extinguido hacía mucho tiempo, aún seguía viajando por el espacio.

Por una vez encontró a Hilfy allí donde teóricamente debía estar: en su camarote, dormida. Al oír la voz soñolienta que le contestó por el intercomunicador de la puerta

Pyanfar vaciló un instante, pero sólo un instante.

—Levanta —dijo por el comunicador—, tengo algo que contarte.

Hilfy la obedeció sin tardanza. La puerta se abrió para revelar su rostro en el umbral, aún algo hinchado a causa del sueño y torciendo el gesto ante la luz que llegaba del corredor. No se había detenido el tiempo suficiente para vestirse.

Pyanfar pasó junto a ella, esperó unos momentos mientras Hilfy aumentaba la intensidad de luz en el camarote y alzó la mano para indicarle que no hacía ninguna falta que la pusiera al máximo. La habitación había llegado a pertenecerle como propia gracias a una serie de toques personales muy típicos del estilo Chanur, aún más presente aquí que en el camarote de Pyanfar: los muros estaban llenos de recuerdos, imágenes de las montañas de su mundo natal y las anchas llanuras de la tierras de Chanur y un cuadro de la Residencia, con sus piedras doradas a las que daban sombra profusos emparrados. Pyanfar miró lo que la rodeaba y luego sus ojos volvieron a Hilfy.

—Para ser breve —dijo Pyanfar—, bien, he venido a explicarte algo. Y para empezar te diré que no podemos hacer nada al respecto. Hemos recogido una señal procedente de una nave Faha atracada en la estación. Están rodeadas de kif y le enviaron un mensaje a la estación pretendiendo, creo yo, que lo oyéramos: el volumen era muy alto. Creo que conocen nuestra presencia aquí y saben en qué tipo de problema andamos metidas. Pero los kif están en medio de ellas y de nosotras, y ninguna de las dos naves puede hacer gran cosa por la otra. ¿Me entiendes?

Hilfy había dejado de pestañear ante la luz. Ahora sus ojos estaban clavados en Pyanfar, con círculos ambarinos rodeando el negro de las pupilas, y sus orejas se abatieron pegándose al cráneo para alzarse luego con un lento esfuerzo. Para ser tan joven y estar recién despertada, su tranquila dignidad al aceptar la situación resultaba notable.

—¿Sabes de qué nave se trata, tía?

—La *Buscaestrellas*. Está bajo el mando de Unan Faha, Hilfy asintió. Sus orejas desprovistas de adornos se agitaron levemente pero en su rostro no se movió ni un músculo.

—Estarán en peligro. Igual que la *Viajera*. Y no lo saben. Nadie sería capaz de prever ese tipo de ataque.

—Lihan no es ninguna tonta, chiquilla, créeme. No debemos interferir en sus movimientos, igual que ellos no lo harán con los nuestros. De hecho, no podemos. Estando aquí no podemos hacer nada.

—Podríamos mandarles una advertencia y salir corriendo.

—Por el momento no consideraría esa opción como demasiado factible. Si la enviamos desde lejos, los kif la recibirán antes de que la *Buscaestrellas* tenga la menor oportunidad de oírla. Y eso constituiría un desafío público que involucraría a

la *Buscaestrellas* en nuestros actos, obligando a los kif a reaccionar. Para los kif la venganza es algo inherente a su mentalidad y debes hacer tus cálculos tomando eso en consideración. No, la *Buscaestrellas* deberá correr sus propios riesgos confiando en su propia suerte: no tengo intenciones de hacerles correr peligros innecesarios. Por lo tanto, vuelve a la cama, ¿me has oído?

Hilfy se quedó inmóvil un momento y acabó asintiendo, con un gesto lleno de dignidad.

—Bien —dijo Pyanfar con voz tensa, y salió del camarote. Oyó cerrarse la puerta a su espalda y caminó por el pasillo que llevaba del camarote de Hilfy al suyo, cruzando el corredor principal de la cubierta superior y siguiendo luego por un corto trecho de pasillo.

Quizá le hubiera robado su reposo a Hilfy (aparte de que su comida anterior le pesaba en el estómago como si fuera plomo), pero el riesgo que corría Faha no era algo que Hilfy debiera descubrir luego como una niña a la que se la protege de las desagradables realidades de la vida adulta. Seguía viendo ante ella el rostro de Hilfy mientras que el sensor, colgado de su cinturón, continuaba emitiendo su parloteo de estática con los ocasionales ecos del mensaje y alguna que otra transmisión más cercana, cada vez más rara.

Una nave *stsho* había entrado en el sistema. Los kif no se tomaron la molestia de abordarla y la nave se apresuró a pedir instrucciones a la estación, ansiando protegerse de la tormenta que se avecinaba.

Quizá muchos *mahe* del sistema tenían ya la misma idea: los mineros podían haber creído conveniente dirigirse a puerto, para no meterse en el camino de la jauría kif.

El sistema era tan grande... La mayor parte de las naves que contenía eran incapaces de saltar, ya que estaban concebidas para operar solamente en el interior de éste. De momento era notable el modo en que todos habían logrado mantener la calma, incluso la nave *hani* que se encontraba en el ojo de ese huracán.

Si los dioses permitían que muchas naves se dirigieran hacia el interior del sistema., y si extendían su merced hasta el extremo de ponerles las cosas más duras a los kif en el caso de que desearan atacar la estación buscando una nave *hani*... Ésa era una de sus esperanzas. Lihan Faha, de la *Buscaestrellas*, era demasiado vieja y precavida como para meterse de cabeza en un combate tan desigual. Lihan no esperaba ninguna idiotez por parte de la *Orgullo*. La nave Faha estaría esperando que fueran capaces de arreglárselas por sí solas y, por encima de todo, que no hicieran estallar el asunto de modo prematuro. La nave Faha necesitaba tiempo. Existía la débil esperanza de que pudieran descargar su mercancía y de ese modo aligerar la nave y, si tenían el tiempo suficiente, quizá pudieran soltar la masa suficiente sin necesidad de perder el cargamento. Ésa era toda la ayuda que esperarían en esos

momentos.

Eso decía la lógica.

Pero, de todos modos, le dolía.

Se quedó sentada durante un rato en su camarote, escuchando las transmisiones, y finalmente se puso en contacto con Geran en la cubierta inferior y le entregó el control de los monitores.

—Faha —dijo Geran como único comentario.

—Hilfy lo sabe —le dijo Pyanfar.

—Vaya —murmuró Geran, y añadió—: Bien, me encargo del control.

Pyanfar cerró la transmisión y lanzó un cansado suspiro, sentada en el borde de la cama, con los brazos sobre las rodillas. Al final decidió tomar un sedante suave y se desnudó enroscándose en su lecho en forma de cuenco intentando conseguir un preciado rato de nada y olvido, intentando no pensar en las emergencias de la situación y en la horda de kif que merodeaba por el sistema.

No lo consiguió, pero el sedante acabó funcionando. Se hundió en el sueño como una piedra en un estanque y emergió de él, sobresaltada, al oír la alarma. Pero no, era meramente el despertador. Volvió a tenderse en su lecho dejando que el agitado latir de su corazón fuera recobrando la normalidad.

—¿Algo nuevo? —le preguntó a la cubierta inferior usando el comunicador que había junto a la cama—. ¿Sucedió algo mientras yo no estaba?

—No, capitana —le contestó la voz de Haral. Mientras dormía, el turno de guardia había cambiado—. Por el momento la situación parece mantenerse en tablas. Ahora la estación difunde sólo transmisiones operativas y no llega gran cosa de los kif. Nada alarmante. Si hubiéramos tenido noticias con seguridad que ya nos habríamos encargado de llamarla.

Ésas eran sus órdenes. La interpretación de lo que constituía una emergencia y lo que no podía variar, pero Haral era la más inteligente y experimentada de la tripulación.

Pyanfar se quedó tendida unos instantes contemplando el techo y acabó decidiendo que no había necesidad de apresurarse. Los músculos de sus costillas, demasiado puestos a prueba por la gravedad, estaban algo rígidos.

—¿Qué tal los sistemas? ¿Ha tenido alguien tiempo para encargarse de comprobarlos?

—Seguimos comprobando el tablero de instrumentos, capitana, pero de momento tiene buen aspecto. La salida fue totalmente limpia y hemos visto que la recalibración posterior fue exacta casi al milímetro.

—Hemos tenido más suerte de la que merecemos. ¿Qué anda haciendo el Extraño?

—Ha vuelto a trabajar con el teclado. Chur y Geran están descansando y a Tirun le toca guardia; pero, capitana, con su permiso, me pareció que Tirun no debía estar

con él encontrándose aún débil y yo estoy demasiado ocupada con las comprobaciones visuales de las lecturas de separación, así que, con su permiso otra vez...

—Hiciste bien.

—Ha dormido un poco y no ha causado problemas. ¡Dioses! Chur me dijo que estuvo trabajando prácticamente hasta caerse y durante este nuevo turno ha vuelto al teclado pese a estar muy débil. Le dimos de comer apenas se despertó: se lo comió todo y luego, muy cortésmente, volvió al teclado. Tengo bajo observación su comunicador del camarote y también su terminal, así que al menos podemos oír lo que hace.

—Ya —Pyanfar se pasó la mano por la melena y frunció el ceño, algo molesta ante el gradual aumento de luz en el camarote. La alarma había hecho iniciar el ciclo diurno—. Deja que siga trabajando y si se cae, que descanse. ¿Qué tal se encuentra Tirun?

—Cojea un poco, le duele todo y está trabajando con la pierna inmóvil. Aún tiene la nariz un poco blanca...

—Me encuentro bien —dijo de pronto la voz de Tirun.

—Puedes descansar cuando lo creas necesario —le dijo Pyanfar—. Seguimos a la deriva y alguien puede encargarse de tu trabajo cuando se hayan terminado las primeras comprobaciones. Ocupate de ello, Haral. ¿Alguna otra cosa que deba saber?

—Eso es todo —dijo Haral—. De momento, seguimos bastante bien.

—Ya —repitió Pyanfar saliendo del lecho y desconectando el comunicador. Se puso los pantalones negros y después el cinturón, su brazalete y sus anillos, agitando la oreja para repartirlos bien. Finalmente se pasó el cepillo por la barba y la melena pero sin preocuparse demasiado de cómo quedaban: no era el momento oportuno para ser vanidosa. Salió del camarote y se dirigió a la cocina, donde tomó un breve desayuno en solitario, tras el cual se sintió algo mejor. Mientras comía sintonizó el canal de los monitores en su sensor y fue escuchando las transmisiones que les llegaban, encontrando en ellas gran parte de lo que Haral le había contado: el ritmo de los acontecimientos se había vuelto mucho más lento, lo que de por sí ya encerraba algunas posibilidades bastante inquietantes. Los kif ya debían haber imaginado lo ocurrido y en el instante actual deberían estar moviéndose con sigilo por el sistema, lo que explicaba la calma aparente de las transmisiones. La *Orgullo* había avanzado en deriva lateral un buen trecho desde su punto de entrada, pero si ella estuviera en el lugar de ese capitán kif e intentara calcular el punto de llegada para una nave sin carga que había dado un salto tan desmesurado como el de la *Orgullo*, calcularía un área de salto colateral partiendo en línea recta desde la masa de Punto de Encuentro a la de Urtur.

De ese modo lograría reducir considerablemente la zona de caza, limitando la

gran extensión en forma de lente que era el sistema de Urtur a un área específica, teniendo en cuenta la dirección que guardaba la deriva dentro del sistema y los lugares más probables donde pudiera moverse una nave que intentaba mantenerse oculta. El otro factor era el tiempo: el tiempo definía el segmento espacial dentro del que razonablemente podían estar derivando, y ese segmento podía ser calculado con una precisión inicial de dos cifras que luego irían siendo precisadas cada vez más.

Tiempo, tiempo y más tiempo...

Algo que se les estaba acabando.

Desconectó el sensor y regresó a su camarote. Una vez allí desplegó sobre la mesa los mapas que había recogido antes de dormir y entró en conexión con la computadora, empezando a calcular con toda la precisión posible las opciones que les quedaban.

Interrumpió sus cálculos para hablar con Haral y Tirun en el puente y éstas le dijeron que durante el último turno no habían sabido nada de la nave hani: ni una sola transmisión.

La *Buscaestrellas* debía andar febrilmente ocupada con sus propios problemas, intentando aligerarse al máximo y no hacer nada que pudiera acelerar el curso de los acontecimientos.

Esperar. Todas las transmisiones indicaban que las naves del sistema, fuera cual fuera su clase, avanzaban lo más de prisa posible hacia la Estación de Urtur: para algunas el viaje era sólo cuestión de días, para otras harían falta semanas; pero ese gesto, por sí solo, ya les indicaba a los kif que los *mahe* estaban dispuestos únicamente a defender la estación de Urtur, abandonando el resto del sistema al capricho de los kif. Las naves que habían salido del salto estaban ya refugiadas en la estación: iban armadas pero como mínimo una pertenecía a los *stsho* y su armamento eran tan escaso como prácticamente inexistente su voluntad de combatir.

Si ella estuviera en el lugar de ese capitán kif las naves que habían entrado en el sistema no se librarían de verse molestadas. Todas las procedentes del vector sospechoso en el que se ocultaba una nave hani se verían sometidas a registro, para asegurarse de que la astucia hani no llegara al extremo de camuflarse entre el resto del tráfico que se dirigía hacia el interior del sistema. Comprobaría sus transmisiones de identificación y las haría pasar por el examen del ordenador; abordaría las naves. En fin, no se mostraría precisamente amable. Y todas deberían pasar por una inspección visual. No existía casi ningún parecido entre una mercante de salto, con sus enormes toberas, y un rechoncho procesador de minerales cuyo sistema de propulsión se limitaba al interior del sistema y que apenas si era capaz de moverse con las bodegas llenas.

Sólo los mineros que tuvieran la mala suerte de ir justo por la zona probable en que se ocultaba la *Orgullo* se verían detenidos y sus registros serían examinados al

mismo tiempo que su ordenador sería puesto prácticamente del revés. La tripulación pasaría un mal rato si no ofrecía voluntariamente toda la información de que disponía. Siempre que los kif actuaran según su costumbre.

—Alguien acaba de saltar, capitana.

La voz de Tirun en el comunicador. Pyanfar apretó al instante la tecla de réplica, retorciéndose velozmente en su asiento.

—¿Quién? ¿Dónde?

—Lo único que tenemos es el fantasma característico del salto. No lo sé. Bastante lejos hacia el exterior del sistema, y hace ya tiempo. No tengo más datos pero casi encaja con nuestro horario.

—Dame la imagen.

Tirun la transmitió a su pantalla. En el nadir, con una recepción muy borrosa; demasiada masa estelar por en medio...

—Tienes razón —le dijo a Tirun—, es imposible saberlo.

—¿Cierro? —le preguntó Tirun.

—Cierra —le dijo Pyanfar, desconectando su propia pantalla y contemplando abatida los mapas y las cifras que, por muchos juegos que intentara hacer con ellas, seguían diciéndole lo mismo: no había modo de abandonar Urtur con un solo salto, por muy reducida que fuera su masa actual.

Ese salto-fantasma que habían recibido hacía un momento podía haber sido alguien cuya intentona para conseguirlo se había visto coronada por el éxito. Quizá muchas más naves habían dado ese salto para acabar perdiéndose entre las masas de gas y polvo cósmico que rodeaban a Urtur.

Pero lo más probable era que esa nave fuera de los kif y que se estuviera desplazando para preparar una emboscada en el punto de salto más lógico de los que podían usar.

Maldito Akukkakk. Recordó sus achatados ojos negros con los círculos rojizos a su alrededor, el rostro grisáceo y huesudo, aquella voz tan distinta del habitual tono quejumbroso de los otros kif. Un sabor amargo le llenó la boca.

¿Cuántos son?, se preguntó, atrayendo hacia sí el disperso montón de mapas, intentando pensar de nuevo como un kif, preguntándose dónde podría colocar las naves que le quedaban en Urtur ahora que, tal y como debía haberlo pensado él, comprendía lo que intentaban hacer.

Esa migración hacia el interior que estaba haciendo cada vez más segura la estación le daba también a ese Akukkakk un campo libre en el que operar. En el cuadrante lleno de masa estelar que podía estar ocultando a la *Orgullo* había un número finito de puntos opacos, un número cada vez menor de fugitivos que podían confundirle: una cifra que manejar, aparte de su nave y el resto de naves kif que hubiera hecho venir a la zona, En Punto de Encuentro había otras cuatro naves kif,

alguna de las cuales o quizá todas le habían acompañado. Podía haber un número igual en Urtur cuando llegó la *Hinukku*. Digamos que ocho naves. No era imposible, ciertamente.

Repitió sus cálculos y se apartó de la mesa, agitando las orejas para oír el reconfortante sonido de los anillos.

Bien, bien; al menos conocía cuáles eran sus opciones o, mejor dicho, sabía que no les quedaba opción. Se habían metido en un juego condenadamente malo. Se levantó de la silla que había estado ocupando desde hacía ya muchas horas, estirando su cuerpo dolorido, y pensando que debía ser el momento de que Chur y Geran empezaran de nuevo su turno.

Y Hilfy; no había tenido noticias de ella. Quizás a la chiquilla le había costado bastante dormirse después de las malas noticias que te había dado. Si había estado durmiendo, tanto mejor,

Pyanfar salió al corredor y caminó por él más allá de la arcada, hasta la zona en penumbra del puente. Casi todas las luces estaban apagadas y las pantallas vacías trazaban manchas oscuras allí donde todo habría debido estar lleno de intermitentes. Vio un punto de luz que no esperaba, una consola encendida en la parte del puente que rodeaba al terminal principal del ordenador. Alguien ha vuelto y la ha dejado conectada, pensó, yendo hacia ella para apagarla; y se encontró con Hilfy, sentada ante la consola con toda su atención concentrada en el traductor, la mano izquierda sosteniéndole la frente y la mano derecha suspendida sobre el teclado. La pantalla que tenía delante estaba llena de símbolos mahendo'sat y por el altavoz brotaban los patéticos intentos del Extraño para expresarse de un modo inteligible. Pyanfar frunció el ceño dando un paso hacia ella y Hilfy, percibiendo el movimiento, se volvió a toda prisa para desconectar el altavoz del puente. Pyanfar se apoyó en el respaldo de su silla para observar la hilera de símbolos que aparecían en la pantalla en tanto que Hilfy se apresuraba a levantarse.

Ir, intentaba decir el Extraño. Ése era el símbolo que aparecía en la pantalla. *Yo ir*.

—Se suponía que estabas descansando —dijo Pyanfar.

—Me harté de tanto descanso.

Pyanfar señaló con la cabeza hacia la pantalla, en la que ahora se veía la Figura Andando.

—¿Qué tal le va a esa criatura?

—Es un macho.

—Criatura o macho, ¿qué tal le va?

—No muy bien con la pronunciación.

—¿Has intentado complementar sus lecciones? ¿Has estado hablando con él?

—No puede distinguirme de la máquina —Hilfy tenía las orejas pegadas al cráneo, esperando una reprimenda—. En el segundo manual hace falta alguien para

ayudarle, son todo frases. Alguien debe darle el pie. He conseguido que aprenda más vocabulario: nos hemos metido ya en los conceptos abstractos y he conseguido entender algo en cuanto a la construcción de sus frases por los errores que comete él con las nuestras.

—Ya. Y, por casualidad, entre tantos errores, ¿has conseguido obtener un nombre? ¿Su especie? ¿Alguna indicación sobre su lugar de procedencia, unas coordenadas?

—No.

—Bien, ya me lo esperaba. De todos modos, has hecho bien. Ya lo acabaré descubriendo.

—Setecientas cincuenta y tres palabras, todo el primer manual. Chur le enseñó cómo se cambiaba la cassette del teclado y luego él lo hizo todo, sin problemas, y se metió en el segundo libro, intentando hacer frases. Pero no consigue pronunciar bien, tía, eso es lo mejor que puede hacer.

—La forma de su boca es distinta: supongo que nosotras tampoco podremos hacer gran cosa con su lenguaje. Es como intentar hablar en tc'a o en knnn... puede que incluso su gama auditiva sea diferente ya que desde luego su equipo para hablar no es igual que el nuestro. ¡Dioses!, no tenemos ni la menor garantía de que compartamos la misma lógica aunque tengo la impresión de que así es. Algunos de sus actos parecen tener bastante sentido. —Se instaló en la silla que Hilfy había dejado libre y conectó una segunda pantalla—. Anda, chiquilla, dile a Tirun que deje su trabajo en la cubierta inferior; no ha parado de moverse y debería permanecer quieta y descansando. Voy a intentar grabar una cinta traductora con tus setecientas cincuenta y tres palabras.

—Ya lo hice.

—¿Ah, sí?

—Mientras estaba sentada aquí —Hilfy extendió algo nerviosa la mano hacia la consola, indicando la cassette que había en la entrada de datos del traductor—, busqué las pautas básicas y fui llenando los huecos. También trabajé en la lógica de las frases. Ya está terminada.

—¿Funciona?

—No lo sé, tía. No me ha dado aún una frase entera en su propia lengua, sólo palabras sueltas. No tiene a nadie para hablar su idioma.

—Ah, ya —Pyanfar estaba bastante impresionada. Hizo pasar por el altavoz parte de la cinta y la detuvo, alzando los ojos hacia Hilfy, que parecía desusadamente orgullosa de sí misma—. ¿Estás ahora completamente segura de la cinta?

—El programa básico me pareció bastante claro. Yo llegué a dominar los principios básicos de la traducción bastante bien; aunque a papá eso no le parecía demasiado relacionado con el espacio. Tuve que estudiar este modelo desde el

principio pero sabía lo que deseaba conseguir. Es igual que con los ordenadores, también soy buena con ellos.

—Entonces, ¿por qué no lo intentamos?

Hilfy asintió, cada vez más complacida. Pyanfar se puso en pie y buscó entre los armarios del ordenador, encontrando al fin la caja de auriculares aislados con cinta: dejó caer unos cuantos en la mano de Hilfy y luego buscó hasta dar con un sensor de repuesto.

Luego se instaló ante el sistema de comunicaciones principal y pasó los dos canales del traductor por la segunda y tercera frecuencia del sensor. Cogió su auricular y se lo puso, probando por un instante la conexión con el comunicador en el camarote del Extraño y sin obtener nada aparte de breves estallidos de estática que parecían consistir en palabras hani mutiladas que el esquizofrénico traductor se negaba a reconocer como tales palabras.

—Nosotros somos la dos y él la tres —le dijo a Hilfy, cerrando el altavoz por el momento—. Tráelo aquí.

—¿Aquí, tía?

—Que te acompañe Haral. Este Extraño intentando impresionarnos con sus setecientas cincuenta y tres palabras... Vamos a descubrir de una vez por todas qué tal se porta en público. No corras riesgos, chiquilla. Si el traductor falla, déjalo y si ves que se pone nervioso, déjalo también. Anda, ve a buscarle.

—Sí, tía —Hilfy se metió los auriculares y el sensor en el bolsillo y luego cruzó el umbral, sintiéndose tan importante que parecía a punto de reventar.

—Vaya —dijo Pyanfar una vez se hubo marchado, los ojos clavados en el umbral. Sus orejas se agitaban nerviosamente, haciendo tintinear los anillos. El Extraño podía comportarse del modo más inesperado. Había decidido meterse en su nave de entre todas las que podía elegir a lo largo del muelle. Esa criatura. No, *él*. Hilfy y la tripulación parecían estar ya inquebrantablemente convencidas de que era un *él* por analogía a la estructura física hani, pero seguían sin tener ninguna garantía al respecto. Después de todo, también existían los stsho y posiblemente eso contribuía a que la criatura resultara aún más trágica a sus ojos.

Dioses. La piel sin vello, esos dientes incapaces de herir, las uñas romas. No habría tenido demasiadas oportunidades, sin armas, en una discusión con los kif, así que debería estar agradecido ante su situación actual.

No, pensó Pyanfar. No tenía por qué estar agradecido. Fuera quien fuera su propietario acabaría haciendo planes para él, fueran del tipo que fueran, y quizás era consciente de ello: eso explicaría su perpetua expresión abatida y llena de resentimiento.

También ella tenía sus planes al respecto, naturalmente.

Él. Hilfy lo recalca con insistencia a cada ocasión. Su primer viaje y un trágico

príncipe de otra especie, adecuadamente lejano e inalcanzable. La adolescencia.

¡Dioses!

En la sección principal del tablero de comunicaciones resonó un zumbido: una transmisión. El zumbido se hizo más agudo para acabar convirtiéndose en una prolongada y complicada serie de gemidos y silbidos que le hacían erizar el vello. Estaba tan nerviosa que dio un salto, sin poderlo evitar. Luego, reclinándose en el asiento, conectó el traductor.

Knnn, le informó la pantalla, aunque ella ya lo sabía.

Canción. Ninguna identidad reconocible. Ningún contenido numérico. Alcance: datos insuficientes.

También esa especie frecuentaba Urtur: sus mineros trabajaban sin necesidad de equipo protector en el infierno de metano que era la luna de Uroji, donde se encontraban como en casa. Eran gente extraña en todos los sentidos: esferas negras peludas con montones de patas y que odiaban la luz. Acudían a la estación para descargar minerales y se apoderaban de todo lo que encontraban a su alcance antes de esfumarse nuevamente en la oscuridad de sus naves. Quizá los *tc'a* fueran capaces de comprenderles y puede que también los *chi*, que aún eran menos racionales; pero nadie había logrado obtener nunca una traducción del *tc'a* lo bastante clara como para dilucidar si ellos, a su vez, eran capaces de entender a los *knnn*. Los *knnn* cantaban de un modo irracional cuando estaban contentos, cuando se encontraban enamorados o, quizá, para hablar entre ellos, Nadie lo sabía salvo posiblemente los *tc'a* y los *tc'a* jamás habían discutido tema alguno sin meterse antes en mil ramificaciones laterales que precedían al asunto realmente importante, dando muestras de una mentalidad tan propia de los reptiles como propios de éstos eran sus movimientos físicos. Nadie había conseguido que los *knnn* observaran las reglas aceptadas de la navegación espacial por lo que todas las especies, al no tener otra alternativa, procuraban evitarles. Normalmente emitían mensajes numéricos que los traductores mecánicos eran capaces de manejar pero estos mensajes eran sólo un código para situaciones específicas tales como las del comercio o el anuncio de que se aproximaban, algo parecido a unas señales luminosas. No había nada raro en la presencia de los *knnn* dado que esa raza iba donde quería, sin prestar atención a las disputas de las especies que respiraban oxígeno. De vez en cuando se oía un chasquido en el casco de la *Orgullo* al chocar con una roca o partícula de polvo, y esos ruidos estaban siempre acompañados por el tenue gruñido del núcleo en rotación y el susurro del aire en los conductos. La oscura inactividad de los instrumentos la deprimía. Las pantallas apagadas que la contemplaban en la penumbra del muelle le recordaban hilera tras hilera de ojos ciegos. Y se encontraban a la deriva en el vacío, entre los *kif* y las rocas, con un *knnn* que no tenía ni la menor idea de lo que estaba ocurriendo.

—Capitana —dijo la Voz de Tirun.

—Te escucho.

—Hay un knnn por ahí fuera.

—Yo también lo he oído. ¿Qué están haciendo Hilfy y Haral con el Extraño?

—Han ido a buscarle; lo estoy recibiendo en el comunicador. No les está dando problemas.

—Comprendido. Lo traerán aquí. Mantente a la escucha de las comunicaciones; aquí arriba estaremos bastante ocupadas.

—Sí, capitana.

Pyanfar cortó la comunicación y preparó el sensor para que sintonizara el canal del traductor, recibiendo una vez más la incomprensible estática formada por los vocablos hani.

Todo parecía aguardar en silencio y, finalmente, Pyanfar oyó ruido en el ascensor y después pasos en el corredor que llevaba al puente,

La alta y angulosa silueta del intruso brotó como una aparición recortada contra la luz del pasillo: detrás de él venían dos siluetas hani. Entró caminando con paso vacilante en la penumbra del puente y Pyanfar pudo distinguir su rostro, la sorprendente palidez de su melena y barba, la piel cerúlea cubierta de moretones y las huellas de su herida, aún enrojecidas pese a estar cubiertas con gel cicatrizante. Llevaba los pantalones de trabajo de color azul de alguna tripulante, atados a la cintura y con las perneras descosidas para acomodarse un poco mejor a su gran talla. Andaba con la cabeza algo encorvada para no rozar el techo del puente, ligeramente más bajo que el del resto de la nave, aunque si la hubiera erguido tampoco hubiera llegado a darse con él. El intruso se detuvo, con Hilfy y Haral flanqueándole.

—Ven —le dijo Pyanfar, abandonando su asiento para apoyarse en la consola del ordenador con los brazos cruzados. El Extraño tenía un aspecto aún algo débil y su paso no era muy seguro pero Pyanfar extendió la mano hacia el ordenador, poniendo de nuevo en acción el código de cierre, y luego se volvió a mirarle. El intruso no estaba observándola: tenía los ojos clavados en el puente y lo examinaba con una expresión anhelante, parecida a la de quien hubiera perdido recientemente la libertad de andar por un lugar semejante.

Así que venía de una nave, pensó Pyanfar. Debía ser eso.

Hilfy permanecía inmóvil detrás del intruso. Haral se apartó un poco, bloqueando su camino por si se le ocurría algún acto impulsivo. De ese modo le habían encerrado en un triángulo protector formado por ella, Hilfy y Haral: el intruso se apoyó con aire cansado en el asiento que tenía más cerca y no dio ninguna señal de que pensara salir corriendo. Llevaba el sensor en la cintura y también el auricular, por muy incómodo que pudiera resultarle dada su anatomía. Pyanfar alzó la mano asegurándose el suyo y puso el sensor en posición de recibir, mirándole nuevamente desde su posición en la consola.

—¿Todo bien? —le preguntó, y él se volvió a mirarla—. Me entiendes —dijo—. Ese traductor funciona en los dos sentidos. Has trabajado mucho con él y tengo la impresión de que sabías muy bien lo que hacías. Así pues, ahora tienes delante lo que tanto deseabas conseguir. Nos entiendes. Puedes hablar y hacer que te entendamos. ¿Quieres sentarte? Por favor.

El intruso pasó la mano con cierta vacilación por el respaldo del asiento y acabó instalándose en él.

—Eso está mejor —dijo Pyanfar—. ¿Cuál es tu nombre, Extraño?

Un fruncimiento de labios. Ninguna respuesta.

—Escúchame bien —dijo Pyanfar sin alzar la voz—. Desde que subiste a mi nave he perdido el cargamento y han muerto varias hani a manos de los kif. ¿Me entiendes? Quiero saber quién eres, de dónde vienes y por qué te metiste en mi nave cuando podías haber escogido cualquier otra nave del muelle. Eso es lo que vas a decirme. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Qué pretendes de mi nave y cuál es tu relación con los kif, Extraño?

—No sois amigas de kif.

Claro y perfectamente inteligible. Pyanfar tragó aire, metió las manos en el cinturón y se quedó mirando al Extraño con una tensa sonrisa.

—Ya... Bien. No, ya lo hemos dicho. No trabajo para los kif y no soy amiga suya. Negativo. ¿Comprendes la palabra polizón? ¿Pasajero ilegal? ¿Gente que viaja en una nave sin pagar?

El intruso meditó durante unos instantes sobre ello o, al menos, sobre lo que había podido entender, pero no le contestó. Su respiración era ronca y agitada, como si estuviera cansado; por el comunicador llegó de pronto una breve ráfaga de transmisión knnn que le hizo dar un salto. Sus ojos fueron ansiosamente hacia la consola y sus manos aferraron los brazos del asiento.

—Nuestros vecinos —dijo Pyanfar—. Quiero una respuesta, Extraño. ¿Por qué acudiste a nosotras en vez de a otra nave?

Había logrado atraer nuevamente su atención. Sus ojos la examinaron cautelosamente mientras se mordía el labio para acabar haciendo lo que quizá fuera un gesto de cansancio o indiferencia.

—Nave lejos de nave kif. Y reáis.

—¿Reíamos?

Un gesto vago hacia Hilfy y Haral.

—Tu tripulación trabajaba fuera de la nave, reían. Me dijeron fuera, fuera ==, no armas hacia mí ==. Vuelvo ==.

—Quieres decir que volviste a la rampa —dijo Pyanfar, frunciendo el ceño—. Ya. ¿Qué planeabas hacer en mi nave? ¿Robar? ¿Coger algún arma? ¿Era eso lo que pensabas hacer?

—===== no =====.

—Espacio. Habla más espacio para el traductor. ¿Qué deseabas hacer en la nave?

El intruso tragó una honda bocanada de aire y cerró los ojos un segundo como si intentara encontrar las palabras o estuviera pensando en qué decir. Sus ojos volvieron a abrirse.

—No pregunto por armas. Veo la rampa... ahí con hani, pequeño miedo.

—¿Quieres decir que nos temías menos a nosotras? —La idea no le resultó precisamente halagadora—. ¿Cuál es tu nombre? Nom-bre, Extraño.

—Tully —dijo él. Al igual que las ocasionales transmisiones del ordenador, el nombre le llegó por el auricular como una extraña mezcla del flujo natural de su lenguaje, una serie de ronroneos y gemidos combinados con sonidos aún más incomprensibles,

—Tully —repitió Pyanfar y él asintió, evidentemente reconociendo el esfuerzo que le suponía pronunciarlo, Pyanfar se llevó la mano al pecho—. Mi nombre es Pyanfar Chanur. El traductor no puede ayudarte con los nombres. Py-an-far. Chanur.

Lo intentó y el Pyanfar resultó reconocible. Al menos había logrado imitar el ritmo del ronroneo necesario con su lengua.

—No está mal —dijo ella, instalándose de un modo menos envarado en su asiento y cruzando las manos sobre el regazo—. Civilizado. Seres civilizados que se entienden bien con sus nombres. Tully. ¿Vienes de una nave, Tully, o se te llevaron los kif de algún planeta?

Unos instantes para pensarlo.

—Nave —acabó admitiendo.

—¿Les disparasteis vosotros primero? ¿Les disparasteis primero a los kif, Tully?

—¡No! No armas. Mi nave no tener armas.

—Dioses, vaya modo de viajar. ¿Qué debo hacer contigo? ¿Te devuelvo a ese planeta, Tully?

Sus manos apretaron aun más fuerte los brazos del sillón y sus ojos, con expresión abatida, miraron más allá de Pyanfar.

—Quieres lo mismo que ellos. Yo no decir.

—Así que te metes en mi nave y no piensas decírmelo. Se han perdido vidas hani por tu culpa y no piensas decírmelo.

—Vidas.

—Los kif destruyeron una nave hani. Te buscaban, Tully. Te buscaban. ¿No te parece que debo hacerte estas preguntas? Ésta es mi nave y te has metido en ella. ¿No te parece que me debes algunas respuestas?

Silencio. Estaba claro que no pensaba contestarle. Tenía los labios fuertemente apretados y una película de sudor le cubría el rostro, brillando débilmente en la

penumbra.

—Que los dioses se lleven a este traductor —acabó diciendo Pyanfar—. Muy bien, así que también a ti te trataron mal. ¿Te encuentras mejor a bordo de esta nave? ¿Te hemos dado la comida adecuada? ¿Tienes bastante ropa?

El intruso se alisó por un segundo los pantalones y asintió sin gran entusiasmo.

—No hace falta que me des la razón si no lo crees así. ¿Quieres alguna otra cosa?

—Quiero mi puerta ==.

—Qué, ¿abierta?

—Abierta.

—Bueno.

Todo su cuerpo pareció derrumbarse de pronto. Estaba claro que no había esperado que accediera a su petición. Su mano se movió señalando vagamente lo que les rodeaba.

—¿Dónde estamos? El sonido...

El polvo cósmico que chocaba con el casco: era un constante ruido de fondo, un murmullo enloquecedor con el que habían aprendido a vivir. En la cubierta inferior tendría que haberlo oído aún con más fuerza.

—Vamos a la deriva —le dijo—. Ahí fuera hay sólo rocas y polvo.

—¿Estamos ante punto de salto?

—Un sistema estelar —alargó la mano y puso en conexión el telescopio de la burbuja de observación, proyectando la imagen en la pantalla principal. El telescopio estaba dirigido hacia Urtur y el infierno energético que ardía en el centro del polvoriento sistema en forma de lente: una estrella rodeada por un anillo del que emergían tentáculos cuyos movimientos se medían en siglos, tenues filamentos que se recortaban como líneas oscuras contra las llamaradas del centro. La imagen iluminó por unos instantes el asombrado rostro del Extraño: Urtur lo merecía. Pyanfar percibió su expresión y se puso en pie, colocándose junto a él con un gesto cuidadosamente calculado: comerciar era su arte y, como parte de él, debía saber en qué momento alguien bajaba la guardia.

—Te lo explicaré —le dijo, cogiéndole del brazo; y el intruso se estremeció pero no opuso la menor resistencia al ver que le hacía levantar. Pyanfar le señaló el centro de la imagen mientras él la contemplaba desde lo alto de su mayor talla—. Mira, la imagen viene de un telescopio. Es un sistema muy grande, con toda una horda de lunas y planetas. Esos anillos oscuros los crean los planetas al eliminar el polvo y las rocas. En ese anillo más grande hay una estación orbitando en torno a un gigante gaseoso. El sistema no está habitado excepto por los mineros mahendo'sat y unos cuantos knnn y tc'a, que lo encuentran de lo más placentero. Respiran metano. Pero hay un montón de mineros y de gente en peligro ahora mismo... ahí, en el centro. La estrella se llama Urtur y los kif, están ahí, en algún lugar. Nos siguieron cuando

saltamos hasta aquí y ahora hay mucha gente en peligro por causa tuya. Los kif están aquí, ¿me entiendes?

—Autoridad. —Sentía el hielo de su piel bajo el acolchado de sus garras. Estaba temblando, con los músculos rígidos, ya fuera a causa de la relativa frialdad de la atmósfera en el puente, más despejado, o por otra razón—. Autoridad de este sistema. ¿Hani?

—Es una estación mahendo'sat. Tampoco aprecian demasiado a los kif. Nadie les aprecia pero es imposible librarse de ellos. Mahendo'sat, kif, hani, tc'a, stsho, knnn, chi. Todos vienen aquí a comerciar. No nos apreciamos demasiado entre nosotros, pero cada especie se ocupa de sus asuntos,

El intruso permaneció callado escuchándola, sin que fuera posible saber cuáles de sus palabras comprendía. En el comunicador resonó una nueva transmisión: los gemidos sibilantes de los knnn.

—Algunas de esas especies son mucho más extrañas que tú —dijo Pyanfar—. Pero no conoces ninguno de sus nombres, ¿verdad? Esta zona del espacio te resulta nueva.

—Lejos de mi mundo —dijo él.

—Ah, ¿sí?

Esas palabras le ganaron a Pyanfar una mirada nada amistosa. El intruso retrocedió para que no le tocara y sus ojos fueron de Pyanfar a las demás tripulantes.

—Bueno, esté donde esté... —dijo Pyanfar con aire despreocupado, mirando a Haral y Hilfy—. Creo que ya es suficiente. Nuestro pasajero está cansado. Puede volver a su camarote.

—Quiero hablar contigo —dijo Tully, agarrándose al asiento que tenía más cerca, dispuesto a resistir cualquier intento de moverle—. ¡Quiero hablar!

—¿De veras? —le preguntó Pyanfar. Él extendió la mano hacia ella: a Pyanfar le costó un esfuerzo de voluntad permanecer inmóvil pero sus dedos no llegaron a tocarla. La mano se retiró—. ¿De qué deseas hablar?

El intruso se apoyó en el asiento con las dos manos. En sus pálidos ojos había una feroz decisión y fuera cual fuera la emoción que le dominaba, a Pyanfar le pareció que era más de inquietud que de otra cosa.

—Tú ===== yo. Trabajo, entiende. Yo quedo esta nave y trabajo igual tripulación. Todo lo que quieras. Donde vayas. == Dame =====.

—Ah —dijo ella—. Te estás ofreciendo a pagar tu pasaje trabajando.

—Trabajo en esta nave, sí.

—Ya. —Habría preferido mirarle despectivamente desde arriba pero resultaba difícil—.

Quieres hacer un trato, ¿no? ¿Quieres trabajar para mí, Extraño? ¿Harás lo que te diga? Muy bien. Pues ahora, descansa. Vuelve a tu camarote, aprende tu vocabulario

y ve pensando en cómo explicarme lo que desean los kif; porque los kif siguen detrás de esta nave, ¿entiendes? Te están buscando y vendrán a por esta nave.

Meditó sobre ello durante unos segundos y pareció a punto de hablar. Sus labios se movieron articulando una palabra y luego volvieron a engullirla, cerrándose firmemente. Y con ese gesto de sus labios algo pareció sellarse también detrás de sus ojos, llenándolos con una abatida desolación muy superior a la que antes había visto Pyanfar en ellos. Un escalofrío corrió por su columna vertebral. *La criatura está pensando en morir*, se dijo Pyanfar. Era la misma expresión que había tenido apoyado en la pared del lavabo pero aún más gélida.

—Mira —le dijo en su más amistoso tono de charla en el muelle, apoyando la mano sobre su hombro, en un gesto algo brusco pero cuidando mucho de no sacar las garras. Quizás una buena sacudida—. Tully, no eres aún lo bastante fuerte como para trabajar. Debes descansar y eso basta. Estás a salvo. ¿Me entiendes? Las hani no hacen tratos con los kif.

Un destello, una repentina grieta en ese sello de acero. De pronto extendió las manos de un modo totalmente inesperado y le cogió los dedos, explorando con sus dedos sin garras el pelaje del que carecía, sosteniendo delicadamente las puntas almohadilladas de los dedos de Pyanfar. Le apretó en el centro de la mano y las garras asomaron muy levemente; Pyanfar seguía teniendo cuidado, aunque sus orejas se habían pegado al cráneo en un gesto de advertencia. Y entonces, para aumentar más todavía su incomodidad, él le puso la otra mano en el hombro, soltándola con igual brusquedad y volviéndose hacia Haral y Hilfy, para encararse finalmente de nuevo con ella. Está loco, pensó Pyanfar, y luego pensó en los kif y le pareció que tenía cierta justificación para actuar de modo extraño.

—Te diré algo gratis —añadió—. Los kif te siguieron por el muelle de Punto de Encuentro hasta mi nave. Siguió mi nave hasta Urtur y ahora aquí estamos, intentando mantenernos tan quietas y calladas que los kif no sean capaces de encontrarnos. Estamos intentando encontrar un modo para salir de aquí. Hay un kif en particular, al mando de una nave llamada *Hinukku*. *Akukkakk*...

—*Akukkakk* —repitió él como un eco, el cuerpo súbitamente envarado. El sonido le llegó en la voz del intruso, por la otra oreja. Sus pupilas se habían dilatado.

—Ah... Le conoces.

—Quiere llevarme su nave. Grande. Autoridad.

—Muy grande. Hay una palabra para los de su clase, ¿la conoces? *Hakkikt*... quiere decir que él caza y los demás recogen los pedazos que deja. Perdí algo en Punto de Encuentro: una nave hani y mi cargamento. Igual le ocurrió a ese gran *Hakkikt*, ese kif grande y poderoso. Te escapaste. Tú lograste huir de él y, por lo tanto, en todo esto no busca sólo beneficio. Te quiere a ti, Tully, para arreglar las cuentas. Está en juego su orgullo y su reputación, lo que para un kif es como la

misma vida. No piensa abandonar. ¿Sabes que intentó comprarte? Me ofreció oro, un montón de oro. Puede que incluso hubiera cumplido con su parte del trato y no hubiera intentado jugarme ninguna mala pasada posterior. Así podrás juzgar lo desesperado que está.

Los ojos de Tully fueron de ella hacia las demás y luego volvieron a Pyanfar.

—¿Tratas con él?

—No, Quiero algo a cambio de las vidas hani y el cargamento perdido. Quiero a ese gran *Hakkikt*. ¿Me has oído, Tully?

—Sí —dijo Tully de pronto—. Yo quiero lo mismo.

—Tía... —protestó débilmente Hilfy.

—Quieres trabajar —dijo Pyanfar, ignorando la inquietud de su sobrina—. Ya habrá ocasión para ello. Pero debes esperar, Tully. Debes descansar. Cuando cambie la guardia te volveré a llamar. Comerás con nosotras. Comida, ¿entiendes? Pero antes debes descansar un poco, ¿me has oído? Si quieres trabajar en mi nave deberás obedecer antes mis órdenes. Seguir mis instrucciones. ¿Entendido?

—Sí —dijo él.

—Entonces, vete. Haral y Hilfy te llevarán otra vez abajo. Vete.

Con un gesto de asentimiento el intruso se dejó llevar por Hilfy y Haral sin que ninguna de ellas se volviera a mirarla mientras se iban. Tampoco el intruso la miró. Pyanfar se quedó viendo cómo se marchaban y de pronto descubrió que se estaba frotando inconscientemente la mano que él le había tocado.

Los gemidos de la canción knnn resonaron de nuevo en el comunicador. Los knnn eran vecinos de los kif, y eso valía la pena tenerlo en cuenta. Éste en particular resultaba más comunicativo de lo normal. Nadie había llegado a estar nunca demasiado seguro de cuántos sentidos tenían los knnn ni de qué les impulsaba a ir de una estrella a otra.

Pyanfar se volvió hacia la consola del comunicador y conectó la tecla de Grabación, haciendo pasar otra vez la canción por el traductor, No obtuvo más información que la vez anterior. La canción se detuvo de pronto, quedando sólo el incesante susurro del polvo. El sistema de Urtur se había vuelto repentinamente muy silencioso.

En el traductor se oía todavía algo de estática: la voz de Haral o la de Hilfy. Pero el Extraño permanecía callado mientras le conducían de nuevo a su camarote. La ponía algo nerviosa el no tenerlo delante para vigilarlo: quizás estaba loco después de todo. Quizá pensara suicidarse y dejarlas sin nada que enseñar del hallazgo, salvo un litigio con los kif.

Y, después de todo, el único modo de impedirle que se matara sería tomar medidas que no aumentarían precisamente su buena voluntad hacia Pyanfar.

Pero la venganza era un buen propósito, algo que hacía la vida digna de ser

vivida. Y Pyanfar le había ofrecido precisamente eso.

Recordó el rostro que había tenido tan cerca: sus ojos brillantes y algo enloquecidos, esa mano tan fría como algo que llevara una hora muerto, y se obligó a no olvidar que esa criatura había luchado sin ayuda contra un enemigo capaz de convertir a los stsho en gelatina temblorosa.

En sus rasgos se dibujó algo parecido a una sonrisa: un leve arquearse de los labios y un fruncimiento de nariz mientras contemplaba pensativa la imagen del telescopio.

No era posible evitar el enfrentamiento. No con ese príncipe kif, ese *Hakkikt Akukkakk* cuya supervivencia personal dependía del Extraño: todos sus seguidores se volverían contra él si perdía la dignidad a causa del asunto. Era él quien había dejado que se le escapara el Extraño; quizás algún pequeño descuido, el viejo juego kif de atormentar a sus víctimas con promesas y amenazas, destrozando lentamente su voluntad. Un viejo juego; un juego que la raza hani entendía; algo irresistible para un kif, que se alimentaba con el miedo infligido a sus víctimas.

Akukkakk debía borrar ese molesto descuido cometido en Punto de Encuentro.

Habría estado igualmente obligado a vengarse sólo con que le hubieran robado una baratija en el muelle, pero Tully, el Extraño, era mucho más. Una especie capaz de comunicarse y viajar por el espacio, desconocida hasta ahora, en tal posición que se había topado con los kif sin pasar antes por regiones más civilizadas... Los kif tenían nuevos vecinos.

Un posible peligro para ellos.

Una posible expansión de sus terrenos de caza en direcciones que nada tenían que ver con los mahendo'sat o los hani. Había mucho en juego, un premio increíblemente alto reposando sobre un pobre fugitivo solitario.

Antes de que esto hubiera terminado Urtur estaría a rebosar de kif.

Fue al armario de comunicaciones y empezó a buscar las piezas necesarias para montar un transmisor de cierta potencia. Luego despertó a Chur y la envió a las zonas más oscuras de la circunferencia de la *Orgullo* en busca de otras cosas.

Lo que estaban construyendo en las gélidas entrañas de la *Orgullo* bajo las luces de los focos era un monstruo, igual que Tully. Había empezado teniendo una forma vagamente hani y en su origen fue una cápsula para operar fuera de la nave a la que se le habían ido quitando partes y que nunca consiguieron endilgarle a otra nave hani. El artefacto se había ido haciendo más y más largo y ahora, cortado en secciones cubiertas de tubos y conductos, poseía un ruidoso y no muy fiable sistema de mantenimiento vital.

—Traed a Tully —dijo Pyanfar, colocando la última soldadura que debía hacer funcionar el sistema—. Despertadle y traedle aquí. —Y Chur, cubierta como las demás con el polvo y la suciedad de su trabajo, fue a cumplir la orden.

Pyanfar siguió trabajando, sudando y lanzando una maldición cuando el sistema se estropeó de nuevo lanzando una nubecilla de humo. Quitó la pieza estropeada y buscó una nueva, colocándola en su lugar y felicitándose luego al comprobar que por fin funcionaba: con una vibración suave, una hilera de luces verdes se encendió y apagó a lo largo del cinturón y dentro del casco, Sonrió una vez más y se limpió las manos en los pantalones azules de faena que se había puesto para llevar a cabo esta sucia labor. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había llevado esa ropa azul llena de remiendos y había tenido las manos llenas de ampollas. En su juventud había hecho trabajos parecidos obedeciendo a otra capitana de la *Orgullo*, pero sólo Haral y Tirun podían recordar tales días. Se lamió la quemadura de un dedo y se acuclilló sobre la cubierta, observando satisfecha el funcionamiento de la unidad. Dejemos que trabaje un poco, decidió, para ver si puede aguantar. El traje parecía devolverle la mirada, rígido e inmóvil sobre sus enormes pies, reflejándola como una lejana miniatura sobre la curvatura del visor. Parecía un demonio mahendo'sat: le faltaban dos miembros para poder mantener con orgullo tal pretensión pero con todas las tuberías al descubierto y sus proporciones deformes resultaba bastante horrible recortado contra la oscuridad del taller. Al olor de la soldadura se mezclaba un débil aroma a sangre. Un cubo iba recogiendo las gotas de sangre que, de vez en cuando, caían en los despojos que colgaban bajo las luces, detrás del traje. Su tamaño era un poco superior al de una hani: lo habían suspendido con una cadena del riel superior del montacargas, con su flaca y alargada cabeza colgando de un cuello aún más prolongado, para que se descongelara y fuera goteando. El calor de las luces estaba empezando a conseguir que oliera mal. Los largos miembros ya habían recobrado casi la flexibilidad y el vientre abría su oscuro agujero *Uruus*: una carne dulce y llena de grasa, cuyo mejores bistecs ya iban en dirección de la cocina. El despojo estaba lleno de cortes pero eso no hacía sino alargar los miembros y prolongar la línea de los cuartos traseros.

La puerta, perdida en la oscura lejanía, se abrió y volvió a cerrarse; luego se oyó el roce de unos pasos sobre el suelo metálico. Pyanfar preparó su traductor y no logró recibir nada pero podía ver cómo las luces se iban encendiendo en el vasto recinto oscuro, reflejándose de un modo espectral a causa de la curvatura de la cubierta superior que constituía el techo de la vasta cámara de almacenamiento. Pronto distinguió dos siluetas, una de ellas muy alta y pálida. Siguió esperando, sentada, mientras las luces iban encendiéndose y apagándose a lo largo de la cámara, como si la secuencia automática fuera acercando a ella cada vez más las dos figuras.

Tully y Chur, claro. El Extraño venía sin oponer resistencia pero cuando estuvo lo bastante cerca para verlo todo se detuvo en seco y la luz que le había estado precediendo se apagó, dejándole a él y a Chur en tinieblas, a unos pasos del área iluminada en la que estaba sentada Pyanfar. Entonces ella se puso en pie, distinguiéndole claramente en la penumbra.

—Tully, no pasa nada. Ven, Tully, todo anda bien.

Él se acercó lentamente, como una sombra extraña más perdida en aquel cúmulo de cosas extrañas, y Chur le cogió del brazo, sólo por si acaso, contempló el traje vacío y luego el despojo colgado del techo, y siguió mirándolo largo rato.

—Animal —dijo Pyanfar—. Tully, deseo que veas lo que estamos haciendo. Quiero que lo comprendas. ¿Me has oído?

Se volvió hacia ella con los ojos hundidos en sus cuencas cubiertas de sombras. El ángulo de la luz hacía destacar su pálida melena y los rasgos de un rostro que, decididamente, nada tenía de hani.

—¿Me ponéis en eso?

—Pondremos eso en el traje —le dijo Pyanfar con voz animada—. El transmisor mandará su señal tan fuerte como pueda. Le diremos a los kif que te estamos echando de la nave y les daremos eso. ¿Me entiendes, Extraño? Haremos que persigan ese traje y echaremos a correr.

Estaba empezando a comprenderlo. Sus ojos recorrieron velozmente por segunda vez todo el cuadro: el traje vacío, el despojo a medio descongelar.

—Sus instrumentos ven dentro de él —dijo.

—Los instrumentos los registrarán, sí, y eso es lo que obtendrán.

Hizo un gesto hacia el despojo.

—¿Esto? ¿Esto?

—Comida —dijo ella—. No es una persona, Tully. Animal. Comida.

De pronto en su rostro floreció una sonrisa casi alarmante. Su cuerpo se agitó con un ruido ahogado que ella reconoció un segundo después como carcajadas. Le dio una palmada a Chur en el hombro y volvió hacia ella ese rostro convulso de cuyos ojos brotaba líquido y en el que aún se veía esa horrible mueca de mahendo'sat.

—Tú = al kif.

—Metedlo dentro —dijo ella, señalando el despojo—, Traedlo aquí y metedlo dentro. Echa una mano, Tully.

Y eso hizo, tensando su cuerpo desgarrado contra el peso medio helado del despojo, ayudando a Chur, con algún gesto fugaz de lo que quizá fuera repugnancia ante el aspecto o el tacto de la carne. Pyanfar desconectó el sistema vital del traje, abrió su obra de arte y arrugó la nariz cuando Chur y el Extraño se acercaron con el maloliente despojo. Un trabajo desagradable. Hizo a un lado sus escrúpulos y se encargó ella misma de meter el despojo en el interior del traje, pues tenía cierta idea sobre el mejor modo de hacerlo encajar. La cabeza entraba bien en el casco y el cuello iría bien para rellenar lo que faltaba de cuerpo: había que romper un poco el costillar y luego bastaba con seccionar los rígidos miembros y enderezarlos dentro del traje.

—Olerá muy bien si hace un poco de camino con el calefactor puesto —observó Chur.

Tully lanzó de nuevo su risa ahogada y se limpió el rostro, manchándose el bigote con la mezcla de sangre y polvo que le cubría los brazos hasta el codo. Pyanfar sonrió también, percibiendo de pronto lo incongruente del espectáculo: aquí estaba, acucillada en la penumbra con un alienígena medio loco y un traje lleno de carne de uruus, los tres cómplices de una disparatada conjura.

—Sostenlo —le ordenó a Chur, intentando cerrar el sello del vientre. Chur apretó los dos lados del traje por la parte inferior y Tully la ayudó por arriba y finalmente obtuvieron su recompensa: el traje estaba cerrado y tenía la forma de Tully—. Venid —dijo Pyanfar poniéndose en pie, y Tully, ayudado por Chur, cogió el traje por los hombros, avanzando con él hasta que las luces se dieron por enteradas de su presencia y empezaron a encenderse y apagarse a lo largo de su trayecto,

—¿La escotilla de carga? —preguntó Chur.

—La esclusa —dijo Pyanfar—. ¿O es que acaso los pasajeros abandonan seguramente las naves por alguna otra ruta?

No se trataba de una carga ligera. Avanzaron con paso tambaleante transportando el peso incómodo del traje y en la siguiente sección lo depositaron sobre un transporte con un suspiro de alivio. El traje parecía un cadáver, con el espejo del visor contemplando ciegamente el techo. Tully estaba blanco y temblaba a causa del esfuerzo: tenía la piel cubierta de sudor y tuvo que agarrarse al extremo del transporte, jadeando pero con los ojos brillantes.

—Eres Pyanfar, ¿verdad? —le preguntó entre un jadeo y otro—. ¿Pyanfar?

—Sí —admitió ella, rascándose la nariz con una mano sucia y pensando que era imposible ensuciarse más, señalando luego con un gesto a Chur y pronunciando de nuevo su nombre.

—Yo = —dijo él, asintiendo. Las ayudó a empujar con gran entusiasmo y por fin

lograron poner en movimiento el transporte a lo largo del pasillo que cruzaba el almacén interno, pasando junto a las enormes sombras de los tanques y la maquinaria hasta emerger otra vez en las secciones iluminadas normalmente de la cubierta inferior, donde el techo era más bajo. Por fin, siguiendo ya por los corredores normales, llegaron a la esclusa.

—¿= él va a =? —preguntó Tully, tropezando mientras las ayudaba a bajar el traje del transporte y mirando con cierto nerviosismo hacia la izquierda donde se empezaba a abrir la compuerta interior de la esclusa—. ¿Sale rápido fuera?

—Ah, no —dijo Pyanfar. Pasó los pies del traje por la abertura y los apoyó al otro lado mientras que Chur y Tully hacían pasar el resto del cuerpo y acababan poniéndolo en posición vertical—. Así, junto a la compuerta exterior. Cuando la abramos saldrá sin ningún problema a través de la esclusa. Plantó bien los pies en el suelo y añadió su peso al de Tully y Chur, que se esforzaban al máximo, para retroceder luego y examinar su obra de arte con una sonrisa, pensando en los kif. Puso en marcha el sistema de mantenimiento vital con los botones del cinturón y el traje, a mínima potencia, se irguió un poco más. Pyanfar lo desconectó, ya que no quería malgastar un buen cilindro.

También Tully se quedó unos instantes contemplando el traje, jadeante y sudoroso, con los brazos a los costados, una expresión algo distraída iba sustituyendo de repente a su anterior alegría: una expresión en la que había algo parecido a un estremecimiento, como si después de todo aquello hubiera empezado a pensar en ese traje y en su situación y estuvieran empezando a ocurrírsele muchas preguntas que aún no había hecho.

—Fuera —dijo Pyanfar, agitando el brazo hacia Chur para que se apartara e incluyendo a Tully en su gesto. Tully vaciló unos instantes y ella avanzó para cogerle del brazo y sacarle de su aparente distracción y de pronto él le puso una mano en un hombro y luego en el otro, inclinando su cabeza sobre su mejilla en un gesto fugaz para apartarse a toda prisa, dejando caer la mano con igual velocidad a la que habían usado las orejas de Pyanfar para pegarse al cráneo. Pyanfar estuvo a punto de bufarle pero en vez de eso, lentamente y con cierta dificultad, le dio un golpecito en el hombro y le hizo cruzar la esclusa hasta el pasillo.

Gracias, parecía significar ese gesto. Bueno. Así que Tully sabía entender las cosas con bastante sutileza. Agitó las orejas y consiguió con ello que Chur se volviera rápidamente a mirarla y luego, de un leve empujón, hizo que Tully avanzara hacia ella.

—Ve a limpiarte —le dijo—. Date una ducha, ¿me oyes? ¡Lávate!

Chur le cogió el brazo indicándole que le ayudara con el transporte y los dos se fueron por el corredor para devolverlo a su lugar de origen, Pyanfar expulsó una breve bocanada de aire y cerró la compuerta interior dirigiéndose luego hacia el

lavabo común donde había dejado sus otras ropas, sintiendo aún un cierto escozor allí donde la había tocado la mano del Extraño.

Pero había comprendido lo que estaban haciendo: había percibido cuál era la intención de aquella mascarada y se daba cuenta de que no todo en ella era divertido.

Malditos kif.

Y entonces recordó el rostro alargado y solemne del uruus, tan benignamente estúpido, y al pensar en el altivo orgullo del gran *hakkikt* de los kif no pudo sino arrugar la nariz emitiendo una risa en la que había muy poco buen humor.

La cena estaba ya casi preparada y un delicioso aroma llegaba de la cocina superior, donde Hilfy y Geran llevaban ya cierto tiempo trabajando, con ocasionales viajes a las instalaciones más amplias del piso inferior. Esta vez iba a tratarse de un auténtico festín, uno de esos guisos magníficos en los que tan hábil resultaba Geran: era la penúltima contribución hecha por el uruus para su bienestar y había sido preparada con todo el cuidado que dedicaban a la comida en viajes más normales durante los cuales las comidas eran una auténtica obsesión, una apreciada pausa en la rutina y un arte que practicaban para el deleite de sus pasajeros ocasionales y para sorprenderse unas a otras.

A modo de bienvenida, una aromática corriente de aire empezó a brotar por el pasillo y Pyanfar preparó las conexiones con el comunicador del puente, tomando las disposiciones necesarias para asegurar el funcionamiento de los aparatos, con las manos casi temblando, tanta era su hambre, sintiendo un enorme hueco en el centro de su dolorido estómago. Hasta el momento por el comunicador no habían llegado transmisiones que hicieran pensar en más problemas de los que ya tenían y el uruus dentro del traje seguía esperando en la esclusa, inmóvil y derritiéndose lentamente, como vio al echar una breve mirada en la pantalla, apoyándose en sus pies deformes y sostenido contra la compuerta exterior. Desconectó la imagen y comprobó otra vez la conexión cocina/sala común, recibiendo por un momento la voz de Hilfy. Luego, invirtiendo la conexión, maldijo con toda su voluntad a cualquier kif que se atreviera a interrumpir esa hora tan duramente ganada. Pero la conexión estaba allí, por si hacía falta en un momento dado, y la unidad de la sala común les informaría de cualquier nuevo acontecimiento. Habló con Geran y transmitió a la nave su aviso de que todo estaba listo. Unos momentos después salió del puente y se dirigió hacia el comedor, otra vez limpia y también relamiéndose ya ante el banquete.

El espectáculo le hizo sonreír tanto por dentro como por fuera: la mesa había sido extendida al máximo, de tal forma que apenas si tenían espacio para sentarse a su alrededor y en el centro se desplegaba una abundante muestra de fabuloso arte culinario. Bandejas de carne, por los dioses, nada de salazón y patatas ultracongeladas: auténticas fuentes de salsa en la que flotaban succulentos pedazos adornados con hierbas y crujientes guarniciones. La habitación, blanca y estéril

normalmente, se había transformado: Geran y Hilfy daban a toda prisa los últimos toques repartiendo los almohadones con sus abigarrados dibujos hechos en rojo, oro y azul, los colores heráldicos de Chanur.

—Maravilloso —dijo Pyanfar, inhalando el aroma. Había sitio para siete. Oyó el ascensor y se volvió hacia el pasillo, por el que no lardaron en aparecer Haral y Chur con Tully siguiéndolas y, en último lugar, Tirun, que avanzaba cojeando apoyada en la muleta que había improvisado con un trozo de tubería—. Sentaos, sentaos —les indicó Pyanfar tanto a ellas como a Tully y todos fueron acomodándose lo mejor posible en el escaso espacio disponible, rozándose casi unos con otros. Pyanfar ocupó el asiento del extremo que daba al puente y Haral el que daba a la cocina, mientras que Tirun y Chur dejaban a Tully casi aprisionado entre ellas, con Hilfy y Geran al otro lado de la mesa. El intruso ofrecía así un extraño espectáculo con su melena entre blanca y dorada flanqueada por el oro rojizo de las dos y sus hombros sin vello contrastando con el rojo oscuro de sus compañeras de mesa: Tully se había encogido lo más posible, intentando no ocupar el espacio reservado a los demás asientos. Pyanfar rió levemente, cada vez más satisfecha, y entonó la petición de salud a la cual respondieron las otras y que sobresaltó un poco a Tully por su estruendo.

Luego se llenó la copa con el efe de su propia botella y las demás imitaron su gesto, sirviéndose de las suyas, con un leve retraso por parte de Tully. Durante unos instantes se oyó solamente el tintineo de los cubiertos y el ruido de las copas y los platos en tanto que los monumentos de Hilfy y Geran quedaban rápidamente demolidos. Tully iba probando pequeñas cantidades de cada plato cuando éstos pasaban ante él en el centro giratorio de la mesa, sirviéndose al principio con parquedad como si no estuviera demasiado seguro de a qué raciones tenía derecho. Luego, a medida que fue observando disimuladamente lo que comían todas, fue cogiendo trozos más grandes a los que añadió salsa, reservándose más de una vez raciones de algo que, muy evidentemente, se agotaría antes de pasar por segunda vez ante él. No dijo ni palabra durante todo ese tiempo.

—Uruus —dijo Chur con una sonrisa maligna, pinchándole suavemente el brazo con una garra para atraer su atención, señalando hacia la carne—. El mismo animal que le daremos a los kif.

Tully puso momentáneamente cara de no entender, pinchó el filete con su cuchillo y alzó los ojos de nuevo hacia el rostro sonriente de Chur.

—¿El mismo?

—El mismo —le confirmó Chur. Tully puso una cara bastante rara y luego siguió comiendo. Rió brevemente para sí mismo, con su habitual alegría de loco, los hombros encorvados y su atención totalmente concentrada en la comida, apartando los ojos de ella sólo los segundos necesarios para fijarse en las demás e intentar usar los cubiertos al estilo hani.

—¿Bueno? —dijo Pyanfar, rompiendo el silencio general. Tully alzó la vista de inmediato, mirándolas a todas por turno, sin saber quién había hablado. El traductor que resonaba en su oído carecía de personalidad—. Yo, Pyanfar. ¿Todo bien, Tully? ¿Te gusta esta comida, es la adecuada?

—Sí —respondió él—. Estoy hambriento. —*Hambriento*, dijo sin la menor pasión el traductor en su oído pero la expresión de su rostro en esos instantes lo decía todo al respecto. Los golpes parecían destacar aún más bajo la luz blanca de la habitación y la angulosa osamenta de su cuerpo se hubiera dicho a punto de romper la piel de sus hombros y costillas.

—Dice que casi siempre tiene frío —intervino Chur—. Después de todo carece de nuestra protección natural. Intenté ponerle una chaqueta pero es demasiado pequeña para él. Me la ha pedido, dice que la abrirá un poco. Quizá sería mejor empezar dejándole algo de Haral.

—Seguiría resultando demasiado pequeño para esos brazos —dijo Haral, contemplándole con expresión pensativa—, pero veré lo que puedo encontrar.

—Frío —dijo Tully, comprendiendo muy poco de la conversación.

—Lo estamos intentando, Tully —dijo Chur—. Le acabo de pedir eso mismo a Haral, ¿entiendes? Puede que encontremos algo para ti.

Tully asintió.

—= = —dijo con cierto abatimiento y luego el rostro se le iluminó—. Bueno. ¡Bueno! —dijo, señalando a la comida.

—No te estarás quejando, ¿verdad? —comentó Pyanfar—. No... ¡dioses!

Del comunicador brotó repentinamente una canción knnn y Tully dio un salto. Todas contemplaron con expresión algo inquieta el altavoz y Pyanfar dejó escapar un lento suspiro cuando quedó claro que la transmisión estaba toda en knnn. Sólo Tully siguió con los ojos clavados en el comunicador.

—No es nada —dijo Pyanfar—. Otra vez los knnn. Lo desconectaré en seguida. —Miró a las demás, el rostro nuevamente serio y la mente concentrada en el trabajo—. Tenemos preparado un rumbo, por si llegara a ser necesario. Está en el ordenador para cuando haga falta. Y acabará haciendo falta. Chur, Tully y yo estuvimos preparando una pequeña distracción, un regalo para los kif que les costará perder velocidad crítica si quieren apoderarse de él. Lo preparamos de modo que tenga un aspecto atractivo para sus sensores.

Un momento de silencio.

—¿Puedo hablar? —preguntó Hilfy.

Pyanfar asintió sin más comentario.

—¿Adónde? —dijo Hilfy—. Si vamos a salir corriendo, ¿hacia dónde iremos? ¿Otra vez a Punto de Encuentro?

—No. Claro que estuve pensando en ello como una manera de hacerle perder la

pista a los kif, pero cuando empecé a pensarlo detenidamente una y otra vez... Estuvimos a punto de no conseguirlo en el trayecto hacia aquí con toda la masa de Urtur para guiarnos y por mucho que recemos no hay modo de conseguirlo invirtiendo el camino con la poca masa de Punto de Encuentro para guiarnos. He estado trabajando mucho con los rumbos posibles y no hay otra solución que Kirdu, en dos saltos. Es una estación grande y puede que allí tengamos ayuda disponible.

—Los kif se lo habrán imaginado también —dijo Geran—, Nos interceptarán en Kita.

—Pues daremos los saltos a toda velocidad —dijo Pyanfar, tomando un sorbo de efe—. No hay otro modo, Geran, absolutamente ninguno.

—Dioses —musitó Chur con muy poca diplomacia. Hilfy parecía inquieta y sus ojos no se apartaban de las demás, que tenían más experiencia. Tully había dejado nuevamente de comer y también él las miraba, entendiendo parte de la conversación.

—Un salto consecutivo al inicial —le dijo Pyanfar a Hilfy—. Ningún retraso para tiempo de recuperación, ninguna disminución de velocidad en el intervalo y, bien lo saben los dioses, bastante riesgo en cuanto al lugar adonde vayamos a parar: puede que nos llevemos en el salto parte de este polvo y rocas. Pero el riesgo sigue siendo preferible a quedarnos aquí sentadas mientras la población kif sigue aumentando. Debemos llegar a un punto de salto: Kita. Después del Punto Kita los kif tendrán que escoger entre tres destinos posibles para nosotras: Kura, Kirdu y Maing Tol. Puede que acaben acertando, pero deberán enviar algunas naves para cubrir las otras dos posibilidades.

—Estamos yendo a casa —dijo Hilfy, no muy segura.

—¿Quién habló de ir a casa? Vamos a resolver este lío, eso es lo que haremos. Vamos a encargarnos de unos cuantos kif buscando un lugar en el que nos sea posible encontrar aliados. Eso es lo que haremos.

—Entonces, la nave Faha; podríamos avisarles.

—Cómo, ¿piensas ir diciendo por ahí cuál es nuestro destino? También ellas imaginarán que nuestra mejor esperanza es Kirdu y probablemente irán allí.

—Podríamos avisarles. Aquí, ahora. Darles una oportunidad para que huyan.

—Saben cuidarse de sí mismas, como ya han demostrado en otras ocasiones.

—Después de que fuéramos nosotras las que trajimos aquí el problema.

—Ésa es mí decisión —dijo Pyanfar.

—No estoy de acuerdo y creo que...

—No podemos ayudarlas meramente yendo hacia ellas. Y si no es yendo hacia ellas, ¿cómo piensas enviarles un mensaje? Lo único que podemos conseguir de ese modo es empeorar su situación. ¿Me has entendido?

—Lo he entendido —sus orejas se pegaron al cráneo y luego volvieron a erguirse con un leve esfuerzo. El silencio era absoluto y sólo lo rompía el gimoteo de los

knnn, motivado por lo que les impulsaba a cantar, fuera lo que fuera.

Y de pronto el gimoteo se detuvo.

—¡Dioses! —murmuró Haral irritada, con sus ojos llenos de preocupación fijos en el otro extremo de la mesa, Pyanfar le devolvió su mirada y luego observó al Extraño.

—Pyanfar —dijo Tully, que sostenía su copa como si se hubiera olvidado de ella, con algo parecido al pánico en su expresión, obviamente cada vez más deseoso de hablar e incapaz ya de contenerse—. ¿Yo hablo? —le preguntó. Pyanfar asintió—. ¿Qué movimiento hará esta nave?

—Nos acercaremos más a nuestro territorio, al espacio hani. Vamos hacia donde los kif no puedan seguirnos tan fácilmente, hacia donde hay demasiado tráfico hani y mahendo'sat como para poder atacarnos igual que ahora. Un sitio mejor, ¿entiendes? Más seguro.

Dejó la copa sobre la mesa haciendo un gesto impreciso con su mano de largos dedos carentes de uñas.

—Dos saltos.

—Sí.

—=. Necesito =, capitana ==.

Ahora estaba muy nervioso, terriblemente inquieto. Pyanfar tomó aire intentando calmarle con un gesto.

—Otra vez, Tully, dilo otra vez. De un modo distinto.

—¡Dormir! Necesito dormir en salto.

—Ah, igual que los stsho. También ellos necesitan dormir entonces. Sí. Ya lo entiendo.

Te daremos drogas para que duermas, no tengas miedo.

Había empezado a temblar. De pronto sus ojos empezaron a llenarse de líquido y el intruso agachó la cabeza, limpiándose los en silencio. Nadie habló, comprendiendo lo intenso de sus emociones en aquellos instantes. Quizás él se dio cuenta del silencio porque de pronto, con un gesto brusco, cogió su cuchillo y pinchó con él un pedazo de carne que tenía en el plato. Se lo llevó a la boca y empezó a masticar, sin levantar nunca la cabeza.

—Necesitas drogas para dormir —dijo Pyanfar—, y los kif te hicieron pasar el salto sin ellas. Eso es lo que hicieron, ¿verdad?

Él la miró.

—¿Estabas solo al empezar todo, Tully? ¿Había otros contigo?

—Muertos —dijo él con la boca llena, tragando con dificultad—. Muertos.

—Estás seguro de ello.

—Estoy seguro.

—¿Hablaste con los kif? ¿Respondiste a sus preguntas?

Una negativa con la cabeza.

—¿No?

—No —dijo Tully, bajando nuevamente los ojos hasta esconderlos bajo sus pálidas cejas—. Dimos un = erróneo a su traductor.

—Cómo, ¿palabras erróneas?

Seguía teniendo el cuchillo en la mano, con un trozo de carne en él: se había olvidado de la comida.

—Manipuló su traductor para que no funcionara —exclamó Tirun, encantada—. ¡Dioses!

—¿Y el nuestro no? —le preguntó Pyanfar.

Los ojos de Tully buscaron su rostro.

—Pensé que te apresuraste mucho a entrar aquí —dijo Pyanfar—. Qué Extraño tan listo... Hablaste de *nosotros*. Entonces, al principio había más de vosotros en manos de los kif.

—Los kif cogen cuatro de nosotros. Nos llevan a través del salto sin medicina, despiertos, ¿entiendes?, tampoco nos dan comida buena y poca agua, nos hacen trabajar ante teclado de su traductor igual vuestro. Sabemos lo que quieren de nosotros. Trabajamos despacio, hacemos no entender teclado, no entender los símbolos, trabajo muy despacio. Dan muy poco tiempo. Nos pegan mucho, nos sacuden mucho, nos hacen trabajar en la máquina, trabajar rápido. Trabajamos todo mal en máquina, hacemos muchas palabras equivocadas, esta palabra por esa otra palabra, cinta larga, larga; algunas bien, muchas mal. Un día, dos, tres... todo mal. —Una mueca fugaz retorció sus rasgos—. Hacen funcionar cinta y nosotros más error. Entienden lo que hacemos, cogen uno de nosotros, la matan. Nos pegan mucho a todos. Nos dan otra vez mismo trabajo, hacer cinta que quieran. Hacemos cinta dos mal, equivocada distinto. Los kif matan luego otro de mis amigos. Yo, un hombre nombre Dick James, dos en nave que viene a estación. Nos hacen conocer ese Akukkakk, él viene bordo nave vernos. Él... —Otra convulsión del rostro, un gesto incomprensible—. Él... coge brazo mi amigo, rompe, rompe muchas veces dos brazos, pierna, yo hago lucha con él, nada bueno, me pega... sale fuera. Y mi amigo... pregunta... le mato, ¿entiendes? Yo lo hago; mato mi amigo, = kif ya no más daño él.

Ahora en la mesa reinaba un silencio mortal. Pyanfar carraspeó levemente. Las demás guardaban silencio con las orejas pegadas al cráneo y las pupilas muy dilatadas.

—Vienen —prosiguió Tully en voz baja—. Encuentran mi amigo muerto. Kilos = enfadados, me pegan, me traen hacia segunda nave. Fuera. Muelles. Corro. Corro mucho tiempo. Vengo vuestra nave. —Agachó la cabeza y luego las miró con una pálida sonrisa de mahendo'sat—. Hago teclado bien vosotras.

—Ese kif está buscando sangre —dijo Haral.

—Tully —le dijo Pyanfar—. Entiendo el que tengas mucho cuidado al responder a las preguntas sobre tu lugar de origen. Pero apostaría a que tu espacio está cerca de los kif. Escúchame; creo que tu nave se metió entre ellos y ahora saben que existe una especie capaz de viajar por el espacio cerca de sus territorios, una especie a la que pueden robar a placer, o a la que tienen un miedo mortal pues quizá represente un peligro para ellos. No sé cuál es la verdad pero eso es lo que desean de ti, me atrevería a jurarlo. Quieren saber más de ti. Y tú lo sabes. Y no sientes muchos deseos de hablar con nosotras sobre todo eso.

Tully permaneció muy quieto durante unos segundos.

—Mi especie es humana —Pyanfar oyó la palabra pronunciada en su propia lengua.

—Humana.

—Sí, ellos intentan preguntarme. Yo no digo; hago no entiendo,

—Tu nave no tenía armas. ¿No lleváis armas?

Ninguna respuesta.

—¿Ignorabais que pudiera haber peligro?

—No conocemos este espacio, no. Salto largo. Dos saltos. = oímos transmisión.

—¿Kif?

Sacudió la cabeza, diciendo que no a su manera.

—Oigo... —Señaló hacia el comunicador, que permanecía callado—. Eso. Hace ese sonido.

—¡Por todos los dioses! Eran knnn.

Se tocó el oído.

—Dilo otra vez. No entiendo.

—Knnn, un nombre. Una especie. Respiran metano. Estabas en territorio knnn. Las noticias son cada vez peores, amigo mío. El espacio knnn se encuentra entre los stsho y los kif.

—Capitana —dijo Geran—, sería capaz de apostar con un chi a que los stsho andan metidos en todo esto. Era su estación, después de todo, donde los kif andan con toda libertad en público por el muelle. Me atrevería a decir que los kif no tendrán que responder a ninguna pregunta ante los stsho.

Pyanfar asintió, pensativa, recordando su entrevista en la oficina stsho y el *cambio* que se había producido. Una sonrisa de bienvenida, esos impassibles ojos color de piedra lunar, esas delicadas y pálidas cejas. Sintió un escalofrío en la espalda.

—Lo cierto es que los stsho harían la vista gorda ante todo lo que oliera a problemas. Chiquilla —dijo, viendo las orejas de Hilfy pegadas a su cráneo, y sus pupilas dilatadas al máximo—, presta atención: así se portan nuestros amigos y

aliados por esta zona. Que los dioses los pudran... Anda, come.

Tully removió inquieto el contenido de su plato, concentrándose de nuevo en él y Pyanfar, aún pensativa, masticó lentamente un bocado de carne.

Knnn, kif, stsho, Dioses, todo había entrado en ebullición cuando el Extraño, el *humano*, había caído de golpe dentro del caldero. Seguía notando un molesto y helado escozor en la espalda, como un viento frío surgido de la nada. El muelle en Punto de Encuentro con su extraña atmósfera, todos intentando afanosamente no ver ni oír nada fuera de lo normal, con un fugitivo suelto y los kif de caza.

No había nada especialmente malo en los stsho, salvo su deseo de evitarse problemas.

Siempre se habían portado así, pero en el fondo eran realmente distintos. No había ningún hani capaz de entender sus complicados modelos y rituales de conducta. Y ahora, si los knnn andaban metidos en algo con los kif... ¡Dioses!

Tenía la boca seca y para tragar la carne tuvo que tomar un sorbo de efe. Volvió a llenarse la copa. Tully comía con auténtico apetito, por lo que parecía. La comida iba desapareciendo a lo largo de toda la mesa y los platos circularon para ofrecerles una segunda ración.

—Voy a darle ciertas tareas a Tully —dijo—. Está claro que no puede leer, pero hay ciertas cosas que puede hacer —Tully la estaba mirando—. Sobrina —añadió—, ya no eres la más joven a bordo de la *Orgullo* en este viaje. Eso debería hacerte feliz.

El rostro atezado de Hilfy se descompuso en una mueca de inquietud.

—¿Es él el más joven?

—Un trabajador lleno de entusiasmo —dijo Pyanfar, arrugando la nariz—. Y, a partir de ahora, estará en parte bajo tu responsabilidad.

—Tía, yo...

—Ya te he dicho cuál es la situación, sobrina. ¿Me has entendido? Ya sabes con qué nos las estamos viendo y cuál es el precio del juego, ¿no?

—He comprendido —dijo Hilfy con voz queda—. No lo sabía pero estoy empezando a imaginármelo.

—Kif —bufó Geran—. Son muy distintos cuando tienen los números en contra.

—Hace mucho tiempo... —dijo Haral, y luego torció el gesto. La canción knnn de nuevo, aún más aguda—. Así se pudra.

—Muy cerca —opinó Pyanfar. La recepción era sorprendentemente clara. Sus ojos se encontraron con los de Haral, cada vez más inquietos, al otro extremo de la mesa. La canción prosiguió durante unos momentos, demasiado alta como para que fuera posible hablar, y luego se fue esfumando entre gimoteos ahogados, como el parloteo de un loco que baja de tono hasta callarse.

—Demasiado cerca —dijo Haral—. Capitana...

Pyanfar empezó a levantarse de la mesa, cediendo por fin ante el nerviosismo que

sentía.

—*Capitana Chanur* —dijo el comunicador en un volumen mucho más reducido. Una voz toda chasquidos y chirridos, hablando en hani—. *Capitana Chanur, no es preciso acusar recibo, Sólo escuche.*

Pyanfar se quedó muy quieta, con el cuerpo rígido, mirando hacia el comunicador: el vello de su nuca estaba erizado y las orejas echadas hacia atrás. Todos se habían quedado inmóviles, como helados.

«—*El trato rechazado en Punto de Encuentro ya no es posible. Ahora ofrezco nuevos términos más adecuados a la situación. Un nuevo trato. Podréis abandonar el sistema con toda seguridad, tanto vosotras como la nave Faha ahora en el muelle. Garantizo todo lo que realmente os interesa, a cambio de algo que no os interesa en lo más mínimo. Expulsa al vacío el resto de tu carga, ladrona hani. Ya conoces nuestras costumbres. Si actúas sabiamente no te perseguiremos más. Sabes que somos los legítimos propietarios de esa mercancía. Sabes que conocemos tu nombre y el de tus aliados. Siempre recordamos el mal que se nos hace. Todos los kif recordamos los crímenes cometidos contra nosotros. Pero debes limpiar tu nombre, Pyanfar Chanur. Es más, debes salvar las vidas de quienes no estuvieron implicados originalmente en tu acto de piratería. Devuélvenos nuestra propiedad, Pyanfar Chanur, y no emprenderemos ninguna acción posterior contra los Faha o contra vosotras. Ésta es mi mejor oferta. Y ahora ya sabes, por experiencia, que no se trata de una amenaza hueca. ¿Vale todo esto acaso vuestra destrucción y la de las Faha? ¿O piensas quizás huir de nuevo abandonando a tu aliada? ¿Piensas quizás huir eternamente? Eso no contribuirá a ayudarte en el comercio ni te hará demasiado bienvenida en las estaciones apenas se enteren de los riesgos que supone tu cercanía. Abandona, ladrona. La ganancia es muy pequeña comparada con las pérdidas que puede traerte lo que has robado».*

—Akukkakk —dijo Pyanfar en voz baja cuando la transmisión hubo terminado—. Bien.

—Tía —dijo Hilfy, conteniéndose a duras penas—. Piensan atacar a la *Buscaestrellas*. Primero la atacarán a ella.

—Sí, indudablemente —el mensaje empezó a repetirse y Pyanfar se puso en pie con un gesto brusco—. ¡Maldito aparato! Apagadlo.

Chur era la más próxima al comunicador. Se levantó de un salto y quitó el volumen de la unidad mural. Las demás ya habían empezado a levantarse, así como también Tully.

Su piel estaba cubierta por una fina capa de sudor que parecía rocío.

—Cerrad la cocina y aseguradla —dijo Pyanfar—. Preparadlo todo para saltar. Nos vamos.

Hilfy se volvió hacia ella con una mirada implorante. Pyanfar clavó en ella unos

ojos que parecían arder y con Geran instándole a moverse Tully se detuvo unos instantes, extendiendo la mano hacia el hombro de Pyanfar.

—Dormir —suplicó Tully, recordándole sus palabras con el rostro lleno de terror.

—En nombre de los dioses, sacadlo de aquí —gruñó Pyanfar, volviéndose y echando su plato y algunos otros que tenía cerca en el conducto de basuras, mientras iba recogiendo las fuentes y los cubiertos para entregárselos a Haral, Tirun y Chur, que a su vez se apresuraban a despejar la mesa lo más deprisa posible. Hilfy se dispuso a echarles una mano—. Fuera —le dijo Pyanfar a Chur—, El traje de la esclusa: pon en marcha el sistema de apoyo vital. ¡Muévete!

Chur saltó por encima de la mesa y corrió hacia la puerta con un repiqueteo de garras, Pyanfar se volvió, controlando mucho mejor sus movimientos, y la siguió en dirección a los controles. Tirun fue detrás de ella, cojeando, pero Pyanfar no estaba de humor para esperarla. Sentía en el vientre un hormigueo de nervios que le estaba revolviendo el alimento recién ingerido: de pronto todas las elecciones que había hecho hasta ese momento le parecían muy poco de fiar, incluyendo entre ellas el tener suelto a un Extraño ligeramente enloquecido a bordo de una nave en situación de emergencia. Y los kinn tan cerca; y ellas con sus ojos y sus oídos ciegos y sordos ante todo lo que pasaba en el exterior.

Entró en la penumbra del puente y se instaló en el asiento cuyo desgastado respaldo conocía tan bien las dimensiones de su cuerpo, abrochándose el cinturón y oyendo cómo todas las demás se movían a su alrededor: Tirun, Hilfy, Haral. En el comunicador resonaba aún la voz del kif. A lo lejos oyó a Tully que hablaba con Geran en tono suplicante, intentando transmitir a través del traductor algo que en su origen ya parecía bastante confuso. Empezó a efectuar una serie de comprobaciones internas de las que muy bien habría podido prescindir y miró a sus compañeras.

Haral y Tirun habían ocupado sus asientos y estaban empezando también a comprobar sus aparatos, con el rostro impasible y totalmente absortas en su labor. Hilfy tenía las orejas echadas hacia atrás y sus manos temblaban visiblemente sobre los controles.

Bien. Una cosa era enfrentarse al fuego de los kif en Punto de Encuentro y otra, muy distinta, esta larga espera imaginando que en cualquier momento podían empezar los disparos.

—Por favor —dijo repentinamente una voz mahendo'sat en el tablero de Hilfy y unos instantes después en el suyo—, *Manténganse alejados de la estación. Pedimos a todas las partes implicadas que mantengan la calma. Sugerimos un arbitraje.*

La emisión había sido difundida a máxima potencia y se dirigía a todo el sistema: la estación, llena de seres inocentes refugiados en ella desde todos los confines de Urtur, suplicaba a sus combativos invitados involuntarios que no atacaran.

Y, entre esos seres inocentes, estaba también la tripulación de la *Buscaestrellas*.

—Ese mensaje debía preceder al otro —dijo Pyanfar pensativa—. Para la estación todo esto pertenece ya al pasado sus palabras se dirigían a Hilfy, intentando con ello que no se le ocurrieran más ideas locas. Tully seguía hablando. Pyanfar se quitó el auricular del oído, eliminando así todas las comunicaciones de esa procedencia confiando en que, si todo lo demás fallaba, la nada despreciable fuerza del brazo derecho de Geran se encargaría de mantener la calma.

—Capitana —era Chur, dirigiéndose a toda la nave—. El sistema de apoyo vital está conectado y la esclusa cerrada otra vez.

—Entendido, Chur —murmuró ella, trabajando en el teclado y revisando los cálculos de trayectoria que había preparado antes—. Dirígete a la sala de operaciones de la cubierta inferior. —Habría preferido tener a Chur en el puente pero Tully necesitaba vigilancia, los kif andaban sueltos por el sistema y el tiempo estaba en su contra; no era un buen momento para ir recorriendo los pasillos. Dio media vuelta en su asiento, aún indecisa. Hilfy, el eslabón más débil, estaba observando la pantalla del comunicador—. ¿Qué están haciendo los kif? ¿Alguna transmisión?

—Negativo —dijo Hilfy con voz bastante tranquila—. Repetición del mensaje. Recibo cierta señal de los sistemas interiores de la nave, por el momento no hay ninguna interrupción perceptible. Los knnn...

El gemido brotó nuevamente del comunicador: la transmisión resultaba cada vez más clara y su fuente de origen debía estar ahora aún más cerca de ellas, perdida en algún lugar de ese océano de polvo cósmico y rocas. Pyanfar tragó aire.

—Alerta todos los sensores y sistemas, manteneros a la escucha. Quiero echar una buena mirada ahí fuera, primas. —Empezó a mover los interruptores y el sistema nervioso de la *Orgullo* cobró nuevamente vida en un estallido de luces y colores, en tanto que oleadas de energía ondulaban a través de los sistemas que se recalibraban de modo automático.

Conectó brevemente la propulsión y reorientó la nave, tendiendo la mano hacia los controles del ordenador principal.

—Dioses —musitó Tirun, proyectando en su pantalla número uno la imagen que habían recibido hacía unos segundos, una especie de sopa polvorienta tachonada de rocas.

—¡Nave! —dijo Haral de pronto desde el monitor número uno, inundando el resto de las pantallas con la imagen procedente de su sector, Pyanfar sintió que el pánico le anudaba las entrañas. Estaba muy cerca, y se movía,

—Más resolución —pidió. La *Orgullo* estaba acelerando, todavía sin escudos. El murmullo del polvo en el casco se convirtió en un chillido y acabó creciendo hasta ser un grito agudo: una roca les golpeó, chirriando metálicamente sobre el casco; luego otro golpe y una pantalla se llenó de estática—. ¡Dioses, qué lodazal!

—Escudos —dijo Haral.

—Todavía no.

—No hay resolución —dijo Tirun—. Demasiado polvo ahí fuera, seguimos estando ciegas.

—Maldición —golpeó bruscamente el control de la esclusa, abriéndola.

—Hemos perdido algo —dijo Tirun.

—Estamos recibiendo una señal —dijo Hilfy de inmediato—. Alta y clara, tía, ¿es nuestro señuelo?

Pyanfar, demasiado ocupada, hizo caso omiso de su pregunta.

—Quiero largo alcance en mi tablero de comunicaciones. Ahora mismo.

Una luz se encendió en su panel, indicándole que habían cumplido su orden sin hacer preguntas al respecto. Pyanfar conectó el micrófono.

—Aquí Pyanfar Chanur, *Hinukku*. Acabamos de soltar una cápsula por la esclusa. Con eso es suficiente, *hakkikt*. Abandona —cerró el contacto y se volvió hacia Hilfy—. Chiquilla, cuida de que el mensaje se repita dos veces y luego corta todas las señales y la transmisión de identidad. Emite la señal por el canal cinco del traductor.

Medio segundo de parálisis: Hilfy se inclinó sobre el tablero y se quedó helada, accionando después otro control distinto de los pedidos. Un gruñido medio ahogado por la estática, una voz hani: «¡Chanur! ¡Adelante! ¡Nos vamos!» El mensaje se repitió otra vez convirtiéndose en un apremiante chillido, tan agudo como el del polvo que resonaba en el casco,

—No es de ahora —le dijo secamente Pyanfar a Hilfy, pero Hilfy ya se había puesto de nuevo en movimiento, emitiendo la transmisión pedida y despejando luego el canal, con las orejas gachas y los ojos llenos de pánico, cumpliendo las órdenes que se le habían dado por muy locas que le parecieran.

—Curso principal trazado —dijo Haral, imperturbable—. Referencias registradas.

—Sigue así —avanzaban acelerando cada vez más: el polvo cósmico resonaba en el casco. Otra pantalla se apagó por unos segundos y luego volvió a encenderse.

—Tía —exclamó Hilfy—, estamos emitiendo señales knnn.

—Puedes apostar a que sí —dijo Pyanfar apretando los dientes. Hizo que la *Orgullo* se inclinara en un ángulo dirigido hacia el cénit del sistema, un lugar en el que ninguna nave que pensara salir de Urtur debía estar normalmente. Un hilillo de sudor frío empezó a correrle por la nariz, haciéndole sentir náuseas. El casco metálico seguía gimiendo.

—Lectura a popa —dijo Geran—, la nave que vimos eran knnn.

Maldición, nada salía nunca tan bien como una pensaba. De pronto otra señal entre el chisporroteo del polvo. «¡Chanur! ¡Adelante!...»

Y una voz kif: «*Lamentable decisión, capitana Faha.*»

Pyanfar lanzó un bufido y tragó aire para resistir el tirón de la gravedad, mientras su campo visual se estrechaba hasta convertirse en un túnel a causa de la tensión y la

ira. La señal procedente de la nave Faha debía tener como mínimo una hora de antigüedad; o probablemente aún más.

—Segunda nave —dijo Tirun— 3/4 a 32 en nuestra referencia.

—Dame el curso de la *Buscaestrellas* —dijo Pyanfar.

—Lo he estado intentando —dijo Haral—. Esto es lo que he logrado en referencia a la estación, pero el resultado no es muy seguro —la pantalla número dos se llenó de números a los que siguió un diagrama que abarcaba una cuarta parte del sistema de Urtur con sus barreras de polvo y sus coordenadas de referencia.

—Nave knnn moviéndose —dijo Hilfy—. Tía, la van a interceptar.

Pyanfar vaciló una fracción de segundo antes de volverse hacia la pantalla en la que se encendió una imagen mostrando el rumbo de intercepción probable para la nave que les seguía. Por los dioses, la nave knnn avanzaba hacia el señuelo y ello pese a que nunca se había oído hablar de que los knnn rescataran a ningún naufrago en el espacio. Algo le oprimió el corazón y sintió una repugnancia instintiva que la hizo volverse rápidamente hacia el diagrama del sistema.

No había modo de ayudar a la nave Faha. Ningún modo. La *Buscaestrellas* sólo contaba ahora con sus propios recursos. Los knnn tenían el señuelo y a los kif eso no les iba a gustar nada. Si es que los knnn habían existido alguna vez, claro. El ruido del polvo en el casco se hizo aún más estridente: no sólo la *Orgullo* podía practicar un juego tan peligroso.

—Pantallas —le ordenó secamente a Haral y alargó la mano hacia el control de impulsión, dejando al descubierto los interruptores—. Atención; voy a poner los motores al máximo y mantendré Alijuun fuera de nuestro morro cuando emerjamos de nuevo en el ciclo normal. —Apretó por dos veces el interruptor y luego lo apretó una tercera vez, conectando los motores apenas una fracción de segundo en cada ocasión. El estómago le dio un vuelco y su pulso se aceleró hasta que la sangre pareció taponarle la nariz y apretarle los ojos, reduciendo su campo visual a la magnitud de un alfiler. Ahora estaban ciegas otra vez: a los instrumentos les faltaban las referencias necesarias y su velocidad había crecido enormemente por los tres impulsos sucesivos. Si la experta Haral les fallaba en aquellas circunstancias, estarían muertas. Pero todas eran veteranas de Urtur: conocían el sistema y aunque estuvieran navegando a ciegas poseían un sexto sentido capaz de orientarlas a partir de un punto dado.

Metiéndose por el mismísimo cuello de botella que habían creado los kif en su despliegue, desde el cénit, conectó nuevamente los motores, otro incremento de velocidad, tragando saliva con esfuerzo para que su reciente comida no intentara salir volando de su estómago. Por el comunicador les llegó un aullido kif y luego un tartamudeo inquieto en mahendo'sat.

Eso por lo que hubieran hecho con la *Buscaestrellas*, por haber realizado todo el

trabajo sucio de los kif, por haber buscado con tanta diligencia el blanco.

—¡Ay! —chilló Haral y sus instrumentos parecieron incendiarse, indicando que estaban a punto de chocar. «¡Chanur!», oyó: ahora su nombre era tan infame aquí como en Punto de Encuentro. Los tableros parecían arder en un destello multicolor. Pyanfar se vio obligada a hacer entrar y salir la nave de la impulsión y los instrumentos enloquecieron.

—Dioses —gimió Haral—, casi lo tenía.

—¡Ahora, Haral! ¡En nombre de los dioses, hazlo!

Los instrumentos parpadearon y las pantallas repletas de estática se fueron aclarando con algo parecido a la indignación. Un alarido ininteligible brotó del comunicador. *Tully*, pensó repentinamente Pyanfar: las drogas no habían actuado con la rapidez suficiente. Le habían traicionado, igual que los kif.

Una imagen apareció en la primera pantalla: *Alijuun*. La estrella había sido encuadrada correctamente y la identificación era positiva.

—¡Bien! —gritó Pyanfar, de puro alivio, apretando el botón del salto prolongado. Su voz se fue enredando hasta convertirse en una madeja de muchos colores que se abría paso lentamente a través de los intersticios que había ante ellos. El salto, con su acostumbrada sensación de náusea, las engulló a todas.

6

...Y de nuevo fueron escupidas al espacio, a un lugar distinto visto entre sombras confusas. Un parpadeo multicolor ante sus ojos: la pantalla, los instrumentos automáticos buscando, registrando. Sigue consciente, no te apagues ahora, ahora no, mantén la mano en los controles...

—Funcionando —dijo una voz casi inaudible. Haral, trayéndola de vuelta desde la eternidad.

—Oh, dioses... —Otra voz distinta. ¿Hilfy? Una estrella apareció encuadrada en la pantalla y luego se esfumó,

—Comprobar referencias —dijo Pyanfar mientras sus ojos extraviados buscaban entre los instrumentos. Una luz roja encendida.

—Tengo un problema —dijo Haral, despertando un escalofrío en su columna vertebral—.

No consigo identificación positiva de las referencias.

—Manten el curso —empezó el proceso de anular el segundo salto, reduciendo la velocidad lo suficiente para que los sensores de búsqueda lograran situarse. Un gemido detrás de ella ante el brusco frenazo: sus manos temblaron sobre los controles, vacilando a centímetros del botón.

—Dioses, hemos fallado —gimió Haral, y unos segundos después oyó a Tirun:

—¡Anulad el salto! ¡Vamos hacia una masa!

Ante ellos se alzaba una forma oscura, la masa que les había arrancado de su salto, a punto de chocar con ellas. Los sensores se dieron cuenta de la inminencia de la colisión y las alarmas empezaron a sonar por toda la nave. Pyanfar redujo la velocidad, aún más bruscamente, torciendo el gesto al ver cómo las pantallas se cubrían de estática y una de ellas se apagaba. Algo se había roto.

—Girando —advirtió a la tripulación. La *Orgullo* se desvió y la sangre se agolpó de nuevo en la nariz de Pyanfar, en tanto que sus articulaciones, sus órganos y sus músculos se esforzaban, cada uno aparentemente en una dirección distinta. Lanzó un bufido y luchó con los músculos de sus ojos para no perder su foco visual, tensando los doloridos músculos de su mano para no alejarla de los controles. El monitor mostraba una distancia mínima pero suficiente. Pyanfar dejó que la nave siguiera su curso, casi rozando el obstáculo.

Una voz kif en el comunicador.

—*Identificación: urgente* —alguien estaba esperando también aquí, otro de los largos brazos de Akukkakkt montando guardia.

—Tía —la voz de Hilfy, muy débil, con un burbujeo líquido—. Kif...

—Lo he oído —Pyanfar resopló, oliendo a sangre o a sudor, lamiéndose los labios y percibiendo un regusto salado. En las pantallas aparecía una masa oscura

suspendida sobre ellas muy cerca, increíblemente cerca. Ahora seguían emitiendo la canción knnn, un gemido que subía y bajaba por toda la escala musical, una mezcla de llanto y chasquido; eso debía engañar a los kif, era preciso. Haral y Tirun hablaban frenéticas entre sí, haciendo funcionar los sensores en busca de una salida.

—¡Lo tengo! —exclamó Haral de repente. Una estrella apareció en las referencias de la pantalla.

—No lo conseguiré —dijo Pyanfar. La masa estaba demasiado cerca. Ahora no tenían otra elección: debían pasar junto a ella esperando que...

—*Identificación* —insistió la voz del kif.

Los instrumentos se encendieron de pronto y las pantallas se cubrieron de estática.

—Eso fue un disparo —le dijo Pyanfar a Hilfy—. Gracias a los dioses, cayó por cierto en nuestra antigua trayectoria.

Un segundo destello: la *Orgullo* había devuelto el fuego de modo automático. Las alarmas sonaron de nuevo en un crescendo de terror mecánico.

—Proximidad de masa —dijo Pyanfar por el comunicador general en beneficio de quienes estuvieran abajo—. No vamos a chocar.

De pronto sintieron el sólido influjo de la masa cercana: una repentina variación en todos los instrumentos que registraban la relación masa/impulso, una floración de luces rojas y una marea de estática en la pantalla número cuatro: la masa de Punto Kita, un trozo de roca y cenizas que apenas si irradiaba calor en la oscuridad del espacio, sin ninguna luz, solitaria y lejos, demasiado lejos para que la *Orgullo* la arrastrara en su salto.

En las pantallas aparecieron destellos luminosos, enormes manchas que parecían brillar tanto como el sol en mitad de aquellas tinieblas, iluminando la superficie de Kita. La roca que se habían llevado en su salto desde Urtur no había cambiado de rumbo y se estaba estrellando ahora en la masa oscura con velocidad casi lumínica, creando unos fuegos artificiales que ardían como flores en las tinieblas.

Pasaron velozmente por entre la pirotecnia y salieron despedidos como un proyectil de la honda con una torsión que hizo afluir nuevamente la sangre a la garganta de Pyanfar.

Todo se volvió gris...

...Otra vez consciente.

—¡Haral!

Un instante de frenética locura.

—¡Ahí! —su punto de referencia había vuelto a surgir en la pantalla. Una voz kif crujiendo, hablando con un considerable retraso a lo que debían estar recibiendo: entonces, había una segunda nave, fuera del cénit de Kita.

Una marea de fuego las golpeó.

Pyanfar conectó otra vez los impulsores al máximo con el aullido de los kif resonando en sus orejas y la estática que brotaba de todo el instrumental arrastrada en la estela de aquel caos. Intentó con todas sus fuerzas no perder la orientación y muy lentamente extendió su brazo dolorido mientras que la materia se deshacía a su alrededor y la nave, con todas ellas, yacía desnuda en el espacio intermedio y el tiempo se divertía con sus sentidos. Era imposible que los kif hubieran conseguido seguirlas. Habían pasado por el sitio más difícil y lo habían conseguido. Después de Kita deberían elegir un destino entre tres y luego de ése sería uno entre otros dos y las posibilidades se irían multiplicando. A los kif les costaría cada vez más reunir el número de naves necesario para seguir a la *Orgullo*.

—Nos vamos —dijo Haral y sus palabras parecieron prolongarse a través del infinito, despojadas de toda emoción hasta perderse en la nada. Eso ocurría cuando una nave se perdía, cuando daba un salto y luego no conseguía salir de él. Quizás un limbo matemático; quizá caía de cabeza en el infierno mahendo'sat, donde demonios de cuatro brazos inventaban horrores siempre nuevos. Pyanfar vigilaba la pantalla, esperando que la imagen se perdiera. Tal vez el impacto había estropeado los motores, robándoles parte de su capacidad, quizás ahora se extraviaran para siempre...

...Segunda llegada, una cegadora caída de los sentidos hasta el aquí y el ahora, otra vez. Pyanfar se acercó al panel y ordenó una búsqueda en todos los monitores. En el comunicador se oía ya una señal: la baliza del sistema Kirdu, una asombrosamente bella voz mahendo'sat indicando la zona de salto.

—¡Lo logramos! —gritó Hilfy—. Lo logramos.

—Recepción clara, estamos dentro de la zona —dijo Pyanfar con orgullo mal disimulado. Accionó los motores para *reducir velocidad* y su orgullo se fue evaporando al darse cuenta de que el impulso vacilaba, no siendo tan fuerte como debería.

—¿Capitana? —La voz de Haral,

—Ya me he dado cuenta.

—¿Mantengo la transmisión knnn? —le preguntó Hilfy.

—Sí —Pyanfar no apartaba los ojos de los diales, examinando el impulso—. Traza vector de entrada —le ordenó a Tirun—. Puede que llevemos con nosotras algo de polvo y rocas todavía.

—Creo que perdimos la mayoría de rocas en Kita —murmuró Tirun. Empezó a transmitir nuevamente el esquema por la pantalla y luego envió un aviso por el ordenador, esperando ayudar con ello un poco a cualquier nave lenta que se encontrara en línea con el vector de entrada de la *Orgullo* y su posible cortejo de polvo y rocas. La velocidad siguió bajando a medida que el débil impulso de frenado iba acumulándose.

—Eso está mejor —dijo Pyanfar, tragando saliva—. Hilfy, ¿tienes algún cálculo de duración?

—Aproximado —dijo Hilfy con voz débil—. He calculado unos treinta minutos hasta la estación.

Cerca, por los dioses, casi demasiado. Pyanfar siguió disparando impulsos de frenado lo más seguido posible, con los ojos clavados en el centro de la pantalla en la que aparecía la transmisión enviada por la boya de la estación, que localizaba todas las naves, planetas y objetos de gran tamaño que había en el sistema. Los mecanismos automáticos habían captado el aviso de la *Orgullo* y habían trazado una zona cónica de peligro cuya punta cortaba el cenit del sistema.

—Precisando el rumbo —dijo Haral al mismo tiempo que otro esquema aparecía en la pantalla número dos. El ajuste era mínimo: reducir velocidad, decían las letras luminosas que se encendían y apagaban, Pyanfar disparó otra vez el impulso de frenado y llevó a cabo el ajuste, sintiendo que le costaba concentrarse: la cabeza le daba vueltas a causa de la prolongada tensión del pilotaje a velocidades tan altas, teniendo que forzar su mente para abarcar escalas de distancia y velocidad tan enormes que incluso el ordenador de la nave aplicaba un programa especial para manejarlas,

—¡Justo en el blanco! —gritó Tirun al encajarse las líneas de la pantalla.

Por fin estaban en el rumbo preciso, avanzando sanas y salvas por el sendero que la estación le había asignado de antemano a la siguiente nave que entrara en esa zona. Pyanfar respiró con algo más de tranquilidad, los ojos aún clavados en el monitor, intentando calcular hasta qué punto podrían reducir aún la velocidad y con qué rapidez. Si un minero estaba donde no debía, si una nave prospectora había salido por alguna razón particular sin avisar antes a la estación, si algún estúpido se cruzaba en el sendero de entrada, si aparecía uno de esos locos knnn o chi, con los que nunca había forma de razonar, poniendo en peligro la navegación allá donde iban.

Sintió que algo le corría por la piel: sudor, o sangre. Resopló levemente y se limpió la nariz, los ojos fijos en la pantalla y la mano en el botón. Todavía se encontraban en una situación arriesgada; entrando a toda velocidad, confiando en la suerte y las estadísticas, en que todo el tráfico se encontrara exactamente allí donde debía estar. Era posible hacer eso varias veces durante una vida y confiar en que no se te acabara la suerte.

—Recibiendo señal de la estación —dijo Hilfy—. Creo que ahora son tc'a. Se debe a nuestra emisión knnn.

—Córtala. Manda a la estación nuestra auténtica señal de identificación. Informa de que hemos sufrido un ataque pirata; daños y situación de emergencia, probablemente llevamos polvo y rocas siguiéndonos.

—Entendido —dijo Hilfy.

Pyanfar conectó de nuevo el frenado, obligando a la nave a que se ajustara un poco más a lo que sería una velocidad racional, y un tablero se llenó de luces rojas. Pyanfar activó un tablero de emergencia mientras que Haral se quitaba el cinturón y se inclinaba en el orificio que había junto a su consola, efectuando frenéticos reajustes.

Dioses, quizás hubiera kif en el muelle de Kirdu. Lo más seguro era que hubiera kif allí y muy posiblemente uno de ellos vendría de Urtur, Pero ahora estaban en Kirdu: los mahendo'sat se encontraban aquí en territorio propio, tenían la suficiente dentadura para protegerlo y no aceptarían ningún jaleo causado por visitantes. Pedirían explicaciones por su modo de entrar, claro, y ojalá los dioses no permitieran que el polvo arrastrado en su entrada diera en algún blanco perteneciente a los mahendo'sat, o tendrían que darles algo más que una explicación.

—Algo ha salido de la estación —dijo Tirun y una imagen apareció en la pantalla número dos. Cuatro naves, una detrás de otra, avanzando hacia la *Orgullo* para interceptarla, sus contornos algo borrosos por el retraso en la transmisión.

—Hilfy —dijo Pyanfar—, da la señal de alerta general a todas las naves hani dentro del sistema.

—Hecho —dijo Hilfy, obedeciéndola. Haral volvió a su puesto, empezando a trabajar con premura en el computador. En la pantalla número uno aparecieron las primeras estimaciones de posición sobre las naves recién avistadas y sobre el resto del sistema.

Probablemente se trataría de la guardia de la estación: la *Orgullo* había quebrantado un buen montón de reglas desde el mismo instante de su entrada. En esos instantes, sin duda, algún desgarrado oficial de estación *mahe* estaba enterrado entre montones de libros legales buscando penas que aplicar. Pyanfar arrugó la nariz al pensar en las multas, los recargos y las discusiones.

—Recibiendo señal de las naves que han abandonado la estación —dijo Hilfy—. Son mahendo'sat, confirmado.

—Bien —Pyanfar emitió un suspiro de alivio. Otras posibilidades mucho peores no habían estado fuera de lo concebible—. Geran —dijo por el comunicador general, Chur. ¿Me recibís ahí abajo? Estamos bien y la estación nos envía una escolta.

—La recepción es clara, capitana.

—¿Todo bien ahí abajo? ¿Cómo está Tully? ¿Le tenéis bajo observación?

—Está aquí en la sala, con nosotras —dijo Geran—. El efecto de las drogas se está desvaneciendo. Se encuentra algo aturdido pero ya se entera de casi todo.

—No quiero correr más riesgos, maldita sea; ¿quién le ha declarado fuera de sospechas por el momento? Encargaos del número cuatro para aproximación, así nos ayudaréis un poco; y quiero que Tully esté bien vigilado.

—Yo *amigo* —la voz de Tully, hablando en hani. Y luego otro torrente de

palabras, esta vez en su propia lengua.

—Que se calle —bufó Pyanfar, y al cabo de unos instantes se hizo el silencio.

—Hecho —le informó la voz de Chur, y Tirun se detuvo un momento en su frenética labor para arriesgarse a beber un sorbo de la botella de plástico que había bajo la consola.

Se la pasó a Hilfy, y ésta a Tirun, que la entregó a Haral y, finalmente, llegó a manos de Pyanfar. No quedaba mucho líquido pero su frescor le vino muy bien. Pyanfar decidió investigar los daños mediante el ordenador y a medida que la información iba apareciendo, aún incompleta, se mordió los labios. Miró hacia la derecha y vio que Hilfy estaba escuchando algo con una expresión de cansancio en su rostro hinchado.

—Cuando tengan bien instalado al Extraño pasa todas esas funciones abajo —le dijo Pyanfar, mirando luego a Haral, que seguía haciendo cálculos—. Daños indeterminados —le dijo a ésta, en voz baja, para que nadie más la oyera—. No encuentro fallos en las respuestas de los sistemas internos, y eso ya es algo. No deberíamos tener problemas en el ataque pero tendremos que hacer reparaciones a toda prisa y, por los dioses, no se me ocurre ningún modo de financiar los sobornos.

—Tía —dijo Hilfy—, la estación al habla, quieren comunicarse contigo personalmente. Les dije que...

—*Capitana*. —Una comunicación de abajo, con prioridad uno, hizo aparecer una imagen en pantalla.

Nave a distancia de salto, acercándose, a popa.

—Dioses... —siseó Pyanfar—, Maldición para todos los kif... Hilfy, identificación, de prisa,

Hilfy vaciló durante una fracción de segundo y Tirun ya estaba extendiendo su largo brazo, entrometiéndose en su parte de los controles. Un gemido brotó del altavoz, haciéndole fruncir el ceño a Pyanfar.

—Knnn —dijo Tirun—, capitana, son esos condenados knnn.

—No sabemos si se trata de esos knnn —respondió secamente Pyanfar, agarrando el micro con brusquedad y agitándolo irritada en dirección a Hilfy—. Estación. La estación, sobrina, y procura despertar.

La luz se encendió en el tablero.

—Adelante —dijo Hilfy, con aspecto inquieto y las pupilas muy dilatadas, haciendo bajar de volumen la señal knnn.

—*Aquí la Estación Kirdu* —dijo la voz traducida por la máquina—. *Elevamos protesta urgente severa por esta entrada. Avance despacio, capitana hani aproximándose.*

—*Aquí la Orgullo de Chanur*, Pyanfar Chanur al habla. Nos estamos acercando con nave sin identificar a popa y con averías, pero no hemos perdido la capacidad de

maniobrar. La nave que tenemos detrás puede suponer una amenaza para la estación; sugerimos que su escolta se fije atentamente en ella.

El comunicador permaneció silencioso por un tiempo superior al exigido por la demora de transmisión.

—La escolta está pasando por el punto de regreso —dijo Geran en voz queda desde el otro centro de operaciones—. Capitana, van a pasar de largo junto a nosotras para echarle una mirada a ese bastardo.

Pyanfar vio que estaba en lo cierto y luego se concentró de nuevo en el ordenador, del que brotaban ya nuevas estimaciones sobre la posición de la nave que tenían detrás. Estaba muy cerca y se movía a gran velocidad, sin dar señales de reducirla.

—Tengo un contacto hani —dijo Hilfy—. Tahar.

—Dioses y truenos... —No era una casa amiga de Chanur. Pyanfar recibió la señal en su tablero—. Nave Tahar, aquí Pyanfar Chanur. Manténganse alerta en previsión de problemas. No se dejen coger desprevenidas en el muelle.

—*Chanur, aquí Dur Tahar. ¿Se trata de sus problemas?*

—De momento no tienen patente especial de propiedad, Tahar. Mi advertencia es que se mantengan lejos de la estación, por si acaso.

—*Chanur* —la interrumpió la voz mecánica de la estación—, *capitana Tahar. Esto, contra reglas. Usen canal estación. Y la estación ordena quedarse. Ningún movimiento salida.*

—Nos estamos acercando, estación. Advertimos de que se han perdido vidas y varias naves han sido destruidas. Si esa nave de ahí atrás es knnn, perfecto; pero si no lo es, Kirdu tendrá problemas.

Otra voz, áspera y llena de chasquidos. Kif.

—Ésa viene de una nave atracada en la estación —se apresuró a decir Hilfy—. La recibo en el direccional de la estación.

—¡Capitana! —la voz de Tirun—. La nave que nos sigue está empezando ahora mismo a reducir velocidad. Están frenando.

Pyanfar pestañeó lentamente, como si aquella tenue señal de buenas noticias no lograra penetrar muy bien en su aturdido cerebro.

—Ojalá los dioses hagan que sea una nave knnn —murmuró tragando aire—. Estación, deberían estar recibiendo nuestra señal sin demora; lo explicaremos todo tan pronto como lleguemos y podamos reparar nuestros problemas mecánicos. Les aconsejamos muy sinceramente que tomen las máximas precauciones y consigan una identificación visual de esa nave, aparentemente knnn, acercándose. Tenemos serias denuncias que presentar.

Silencio de la estación. Lo más probable era que las noticias no les estuvieran alegrando demasiado.

Pyanfar interrumpió la comunicación.

—Bastardos —se pasó la mano por los labios—. Cobardes. —La escolta pasó junto a la *Orgullo*, dirigiéndose hacia la nave que tenían detrás. Pyanfar se reclinó en su asiento mientras escuchaba los informes.

—Tía —dijo Hilfy por último—, confirmación visual mahendo'sat: es una nave knnn.

—Alabados sean los dioses —murmuró Pyanfar, quitándose el cinturón para poder moverse con mayor comodidad en el asiento. Estaban recibiendo señales de la estación y un torrente de instrucciones para el ataque empezaba a surgir en la pantalla número tres.

Así que detrás de la *Orgullo* no había ningún kif, sólo un knnn totalmente confundido y hecho un lío. Imaginó brevemente el estado emocional de aquellas extrañas criaturas, metidas de repente en un jaleo mucho mayor del que a los knnn les resultaba tolerable, dada su mentalidad. Quizá fuera una coincidencia, dado que las naves podían surgir en cualquier lugar desde mil destinos distintos. Sí, dioses, resultaba extraño que dos naves aparecieran tan cerca una de otra después de un salto, pero no era imposible. Kirdu tenía un tráfico muy superior al representado solamente por la *Orgullo*, después de todo: Kirdu era la civilización, al fin.

Su respiración fue calmándose gradualmente mientras observaba el diagrama indicador del camino hacia el muelle. Estaba cansada, desde luego. Le dolían los huesos y le hizo falta un buen esfuerzo de voluntad para efectuar las maniobras del ataque de forma manual y no confiando en los sistemas automáticos para que no la sorprendiera ninguna avería inesperada.

Por su mente estaban empezando a formarse ya todas las posibles discusiones a mantener con la nave Tahar: un préstamo, lo que fuera necesario para llevar a cabo la reparación de la *Orgullo*, pagarlas y salir a toda prisa de Kirdu. Ya tenían averías más que suficientes y, por encima de todo, no les hacía ninguna falta quedarse aquí de modo prolongado.

Si tenían mucha, mucha suerte, los kif estarían ahora viéndoselas con cierto knnn que había recogido algo del espacio en Urtur; y quizás ese knnn no encontrara nada divertida una broma hani. El gran *hakkikt* Akukkakk estaría todavía menos dispuesto a saborear esa broma en su justo valor, pero habría tenido que perder un buen rato negociando con los knnn para que le permitieran echarle un vistazo a lo que habían encontrado; y luego habría pasado un rato todavía menos agradable con los demás kif. Sí, realmente habría sido un rato nada agradable. A decir verdad, Pyanfar se encontraba bastante satisfecha.

Pero se habían encontrado un knnn nada más salir del salto, casi chocando con él.

Dioses, ¿acaso poseían aparatos capaces de permitir tal tipo de rastreo?

La voz de la nave knnn resultaba tan distante y extraña como la que habían duplicado en Urtur para escudo y disfraz de la *Orgullo*.

Sólo los dioses sabían el mensaje que había estado transmitiendo a cualquier kinn que las escuchara: «¿Seguidme?» «¿Ayudadme?» ¿Quizás algo mucho menos amistoso?

Quizá los tc'a lo supieran pero la estación de Kirdu no contaba con ningún tc'a dispuesto a responder esas preguntas.

Cuando llegaron al muelle ocuparon una posición paralela a la de la nave Tahar.

Kirdu, al parecer, deseaba tener bien juntos todos sus problemas hani, asignándoles diques contiguos. En parte ello era bueno pues les permitía hablar sin testigos, pero en parte no era nada bueno porque hacía de las dos naves un solo blanco.

—¿Dónde están los kif? —le preguntó Pyanfar sin miramientos a la estación, desdeñando todo posible rodeo—. No pienso meter la nariz en la estación sin saber cuáles son sus diques.

—Números veinte y veintiuno —le informó la estación—. En números intermedios *mahe* y *stsho*, no hay problema, no hay problema, capitana hani. Por favor, ocupe dique.

Pyanfar arrugó la nariz y les obedeció, no de muy buena gana.

El morro de la *Orgullo* tocó suavemente el dique y las abrazaderas resonaron con fuerza sobre el casco al abrirse los accesos. Pyanfar se apartó del panel sintiendo de repente como si sus articulaciones se hubieran derretido. La estación estaba hablando profusamente con ellas, pidiendo toda la cooperación rutinaria en un ataque.

—Cierra eso —le dijo lacónicamente a Haral, con un gesto de cansancio, echando el asiento hacia atrás hasta el máximo, lo que no era gran cosa—. Hilfy, habla con las oficinas y diles que tenemos algunos problemas. Ya les llamaré cuando estemos un poco más tranquilas.

—Bien —murmuró Hilfy, transmitiendo el mensaje con gran agitación de las orejas al hablar con el oficial y bajándolas de golpe al terminar. Pyanfar miró hacia donde estaba Tirun, la cual terminaba sus comprobaciones. Sus manos se movían de forma insegura y sus orejas colgaban por el cansancio.

—Tirun —dijo Pyanfar, y en el rostro de Tirun cuando se volvió a mirarla se veían claramente las huellas del agotamiento—. Fuera de aquí —le dijo Pyanfar—, ahora mismo.

Tirun se la quedó mirando por un instante. Normalmente, a sus palabras habría seguido una discusión. Pero esta vez se limitó a contemplarla con rasgos inexpresivos y luego intentó ponerse en pie, vacilando y casi cayendo sobre la consola de al lado. Todas se lanzaron hacia ella para ayudarla, pero Hilfy fue la más rápida, sosteniéndola con el brazo alrededor de los hombros.

—Que vaya a su camarote —dijo Pyanfar.

—Bien —respondió Haral, reemplazando a Hilfy como soporte de Tirun.

Hilfy permaneció inmóvil donde estaba. Pyanfar miró hacia ella, viendo al mismo tiempo las espaldas de Tirun y Haral: Tirun cojeaba, intentando disimularlo al máximo.

Hilfy se irguió con un esfuerzo y se volvió hacia Pyanfar.

—Me quedaré en el comunicador —dijo Hilfy.

—Déjalo, que se hagan unas cuantas preguntas en la estación. Arréglate un poco. Hilfy asintió rígidamente y se fue, esta vez con paso desgarrado, agarrándose con la mano a las mamparas para no sufrir tanto la sensación de curvatura que había en cubierta cuando atracaban. Pyanfar pensó de pronto que esta vez Hilfy no se había puesto enferma. Tragó una honda bocanada de aire, la expulsó y se dio la vuelta, apoyándose en el comunicador.

—Cubierta inferior, ¿quién está de guardia?

—Geran —le respondió su voz—. Todo bien aquí abajo.

—Limpia un poco y pon algo de orden. Por encima de todo, quiero que Tully pueda caminar y que esté presentable.

—Comprendido.

Pyanfar cerró la conexión. En el comunicador sonó otra señal de llamada.

—*Chanur, aquí la Luna creciente de Tahar. Conferencia privada.*

—Tahar, aquí Pyanfar Chanur: tenemos ciertos problemas médicos por el momento.

Habrá que retrasar la conferencia.

—¿*Necesita ayuda, Orgullo de Chanur?*

En el tono de la voz había una satisfacción infinitesimal ante tal posibilidad. Pyanfar suavizó su voz con un prodigioso esfuerzo de voluntad.

—No, *Luna Creciente*. Llamaré lo más pronto posible. Con los respetos de Chanur, Tahar, cierro.

Cortó la conexión con brusquedad, se puso en pie y salió del puente: tampoco su paso era muy firme. Tenía la impresión de que todas sus articulaciones habían sido cambiadas de lugar y su cabeza se balanceaba precariamente con un doloroso latido sobre un cuerpo, que se lamentaba amargamente de las pruebas excesivas que había soportado. El vello de su nuca estaba erizado no a causa de los kif, sino de un enemigo mucho más cercano a la nave.

Dioses, ¿por qué la nave de Tahar?

¿Por qué una casa que había representado tan formidable amenaza a la casa de Chanur durante el período inicial de Kohan en el mando? No le sorprendía demasiado la burlona satisfacción que había percibido en su voz. Menudo espectáculo, la *Orgullo* con la mitad de las tripas vacías y la cola chamuscada. Habría muchas risas y silbidos en Tahar cuando el vídeo llegara hasta allí para distracción de Kahi Tahar, sus compañeras e hijas.

Y de Tahar iría hasta Anuurn, con lo cual acabaría llegando con toda seguridad a Kohan. Habría desafíos a causa de esto, era indudable. Algún cachorro de Tahar lograría que le rompieran el cuello antes de que se calmara la polvareda, claro: los machos jóvenes siempre eran optimistas y estaban constantemente dispuestos para lanzarse a la menor señal de ventaja, por muy escasa que ésta fuera.

Lo intentarían, claro. Bien, ya lo habían intentado antes.

Eso era lo que Dur Tahar había imaginado también.

—Está bastante bien —le dijo Haral ante los camarotes de la cubierta inferior. Pyanfar miró en el interior y vio a Tirun metida en cama y obviamente dormida—. Tiene la pierna algo hinchada a causa del esfuerzo pero no hay razón para preocuparse.

Pyanfar frunció el ceño.

—En la estación hay un buen servicio médico pero quizá tengamos que largarnos de aquí de forma bastante brusca. No quiero correr el riesgo de abandonar a ninguna de nosotras aquí partiendo de ese modo; no, al menos dadas las circunstancias.

—No, claro —dijo Haral—, no es necesario. Pero andamos un poco sobrecargadas de trabajo, capitana.

—Lo sé —le respondió ella.

—Y creo que también a ti te sentaría muy bien un descanso.

—Ya —puso la mano en el hombro de Haral y luego se dirigió al ascensor, deteniéndose allí un instante para mirar hacia los puestos de Chur y Geran. Cambiando de idea, fue en esa dirección y asomó la cabeza por la puerta viendo a Geran, que estaba de guardia, ya lavada y con pantalones de faena limpios pero contemplando lo que la rodeaba aún con la expresión apagada de quien ha tenido que pasar de un turno al siguiente sin poder dormir—.

Bien —dijo Pyanfar, recordando que las órdenes cumplidas por Geran habían venido directamente de ella, apoyándose con el brazo en el umbral—, Tully estuvo bien durante el viaje, ¿no?

—Ningún problema por su parte.

—Creo que aceptaré su oferta de trabajar. Tú y Chur os alternaréis con él para los turnos. Tirun está un poco cansada.

—¿Está mal?

—La gravedad no le hizo ningún favor a su pierna. Intentaremos descansar ahora lo más posible. Luego iré a ver qué caridad podemos esperar de Tañar, pero antes debo enterarme de las averías.

—Las tengo controladas por monitor —dijo Geran, dando la vuelta y conectando la pantalla más cercana. Pyanfar entró en el cuarto y contempló la imagen de la cámara exterior, tomada desde la cúpula de observación, sintiendo una punzada de dolor físico ante lo que veía. El motor número uno había perdido una de sus líneas de anclaje y ésta, ahora suelta, se movía siguiendo el giro de la estación y en su larga silueta plateada se veían bastantes paneles destrozados, como puntos oscuros en la superficie luminosa.

—Eso era lo que hacía oscilar el impulso —dijo Pyanfar; sintió un estremecimiento tardío—. Dioses, podríamos haberlo perdido todo entrando con esa línea suelta. Hará falta todo un equipo de reparaciones para conectarla de nuevo; no hay forma de que podamos hacerlo nosotras seis.

—Dinero —dijo Geran con expresión abatida—. Quizá tengamos que acabar vendiendo alguien a los kif.

—No tiene gracia —le dijo Pyanfar, saliendo del recinto.

Tully, había pensado de inmediato, siguiendo un impulso del que ahora se avergonzaba profundamente.

Pero durante todo el trayecto hasta su camarote siguió pensando en ello.

Se desnudó y tomó una ducha, dejando en el desagüe un buen montón de pelo. Luego de secarse se cepilló a conciencia, arreglándose barba y melena. Esta vez le

tocó el turno a los pantalones de seda roja, el brazalete de oro y el pendiente con la perla. Al examinarse en el espejo sintió cierta satisfacción y su ánimo se recobró un poco. Después de todo, el aspecto personal siempre significaba algo. Los mahendo'sat eran muy sensibles a él, casi tanto como los stsho.

Prosperidad ofendida, ése era el mejor modo de tratar con ellos. Conocían bien a la *Orgullo* y mientras creyeran intacta la fortuna de Chanur y siguieran pensando que el poder de Chanur contaba mucho entre los hani, quizá Pyanfar pudiera mantener ciertas esperanzas de que los mahendo'sat se mostraran bien dispuestos a echarles una mano.

Y, a decir verdad, pensó mientras le dirigía una gélida sonrisa a la espléndida capitana hani del espejo, necesitaban esa ayuda más que deprisa.

Akukkakk seguía existiendo.

Ojalá los dioses se lo llevaran.

Quizá le había puesto en ridículo lo suficiente como para que sus propios súbditos se volvieran contra él, pero pasaría cierto tiempo antes de saber si había ocurrido así. Un largo tiempo lejos de su puerto natal, manteniendo el oído aguzado a la espera de cualquier rumor.

Librarse del Extraño, librarse de Tully... Si fuera tan fácil salir del problema haciendo eso...

Examinó atentamente sus ojos reflejados en el cristal, con las orejas pegadas al cráneo, y meditó en las maldades que se le ocurrirían indefectiblemente a todo mercader que se topara con el Extraño. Después de pensar un poco sus labios se curvaron en una sonrisa más bien feroz.

Bien, bien, bien, Pyanfar Chanur. Existía una forma de resolver varios problemas a la vez. Probablemente a Tully no le gustaría pero un Extraño que aparecía a bordo mendigando pasaje debía conformarse ciertamente con lo que le dieran y Pyanfar no estaba dispuesta a caer de rodillas ante Tahar.

Conectó el comunicador y se encontró el habitual montón de mensajes esperando ser contestados.

—No hay nada urgente, de veras —le dijo Geran—. Resumiéndolos todos, la estación sigue bastante nerviosa,

—Tully está con Chur, ¿no? ¿Le ha limpiado?

—Ha tenido cierto problema.

—No me hables de problemas, ya tengo bastantes. ¿De qué se trata?

—Nuestro Tully tiene ideas propias en cuanto a eso de arreglarse. Quiere afeitarse.

—Dioses y truenos. ¿En el lavabo?

—Está aquí ahora mismo.

—Ya voy.

Se lanzó hacia la puerta y retrocedió en busca del auricular para el traductor, saliendo luego a toda prisa. ¡Afeitarse! Sus orejas se pegaron al cráneo y luego se enderezaron nuevamente mientras Pyanfar pensaba que, después de todo, cada especie tenía sus propias costumbres.

Pero el aspecto personal, por los dioses...

Cuando llegó, sin haber reducido el paso y siendo muy consciente de ello, se encontró al trío; Geran, Chur y Tully, todos claramente con aspecto miserable y ahogando sus miserias en una buena ronda de efe. Las tres cabezas se alzaron hacia ella, la más nerviosa, a juzgar por sus rasgos, la de Tully, el cual aún poseía, gracias a los dioses, toda su barba y melena, teniendo un aspecto bastante decente gracias a un par de pantalones nuevos.

—Pyanfar —dijo, poniéndose en pie.

—Capitana —le corrigió ella secamente—. ¿Qué quieres, Tully? ¿Cuál es el problema?

—Quiere las tijeras —dijo Chur—. Yo le arreglé un poquito. —Lo había hecho, desde luego, y no le había quedado nada mal—. Pero quiere quitarse la barba.

—Ya... No, Tully. Equivocado.

Tully se dejó caer nuevamente en su asiento, sosteniendo la taza de efe en las dos manos, con aire abatido.

—Equivocado.

Pyanfar lanzó un suspiro.

—Eso es más razonable. Haz lo que yo te digo, Tully. Debes tener un buen aspecto para cuando te vean los mahendo'sat, Ahora estás muy bien. Estupendo.

—Igual ==hani.

—Igual que un hani, sí.

—Mahendo'sat. Aquí.

—Estás a salvo, todo va bien. Son gente amistosa.

Los labios de Tully se fruncieron en una mueca pensativa. Movi6 la cabeza, asintiendo, aparentemente más bien con tranquilidad. Luego se llevó la mano a la nuca y, apretando su melena de color claro entre los dedos, tiró de ella hacia atrás.

—¿Bien, así?

—No —dijo Pyanfar, y la mano de Tully soltó su pelo.

—Yo hago todo tú dices.

Pyanfar agitó las orejas y se metió los dedos en el cinturón.

—¿Todo? —se encontraba más bien susceptible en lo tocante a su honor y en los ojos claros del Extraño había una confianza que le resultaba casi inquietante—. Quizá te acabara asustando saber lo que quiero. Puede que te pidiera demasiado.

Parte de su discurso fue comprendido y la confianza que brillaba en su mirada disminuyó de forma palpable.

—¿Te doy miedo, Tully? —Movi6 la mano en un amplio arco hacia las paredes de la nave—. Ah6 fuera hay una estaci6n: Kirdu. La especie mahendo'sat manda en este lugar. Al lado tenemos una nave hani. En el muelle hay tambi6n stsho.

—¿Kif?

—Dos naves, no las mismas. No es probable que sean de Akukkakk. Supondr6n un problema si nos quedamos aqu6 demasiado tiempo, pero no har6n nada brusco contra nosotras por ahora. Quiero que salgas, Tully. Quiero que vengas conmigo al muelle de la estaci6n para conocer a unos mahendo'sat.

La hab6a entendido, Un m6sculo tembl6 levemente en su mand6bula.

—Soy tripulaci6n de esta nave —dijo. Parec6a una pregunta,

—S6. No voy a dejarte aqu6. Seguir6s conmigo.

—Vengo —dijo Tully.

As6 de sencillo. Pyanfar le contempl6 durante un momento y luego, con un gesto lleno de sobreentendidos, extendi6 su mano hacia la taza de Tully. 6l la mir6 durante unos segundos, perplejo, y luego se la entreg6. Pyanfar bebi6, dominando el inicio de un escalofr6o, y se la entreg6 de nuevo.

Tully bebi6 tambi6n, mir6ndola, como midiendo sus reacciones, hasta terminar la taza. Nada de prejuicios ni repugnancia hacia otras especies. Pyanfar movi6 la cabeza en se6al de aprobaci6n.

—Ir6 contigo, capitana —se ofreci6 Chur.

—De acuerdo —dijo Pyanfar—. Geran, qu6date; no podemos dejar la nave sin alguien que cuide de las cosas y el resto de gente est6 descansando. Pensamos ir s6lo hasta las oficinas y volver; no deber6amos tener problemas. Al menos, no espero tenerlos.

—Bien —dijo Geran, con cierta preocupaci6n en el rostro.

Pyanfar puso la mano en el hombro de Tully, percibiendo entonces lo fr6a que estaba su piel y d6ndose cuenta, por primera vez, de que siempre encorvaba el cuerpo al sentarse, Tully se puso en pie, temblando levemente.

—El traductor no funcionar6 fuera de la nave, ¿entiendes, Tully? Una vez fuera de la rampa no podremos entendernos mutuamente. Por lo tanto, te lo digo ahora: qu6date siempre conmigo; no te separes de mi lado y obed6ceme en todo momento.

—Ir a las oficinas.

—Eso es, a las oficinas. —Extendi6 el dedo, presion6ndole el pecho con la afilada punta de una garra—. Amigo m6o, voy a intentar que te permitan pasar legalmente. Si te llevamos a bordo en secreto, saliendo del territorio mahendo'sat contigo para dirigirnos hacia Anuurn, nuestro mundo... bueno, quiz6s hubiera problemas. A los mahendo'sat se les podr6a ocurrir que est6bamos guardando en secreto algo que ellos deb6an conocer. As6 pues, revelaremos tu existencia y dejaremos que te vean todos: mahendo'sat, stsho; si, incluso los kif. Andas vestido,

sabes pronunciar algunas palabras en hani y quizá con eso consigamos que te registren y te den documentos adecuados, todo lo que un buen ser civilizado necesita para ser considerado legalmente como una entidad dentro del Pacto. Intentaré que hagan todo eso para ti y después de que tengas todos esos documentos no habrá modo alguno de que nadie pueda decir que no eres inteligente. Te registraré como parte de mi tripulación. Te daré un documento y tú pondrás tu nombre allí donde yo te diga. Y no me causes problemas. ¿Me has entendido? Eso es todo lo que puedo decirte, nada más.

—No entiendo todo. Tú pide. Yo hago.

—Vamos —dijo Pyanfar, impaciente, haciendo un gesto con la mano a Chur.

Chur se puso en movimiento y Tully la imitó, como si confiara ciegamente en ella.

Pyanfar torció el gesto y les precedió hasta la esclusa, preguntándose mientras si el personal de la estación tendría detectores y si, yendo adonde iban, habría algún modo de pasar un arma oculta. Acabó decidiendo que por arriesgada que pudiera ser la situación, sería mejor no intentarlo.

Junto a la rampa se encontraron con un obrero *mahe* que se escabulló a toda prisa nada más verles, probablemente para avisar a sus superiores. Los mahendo'sat parecían algo nerviosos y mantenían una vigilancia tan cortés que casi resultaba imperceptible, pero que existía sin lugar a dudas. Pyanfar se dio cuenta de ello igual que Chur y Tully contempló con cierto temor el repentino movimiento causado por su aparición. Les dijo algo pero ahora el traductor resultaba inútil al estar fuera del alcance de transmisión de la nave y Pyanfar se limitó a tocarle el hombro con la mano, intentando calmarle, y manteniéndole en movimiento.

—Es sólo una precaución —dijo con voz tranquila, desviando los ojos hacia la rampa que daba acceso a la *Luna Creciente*, donde se encontraba una observadora capaz de darles muchos más problemas: una tripulante hani—. Será mejor que nos ocupemos antes de ese asunto —le dijo Pyanfar a Chur, desviándose en diagonal de su curso anterior y atravesando los transportes donde se amontonaban los recipientes de la *Luna Creciente*.

De pronto vieron aparecer a otra tripulante, evidentemente llegada a toda prisa: con los ojos clavados en ellas y los pies firmemente plantados en la rampa parecía un reflejo de la primera figura. Pyanfar se detuvo a cierta distancia y esperó, haciéndole una seña con gran disimulo a Chur, que se adelantó hacia la rampa.

La conversación posterior se mantuvo en un tono de voz demasiado bajo como para que pudiera oírla: no advirtió demasiada amistad en los rostros de las tripulantes, pero tampoco percibió una declarada mala voluntad. Chur volvió de la rampa caminando sin prisas pero sin entretenerse, con las orejas gachas.

—Su capitana está durmiendo —le informó—. Nos han propuesto subir a la

Orgullo cuando haya terminado la siesta. Quieren una respuesta, capitana.

—Bueno, no tengo por qué dársela. No me dijeron nada de eso por el comunicador.

Dejemos que venga ella, será mejor. —Se volvió sin mirar a las otras dos tripulantes y, poniendo la mano en el hombro de Tully, le guió fuera del dique.

Y, aunque fuera verdad que la capitana Tahar estaba durmiendo, su reposo duraría solamente lo que tardaran en volver a bordo esas dos orejas rasgadas para informarle de que la capitana Chanur tenía un compañero de especie desconocida y que se dirigía hacia las oficinas de la estación. La capitana Tahar había caído en la trampa de su propia arrogancia y Chanur, como si el responder a un insulto con otro estuviera por debajo de su dignidad, se limitó a marcharse. Exageró un poco más el contoneo de sus pasos en beneficio de las tripulantes y de los obreros *mahe*, que no habían perdido detalle de la escena y algunos de los cuales ya se dirigían presurosamente a informar a sus superiores o a reunirse con sus camaradas, formando un pequeño grupo de siluetas casi desnudas y de oscuro pelaje.

—Se han dado cuenta de todo —dijo Chur.

—No importa. —Pyanfar, con las manos a la espalda, siguió andando un poco por delante de Chur y Tully: una capitana hani de elevada estatura vestida de rojo, una tripulante hani de menor talla vestida con el traje azul de faena y, como improbable tercer miembro del grupo, un Extraño de imponente tamaño y anchos hombros con la piel carente de vello y una magnífica melena dorada, una silueta que era imposible no percibir al instante. Pyanfar sintió que la sangre se le agolpaba en las venas y tuvo que apretar los labios al ver que el muelle empezaba a llenarse de gente, en una cantidad muy superior a la de obreros trabajando normalmente en el lugar. Mahendo'sat, obreros, mercaderes, mineros y sólo los dioses sabían qué más; un grupito de *stsho*, destacando con sus pálidos colores apastelados entre los demás, con sus blancos ojos redondos y grandes como lunas, apretándose las manos unos a otros y hablando con aire de gran inquietud. En cuanto a los kif, de momento no había ni rastro de ellos, pero los rumores no tardarían en atraerlos, de eso estaba segura. Cómo le habría gustado tener ahora el arma que había estado pensando coger.

Llegaron al ascensor y apretaron el botón, con los *mahe* retrocediendo para dejarles paso y agrupándose de nuevo a su alrededor a la menor oportunidad, escuchando ya el estruendo que formaba toda aquella muchedumbre hablando a la vez.

—Capitana —le preguntó un mahendo'sat—, ¿de qué criatura se trata?

Pyanfar se volvió hacia él con una sonrisa forzada en la que no había ni un átomo de paciencia y los mahendo'sat que conocían un poco a la especie hani se apresuraron a retroceder unos pasos. Pero en el continuo rugido de la multitud había también una especie de humor satisfecho ante la expectativa creada y el revuelo. El ascensor llegó

por fin, y media docena de sorprendidos *mahe* decidieron salir de él, ya fuera éste o no el piso al que se dirigían. Apenas hubieron dejado libre la entrada Pyanfar cogió a Tully por el brazo y le metió dentro. Chur esperó a que ella entrara y luego se metió en la cabina, dando la cara a la multitud. La puerta tardó unos segundos en cerrarse como esperando a que, si alguien así lo decidía, tuviera tiempo de acompañarles en la subida, pero nadie más entró en el ascensor.

La puerta acabó cerrándose y el ascensor salió disparado hacia arriba. Pyanfar soltó por fin el brazo de Tully y le puso la mano en el hombro, dispuesta a no perder ni un segundo cuando llegara el momento de salir. Tully estaba sudando pese a lo frío de la atmósfera. Chur, al otro lado, le dio unos golpecitos en el brazo. El ascensor hizo una parada intermedia pero quienes lo estaban esperando decidieron no entrar, contemplándoles con ojos asombrados; unos momentos después, el aparato se puso de nuevo en marcha.

—Amigos —dijo Tully con voz nerviosa, rebuscando entre su escaso surtido de palabras hani.

—Mahendo'sat y stsho —contestó Pyanfar—. Amigos, sí.

El ascensor se detuvo por segunda vez revelando ahora un pasillo bastante menos concurrido en el complejo de oficinas. La presencia de Tully mientras cruzaban la sala fue dejando un asombrado reguero de empleados *mahe*.

De pronto Tully se detuvo en seco. Un kif salió de las oficinas que tenían delante y se les quedó mirando, una silueta anónima envuelta en ropas de color gris con el acostumbrado rostro lúgubre y entristecido de su especie. Pyanfar cogió nuevamente a Tully del brazo, escondiendo las garras al ver cómo éste daba un respingo pero consiguiendo ponerle otra vez en marcha gracias al pinchazo. Pasaron junto al kif y éste se volvió para no perderles de vista. Pyanfar no hizo nada pero Chur, siendo tripulante y no debiendo cargar con el peso del rango, se le encaró ferozmente, con las orejas planas y los labios retorcidos en una mueca salvaje. El kif siguió mirándoles. Pyanfar empujó a Tully a través de las puertas de la oficina y sólo entonces se volvió a mirar. Pero el kif ya había proseguido su camino, con la túnica revuelta por lo rápido de su paso: Chur, con las orejas aun pegadas al cráneo, se reunió con ellos dentro de la oficina de registro. Tully apestaba a sudor y las venas destacaban claramente en sus brazos. Pyanfar le dio unos golpecitos en el hombro y examinó la oficina, que resultaba más bien chillona en cuanto a colorido, volviéndose finalmente hacia un grupo de oficiales mahendo'sat que parecían haberse quedado helados, la mayoría se encontraba de pie.

—Soy Pyanfar Chanur. Me habían pedido una entrevista.

Ante sus palabras se organizó un cierto revuelo mientras el empleado más cercano se apresuraba a conducirles a través del área general de registro, haciéndoles entrar en la parte de la oficina que había tras unas puertas, quedando así más

resguardada. Durante todo el proceso Tully fue el blanco de bastantes miradas llenas de curiosidad.

—Ven —le instó Pyanfar en voz baja, agarrándole el codo. Sintió que estaba empezando a sudar y en ese instante comprendió todas las fuertes emociones que Tully había soportado hasta entonces: un kif en el salón, encontrarse en un lugar cerrado. Bastaría que se dejara dominar un momento por sus instintos y echaría a correr, o quizá golpeará a quien tuviera más cerca—. Amigo —le dijo, y Tully siguió andando junto a ella. El oficial les condujo hasta una lujosa área de espera en la que había una gruesa alfombra y unos asientos de brillantes colores blandos como plumas. Luego se apresuró a ofrecerles unos refrescos mientras que el trío se instalaba en los asientos.

—Siéntate, siéntate —le dijo Pyanfar a Tully, dándole ejemplo e instalándose en un asiento con las piernas cruzadas. Chur esperó a que Tully, bastante nervioso, hubiera ocupado el otro asiento y luego se hundió en el suyo con un suspiro de alivio.

El oficial dispuso ante los asientos una mesita portátil con una bandeja de refrescos.

En los oscuros ojos del *mahe* ardía una viva curiosidad.

—Disculpe mi pregunta, capitana hani, ¿éste es un pasajero?

—Tripulante —le respondió Pyanfar frunciendo los labios como si la pregunta resultara casi ofensiva. Aceptó la copa que le ofrecía el *mahe*, sosteniéndola a su estilo con las dos manos y, para su satisfacción, vio que había tres copas. El oficial llenó la segunda y se la ofreció a Chur. Luego, dando muestra de una impecable educación, le ofreció la tercera copa a Tully con aire ceremonioso.

Tully la aceptó del mismo modo que lo habían hecho ellas, demostrando así sus excelentes capacidades de imitador, Pyanfar sonrió levemente y, para ocultar su gesto, tomó un sorbo del licor mahendo'sat. El oficial se fue, despidiéndose de ellos con una abundante serie de reverencias tan efusivas como nerviosas y Tully, fuera cual fuera su opinión sobre el licor, logró dominarse lo suficiente para beberlo sin poner mala cara.

—Amigo —dijo otra vez Tully, ahora con cara preocupada. Chur, que estaba a su lado, le puso la mano en la rodilla y el gesto pareció tranquilizarle un poco. De momento no había cedido al pánico pero su piel estaba cubierta de una brillante película de sudor y tenía los músculos tensos. Entonces se oyeron unos pasos al otro lado de la puerta que había en un extremo de la estancia y Tully estuvo a punto de mirar hacia allí, sobresaltado, pero Chur le palmeó de nuevo la rodilla, logrando que se contuviera.

La puerta se abrió revelando a un pequeño grupo de mahendo'sat, que parecían importantes a juzgar por la elaborada brillantez de sus faldellines y adornos. Uno de ellos iba acompañado por un pequeño peluche blanco y marrón que empezó a

corretear por entre los pies de los presentes para acabar convirtiéndose en una bola erizada al notar el olor de las hani. Empezó a bufarles y uno de los oficiales tuvo que acabar cogiéndole en brazos, pese a lo cual Pyanfar decidió no perderle de vista. Chur y Tully esperaban que fuera ella quien tomara la iniciativa, por lo que Pyanfar hizo una reverencia, soportando mientras tanto las nada disimuladas miradas de los mahendo'sat hacia Tully. Los oficiales no dejaban de hablar entre ellos, obviamente nerviosos, y Pyanfar logró entender algo de lo que decían, casi todo referente a curiosidad y desconcierto. El peluche gruñó y su propietario, un *mahe* de bastante edad cuyo oscuro pelaje estaba volviéndose gris y en cuyo rostro se veían ya los atributos de la vejez, se dirigió a ella agachando las orejas.

—¿Capitana Chanur?

—La misma. ¿Tengo el honor de conocerle?

—Yo Ahe-Stasteburana-to.

El encargado principal de la estación en persona, el maestro... Pyanfar le hizo otra reverencia y el maestro se la devolvió, logrando no molestar demasiado con ello a la mimada mascota que sostenía en sus brazos, intentando infructuosamente calmar sus incesantes gruñidos al enderezarse. Y, aparentemente distraído, el Stasteburana se apartó, dejando que otro miembro del grupo les hiciera una reverencia no tan cortés y empezara a hablar con Pyanfar en tono más bien cortante:

—Capitana Chanur, tú pagas multas por entrada temeraria. Multas por haber traído polvo y rocas a través del salto, poniendo en peligro a todos inocentes. Multas por velocidad imprudente cerca de la estación. Por ocasionar situación de peligro.

—Escupo sobre vuestras acusaciones. El polvo y las rocas quedaron en Kita y el único motivo de advertir sobre ellos fue por si se daba la remota posibilidad de que aún transportara un poco en mi estela. Podría añadir incluso que con ello sufrí daños para proteger vuestra inútil estación de todo daño posible. En cuanto a las multas sois unos bandidos chupasangre, ¿cómo podéis lanzaros de este modo sobre una nave amiga que tiene un largo historial de buenas relaciones con la estación y que ha debido acudir a ella buscando refugio contra los piratas, para así no perder la vida y proteger la integridad del Pacto? Una nave hani, hani, ¿me oís bien?, os pide refugio y, ¿cuándo ha ocurrido algo semejante? ¿Estáis sordos y ciegos, aparte de enloquecidos por la codicia?

—Se han cometido ofensas. Tenemos kunn actuando de modo muy extraño aquí. Tenemos informes...

El Stasteburana alzó su vieja y bien manicurada mano con lo que su Portavoz calló de inmediato haciendo una reverencia. El Stasteburana se echó hacia atrás acariciando la redonda silueta de su peluche, que seguía gruñendo.

—Sí, capitana Chanur, te conocemos bien, grande y honorable capitana hani, has causado gran conmoción... largo tiempo ausente; quizá comerciando con nuestra

rival Ajir, pero te conocemos. Buenos amigos, nosotros, Quizá podamos hacer trato con multas. Pero asunto más serio. ¿De dónde venís?

—De Punto de Encuentro y Urtur, por el camino de Kita, sabio *mahe*.

—¿Con esto? —una mirada hacia Tully, con las orejas pegadas al cráneo.

—Un pobre infortunado. Una criatura de gran sensibilidad, sabio y amable *mahe*. Su nave fue destruida y sus compañeros desaparecieron. Él se confió a mi caridad y ha probado ser de considerable valor.

—¿Valor, capitana hani?

—Necesita documentos, sabio *mahe*, y mi nave necesita ser reparada.

El Stasteburana se puso de nuevo en movimiento, apartándose de su Portavoz.

—Tu nave no lleva mercancía —escupió el Portavoz—. Vienes con manos vacías y causas grandes problemas aquí. Estás pidiendo crédito, capitana hani; ¿qué crédito? Te imponemos multa, te enviamos para que busques carga en Anuurn, quizá dos o tres naves hani paguen daños. Nos has traído knnn. Nos has traído kif. Lo sabemos. Habla con la nave hani en el dique contiguo, pídele a ella que pague tus multas.

—Todo eso son trivialidades. Tengo una carga mejor que la de la *Luna Creciente*. Haré un trato con vosotros; sí, haré un trato pese a vuestra nada civilizada forma de actuar. Haré un trato que todos los mahendo'sat apreciarán grandemente.

El Portavoz miró a Tully y el Maestro se volvió a mirarle con gestos llenos de tranquila dignidad, tendiéndole el diminuto y ruidoso animal al Portavoz, frunciendo el ceño. El Stasteburana hizo una seña a sus otros tres compañeros y uno de ellos dijo algo dirigiéndose hacia el otro salón.

No era muy fácil distinguir a los mahendo'sat de la misma edad, a no ser por el sexo y la constitución, pero en el que respondió a la llamada, bastante corpulento y de aspecto no muy distinguido; sí, había en él algo que le resultó de inmediato preocupantemente familiar. Mucho más cuando les sonrió, exhibiendo una gran dentadura de oro. Pyanfar contuvo el aliento y se llevó las manos a la espalda, escondiendo las garras.

—Capitán Ana Ismehanan-min, del carguero *Mahijiru* —dijo suavemente el Stasteburana—. Conocido vuestro, sí.

—Ciertamente —dijo Pyanfar, haciéndole una reverencia a la que Dientes-de-Oro contestó con una fioritura algo exagerada,

—El asunto de los kif —dijo el Stasteburana, cruzando sus arrugadas manos sobre el vientre—. Explícalo, capitana hani.

—¿Quién soy yo para conocer los pensamientos de un kif? Dejaron que este pobre y desgraciado se les escurriera entre los dedos y luego esperaban que se lo volviera a vender, lo que era claramente ilegal. Entonces atacaron una nave hani que no sabía nada de todo el asunto. Una nave de Handur fue destruida, a menos que el capitán de la *Mahijiru* tenga mejores noticias al respecto.

—No buenas noticias —dijo tristemente Dientes-de-Oro—. Todas perdidas, capitana hani.

Todas. Yo marché de prisa para traer aquí mi historia.

El Maestre se volvió hacia *él* y le golpeó suavemente en el hombro, hablándole en uno de esos oscuros lenguajes *mahe* a los que no llegaban los conocimientos de Pyanfar.

Dientes-de-Oro hizo una profunda reverencia y se echó a un lado. Pyanfar, no muy tranquila, miró al Maestre.

—Ya sabéis qué desean los kif —dijo, intentando recobrar la iniciativa—, e igualmente sabéis que es imposible esconder tal hallazgo, ni aquí ni tampoco en Anuurn. No existe escondite adecuado para algo semejante.

—Os hago... —Un zumbido procedente de un sensor portátil. Se oyó una voz y uno de los oficiales de baja graduación apareció de repente con aspecto consternado, ofreciéndole el aparato al Stasteburana. Pese a que hablaban en dialecto local, Pyanfar logró entender algo sobre los knnn y los oscuros ojos del Maestre se agrandaron como por efecto de la sorpresa. «¿Dónde está?», oyó Pyanfar en un momento dado, viendo los rostros inquietos de los demás. «Ven», acabó diciendo el Stasteburana en persona, sin utilizar los servicios de su Portavoz, abarcando con un gesto muy significativo el grupo y la puerta por la que había entrado el mahendo'sat.

—Venid —le repitió Pyanfar como un eco a Chur y Tully, partiendo todos en pos del Maestre, el cual se apresuraba con evidente alarma, seguido por los *mahe*, tanto ayudantes y Portavoz como el capitán de la *Mahijiru*.

El corredor desembocaba en un centro de operaciones. Los técnicos parecieron esfumarse, tanta era su prisa por dejar paso al Maestre y su séquito. El Portavoz lanzaba órdenes sibilantes y también el peluche se puso a gruñir, como añadiéndose a la atmósfera de amenaza general. De pronto se oyó una voz *tc'a*, toda chasquidos y crujidos.

—Pantalla —ordenó el Stasteburana en su propia lengua.

La pantalla principal, que medía varios metros, se iluminó ante ellos mostrando un muelle en penumbra. De pronto brotó un surtidor de colores azules y violetas que ardía con el lívido resplandor de una pesadilla y en él se vio una forma huidiza que parecía un manojo de pelos con un número indefinido de patas, negras y muy delgadas. Se agitaba velozmente a un lado y a otro, llevando entre las mandíbulas (¿apéndices escondidos entre el pelo?) algo que despedía un brillo metálico y que parecía, por sus miembros alargados, un cuerpo hani.

Pyanfar, abatida, reconoció el objeto. Probablemente Chur y Tully, que habían participado en su construcción, lo reconocieron igual que ella.

—Eso es un knnn —le dijo Pyanfar a Tully. Él le respondió algo, con expresión no muy feliz. El ser de la pantalla iba de un lado a otro eludiendo los intentos de otras

siluetas medio ocultas por la penumbra que pretendían cogerle: las siluetas eran tc'a. Algo flaco y muy largo se unió a la confusión, arrojándose sobre el knnn y dando un tirón al objeto metálico para salir huyendo de inmediato. *Chi*, por todos los dioses, esos mendigos crónicos. Los miembros de la criatura relucían con una fosforescencia amarillenta que dejaba huellas engañosas en la pantalla, dada la rapidez de sus movimientos.

De pronto un par de tc'a apareció delante del knnn y le arrebataron el objeto metálico.

El knnn pareció enloquecer, agitándose ferozmente y lanzando gemidos de rabia, de inquietud o, quizá, meramente intentando hacerse entender. La escena se había convertido en un completo caos y de pronto apareció otro grupo de knnn. El *chi* huyó a toda prisa, una mancha borrosa de miembros delgados que emitían un brillo amarillento y en el centro de control mahendo'sat los técnicos, que hasta ese momento habían permanecido sentados, se pusieron en pie para contemplar la escena de la pantalla, convertida ahora ya claramente en un salvaje combate. Del altavoz brotaba una mezcla de siseos, chasquidos y gemidos. Los knnn empezaron a retirarse ordenadamente, como una falange peluda, lanzando feroces rugidos.

De repente uno de ellos saltó hacia adelante y se apoderó de un tc'a, arrastrando su cuerpo de reptil rugoso al centro de la masa que se retiraba. Los tc'a sisearon y chasquearon con frenesí aún mayor—, pero, aparte de un súbito remolino formado por docenas de cuerpos sinuosos que parecían entrelazarse como los dedos de una mano preocupada, nada. Ni el menor intento de contraataque o de rescatar al cautivo. Pyanfar contempló el secuestro con las orejas gachas.

Así que los knnn habían decidido comerciar a su modo, viniendo lo más rápido posible a la estación para ofrecer su mercancía y obtener a cambio de ella un precio justo: una especie más había caído en la tentación de comerciar con seres inteligentes.

—¿Qué es? —preguntó un *mahe* con aire abatido, callándose luego. Un grupo bastante numeroso de tc'a había logrado arrastrar cierta distancia al objeto con que pensaban comerciar los knnn, agitando grotescamente los miembros metálicos del traje. Se recibió una comunicación y un técnico se acercó a Stasteburana.

—Cápsula extravehicular, obra hani —le dijo y el Stasteburana se volvió hacia Pyanfar con ojos preocupados mientras que ésta enderezaba las orejas e intentaba adoptar su expresión más tranquila.

—No deseaba causaros tal inquietud —le dijo Pyanfar—. Todo lo que hallaréis en ese traje, sabio *mahe*, es un pedazo de carne ya bastante corrompida procedente de nuestra nevera. Os aconsejo que adoptéis precauciones anticontaminación para quitarle el casco.

—¿Qué haces? —le dijo iracundo el Stasteburana sin utilizar a su Portavoz, apartándole de un gesto al intentar intervenir éste en la conversación—, ¿Qué haces,

capitana?

—Los knnn parecen haber interceptado un regalo que les dirigí a los kif. Estoy segura de que se encontrarán algo confusos y acabarán devolviendo al tc'a... Reverenciado *mahe*, en esos momentos fue necesario hacerlo.

—¡Necesario!

—Os aseguro que sólo se ha echado a perder un poco de carne, nada más. Estábamos a punto de discutir las reparaciones de mi nave, que son muy urgentes. Imagino que no desearéis tenerme ocupando el muelle ni un segundo más de lo necesario. Preguntad al respecto, el honesto capitán de la *Mahijiru* os lo podrá aclarar.

—¡Ultraje! —proclamó el Portavoz—. ¡Extorsión!

—¿Discutimos el asunto?

El peluche se vio transferido a otro dignatario y el Portavoz pareció prepararse a entablar un combate verbal pero el Maestre alzó plácidamente la mano, haciéndole callar y con otro gesto le indicó al grupo que volviera por el pasillo, mientras impartía algunas instrucciones concernientes a los tc'a. Después de ello el Maestre abrió la marcha hasta llegar de nuevo a la cómoda sala de espera.

—Beneficios —se apresuró a decir Pyanfar en tono conciliatorio una vez que el anciano *mahe* y su séquito se volvieron hacia ella.

—Problema primero con kif y ahora con knnn y tc'a. Engaños, fraudes y peligros para la estación.

—Una nueva especie, reverenciado *mahe*, ése es el tesoro que tanto inquieta a los kif.

Se dan cuenta de que pueden obtener unos beneficios tales como nunca antes han conseguido y yo tengo en mi poder al único miembro sobreviviente de su grupo: una especie capaz de viajar por el espacio y de comunicarse, sabio *mahe*, una especie civilizada capaz de hacer cambiar el equilibrio del poder en el Pacto. Eso era lo que se puso en juego en Punto de Encuentro y por esa razón se destruyó la nave Handur, y ésta fue la parte de mi carga que me negué a echar al vacío. Supongo, reverenciado *mahe*, que estaremos de acuerdo en lo que pretenden hacer los kif con ese tipo de informaciones. ¿Queréis que os cuente con más detalle lo que sospecho, que los stsho sabían también algo de lo que ocurría? Los kif pretendían conquistar una parte mayor del espacio adyacente al suyo; ¿quizá intimidando a los stsho? Habiéndolo conseguido, se hallarían en posición de expandir sus operaciones y cambiar el mapa del Pacto para su beneficio, adquiriendo algo que, por su posición, no estaría dentro del alcance de los demás miembros del Pacto. Sólo los stsho, dispuestos a lamerle los pies a la especie kif.

Y, entonces, ¿qué futuro le aguardaría al Pacto? ¿Qué sería de este Pacto que mantiene y hace posible todo nuestro provechoso comercio? ¿Qué sucedería con el

equilibrio actual? Dejad que os diga lo que tengo: tengo una cinta, mi gran y preclaro *mahe*, tengo una cinta para un traductor simbólico; una cinta por la cual los kif sacrificaron bastantes vidas, pero que no lograron conseguir. No somos egoístas: pongo esta cinta a la libre disposición de los mahendo'sat igual que a la de nuestra especie, todo ello en interés de que ese conocimiento se difunda lo más posible entre especies con intenciones idénticas.

Pero quiero ver reparada mi nave, que se olviden todas esas multas y la seguridad de que Chanur seguirá gozando de la amistad de esta grande y poderosa estación.

El Maestre inclinó bruscamente las orejas, con los ojos abiertos como platos. Se dio la vuelta, dejando que su Portavoz lidiara con el problema.

—¿De dónde viene este ser? ¿Cómo nosotros sabemos inteligente? ¿Cómo nosotros sabemos amistoso?

—Tully —dijo Pyanfar, poniéndole la mano en el brazo y haciéndole avanzar—. Tully, es el Portavoz del Maestre de la estación, un amigo, Tully.

Durante un terrible instante sintió la tensión de su brazo, como si Tully se dispusiera a salir corriendo,

—Amigo —dijo luego Tully, obedeciéndole. El Portavoz frunció el ceño, observando atentamente el rostro de Tully, que se hallaba al mismo nivel que el del *mahe*.

—¿Habla hani? —preguntó el Portavoz.

—Voy en nave de Pyanfar. Amigo.

Dioses, toda una frase. Pyanfar le apretó levemente el brazo y luego se puso delante de él, en un gesto de protección. El Portavoz torció levemente el gesto y, algo más atrás, el Maestre se volvió a mirarles con interés.

—Tú nos traes este problema —dijo el Stasteburana—. Y los knnn... ¿por qué knnn?

—Un residente de Urtur. No pretendo decir que pueda entender a los knnn. Se puso nervioso, inquieto... pero eso no fue por mis actos, noble *mahe*. En este momento el curso de acción más seguro para la estación de Kirdu es ponerse a mi lado; y para ello, me temo que está antes la cuestión de ciertas reparaciones esenciales.

El anciano *mahe* respiraba aguadamente, con las fosas nasales dilatadas al máximo.

Habló brevemente con su Portavoz, y éste le respondió algo en lo que se mencionaba a los kif y a los knnn. El Maestre se volvió nuevamente hacia ella.

—Este trato con la cinta...

—Es la clave para entender a otra especie, reverenciado *mahe*. Los mahendo'sat tendrán acceso a ella y encontrarán naves de esta especie, con lo que podrán asegurar que el encuentro sea pacífico y la comunicación perfecta. Y pensad que no estáis

tratando con ninguna extraña que vaya a esfumarse una vez os haya engañado. Chanur espera volver de nuevo a Kirdu en el futuro, Chanur espera... ¿me permitís que os hable en confianza? Chanur espera explotar este nuevo hallazgo.

El Stasteburana miró a Tully con cierto nerviosismo.

—¿Y cuál es el hallazgo? Hallazgo es problema. Da problemas.

—¿Estáis dispuesto a permitir que sean los kif quienes planten la cosecha y la recojan luego? Estad seguro de que lo harán, mi buen *mahe*, si antes no lo hacemos nosotros.

El Maestre agitó las manos, cada vez más nervioso, acercándose luego al dignatario que sostenía el enfadadísimo peluche y lo cogió de nuevo, acariciándolo y hablándole con mucha suavidad. Luego miró a Pyanfar.

—Reparaciones empiezan —dijo el Stasteburana y se acercó a Tully, que no se movió ni un centímetro pese a los gruñidos de la criatura acurrucada en los brazos del *mahe*. El peluche gruñía cada vez más fuerte. El *mahe* se quedó inmóvil, contemplando a Tully durante varios segundos y por último, con un visible estremecimiento, alzó la mano con que había estado acariciando al peluche, haciéndole una seña a su Portavoz—. Haz documentos este ser consciente. Haz reparaciones. Todas las hani se van. Irse. —Sus ojos se volvieron bruscamente hacia Pyanfar—. Pero tu das cinta. No decimos nada a kif.

—Sabio *mahe* —replicó Pyanfar con toda la dignidad de que fue capaz, haciendo una reverencia. El Maestre agitó los dedos y les indicó que se fueran con el Portavoz, mientras que el peluche les gruñía hasta perderles de vista.

Bien, pensó Pyanfar mientras pasaban por los trámites de la oficina exterior y los nerviosos empleados mahendo'sat identificaban a Tully. Bien, ya tenían sus promesas.

Mantuvo las orejas bien erguidas y el rostro afable, sonriendo con extraordinaria buena voluntad a los empleados. Chur no apartaba nunca demasiado la mano del brazo de Tully, cubriéndole la espalda en todo momento y tranquilizándole a cada nuevo trámite, dando respuestas por él y haciéndole estar bien quieto en el momento de grabar su imagen, así como instándole a firmar cada vez que se requería. Pyanfar se inclinó un poco hacia adelante y distinguió fugazmente una firma de tan intrincada regularidad que nadie habría podido tomarla por un garabato de iletrado.

—Bien —dijo, dándole una palmada a Tully en el hombro mientras el documento volvía a las manos de los empleados mahendo'sat; y luego alzó bruscamente la cabeza, arrugando la nariz al sentir un leve perfume, Dos stsho habían entrado en ese mismo instante. Se quedaron muy quietos, con su enojada palidez destacando incongruentemente entre la imponente arquitectura mahendo'sat, con sus monolíticos escritorios y colores chillones.

Sus ojos pálidos y duros no se apartaban ni un segundo de Tully y el resto del grupo. Los espaciosos cerebros stsho guardaban auténticos tesoros de precisión y

detalle para satisfacer el amor que sentían sus propietarios hacia la murmuración, que para ellos era algo tan digno del comercio como cualquier otro artículo. Pyanfar les enseñó los dientes y los stsho, muy sabia y prudentemente, no se acercaron ni un paso más al grupo.

Los documentos volvieron a ellos, ahora plastificados para hacerlos mucho más duraderos, con el rostro de Tully en cada uno e indicando su especie: la clasificación general le daba la categoría de tener cierta capacidad para el viaje espacial y el sexo le hacía varón. La mayor parte de casillas estaban en blanco. Pyanfar se los entregó a Tully, le dio otra palmada en el hombro y le hizo dar la vuelta, indicándole que se dirigiera a la puerta, para lo cual pasaron ante los stsho, que no habían cesado de mirarles.

Pyanfar esperaba que, mientras tanto, se estuvieran cursando las órdenes capaces de hacer reparar con toda urgencia la *Orgullo*. La preocupación básica de los mahendo'sat en esos momentos era librarse de ellas con la mayor velocidad posible; de eso no le cabía duda.

Antes de que todo hubiera terminado vendría algún oficial *mahe* a por la cinta.

También eso era indudable y habría alguna pequeña discusión sobre qué debía venir primero, si las reparaciones o la cinta. Ella estaba decidida a que lo primero fueran las reparaciones y a los *mahe* no les quedaba demasiado donde escoger. Una vez fuera de la oficina recorrieron el pasillo hasta el ascensor, pasando de vez en cuando junto a empleados mahendo'sat y visitantes con negocios que atender, los cuales siempre encontraban razones repentinas para esconderse en algún umbral o intentaban ansiosamente ignorarles.

Pero los tres que esperaban delante del ascensor... Pyanfar estuvo a punto de pararse, pero en vez de ello decidió alargar aún más su zancada.

—Tú —dijo, avanzando hacia el ascensor, y el *mahe* que estaba un poco separado de sus dos compañeros dio un paso hacia adelante, sus dientes de oro escondidos por una mueca de ira.

—Tú trajiste problemas —le dijo el capitán de la *Mahijiru*.

—¿Cuál es tu modo de vivir, *mahe*? ¿Vendes información en cada puerto que tocas?

—Kirdu, mi puerto. Tú traes problemas.

—Ya. Los problemas me buscan. Conseguí que a una de mis tripulantes la hirieran cuando intentaba entregarte esas malditas soldadoras para mantener nuestro acuerdo. ¿He dicho algo sobre las perlas que me debes? No. Ha sido un regalo, mi valiente *mahe*. No pidas nada más a cambio.

Dientes-de-Oro frunció aún más el ceño, miró a Chur y se acercó un poco a Tully, alzando hacia él su redonda mandíbula para verlo bien, pero sin hacer ningún ademán de tocarle. Luego miró a Pyanfar.

—Éste recogiste en el muelle.

—¿Haces tú las preguntas que interesan al Maestre? ¿Igual que recogías información en Punto de Encuentro?

Por primera vez el *mahe* le dirigió, aunque fugazmente, su dorada sonrisa.

—Inteligente, capitana hani.

—Tú *conoces* a ese Akukkakk.

La sonrisa se había esfumado, dejando en su lugar una absoluta seriedad.

—Puede.

—¿Eres un auténtico comerciante, capitán *mahe*?

—Hace mucho, honesta hani. *Mahijiru* hace mucho nave de comercio, yo, mi tripulación, hace mucho que comerciamos, hijos e hijas de comerciantes. Pero conocemos a la *Hinukku*, sí. Hace mucho mal problema.

Pyanfar contempló su rostro ancho y curtido, arrugando la nariz.

—Capitán *mahe*, puedo jurarte que no pensaba daros ningún problema. Te di lo que habíamos acordado en el trato y no pienso pedir que me lo devuelvas. Salvaste nuestros pellejos avisándonos de ese kif bastardo y te debo mucho por ello.

El *mahe* puso mala cara,

—Trato, hani. Ellos hacen reparaciones, tú marchas de prisa. Peligro. Eso te lo digo gratis.

—¿No sufrió ningún daño la *Mahijiru* al salir del Punto de Encuentro?

—Pocos. Tú aceptar consejo, hani.

—Lo haré —apretó el botón del ascensor y miró por segunda vez con mayor cuidado hacia el *mahe*, para recordar sus rasgos sin ningún tipo de dudas—. Vamos —dijo al llegar el ascensor, vacío. Esperó a que Chur y Tully entraran y luego les siguió. Dientes-de-Oro/Ismehanan y sus compañeros no mostraron ninguna inclinación en cuanto a hacerles compañía. La puerta se cerró, separándoles de ellos, y el ascensor partió hacia abajo. Pyanfar miró a Tully y a Chur y cogió a éste del codo mientras la cabina, esta vez sin recibir ninguna llamada de los niveles intermedios, descendía hasta depositarles en el muelle.

Gracias a los dioses, el gentío se había reducido un poco aunque no lo suficiente como para pasar desapercibidos. A medida que atravesaban el muelle la multitud se fue engrosando y Pyanfar no paraba de mirar en todas direcciones, pensando que ya había pasado el tiempo suficiente como para que se les hubieran organizado problemas.

Y así era. Kif junto a las grúas, vigilando. Su presencia, desde luego, no era ninguna sorpresa. Tully no se dio cuenta de su presencia, aturdido por el torbellino de siluetas que giraba a su alrededor, nunca acercándose demasiado al grupo, pero siempre rodeándoles.

Ante ellos se encontraba ya la rampa de acceso. Junto a ella se encontraba un

grupo de policías mahendo'sat, porras en mano, y el gentío se detuvo al verle. Pyanfar hizo pasar a sus compañeros a través de la línea de policías, casi a empujones, sintiendo que le temblaban las piernas: falta de sueño; por los dioses, necesitaba descansar. Chur debía encontrarse más o menos igual y Tully apenas si lograba sostenerse en pie, siendo su estado mental y físico muy poco adecuado para tales ajetreos. Pyanfar siguió avanzando, sin aliento, con los ojos clavados siempre en la rampa.

Pero entre las grúas que tenían delante había sombras hani. Tripulantes de la *Luna Creciente* que habían acudido del dique contiguo, pasando por detrás de la línea de seguridad.

—Seguid adelante —les dijo a Chur y Tully—. No les hagáis caso.

Pyanfar se metió por el tubo iluminado de la rampa y el grupo había llegado ya casi a la seguridad de su propia escotilla cuando se oyó un ruido detrás de Pyanfar.

—¡Adentro! —les dijo, volviéndose para cerrarle el paso a la silueta que apareció por el recodo de la rampa. Tenía las orejas pegadas al cráneo y su mano buscó instintivamente el arma que había dejado en la nave, pero la silueta que ascendía por la rampa con aire desafiante, con sus joyas y pantalones de seda, era hani—. Tahar... —siseó Pyanfar, agitando la mano para que se fuera—. Dioses, ¿acaso necesitamos más problemas?

—Estaba durmiendo —La capitana de la nave Tahar se detuvo a unos centímetros de Pyanfar con las manos en la cintura, una figura alta y corpulenta cuya enjoyada oreja izquierda, con el lóbulo desgarrado, indicaba prosperidad. Tenía los rasgos anchos y marcados: una cicatriz negra le atravesaba el bigote, por lo cual éste raleaba del lazo izquierdo, y ello le daba a Dur Tahar una expresión no demasiado agradable. La barba y la melena, de un bronce oscuro, habían sido minuciosamente rizadas, como era típico del sur.

A su espalda aparecieron dos tripulantes, indistinguibles entre sí como una pareja de clones.

—Nos hemos arreglado por nosotras mismas —dijo Pyanfar—, sin necesidad de turbar tu reposo.

Dur Tahar, aparentando no haberle oído, miró por encima de su hombro, y Pyanfar no tuvo ninguna dificultad en adivinar el objetivo de su mirada.

—¿De qué criatura se trata, Chanur? ¿Qué es?

—El problema ya ha sido solucionado, gracias.

—¡Solucionado., por los dioses! Nos acaban de ordenar que salgamos de la estación y el muelle entero habla de ese pasajero tuyo y de hani que tienen problemas con los kif. También hablan de un trato que acabas de hacer; por los dioses, creo que sí has arreglado tus problemas después de todo. ¿A qué te dedicas ahora? ¿Comercias con esclavos? Has encontrado algo muy especial, ¿no? Todo ese jaleo que te hizo

venir corriendo aquí como un cachorro asustado porque le han quemado la cola, ¿guardaba relación con eso?

—Basta ya —Pyanfar sacó las garras. Estaba cansada, dioses, apenas se tenía en pie y cuando sus ojos se clavaron en Dur Tahar le pareció que un túnel oscuro limitaba su campo visual—. Si quieres hablar de esto conmigo, que sea en una transmisión. Ahora, no.

—Ah. No necesitas nuestra ayuda. ¿Planeas quedarte aquí en el muelle jugando con tu rabo, o acaso habéis llegado a un acuerdo con los mahendo'sat? ¿Qué tipo de juego te propones, Chanur?

—Voy a decírtelo mucho más claro. Luego. Ahora, sal de mi escotilla.

—¿Cuál es su especie? ¿De dónde viene? Los rumores que corren por el muelle dicen que viene del espacio kif. O quizá del knnn. Dicen que anda por ahí una nave knnn que trajo un cadáver hani.

—Sólo lo repetiré una vez, Tahar: conseguimos esta mercancía en Punto de Encuentro y a los kif les sentó tan mal que, por venganza, destruyeron a la *Viajera de Handur*, sin dejar supervivientes. La sorprendieron inmóvil en el dique y ni siquiera nos habíamos puesto en comunicación. Soltamos la carga y salimos huyendo hacia Urtur y los kif que nos siguieron atacaron la *Buscaestrellas de Faha* sin ninguna razón. Si la *Buscaestrellas* pudo huir o no es algo que ignoro pero al menos tuvieron una ocasión de conseguirlo. Los kif están muy interesados en él y para ellos el asunto ya no se mide en términos de simples ganancias o pérdidas. Anda metido en esto un *hakkikt* los problemas sólo acabarán cuando le hayamos eliminado. Puede que lo consiguiéramos en Urtur. Quedó en ridículo y quizás eso baste para liquidar el problema. Pero si quieres ser útil, puedes acompañarnos, naturalmente.

—Supón que decides mostrarte generosa. Entrégame esta criatura. Me ocuparé de que llegue sana y salva hasta Anuurn.

—No, gracias.

—Habría apostado a que responderías eso. Después de todo, puedes tratar con los mahendo'sat pero no con un rival. Bien, Pyanfar Chanur, te prometo que esto no será tan fácil como crees para la casa de Chanur. Y si todo acaba en el fracaso que me parece va a ser, iré detrás tuyo. Tu hermano se está ablandando y allá ya lo saben todos. Esto debería colmar el vaso, ¿no?

—¡Fuera de aquí!

—Dame la información que usaste para comerciar con los mahendo'sat. Quizás entonces podamos tratar todo esto bajo una luz más amistosa.

—Confiaría más en ti si fueras *mahe*. Puedes echarle un vistazo, Dur Tahar. Pero si quieres saber algo más sobre él, eso lo decidiré cuando hayan terminado los problemas. No temas; tendrás los mismos datos que les entregué a los mahendo'sat. Pero si nos dejas sin ayuda, entonces, por los dioses que conseguiremos

arreglárnoslas sin ti.

Dur Tahar echó las orejas hacia atrás y se dispuso a marcharse, deteniéndose el tiempo preciso para lanzar una última y venenosa mirada hacia la escotilla. Sus pupilas volvieron a contraerse.

—Volveré a preguntártelo en Anuurn, entonces. Y necesitarás respuestas, por los dioses: te aseguro que deberás encontrarlas.

—No es nada personal, Tahar. Siempre te faltó visión de futuro.

—Cuando me supliques ayuda... *puede* que te la dé.

—Largo.

Dur Tahar había hecho su oferta. Quizás esperaba una respuesta distinta. Torció el gesto y luego consiguió fingir una mezcla de pereza e indiferencia. Se atusó los rizos de la barba y, volviéndose, miró por última vez hacia la escotilla, tomándose su tiempo antes de marcharse, seguida por sus dos tripulantes.

—Dioses —murmuró Pyanfar entre dientes, apoyándose cansadamente en el muro de la rampa y volviéndose hacia la escotilla, sintiéndose de pronto mucho más vieja. ¡Menudo error! Tendría que haber reaccionado, con mayor rapidez y haber contenido mejor su mal genio. Quizás hubiera podido acabar convenciendo a la capitana Tahar hablando con ella.

Quizás era justamente lo que ésta deseaba, ser convencida. Suponiendo, claro, que hubiera podido confiar en ella, teniéndola detrás. En esos momentos les odiaba a todos: *mahe*, Tahar, el Extraño; a todos. Chur le estaba mirando y Pyanfar frunció el ceño. Chur no había hecho ni un solo comentario durante todo el trayecto sobre su modo de haber manejado el negocio con la cinta, vendiendo algo tan inmaterial como la confianza.

Y el rostro de Tully... De pronto dio un tirón, soltándose de Chur, y fue hacia la escotilla. Chur corrió a detenerle. Pyanfar hizo un amago de correr también pero Chur ya le había cogido. Tully se apoyaba en el muro, con los ojos llenos de ira.

—Capitana —dijo Chur—, el traductor estaba funcionando.

Pyanfar metió la mano en el bolsillo y se puso el auricular, encarándose con Tully, que no apartaba los ojos de ella.

—Tully. Ésa no era amiga. ¿Qué oíste? ¿Qué?

—Eres igual kif. Quizá quieres lo mismo. ¿Qué trato con mahendo'sat?

—Salvé tu miserable pellejo. ¿Qué te has pensado? ¿Piensas acaso que puedes viajar por todo el Pacto sin que cuando te vean se les ocurra lo mismo a todos? No quisiste tratar con los kif y eso fue sensato; pero, por los dioses, ahora no tienes más elección que nosotras o los kif, mi amigo Tully. Está bien... Les vendí la cinta que hiciste, pero aún sin eso habría podido conseguir las reparaciones de la nave. Tienen unas ganas enormes de que nos larguemos y tarde o temprano habrían acabado accediendo, puedes apostar. Pero ahora todos oirán hablar de tu especie; dioses,

deja que los mahendo'sat saquen copias de ella, deja que la vendan. Es el mejor trato que puedes soñar. No te estoy vendiendo a *ti*, bastardo de orejas peladas; ¿podré conseguir que lo entiendas o no? Y quizá si tus naves se encuentran con las nuestras, quizás entonces haya una cinta en los traductores que nos impida empezar a disparar unos contra otros. Nos acabaremos encontrando y comerciaremos, ¿entiendes? Es un trato mejor del que te ofrecieron los kif.

Por los rasgos de Tully corrió un temblor fugaz, una serie de expresiones ininteligibles para Pyanfar. De sus ojos empezó a brotar agua y Tully movió los brazos, intentando librarse de Chur. Chur, no muy segura de lo que hacía, le soltó.

—¿Me entiendes? —dijo Pyanfar—. ¿He conseguido que me entiendas?

Ninguna respuesta.

—Eres libre —dijo Pyanfar—, esos papeles te permiten ir adonde quieras. ¿Quieres irte por la rampa hasta el muelle? ¿Quieres volver a las oficinas de la estación y quedarte con los *mahe*?

Tully sacudió la cabeza.

—Se dice no.

—No. Pyanfar, Yo =.

—Repítelo.

Tully cogió los papeles que llevaba en el cinturón y se los ofreció.

—Son *tus* papeles —dijo Pyanfar—. Todo está en orden. Puedes ir adonde quieras.

Quizá la hubiera entendido. Tully señaló hacia la puerta.

—Esta hani... quiere que vaya con ella.

—Ésa es Dur Tahar. No es amiga mía ni de esa nave. Pero eso no es algo que deba importarte.

Tully permaneció inmóvil, aparentemente meditando. Después de unos segundos señaló de nuevo hacia la esclusa interior.

—Yo voy a sentarme —dijo, los hombros repentinamente encorvados—. Sentarme.

¿Bien?

—Ve —dijo Pyanfar—. Está bien, Tully, está bien.

—Amigo —dijo él, y al irse le tocó el brazo. Se alejó con la cabeza baja y el paso cansino.

—¿Le sigo? —preguntó Chur.

—No de forma que pueda notarlo. Después de atracar, su camarote será inutilizable. Consigue un catre que sea adecuado para el lavabo.

—Podríamos meterlo en los camarotes de la tripulación.

—No, eso no. Al lavabo no le pasa nada malo, por los dioses. Dale un sedante, creo que ya ha tenido bastante por hoy.

—Está asustado, capitana. Y no le culpo por estarlo.

—Es lo bastante inteligente como para tener miedo. Anda y dile a Geran que si en media hora no ha tenido noticias de la cuadrilla de reparaciones, que venga a buscarme.

—Bien —murmuró Chur, apresurándose a ir en pos de Tully.

Bien. Ya estaba hecho, fuera para bien o para mal. Pyanfar se apoyó en la pared sintiendo que le dolían todos los huesos. Se le nublaban los ojos. Esperó un momento y luego se fue por el pasillo desierto hacia los ascensores, esperando, por todos los dioses, que Geran no encontrara ahora ningún problema capaz de alejarla de su lecho.

Nadie la detuvo, Subió en el ascensor y luego, andando como una sonámbula, recorrió el pasillo central hasta llegar a su puerta.

—Tía —la voz de Hilfy, como persiguiéndola. Se detuvo con la mano ya en la cerradura y se volvió hacia ella, con una expresión francamente agria—. La cuadrilla de reparaciones ya viene hacia aquí —le dijo Hilfy con voz tan baja que resultaba casi inaudible—. Pensé que te gustaría saberlo. Acabamos de recibir el mensaje.

—¿Has estado de guardia arriba?

—Logré dormir un poco y creí que...

—Si Geran está de guardia, duplicar los esfuerzos es una pérdida de energías. Vuelve a tu camarote y no te muevas de allí. Duerme, maldición; ¿o se supone que debo venir a cantarte una nana? Si no puedes dormir toma algo, pero luego no me vengas con quejas.

—Capitana —murmuró Hilfy con las orejas gachas, haciéndole una reverencia.

Pyanfar apretó el control y la puerta se abrió. Entró en la habitación y golpeó el control interior sin darle tiempo al automático para que funcionara. En ese instante se dio cuenta por primera vez de la expresión en el rostro de Hilfy: comprendió las largas horas que Hilfy se había pasado ante el tablero de comunicaciones y cómo ella había estado esperando unas palabras de aprobación por todo ello, unas palabras que Pyanfar no había dicho.

¡Maldita sea! Tomó asiento en el lecho y apoyó la cabeza en las manos. Dioses, su modo de manejar la entrevista que había pedido con los mahendo'sat, haciendo un trato con ellos, ofendiendo a la capitana Tahar y a Tully. Había comerciado con algo por lo que tres compañeros de Tully habían muerto, intentando mantenerlo en secreto.

Y estaba jugando en un tablero que contenía a toda la especie de Chanur y a la de Tully. Y lo hacía en ese estado...

Dejó caer las manos sobre las rodillas y unos instantes después buscó en el cajón donde guardaba una caja de píldoras. Cogió una y se la metió en la boca. La escupió de pronto, llena de repugnancia, para arrojar luego la caja al otro extremo de la habitación. Las píldoras se esparcieron por el suelo, rodando, hasta acabar inmovilizándose. Se tendió en la cama, vestida, y se tapó con la sábana, rodeándose

la cabeza con los brazos. Cerró los ojos y empezó a pensar en los complejos cálculos necesarios para salir de aquí, negándose tozudamente a que su mente se apartara de ese problema técnico. Fue construyendo los números ante sus ojos y luchó con los recuerdos: el rostro de Tully, el de Hilfy, la huidiza figura del knnn con su trofeo, los kif que acechaban hablando en susurros ahí fuera, en los muelles...

—¡Tía! —no era el comunicador, era Hilfy en persona, inclinándose sobre su lecho para sacudirla—. ¡Tía! —Pyanfar emergió bruscamente del sueño retorciendo el cuerpo de modo instintivo para golpearla con el codo. Logró dominarse a tiempo y, con un estremecimiento, se encontró contemplando las dilatadas pupilas de Hilfy—. Es la *Buscaestrellas* —dijo Hilfy—. Han logrado huir y tienen problemas. No consiguen reducir la velocidad. Acabamos de recibir el mensaje.

—Oh, dioses —Pyanfar apartó la sábana de una patada y abandonó el lecho, cogió a Hilfy del brazo y la hizo salir de la habitación—. Habla, chiquilla: ¿hay alguien más en problemas?

—La estación ha llamado a todas las naves mineras que están en su rumbo. Dijeron algo sobre un carguero saliendo del sistema y que podía cambiar de dirección. —Hilfy permitió que Pyanfar la fuera empujando a través del umbral por el pasillo y luego aceleró el paso manteniéndose junto a ella durante el trayecto hasta el puente—. Hay un retraso en la transmisión de unos veinte minutos, dado que las señales llegan cruzando la ruta del cenit de Lijahan.

—¿Veinte ahora?

—Aproximadamente.

Haral estaba en el puente examinando los monitores. Las luces se reflejaban en su rostro: al oírlas llegar se volvió hacia ellas con una actitud activa y el rostro muy serio.

—Tendrán que utilizar el módulo —dijo Haral—. No hay modo alguno de llegar hasta ahí a tiempo y es imposible manejar esa masa para un intento de rescate, aunque la hayan reducido al máximo.

—¿Cuál es nuestra situación?

—No podemos llegar a ellas —protestó Hilfy, y lo que decía era pura lógica.

—No para rescatarlas —contestó Pyanfar en voz queda.

—Las reparaciones están a medio hacer —dijo Haral—. El impulsor no está arreglado del todo. Si están huyendo de alguien, puede que estemos en un apuro.

Tiran entró en el puente cojeando con paso presuroso y por el comunicador llegó una señal de la cubierta inferior.

—Estáis recibiendo todo lo que sabemos —transmitió Haral a Geran y Chur, que estaban abajo—. De momento no hay más información.

—Vamos —murmuró Pyanfar contemplando el puntito que aparecía en el diagrama del área—. Hazlo, Faha. Sal de ahí —su cuerpo pareció hundirse en el asiento acolchado, los ojos aún clavados en la pantalla, mientras sus dedos tecleaban el código operativo de la estación—. Aquí la *Orgullo de Chanur*. Transmisión urgente dirigida al Maestro de la estación, al habla Pyanfar Chanur: advierto de una

posible persecución con intenciones hostiles en el vector de la nave averiada que se aproxima. Repito: posible persecución con intenciones hostiles sobre la nave averiada que se aproxima.

—*Recepción del mensaje clara, Orgullo de Chanur. Naves mahe respondiendo a la emergencia. Por favor, permanezca a la escucha.*

Pyanfar siguió vigilando la pantalla con los nudillos apoyados en los dientes y la respiración sibilante. En el diagrama aparecía el tráfico de naves, paralizado en comparación a la línea borrosa que representaba el trayecto de la *Buscaestrellas*: el movimiento era ralentizado lo bastante como para ser visible sólo gracias a que el diagrama abarcaba todo el sistema. Tanto las imágenes de la pantalla como las voces procedentes de la zona de emergencia eran ya historia. Incapaz de reducir su velocidad, la *Buscaestrellas* no tendría más remedio que cruzar el sistema como una flecha para acabar perdiéndose en un ciego viaje hacia el infinito. Era un modo muy lento de morir.

—La transmisión se ha perdido —dijo Haral. Hilfy, desesperada, se inclinó sobre ella accionando los controles de su tablero. Pyanfar sacudió la cabeza, mordisqueándose una garra. Reunir a una tripulación aún aturdida por los efectos del salto y dirigirla hacia el módulo de escape (que, dado el tipo de la *Buscaestrellas*, se encontraría en la parte alta de la estructura), con los escasos minutos de tiempo que les quedaban...

Y, si conseguían hacer todo eso, entonces sólo les quedaba esperar que los motores del módulo fueran capaces de contrarrestar la velocidad que ya llevaban dándole a cualquier nave cercana la oportunidad de alcanzarles y apresar de ese modo la masa del módulo, más pequeña y manejable, hasta reducir su impulso a una magnitud manejable. El carguero que se encontraba por ahí cerca era su mejor oportunidad de sobrevivir, siempre que la tripulación lograra huir en el módulo.

—¡El módulo se ha soltado! —exclamó Haral y, al oírlo, Tirun y Hilfy empezaron a darse golpes de puro alivio en la espalda. Pyanfar se tapó la boca con las dos manos, apretando con fuerza, y se quedó contemplando la pantalla con las orejas gachas, viendo cómo aparecía un nuevo diagrama indicando el curso probable del módulo ya separado de la nave condenada. Los dos puntos seguían avanzando por el mismo curso pero gradualmente fueron apartándose: el impulso de frenado del módulo no era lo bastante fuerte como para eliminar la velocidad que había adquirido con la nave antes de que su potencia se extinguiera, pero estaba haciendo todo lo posible. Lo más probable era que la tripulación se desmayara debido a la tensión del frenado, lo que después de todo sería mejor para ellas. Ahora empezaba la carrera: con el tiempo se vería si el carguero lograba alcanzar al módulo o si éste acabaría saliendo del sistema.

—¿Carguero *mahe*?—preguntó Pyanfar.

Haral hizo un gesto de asentimiento.

Las transmisiones que recibía la *Orgullo* procedían de la estación y la estación debía estar utilizando los datos procedentes de naves más lejanas, al igual que de las minas de Lijahan y de cualquier otra fuente capaz de proporcionárselos, con lo que el tiempo relativo era bastante difícil de calcular ahora. El carguero iba aumentando su velocidad a medida que transcurrían los minutos, propulsándose con su campo de salto. La distancia que los separaba iba reduciéndose con agónica lentitud mientras que las imágenes de la pantalla iban variando, manteniéndose en relación con algo que ya había sido decidido hacía tiempo, en un sentido o en otro.

Por el comunicador oyeron de pronto una transmisión gemebunda. Knnn.

—Dioses —dijo Tirun—. Por ahí fuera hay una nave knnn.

Desde el puesto de mando de la estación le respondió una voz tc'a. Luego oyeron más transmisiones: una serie de voces knnn, un discordante concierto de gemidos.

—*Chanur* —dijo de pronto una voz hani, clara y aparentemente muy próxima—. *¿Esto también es obra tuya?*

Pyanfar extendió la mano hacia el interruptor, haciendo todo un esfuerzo de voluntad para esconder la garra que había surgido automáticamente.

—Tahar, ¿eso es una pregunta o una queja?

—*Aquí Dur Tahar. Es una pregunta, Chanur. ¿Qué sabes de todo esto?*

—Ya te lo dije. No hablemos de esto por el comunicador, Tahar.

Silencio. La nave Tahar no era aliada de la tripulación Faha. Las vidas que corrían peligro ahora eran aliadas de Chanur pero si alguna nave de la estación hubiera podido llegar ahí a tiempo, la *Luna Creciente* lo habría intentado: Pyanfar no dudaba de ello. El permanecer inmóvil vigilando la pantalla era un esfuerzo doloroso. Tirun, a su lado, se había reclinado en su asiento y Hilfy contemplaba la pantalla en silencio mientras sus parientes Faha y la ruina que antes fue una nave Faha se acercaban cada vez más y más al límite de recepción. Después de que hubieran rebasado ese punto ningún sistema observador sería capaz de seguirles. Ahora la estación recibía una transmisión de una fuente distinta, el mercante *Hasatso*, la nave de carga que perseguía a la *Buscaestrellas* y la única que se encontraba cerca de ella. El punto luminoso que representaba a la *Buscaestrellas* acabó desapareciendo de la pantalla.

—Nave Chanur —transmitió la estación—, nave Tahar. Advertimos que mercante *Hasatso* se vio obligado a expulsar la carga; hacer todo lo posible.

—Chanur y Faha pagarán las compensaciones adecuadas —replicó Pyanfar y apenas una fracción de segundo después la *Luna Creciente* transmitió su agradecimiento a la *Hasatso* a través de la estación.

—Que los dioses cuiden de ellos —murmuró Haral. Habían arrojado su cargamento para ganar más velocidad, para acudir en socorro de unas vidas en peligro que no pertenecían a su especie.

Un gemido knnn y ninguna otra señal. Durante largo tiempo todas las respiraciones de la *Orgullo* parecieron convertirse en un solo aliento colectivo.

—Están casi ahí —dijo Hilfy en voz muy baja.

—La han alcanzado —dijo Tirun—. Ahora es imposible que fallen.

Todo ocurrió con gran lentitud. Las transmisiones de la *Hasatso* fueron haciéndose gradualmente más esperanzadas hasta que, por fin, informaron de que habían capturado el módulo.

—Señal hani —le dijo la *Hasatso* a la Estación de Kirdu—, en módulo. Viven.

Pyanfar exhaló por fin el aliento que había estado conteniendo. Sonriendo, le apretó el brazo a Hilfy, que parecía totalmente agotada.

—Tahar —transmitió Pyanfar—, ¿han recibido ese informe?

—*Recibido* —contestó lacónicamente la nave Tahar.

Pyanfar cerró el contacto y se quedó inmóvil por unos instantes con las manos sobre el tablero que tenía delante. Una nave perdida: algo que, como pedía la tradición, bien merecía ser lamentado. El hogar y la vida de toda la tripulación Faha se había esfumado para siempre.

—Estación —transmitió después de unos instantes más—, dígame a la tripulación Faha que Chanur le envía su más profundo dolor por lo ocurrido y que *ker* Hilfy Chanur *par* Faha les ofrece todos los recursos que en estos momentos están en manos de la *Orgullo de Chanur*,

—*Dígales* —otra vez, transmitiendo directamente—, que *Dur Tahar de la Luna Creciente de Tahar, les ofrece también su ayuda.*

Eso era sólo cortesía. Pyanfar se reclinó en el almohadillado y finalmente se irguió, estirando los hombros.

—Ya hemos hecho todo lo posible. Hilfy, trae algo de beber; ya que he sido despertada tan bruscamente, es lo menos que se me debe. Algo de beber y el desayuno: mientras, oiré los informes menos urgentes, Haral, ¿quién está de guardia ahora?

—Yo.

—Bien. Entonces, baja a la cubierta inferior. Tirun, a descansar.

—De acuerdo —murmuró Tirun, levantándose con cierta dificultad tras apoyarse en el tablero para salir cojeando detrás de Hilfy. Pyanfar se recostó en la consola de comunicaciones y miró a Haral, sentada en el número dos.

—Esa nave knnn está ahora orbitando Lijaban —dijo Haral, examinando las pantallas—. Aún sigue armando jaleo. Me extraña mucho que no intentaran recuperar parte de la mercancía perdida.

—Bien. Mi única esperanza es que se queden ahí un buen rato.

—La cuadrilla de reparaciones sigue trabajando en nuestra cola. También se están ocupando de las conexiones. El cable está ya listo, sólo falta asegurarlo. Pero faltaban

catorce paneles y había seis algo sueltos. Creen que dentro de unas veinte horas más, trabajando sin parar, tendrán colocados los nuevos.

—Dioses —Pyanfar se pasó la mano por la frente y luego por la melena, pensando en los kif, en el ataque que había reducido la *Buscaestrellas* a una ruina condenada. Aparte de los knnn también se podía esperar otras visitas a los despojos metálicos; estaban los kif de la estación, que por el momento no daban señal alguna de movimiento. Eso no era natural, Nadie se movía excepto quizás unos cuantos mineros impulsados por la ambición. Pero, de momento, nadie de la estación. Las noticias se habían extendido y los rumores hacían que todo el mundo se sintiera algo inquieto.

—La nave Tahar —dijo Haral unos instantes después— ha presentado una petición para terminar con sus operaciones de carga. Se lo han concedido.

—Qué gran ayuda. Al menos, están aquí de momento.

—Ésa es la ayuda típica de toda la casa Tahar, si se me permite decirlo.

—Hablaré con ellas.

—¿Piensas que la nave Tahar pretende proteger nuestras espaldas?

—No —dijo ella—, no lo creo. Al menos, si no ven en ello algún beneficio. ¿Qué están haciendo? Creí que no estaban cargando nada.

—Están descargando. Se preparan para correr al máximo. Los recipientes salen de esa nave como un desfile de gusanos.

Pyanfar asintió.

—Entonces, debe ser que la estación quiere poner a salvo esa carga; y Tahar piensa echar fuera todo el peso posible excepto la parte que retenga para ganar tiempo. El Maestro se ha echado para atrás, eso debe ser; supongo que algunas compañías de las que operan en la estación han empezado a lloriquear por las pérdidas y la nave Tahar podrá quedarse aquí todo el tiempo que desee. Eso nos da tiempo también a nosotras.

—Dioses, ¡menuda factura!

—Nuestro Extraño está resultando caro en todos los sentidos —Hilfy apareció por el umbral con una gran bandeja en la que había dos desayunos y Pyanfar se volvió hacia ella—. Gracias —le dijo, cogiendo uno de los desayunos y deteniéndose un momento para examinar el rostro de Hilfy, que estaba observando la situación en la pantalla. Aún llegaban transmisiones de la *Hasatso*, con las interrupciones ocasionales que indicaban reducciones de velocidad—. Van a tardar un poco —dijo Pyanfar—. A menos que tengan algún grave problema médico dudo de que piensen llegar aquí con prisas, se limitarán a seguir el rumbo lento y seguro. Tardarán horas. Anda, vuelve a tu camarote, de veras.

Unos cuantos puertos antes quizá Hilfy habría intentado discutir con ella, agachando las orejas y poniendo mala cara. Ahora se limitó a hacer un gesto de

asentimiento y se fue.

Pyanfar miró a Haral, que la había estado siguiendo con los ojos, y luego movió lentamente la cabeza, como pensativa.

—Bueno —se limitó a decir Pyanfar, atacando luego su desayuno. Haral la imitó y las dos permanecieron en silencio, comiendo y observando la pantalla—. Voy a decirte algo, prima —exclamó finalmente Pyanfar—, deja la guardia y yo me encargaré de ella.

—No es necesario, capitana.

—No seas tan noble, tengo cosas que hacer. Pero hay algo en lo que puedes ayudarme. Cuando bajes échale una mirada a Tully y asegúrate de que está bien.

—De acuerdo —dijo Haral. Se puso en pie y recogió los restos del desayuno en la bandeja—. Pero estoy segura de ello, capitana. Chur ha ido abajo para no perderle de vista. Ha instalado otro catre y...

Pyanfar había estado sorbiendo su último trago de efe y estaba a punto de entregarle la taza. Al oírla la estrelló secamente con la bandeja.

—Por el trueno de los dioses, ¿ordené que le pusieran ahí solo o no?

Haral abatió las orejas, preocupada.

—Capitana, Chur dijo que estaba nervioso y se preparó ese catre en el lavabo para que al despertar no se encontrara solo. Dijo... perdón, capitana, pero dijo que después del sedante tenía muy mal aspecto. Estabas durmiendo, capitana. Yo se lo permití, creyendo que...

Pyanfar lanzó un breve bufido.

—Vaya, qué bien. Así que Chur dice que Tully está deprimido.

Haral asintió.

—Me encargaré de que se le deje a solas —dijo Haral.

—Así que Chur lo dijo.

—Eh... —Haral empezó a pensar de pronto en lo que podía haber ocurrido y los pelos de su bigote parecieron desplomarse sobre su boca—. Lo siento, capitana.

—Por todos los dioses, *él*...

—No es igual que si fuera hani, capitana.

—No es igual —acabó diciendo Pyanfar—. Está bien. Métele donde quieras; eso es asunto de la tripulación, no mío. Hazle trabajar. Ha dicho que era técnico de monitores. Deja que vea cómo funcionan. ¿Quién está en el turno siguiente?

—*Ker Hilfy*.

—Que sea con alguien experimentado. Alguien que ya haya cometido sus propios errores.

Haral sonrió y se frotó la negra cicatriz que le cruzaba el rostro.

—Bien. Una de nosotras le acompañará.

—Lárgate.

Haral salió de la habitación y Pyanfar cerró la consola, transmitiendo toda la actividad a su tablero, ocupando su asiento y examinando los mensajes de las últimas horas.

Nada nuevo que no le hubiera dicho ya Haral: la discusión de la nave Tahar sobre el quedarse, los inicios de la crisis en la *Buscaestrellas*. Aún seguía llegando información de vez en cuando: la *Hasatso* decía que las supervivientes eran cuatro.

Cuatro. Pyanfar sintió como si una ola fría le abatiera el ánimo.

Cuatro de las siete tripulantes. Algo más se había perdido en el espacio junto con la masa física de la *Buscaestrellas*—. la pérdida había sido aún peor que la representada por una vida o dos en una tripulación unida por estrechos lazos de parentesco. El que hubiera cuatro supervivientes de un total de siete suponía una carga demasiado grave para que el grupo fuera capaz de recobrase: ya nunca volvería a ser como antes. Dioses, tener que empezar de nuevo habiendo sufrido esas pérdidas.

—Estación —dijo—, aquí Pyanfar Chanur: confirme transmisión de la *Hasatso*. Nombres de las supervivientes.

—Orgullo de Chanur —le respondió la estación—, *transmisión Hasatso cuatro supervivientes en buenas condiciones. No hay más información. Transmitiremos su pregunta.*

Le dio las gracias a la estación de modo algo distraído y permaneció contemplando la pantalla. Dado el lapso de retraso que había en toda transmisión no le quedaba más remedio que esperar. Se entretuvo comprobando mientras tanto qué naves estaban siendo reparadas y cuáles eran sus averías y luego se puso en contacto con el mercado de la estación, disponiendo que le entregaran unos cuantos artículos mediante los recaderos del muelle.

Las comunicaciones operaban con bastante dificultad y retraso: en la estación todo el mundo parecía aturdido por los recientes acontecimientos y el nivel de los servicios había descendido alarmantemente.

—Estación, ¿qué sucede con la respuesta? —le preguntó a la sala de control principal.

—*La tripulación se niega a contestar* —le respondieron. Otro fallo de comunicaciones.

Nervios. Posiblemente las hani estaban tan nerviosas como sus salvadores *mahe* y no lograban entenderse mutuamente. Una nave perdida, las mercancías arrojadas al espacio, las muertes... un asunto muy feo.

Y ahora una nave knnn acababa de abandonar la estación, emitiendo un torrente continuo de gemidos y revoloteando alocadamente por la zona periférica de la estación como un fuego fatuo, provocando otro chorro de ¿objeciones/acusaciones/súplicas? en el control tc'a.

Dioses, por el momento los empleados de la sala de control que respiraban oxígeno guardaban silencio mientras en el comunicador se oía el parloteo sibilante de los tc'a.

Pyanfar conectó el traductor pero era inútil: a los tc'a se les podía traducir con cierta facilidad cuando se trataba de las relativamente sencillas instrucciones de ataque o de asuntos comunes a todo tipo de naves. Esto, maldición, era algo completamente distinto.

Finalmente reinó el silencio: incluso los tc'a se habían callado. Los knnn se alejaron un poco más y se quedaron inmóviles. La *Hasatso* seguía avanzando lentamente hacia el interior del sistema. Después de un cierto tiempo, en el comunicador resonaron nuevamente las voces de los empleados mahendo'sat, transmitiendo con tono pausado las instrucciones de entrada al carguero que se acercaba, pero sin dar ninguna información más.

Pyanfar no siguió preguntando y nadie más lo hizo en su lugar.

Las noticias llegaron cuando la *Hasatso* entró en la fase final de su rumbo de entrada: cuatro supervivientes y una tripulante muerta por efectos de la sacudida al desprenderse el módulo: cuando la *Hasatso* lo dejó ir su cuerpo permaneció dentro de éste, una decisión que no habían tomado las otras hani y que obedecía al código de honor *mahe*. Dos habían muerto en la *Buscaestrellas*, ya fuera por el ataque o por no haber logrado alcanzar el módulo como se preveía: la información al respecto no estaba en absoluto nada clara.

Había un nombre, el de la primera oficial Hilan Faha, superviviente; y otro: Lihan Faha, la capitana, la tercera baja.

—Tía —dijo Hilfy cuando Pyanfar la hizo venir y se lo contó—, me gustaría bajar al muelle en el que se encuentran. Sé que es peligroso pero me gustaría ir. Con tu permiso.

Pyanfar puso la mano en el hombro de Hilfy y asintió.

—Iré contigo —dijo, y ante ello Hilfy pareció a la vez aliviada y complacida—. Geran —dijo Pyanfar, volviéndose hacia el tablero de comunicaciones y transmitiendo a toda la nave—, Geran.

La voz de Geran surgió del comunicador, acusando recibo de la llamada.

—Geran, encárgate otra vez de la guardia en la cubierta inferior. Hemos recibido nuevas noticias. La capitana de la *Buscaestrellas* ha muerto, al igual que dos tripulantes.

Hilfy y yo vamos a la nave que las ha rescatado; si lo desean traeremos aquí a las Faha.

Carece de sentido dejar que los *mahe* las hagan pasar por el tormento de los interrogatorios y los formularios de costumbre.

Un instante de silencio y luego un dolorido asentimiento.

—Vamos —le dijo Pyanfar a Hilfy, yendo hacia el ascensor. Hilfy caminaba muy erguida y su rostro estaba serio: habían sido malas noticias para ella, cuando se había ido a dormir pensando que las cosas iban mucho mejor, pero al menos parte de la tripulación Faha se había salvado y en algunos instantes de las horas anteriores ni de eso habían tenido esperanza.

Otro asunto que añadir a la lista pendiente de los kif para cuando llegara el momento de exigir el pago necesario. Pero si ahora había kif por los alrededores (y quizá los hubiera en los límites del sistema, jugando el mismo juego que Pyanfar había practicado en Urtur), deberían estar esperando un momento en el que pudieran tener ventaja, algún momento en el que no hubiera cinco patrulleras armadas de los mahendo'sat cruzando el espacio regularmente.

La comunicación no había despertado sólo a Geran. Tirun estaba también levantada en la sala de operaciones cuando bajaron hacia la escotilla. Geran se ocupaba ya de la guardia y Chur estaba con Tully, el cual parecía vagamente inquieto ante aquella actividad que no alcanzaba a entender del todo. Haral apareció a toda prisa por el corredor.

—Quiero ir, si es posible —le dijo y Pyanfar asintió, agradeciendo el que se lo hubiera pedido.

—Ahí fuera hay kif —dijo Pyanfar—, y no pienso dejar que me sorprendan dos veces con el mismo truco.

—Tened cuidado —les dijo Tirun en tanto se iban y en la esclusa, mientras Haral abría la compuerta exterior, Pyanfar se quedó atrás unos segundos, el tiempo suficiente como para permitirle coger la pistola que había junto al comunicador y guardársela en el bolsillo.

—No hay que pasar por ningún detector —dijo Pyanfar—. Vamos.

La compuerta se había abierto y el grupo bajó por la rampa hasta llegar al muelle. A su izquierda se oía un zumbido de motores: la *Luna Creciente* seguía con sus operaciones, descargando la mercancía, y los recipientes eran manejados por estibadores mahendo'sat y no por la tripulación hani.

—Quizás hayan ido también a ver a las Faha —opinó Pyanfar, percibiendo que no se veía por el lugar a ninguna hani supervisando la operación. Después de todo, ese acto de cortesía era de esperar: cuando una nave hani sufría tal desgracia, los asuntos políticos quedaban a un lado.

—No hay mucha actividad —dijo Haral.

Era cierto. Normalmente los enormes muelles habrían estado ocupados por un bullicioso tráfico a pie pero hoy apenas si se veía alguna silueta de vez en cuando y la agitación que rodeaba a la *Luna Creciente* era la única que se veía prácticamente en toda la vasta curvatura del muelle. Los estibadores y los empleados *mahe* hacían una pausa en sus tareas al verlas pasar. Los stsho formaban pequeños grupos que

hablaban en murmullos.

También los kif andaban por ahí, como era de esperar, formando un grupo junto a la rampa de acceso a una de sus naves como un amasijo de telas negras: siete; no, ocho, sin alejarse demasiado de sus recipientes, profirieron algunos insultos al verlas pasar.

Y al oír uno de esos insultos a Pyanfar se le agitaron rápidamente las orejas y se detuvo en seco, intentando convencerse a sí misma de que no había oído lo dicho o que no lo había entendido. *Él lo sabe, ladrona hani. ¿Cuántas naves hani harás que sean destruidas todavía?*

—Capitana —murmuró Haral, y Hilfy empezó a volverse.

—Mira hacia adelante, por los dioses —siseó Pyanfar, cogiendo a Hilfy por el brazo—. ¿Quieres empezar una pelea contra tantos kif?

—¿Qué hacemos? —preguntó Hilfy mientras seguía caminando, obediente, entre ellas dos—. ¿Cómo pueden saberlo?

—Porque una de esas naves kif es la suya, chiquilla; vino aquí desde Kita y ahora Akukkakk ha conseguido que otras naves le ayuden. Cuando nos marchemos saldrán disparadas de aquí como un enjambre de esporas y ahora nos encontramos atascadas en el muelle hasta que terminen las reparaciones, así nos ayuden los dioses.

—Es posible que fueran ellos los que atacaron a la *Buscaestrellas*. Me gustaría...

—A todas nos gustaría, pero tenemos más sentido común que tú. Venga, sigue andando.

—Si nos cogen en el muelle...

—Más razones para que llevemos las supervivientes a bordo y salgamos de prisa. Me temo que tampoco aquí podrás disfrutar tu ración de libertad, chiquilla.

—Creo que podré pasar sin ella —murmuró Hilfy.

Siguieron andando por entre las grúas, pasando junto a grupos de obreros ociosos, hasta llegar al dique número cincuenta y cinco, donde se había congregado cierta cantidad de mirones, una oscura confusión de mahendo'sat cuyos cuerpos delgados y cubiertos de oscuro pelaje hacían bastante difícil distinguir nada con claridad. Entre ellos había personal médico así como empleados de la estación, a los que delataban sus faldellines y sus lujosos collares enjoyados.

Y, naturalmente, también había hani. Pyanfar se abrió paso a codazos por entre el gentío y distinguió una melena bronceína y una oreja cubierta de adornos brillantes, dirigiéndose hacia ella seguida por Hilfy y Haral.

—Ya era hora de que acudieras —le dijo Dur Tahar al verla.

—Ocúpate de tus propios asuntos —le dijo Pyanfar—. Mi sobrina es Faha.

Dur Tahar miró brevemente hacia Hilfy sin hacer ningún comentario.

—La *Hasatso* debe llegar de un momento a otro —dijo.

—Más abajo del muelle hay unos cuantos kif. Si estuviera en tu lugar me andaría

con cuidado.

—Eso es problema tuyo.

—Se trata de una advertencia, nada más.

—Chanur, si piensas armar jaleo no esperes ayuda nuestra.

—Maldición, no me estás animando precisamente a ser cortés...

—No me hace ninguna falta tu cortesía.

—Se trata de un riesgo mutuo, Tahar.

—Vaya, ¿ahora pides favores?

Un hormigueo en las garras.

—Te estoy pidiendo que actúes con sentido común, maldita sea.

—Pensaré en ello.

La *Hasatso* atracó con un chirrido de imanes y abrazaderas. Las grúas empezaron a moverse y los obreros fueron abriendo las esclusas de la estación que conectaban con la nave mientras iban haciendo los preparativos para poner en marcha la rampa que iba del muelle a la compuerta. El proceso resultaba espantosamente lento visto desde la posición de los mirones y sólo los mahendo'sat lo encontraron suficientemente divertido como para hacer comentarios.

Y, finalmente, un lejano gemido seguido de un golpe sordo anunció que se había cumplido el primer paso en el procedimiento habitual: la compuerta del carguero estaba abierta. La estación correspondió a ello abriendo la suya y la tripulación *mahe* abandonó la nave escoltando a cuatro hani agotadas, una de ellas con el brazo cubierto de vendajes y pegado al pecho, y todas con el aspecto general de quien bastante hace con caminar sin ayuda. Los oficiales mahendo'sat no tuvieron más remedio que entrar en la nave y a ello siguió un prolijo firmar papeles, tanto hani como *mahe*. Mientras tanto Pyanfar, cogiendo del hombro a Haral, empezó a moverse por entre el gentío, Hilfy las siguió, en solitario, y le tendió los brazos a las refugiadas: su abrazo fue devuelto más bien cansinamente por las supervivientes Faha, una tras otra.

—Mi capitana —dijo después Hilfy—, mi tía, Pyanfar Chanur; mi compañera de tripulación Haral Araun par Chanur.

Un nuevo intercambio de abrazos.

—Nuestra nave está abierta para todas vosotras —dijo Pyanfar, dirigiéndose a la primera oficial. Ésta, con el rostro cansado y los ojos aún algo extraviados, la miró y pareció decidir que por el momento no estaba en condiciones de encararse con tantas novedades, incluyendo en ellas a los *mahe* que les ofrecían ayuda médica y a la estación que exigía unas declaraciones inmediatas, Pyanfar las entregó por el momento a Hilfy y a la tripulación Tahar que había acudido para ofrecer también su condolencia, y se dedicó a estrechar manos: primero la de quien parecía ser el capitán, un tipo alto de hombros encorvados que parecía tan maltrecho y consternado

como las Faha, probablemente muy ocupado dándole vueltas en su mente a la cuantía de carga perdida, a la ira de las compañías implicadas y a toda la utilidad que podía reportarle a fin de cuentas tanta gratitud cuando se fuera apagando el griterío y empezaran a llover las facturas.

—*Mahe*, ¿eres el capitán? —le preguntó Pyanfar.

Un gesto afirmativo.

—Soy Pyanfar Chanur; Chanur ya ha emitido un informe sobre vosotros dirigido a la estación de Kirdu; la compañía de Chanur os dará tratamiento de hani en *Anuurn*: debéis ir allí, ¿entendido? Tenéis que hacer más viajes en dirección de *Anuurn*. Sin impuestos.

Los ojos oscuros del *mahe* parecieron iluminarse un poco al oírla.

—Bien —dijo—, bien... —y le apretó las dos manos a la vez, casi rompiéndole los huesos, para volverse de inmediato y empezar a parlotear con los suyos. Lo más probable era que se tratara de uno de esos *mahe* que apenas si podían entender la jerga común y «bien» seguramente constituía la mitad de su vocabulario. Finalmente pareció lograr que los otros le comprendieran y todos empezaron a sonreír. Pyanfar logró escabullirse entre el gentío hacia donde estaban Hilfy y las demás, rodeando con el brazo a Hilfy, haciendo que todo el grupo de hani empezara a moverse por entre la apretada multitud de los mahendo'sat. Las tripulantes de la nave Tahar se unieron a ellas y así, formando una cuña, lograron por fin salir del tumulto.

—Por aquí —dijo Pyanfar. La primera oficial Hilan Faha cogió por el otro codo a su compañera herida y, asegurándose de que las otras dos miembros de la tripulación iban siguiéndolas, se puso en marcha escapando así de los empleados que perseguían al grupo hablando a gritos de los formularios imprescindibles. Fueron subiendo por la curvatura del muelle hacia el horizonte lejano en el que estaban atracadas la *Orgullo* y la *Luna Creciente*.

—¿Cuánto falta? —preguntó la oficial Faha con voz algo temblorosa.

—Ya está muy cerca —le dijo en tono tranquilizador Hilfy—. No hay prisa.

El camino de vuelta pareció mucho más largo dada la lentitud con que caminaban las Faha. Pyanfar iba observando cuidadosamente todas las zonas oscuras por las que pasaban y estaba segura de que no era la única en hacerlo. No había modo de rehuir las naves kif, y los kif, naturalmente, estaban junto a ellas, ahora en un grupo de diez, lanzando insultos con sus burlonas y crujientes voces, invitándolas a subir a su nave. «Os llevaremos a puerto seguro», aullaban. «Cuidaremos de que recibáis vuestra recompensa, ladronas hani.»

Los ojos de Hilan Faha se iluminaron con una llama salvaje. Se detuvo bruscamente y sus ojos enloquecidos se clavaron en el grupo de kif.

—No —se apresuró a decir Pyanfar—. Estamos aquí gracias a la buena voluntad de la estación. No estamos en territorio propio. En los muelles, no.

Los kif aullaron con mayor fuerza, insultándolas. Pero las Faha siguieron andando y muy pronto estuvieron lejos, con las voces de los kif perdiéndose en la distancia, pasando luego junto a los stsho, que se quedaron muy quietos. Contemplándolas con sus enormes y pálidos ojos, para encontrarse finalmente con una tranquilizadora agrupación de naves mahendo'sat y lo que resultaba prácticamente el silencio. Los obreros del muelle y los paseantes ocasionales que se encontraban guardaban silencio mirándolas con respetuosa simpatía.

—Ya no falta mucho —dijo Pyanfar.

Las Faha no tenían el resuello suficiente como para responderle: apenas si les quedaban fuerzas para seguir andando hasta que finalmente llegaron al área donde se encontraba la *Orgullo*.

—Faha —dijo entonces Dur Tahar—, la *Luna Creciente* no ha sufrido ningún daño, en tanto que la *Orgullo* sí. Os ofrecemos pasaje en ella, y supongo que el viaje resultará seguramente más directo y rápido.

—Aceptamos —dijo Hilan Faha, ante la consternación de Pyanfar.

—Prima —dijo Hilfy con voz cuidadosamente modulada—. Prima, la *Orgullo* no tardará mucho en salir. Además, necesitamos ayuda. Os necesitamos, primas, Con nosotras creo que hallaréis una causa común.

—Tamun está al límite de su resistencia —dijo Hilan Faha, protegiendo con la mano el hombro de su compañera herida, y mirando hacia Dur Tahar—. Iremos con ellas, si nos lo permitís.

—Venid —dijo Dur Tahar, mientras que su grupo rodeaba a las cuatro sobrevivientes y las escoltaba hasta su rampa de acceso.

Hilfy dio un par de pasos hacia adelante, con las orejas pegadas al cráneo, y luego se quedó inmóvil, con las manos a los costados. Permaneció así durante unos segundos y acabó volviéndose hacia Pyanfar mientras sus parientes desaparecían por la rampa de acceso a la *Luna Creciente*. En cada línea de su cuerpo podía leerse la humillación, mucho más dolorosa para una joven como ella: de pronto, le parecía que todos huían de ella, como si la despreciaran y la odiaran. Pyanfar se metió las manos en el cinturón porque no sabía qué hacer con ellas: ahora ya no podía acariciar a Hilfy como si fuera una niña. Ya no tenía ningún modo de consolarla. Todo era un problema particular, y era ella quien debía decidir cómo resolverlo.

—Lo han pasado muy mal —dijo Hilfy unos segundos después—. Lo siento, tía.

—Vamos —dijo Pyanfar, señalando con la cabeza hacia la rampa. Le parecía como si una lenta marea roja inundara su campo visual. No tenía más remedio que permanecer inactiva, en nombre de Hilfy y para no hacerle más daño, pero de todos modos le dolía.

Abrió la marcha y Haral tomó el último lugar, dejando que Hilfy ocupara el centro, envuelta en su silencio y su dignidad.

Cobardes, pensó Pyanfar, tragándose incluso ese pensamiento en nombre de Hilfy.

Necesitaban desesperadamente su ayuda y, aunque no tan digna, esa idea le roía también la mente todo el rato. Necesitaban a las Faha pero ellas ya habían padecido bastante con los kif.

Y había kif ahí fuera, esperando. Cada vez estaba más segura de ello: si no estaban en los límites del sistema de Kirdu, lo cual seguía siendo posible, al menos debían estar dispersos por allí, aguardando el momento oportuno. Cada vez más y más naves kif, un enjambre cada vez más numeroso, demostrando una cooperación mutua para la que no había precedentes en toda la historia de su raza.

Cruzó la escotilla entrando en el corredor. Chur y Tirun, que se habían dado la vuelta con la evidente intención de dar la bienvenida a las huéspedes de la nave Faha, se quedaron inmóviles, como congeladas.

—Nuestras amigas cambiaron de opinión —dijo secamente Pyanfar—. Decidieron viajar con la nave Tahar. Se debe a que una de ellas está herida y la nave Tahar les prometió que seguirían una ruta más directa.

Eso, al menos, le daba a todo el asunto un aire más aceptable en lo tocante a Hilfy.

Chur y Tirun se retiraron mientras que Pyanfar entraba en la sala de operaciones: miró a Geran y Tully, que estaban sentados en ella. Geran lo había entendido todo a la perfección y Tully parecía inquieto. No cabía duda de que había percibido lo que flotaba en el ambiente pero no estaba muy seguro de qué se trataba.

—No es nada relacionado contigo —le dijo Pyanfar distraídamente, ocupando el asiento que había ante la consola más alejada y examinando la imagen del sistema que Geran había estado controlando. Hilfy y Haral entraron juntas y su presencia impuso un tenso silencio en la sala de operaciones: todos intentaban no mirar a Hilfy y ésta intentaba parecer animada.

—Bueno, que tengan suerte —murmuró Tirun—. Bien saben los dioses que ya han pasado bastante.

—En el muelle hay kif que saben demasiado —dijo Pyanfar—, y están empezando a portarse de un modo bastante descarado. Llegaron desde Kita antes que nosotras y deben formar parte del grupo que había en Punto de Encuentro o en Urtur. Supongo que lo más probable es que sean de Urtur, dado que comprobé los nombres de las naves y no eran los mismos. Se están transmitiendo las noticias de una nave kif a otra y las cosas pronto se pondrán difíciles por aquí.

—No tardarán en llegar más —dijo Haral—. Apostaría a que fuera del sistema hay unos cuantos. Capitana, ¿piensas que sería posible convencer a los *mahe* para que nos escoltaran hasta el punto de salto? Supongo que tenemos algún medio para conseguirlo, dada nuestra posición.

—Esa historia sería pronto la comidilla de todas las estaciones —dijo Pyanfar con amargura—. Dioses, supongo que no tenemos mucho donde escoger. Tendremos que pedirles protección para salir de aquí.

—Cuando consigamos que acaben de reparar la propulsión de cola —dijo Tirun con aire sombrío.

Oyeron un ruido que venía de abajo: pisadas en la escotilla. Todas las cabezas se volvieron hacia el umbral y Pyanfar metió la mano en el bolsillo donde guardaba el arma y se abrió paso a través del grupo, apartando a Tirun, hasta la puerta de la sala de operaciones. Asomó la cabeza por el pasillo mientras quitaba el seguro del arma.

Era una hani. Se trataba de Hilan Faha que, sobresaltada, alzó la mano y se detuvo en seco. Pyanfar puso de nuevo el seguro con la punta de una garra y metió el arma otra vez en su bolsillo, sintiendo mientras tanto que el resto de la tripulación aparecía a su espalda.

—¿Habéis cambiado de opinión de repente? —le preguntó a Hilan Faha.

—Necesitaba hablar con mi joven prima. Con tu prima... maldición, y conmigo. Entra. Ni ella ni yo pensamos hablar en el pasillo como si fuéramos mendigas del muelle.

—*Ker* Pyanfar —murmuró la Faha con voz educada, lo que no aplacó demasiado el enfado que sentía Pyanfar en esos momentos. Con un gesto le indicó al grupo que entrara de nuevo en la sala y sólo entonces se acordó de Tully, que había quedado atrapado en un rincón detrás de dos cuerpos hani. Pero su presencia en la nave ya no constituía ningún secreto y no había razón para ordenarle que se fuera a esconder delante de todas. Si Hilan Faha quería hablar, que lo hiciera estando él presente; que se excusara con el Extraño delante: lo tenía bien merecido.

Al ver a Tully, Hilan Faha se quedó inmóvil en el umbral, sorprendida por la imagen de esa criatura con la piel desnuda vestida al estilo hani y rodeada por la tripulación. Sus orejas se pegaron súbitamente al cráneo.

—Este ser —dijo, volviéndose hacia Pyanfar—, es la mercancía que deseaban los kif, ¿no?

—Su nombre es Tully.

Hilan apretó los labios mientras que en su frente se anunciaba ominosamente una arruga.

—Una mercancía viviente. Por los grandes dioses, Chanur, ¿dónde has estado y qué está ocurriendo aquí?

—Si estuvieras viajando en esta nave podrías hacerme esa pregunta y yo te respondería. Dado el estado de las cosas, puedes enterarte de ello cuando lo hagan las Tahar.

—Maldición, la *Buscaestrellas* murió por vosotras, por éste... —su voz se convirtió en un bufido, como ahogada por un exceso de palabras que era incapaz de

pronunciar. Pyanfar la miró con ojos taciturnos—. Fue decisión de la capitana; lo descargamos todo en Urtur y tratamos de salir a toda velocidad para aumentar vuestras probabilidades de huir. Pero, ¿dónde estabais entonces? ¿Dónde estaba nuestra ayuda?

—Estábamos ciegas, Hilan Faha, íbamos a la deriva entre el polvo, a ciegas. Créeme cuando te digo que lo intentamos pero en el último instante tuvimos que saltar o arriesgarnos a una colisión. Teníamos la esperanza de que pudierais huir aprovechando la confusión que habíamos creado.

La respiración de Hilan se fue calmando gradualmente.

—Fue decisión de la capitana, no mía. Yo no me habría movido del muelle: quiero que lo sepas. Me habría quedado allí, inmóvil, y habría dejado que resolvierais vuestros problemas con los kif hasta aclarar ese supuesto robo que habéis cometido.

—¿Prefieres la palabra de los kif a la mía?

—Si tienes alguna explicación al respecto me alegraré oírla. Mis primas han muerto y estamos arruinadas. No es probable que consigamos otra nave. La gran casa de Chanur hace planes pero nosotras tendremos que ir en otras naves Faha y aceptar lo que se nos ofrezca. Imagino que sabes muy bien dónde están los beneficios y de ese modo, maldita sea tu astuta piel, has creado un infierno que le costará la vida a otras muchas naves. Cuántas pequeñas compañías se hundirán a causa de esto. Me dieron un mensaje para ti, Pyanfar Chanur. Los kif me dijeron que has hecho algo demasiado importante como para pasarlo por alto, algo imposible de ignorar. Irán a por ti estés donde estés y sin importar el número de naves necesario. Irán incluso hasta *Anuurn*. Eso dejará bien claro para toda la especie hani que ese hallazgo tuyo no te va a dar ningún beneficio. Son palabras de su *hakkikt*, de Akukkakk, el kif de Urtur, y eso es lo que ha dicho.

—Amenazas kif. Te creía más valiente.

—No amenazaba en vano —dijo Hilan con las pupilas dilatadas y el rostro cubierto de sudor—. Ese tal Akukkakk dijo que su mensaje a todas las hani era: abandonad a Pyanfar Chanur o la desolación caerá sobre vosotras, incluso en la zona de *Anuurn*.

—¿Y dónde oíste todo eso? Todo eso procede de un grupito de naves dispersas al mando de un kif que no logró cogernos, que tampoco logró cogerte a ti, Hilan Faha. Si hubiéramos estado juntas en Urtur...

—No, no me has entendido. Nos cogieron, Chanur. Nos abordaron y mataron a dos de mis primas durante el abordaje. En Kita. Y luego nos dejaron ir, pero sufrimos una avería durante el salto. Nos dejaron marchar para que entregáramos ese mensaje.

En el rostro de Hilan Faha se leía una enorme vergüenza. En la habitación reinó un silencio tan profundo que no se oía ni el ruido de una respiración.

—Así pues —dijo Pyanfar—, ¿crees todo lo que dicen tus enemigos?

—Le estoy viendo —dijo Hilan, señalando a Tully—, y de pronto el juego me parece mucho más importante que antes. De pronto veo que hay una razón para esta repentina alianza de kif y veo también la razón de que sea imposible parar dejando las cosas así. La ambición de Chanur ha ido demasiado lejos esta vez. No sé en qué andas metida, pero no quiero formar parte de ello. Mi hermana está viva al igual que dos de mis primas y nos vamos a casa. Prima —dijo, mirando a Hilfy—, mis disculpas.

Hilfy no le respondió. Sus ojos, clavados en Hilan Faha, estaban llenos de dolor.

—Hilfy puede marchar contigo si lo desea —dijo Pyanfar—. No la culparé si lo hace. Quizá fuera lo más prudente en estos momentos, tal y como has dicho tú misma.

—Me complacería mucho llevarla conmigo —dijo Hilan.

—Me quedaré con mi nave —dijo Hilfy. Pyanfar cruzó los brazos sintiendo que en sus entrañas ardía de pronto un torbellino de impulsos contradictorios entre los cuales había también un gran orgullo.

—Bien —dijo Pyanfar—, os deseo un viaje tranquilo. Sería mejor que viajáramos juntas, pero estoy segura de que eso no entra en los planes de Tahar.

—No, no entra en sus planes —Hilan Faha bajó la vista y luego miró hacia Tully, con sus pupilas oscureciéndose de repente—. Si pensaras un poco en tus relaciones con las demás casas no habrías actuado así. Esta vez has ido demasiado lejos y habrá otras que piensen como yo.

—Lo que según tú he luchado por conseguir entró en nuestra nave sin pedir permiso cuando yo ni tan siquiera sabía de su existencia. ¿Qué habrías hecho tú si un refugiado entrara corriendo en tu nave? ¿Se lo habrías entregado a los kif nada más pedírtelo? No comercio con vidas.

—Pero no te importa perderlas.

—Tú hiciste que su sacrificio no sirviera de nada por tu mezquindad —le dijo de pronto Hilfy.

Las orejas de la primera oficial se abatieron de pronto.

—¿Quién eres tú para juzgar? Cuando lleves encima unos cuantos años más entonces podrás hablar conmigo, prima. Éste... —se acercó peligrosamente a Tully, y Chur, que había estado sentada en una consola, se interpuso en su camino con los pies bien plantados en el suelo. Tully abandonó su asiento para retroceder apresuradamente hasta que la curva del tablero le impidió seguir moviéndose. Hilan Faha se encogió de hombros, como decidiendo que no valía la pena atacarle—. Aún me queda otra cosa por decir —continuó, clavando los ojos en Pyanfar—. El que te hayas metido en todo esto de modo voluntario o no quizá dé igual. Puede que esto sea el fin. Quizá tus aliadas hubieran decidido apoyarte pero ahora todo se ha complicado en exceso. Hay demasiados riesgos. ¿Cuánto tiempo llevas fuera de casa?

—Unos meses —Pyanfar tragó aire y se metió las manos en el cinturón, sintiendo ya en su interior el amargo sabor de una mala noticia, esa continua inquietud que sufre un linaje en su momento de máximo poder cuando hasta un soplo puede traer cambios y problemas. De pronto odió intensamente la expresión que había en el rostro de la primer oficial, esa truculencia que se derretía poco a poco en una mueca de incomodidad y de vergüenza cortés—. Puede que algo más —dijo Pyanfar—, si tienes en cuenta que en mi última visita no bajé al planeta. ¿Qué sucede, Faha? ¿Qué te estás muriendo por decirme?

—Un hijo tuyo le arrebató Mahn a Khym Mahn. Ahora es vecino de Chanur y tiene ambiciones. El viejo Mahn está en el exilio y Johan Chanur se encuentra de pronto necesitado de todas sus alianzas —Hilan Faha se encogió nuevamente de hombros, con las orejas gachas y la nariz pálida, como si deseara encontrarse ahora donde fuera con tal de no traerle tales noticias a una nave de Chanur—. Mi capitana te habría apoyado; pero, con una de nuestras tres naves desaparecida, ¿qué somos ahora? ¿Qué quieres que pensemos de ti, metiéndote en todo este lío cuando Chanur ya tiene tantos problemas? Has perdido tu carga y has logrado meterte en una disputa con los kif, mientras que éstos amenazan con invadir la zona de *Anuurn*. En nombre de los dioses, ¿cómo espera Chanur mantener la lealtad de sus aliados apenas eso ocurra? He perdido mi nave, a mi capitana y a mis primas: debo pensar en mi familia. No puedo meterme ahora en tus problemas, no puedo implicar a la casa Faha en todo esto y hacer que nuestras naves participen en la lucha contra los kif. Estás a punto de perderlo todo. Otras decidirán igual que yo y puede que incluso si decides volver Chanur ya no esté ahí. Me voy a casa, *Ker Pyanfar*, y lo haré en la nave *Tahar* porque no tengo más remedio y porque no pienso comprometer lo poco que nos queda uniéndome al futuro de Chanur.

—Eres joven —dijo Pyanfar bajando la vista—. Los jóvenes siempre están llenos de temores y preocupaciones. Tienes razón, tu capitana me habría apoyado porque tenía el valor suficiente para ello. Pero tú debes seguir tu camino, Hilan Faha. Pagaré tus deudas porque lo he prometido, y Chanur recompensará a los *mahe* que te rescataron. Y cuando haya arreglado mis asuntos con ese cachorro de Kara puede que me encuentre de tan buen humor que llegue a olvidar todo esto. Por lo tanto, no te preocupes por mis reacciones futuras. No tengas demasiado miedo. No pienso odiarte demasiado ni desearte grandes males. Los jóvenes siempre acaban creciendo. Pero, por los dioses, nunca te apreciaré como había apreciado a tu capitana. No eres Lihan, Hilan Faha, y quizá nunca llegues a ser como ella,

Hilan Faha casi temblaba de ira.

—Ser pagada del mismo modo en que le pagaste a ella...

—Si estuviera aquí me maldeciría con todos los infiernos *mahe* pero no haría lo que tú has hecho. No huiría de una amiga. Vete, Hilan Faha, y sal de mi cubierta, Que

tengas un viaje seguro y rápido.

Por un instante Hilan Faha pareció a punto de golpearle, pero estaba demasiado cansada y no le quedaban esperanzas. El valor necesario para ese golpe no tardó en desaparecer.

—Entonces, que su maldición caiga sobre ti —dijo, volviéndose, y salió de la estancia, con los hombros no tan erguidos y la cabeza bastante menos alta de como habían estado al entrar. Pyanfar, con el ceño fruncido, miró a Hilfy y vio que estaba casi temblando.

—Kohan nunca me habló de todo ese asunto con Mahn en su carta —dijo Pyanfar—. ¿Qué sabes tú de ello, sobrina?

—Nada —dijo Hilfy—. No lo creo, Pienso que Hilan ha estado escuchando demasiados rumores.

—¿Sabías gran cosa de las propiedades cuando estabas en casa? ¿Dónde tenías tú la cabeza entonces, si no en la *Orgullo*? ¿Es posible que se estuviera preparando algo de lo que tú no llegaras ni a enterarte?

—Siempre había rumores y Jara Mahn estaba siempre rondando por el distrito, junto con Tahy. Hubo, hubo bastantes llamadas en varios sentidos y pienso que *na* Khym habló directamente con mi padre.

—Maldita sea su piel, Kohan podría haber dicho algo en esa carta.

—Me envió aquí —dijo Hilfy en voz muy baja y temblorosa—. Cuando la *Orgullo* apareció en el sistema yo le pedí ir y él me dijo que jamás lo consentiría; y luego, a la noche siguiente, me dio la carta y me envió aquí. Dioses, me encontré en el puerto casi sin enterarme. Apenas si tuve el tiempo necesario para hacer mi equipaje. Dijo que debía darme prisa o de lo contrario la *Orgullo* saldría de puerto y yo perdería mi oportunidad. Lo decidió de repente, en una noche, y yo pensé, pensé que ello se debía a que las naves nunca se preocupan del día o de la noche y de todos modos la lanzadera haría el trayecto igual y...

—Oh, dioses —gimió Pyanfar, apoyándose en la consola. Miró hacia arriba y se encontró con un anillo de rostros ansiosos—. Ese hijo mío aún no se ha salido con la suya.

Que los dioses se lleven a los kif; arreglaremos las cuentas pendientes con ellos pero antes debemos ocuparnos de ese pequeño problema en casa; eso es lo principal.

—Estamos contigo —dijo Haral, y sus orejas se irguieron de golpe—. Sí, por los dioses, el hogar. Pienso morder algunas nucas cuando lleguemos allí.

—¡Haral! —gritaron al unísono Geran y Tirun. Tully se encogió temeroso para calmarse, luego, al darle Chur una palmadita en el hombro, volvió a sentarse y Hilfy se instaló junto a él, poniéndole la mano en el otro hombro, como dos almas desconsoladas que sólo tenían sus desgracias para compartir.

—Arreglaremos las cosas —le dijo Pyanfar a Hilfy—, y lo haremos siguiendo

nuestras propias reglas. ¿De acuerdo, sobrina?

—Me sacó de allí —dijo Hilfy—. Podría haberle ayudado pero él previó lo que iba a suceder y me hizo marchar.

—Ya... No eres lo bastante mayor como para conocer a tu padre tanto como yo, con todos los respetos hacia tu inteligencia. A veces *piensa* antes de que se le eche encima un problema: cuando el problema ya ha estallado bien saben los dioses que no tiene mucho tiempo para meditar pero antes de eso examina todos los factores como si fueran las piezas de un juego. Ah, sí, es demasiado orgulloso como para hacerme bajar y es condenadamente listo para permitir que la joven Hilfy Chanur esté a mano para meterse en un lío con sus primos Mahn y desviar con ello el maldito temperamento de Kohan a otros asuntos. No me pongas esas orejas, chiquilla; estamos entre familia. En lo que a tu padre respecta el sol sale y se oculta por encima de tu hombro y ese maldito hijo mío habría podido convertirse en el peor de los problemas para él si hubiera decidido atacar a Chanur utilizando tu preciosa y poco experimentada personita. No, lo único que hizo Kohan fue despejar el tablero de juego. Existe la posibilidad de que se equivocara, tampoco él es inmune al error. Yo habría preferido tenerte allí; creo que habrías podido manejar bien al joven Kara y a Tahy con él. Pero si la *Luna Creciente* va a casa llevará con ella las noticias que los Tahar han oído por aquí y eso creará problemas, por lo que no debemos estarle agradecidas a las Faha. Llegará un momento en el que Kohan puede verse en apuros. Ahora tiene... ¿qué compañeras viven con él? Tu madre y... ¿quién más?

—Akify y Lilun.

—Espero que tu madre la apoye —dijo Pyanfar cansadamente: la Kihan y la Garas eran menos adornos. Se acercó a la consola y examinó durante unos instantes la pantalla—. No importa. Lo arreglaremos, pase lo que pase.

—Pyanfar —la extraña voz de Tully. Pyanfar se volvió hacia él y entonces, recordando el sensor, lo puso en posición de emitir pero no se molestó en usar el auricular—. Pregunta —dijo Tully, señalando vagamente hacia la puerta por la que había salido Lihan Faha—. Él pelea.

—Ella —le replicó Pyanfar con impaciencia—. Todas son hembras —Tully se mordió el labio y puso cara de no entender—. No tiene nada que ver contigo —dijo Pyanfar—, no lo entenderías.

—Yo ir —dijo Tully en tono esperanzado, empezando a levantarse, pero Chur le cogió del hombro.

—No —le dijo—. Todo está bien, Tully. Nadie está molesto contigo.

—No eres la causa de esto —le dijo Pyanfar—. De esto, al menos, no —fue hacia la puerta y cuando ya estaba en ella se volvió hacia el grupo—. Lo arreglaremos —les dijo. Luego se dio la vuelta y abandonó la estancia, yendo por el corredor que conducía a los ascensores.

Khym derribado, muerto quizá. Como mínimo, en el exilio. La pérdida de su compañero le resultaba sorprendentemente dolorosa. Mahn en las jóvenes manos de Kara no sería ya nunca igual que en los tiempos de Khym, Su estilo había sido indiscutiblemente perezoso pero también tranquilo y lleno de gracia: era agradable volver junto a él porque le gustaban las cosas hermosas y siempre amó el sentarse a la sombra de su jardín para escuchar las historias que ella era capaz de urdir con los lejanos puertos que Khym nunca visitaría. Tenía una curiosidad tan amable e ilimitada... Sí, Khym Mahn era de ese modo. Y el hijo al que había mimado y al que se lo había perdonado todo acabó volviendo para arrebatarse su jardín, su casa y su nombre mientras que el pobre Khym... ahora sólo los dioses sabían dónde estaba y cuál era su estado actual.

Fue en el ascensor hasta el primer piso y tras llegar a su camarote cerró la puerta, sentándose ante la mesa. Durante unos instantes eternos intentó obligarse a no buscar los escasos recuerdos que se había tomado la molestia de conservar con ella, ya que siempre había preferido retener el pasado más en su mente que en los objetos. Finalmente cedió y los fue contemplando uno a uno: el retrato; la piedra grisácea de lisos contornos. Qué extrañamente agradable era su tacto y qué fuera de lugar resultaba en este cosmos de acero.

La piedra conjuraba para ella las colinas de Kahin, el color y el ruido de la hierba oscilando bajo el viento, el calor del sol y el escurridizo frío de la lluvia sobre las rocas que parecían brotar de las fértiles colinas.

Su hijo había expulsado a Khym del poder y ahora estaba junto a Chanur, amenazando al mismísimo Kohan, dispuesto a romper en mil pedazos todo lo que ella había construido y todo lo que Kohan conservaba en sus manos. No le extrañaba que Kohan hubiera deseado apartar a Hilfy de esa tormenta que se aproximaba, sacándola de una situación en la que sería fácil ceder a la ira y olvidar toda cordura. Haz que adquiera un poco de experiencia, le había dicho Kohan. Y luego había añadido: cuídala.

Apartó los objetos a un lado y permaneció sentada pensando. No había gran cosa que hacer hasta que terminaran las reparaciones. Se encontraban inmovilizadas en la estación y su única esperanza era que los kif no decidieran lanzarse ahora sobre ellas, aprovechando su vulnerabilidad. No había otro remedio sino permanecer aquí, inmóviles, mientras sus enemigos hacían lo que se les antojaba.

Atacar la mismísima *Anuurn*. No, era imposible que Akukkakk llegara a tales extremos. No tenía las naves suficientes como para hacerlo. Era una fanfarronada, la típica hipérbole pomposa que tanto les gustaba proferir, esperando obtener con ella un mayor provecho —gracias al pánico de sus enemigos— del que habrían podido lograr con el uso de la fuerza. A menos que el *hakkikt* estuviera loco, definición que, entre especies, siempre resultaba imprecisa y de poca utilidad. A menos que el

hakkikt tuviera a sus órdenes unos seguidores más interesados en causar destrozos que en conseguir beneficios.

Jamás un *hakkikt* había recorrido tales distancias reuniendo en sus planes tal cantidad de naves. Nadie había hecho lo que él: atacar una estación stsho, entrar por la fuerza en un sistema estelar amenazando todo el tráfico, como había ocurrido en Urtur.

Siguió sentada mordisqueándose el labio y acabó pensando que quizás en su amenaza pudiera haber algo de cierto. Decidió comprobar las transmisiones mediante su terminal y no encontró nada fuera de lo normal. Los *knnn* seguían fuera de la estación y cuando conectó la frecuencia auditiva el canturreo llenó nuevamente el altavoz, ahora mucho más plácido y oscilando levemente en tres tonos discordantes. Los *tc'a* guardaban silencio salvo uno, que emitía un lento goteo de estática equiparable en su placidez al de los *knnn*. ¿Sería el prisionero? ¿Estaría lamentando su destino? Más allá de esas voces se oía sólo el ruido normal de la estación y la charla muy próxima de las cuadrillas de reparaciones que trabajaban incesantemente en las averías de la *Orgullo*. En circunstancias normales alguno de los mercantes se habría movido, pero la brusca partida de la *Hasatso* en su misión de socorro parecía haberlo congelado todo. Ni tan siquiera los mineros abandonaban sus diques y los transportes de mineral permanecían en órbita alrededor de Mala o Kilaunan.

Hizo una llamada a los servicios de la estación y se quejó por el retraso que estaban teniendo para entregarle los artículos pedidos: el servicio de recaderos le hizo abundantes promesas, siguiendo su tradición inmemorial, y ella fingió creerlas, confiando en que la entrega acabaría llegando unos segundos antes de retirar la rampa de acceso.

Al menos el *Stasteburana* daba muestras de sentido común: las patrullas no habían vuelto y seguían recorriendo el sistema en busca de cualquier indicio de problemas. Los *mahe* mantenían su palabra.

No tenía tanta confianza en Dur Tahar.

La *Luna Creciente* aprovechó el turno de noche para salir sin decirles ni una palabra.

Pyanfar no hizo demasiado caso de ello y se limitó a gruñir una confusa maldición desde su lecho al comunicador que le informaba de la partida. Luego volvió a taparse, decidiendo que no valía la pena abandonar la cama dado que no tenía ninguna obligación de ser cortés con la nave Tahar, capaz como era de abandonar otra nave hani a una especie extraña, hallándose ésta indefensa. La noticia no la sorprendió demasiado. Las encargadas de la guardia ya tenían sus órdenes y no era necesario levantarse para dar instrucciones nuevas.

Hilfy dormía y tampoco era necesario despertarla para que se enterara de algo que ya esperaba.

Pyanfar se hundió nuevamente en el sueño y apartó el asunto de su mente, intentando que su adrenalina se mantuviera baja para no robarle el descanso y deseando no pensar en las circunstancias actuales, en el hogar o en nada que fuera demasiado concreto. Quizá sólo en las reparaciones que seguían su curso y deberían estar terminadas prácticamente del todo cuando se levantara: ahora ya todos los paneles debían encontrarse en su sitio y los *mahe* andarían como insectos por la cola de la *Orgullo* comprobando las minúsculas y casi insignificantes conexiones de las que dependían todas sus vidas. Las tinieblas la engulleron de nuevo y Pyanfar se dejó hundir en ellas con una poco habitual sensación de bienestar.

—Capitana, capitana; siento molestar, pero hemos recibido señales de que los knnn se mueven.

Pyanfar movió el brazo buscando el reloj. Faltaba una hora y media para despertar.

Con un esfuerzo para no dormirse, siguió moviéndose y sacó los pies de la cama.

—Capitana —era Tirun, de guardia—. Es urgente.

—Ya te oigo. Pásalo aquí. ¿Qué está ocurriendo?

La pantalla se encendió iluminando la oscuridad del camarote. Pyanfar pestañeó y se frotó los ojos, logrando distinguir por fin con claridad el diagrama. Las señales que representaban a las naves se encendían y se apagaban demasiado cerca una de otras, indicando el peligro inminente.

—Todos los knnn del muelle están saliendo —dijo Tirun—. La dirección general es...

—¿Siguen a la *luna Creciente*? Pregúntaselo a la estación. ¿Qué están haciendo?

—Ahora nada, capitana: no hay ningún comentario oficial al respecto.

—Malditos sean sus pellejos. Pásame la comunicación.

Tirun tardó unos momentos en conseguirlo, mientras Pyanfar buscó a tientas sus

pantalones en la penumbra del camarote. Finalmente logró encontrarlos, se los puso y tiró de los lazos.

—Capitana, la estación sigue negándose a establecer contacto: insisten en que todas las comunicaciones deben hacerse por mensajero.

Pyanfar ató el último nudo y luchó para no ceder a la ira.

—Mándales mis saludos. ¿Qué hacen los kif?

—Permanecen quietos. Si están hablando entre ellos lo hacen mediante cable o por mensajeros.

—Sigue vigilándoles. Voy a terminar de despertarme —entró en el baño, encendió las luces y se lavó. Al salir examinó de nuevo la pantalla. Ahora ya eran diez las naves que habían abandonado sus diques, todas siguiendo a la *Luna Creciente*, como si ese condenado knnn se hubiera hecho tal lío que hubiera acabado equivocándose de hani y hubiera logrado convencer de su error a los demás. Era ridículo, totalmente ridículo, pero en esos momentos no se encontraba capaz de tomárselo con sentido del humor. En los viejos tiempos hubo muchos malos entendidos hasta que los stsho lograron hacer entrar la idea del Pacto en las mentes de los tc'a y éstos, a su vez, consiguieron que los knnn y los chi comprendieran lo que era el Pacto y la civilización: la libertad suficiente para ir y venir sin problemas; para comerciar; para evitar los choques y las provocaciones y, algunas veces, incluso para cooperar mutuamente. Los respiradores de metano eran peligrosos cuando perdían los nervios. Contempló la imagen con el ceño fruncido mientras se cepillaba y luego desconectó el comunicador, saliendo del camarote para dirigirse al ascensor.

—¿Novedades? —le preguntó a Tirun al entrar en la sala de operaciones.

—Ninguna —le dijo ésta. Su pierna herida sobresalía en un ángulo forzado por entre la consola mientras su cuerpo se inclinaba sobre la pantalla—. Las diez naves van en fila detrás de la nave Tahar.

—Dioses —murmuró Pyanfar—. Menudo lío.

—Tienen sus señales de identificación: deben saber que no somos nosotras.

Pyanfar se encogió de hombros, sin saber qué responder.

—Voy a buscar a las demás —dijo, yendo hacia la puerta—, Ya va siendo hora de que descanses, ¿no?

—Falta una media hora.

—¿A quién le toca luego?

—Es el turno de Haral.

—Bueno, vamos a empezar el día temprano —Pyanfar salió de la estancia y fue hasta el camarote común de la tripulación. Accionó la cerradura y luego el control interior que ponía en marcha el ciclo del amanecer en la iluminación.

—Arriba. Tenemos un poco de jaleo. Los knnn parecen haberse vuelto locos y no quiero que nos pillen por sorpresa si se les ocurre venir por aquí.

Hubo una agitación general de cuerpos y mantas en la penumbra que rodeaba la hilera de lechos que había bajo la red protectora del mamparo superior. Lechos y catres.

Tully estaba a la izquierda separado de las demás con una cortina que no le ocultaba desde la posición de Pyanfar, permitiéndole a ésta ver claramente su hirsuta cabeza y la expresión aturdida con que emergió de entre las mantas. Y Hilfy... Hilfy estaba al otro extremo del cuarto, moviéndose como las demás siluetas, tan desnuda como las tripulantes, como Tully, que ahora estaba saliendo de su lecho. Dioses. La ira le encendió los nervios ante todos los trastornos que había sufrido el orden en la *Orgullo*. Cuando viajaban lo hacían en celibato y ya le parecía oír lo que dirían las Tahar: otro buen comadreo para contar en Anuurn. Y, por los dioses, ya podía ver la cara que pondría Kohan.

—Hilfy —dijo con el gesto torcido—. Desayuno para el turno de media hora. ¡Muévete!

—Tía —Hilfy se puso en pie y empezó a ponerse los pantalones a toda prisa.

Pyanfar salió a grandes zancadas y volvió a la sala de operaciones, intentando controlar el disgusto que sentía. Así que Hilfy había renunciado al privilegio de su camarote individual para acomodarse en el de la tripulación. Creyó adivinar la razón de ello al pensar en cómo se habían despedido de la primer oficial Faha. Y la tripulación la había invitado: Pyanfar no podía meterse en algo que era terreno privado de ellas. Lo cual quería decir que, a sus ojos, Hilfy era una de ellas, que había sido aceptada.

Igual que lo había sido Tully.

Dioses. Sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—El desayuno y tu relevo están en camino —le dijo a Tirun al volver,

—Ningún cambio —dijo Tirun—. Todos mantienen el mismo curso. De momento los kif no se han movido y no han dicho ni palabra.

—Ya —Pyanfar se instaló en una esquina del tablero—. Puede que se encuentren tan confundidos como nosotras. Al menos, eso espero.

—No podían estar en comunicación con ellos —dijo Tirun, volviéndose hacia ella con expresión inquieta.

—No pienso meterme nunca más en el mercado de hipótesis.

El grupo de naves seguía avanzando: la *Luna Creciente* iba en primer lugar, dirigiéndose hacia los confines del sistema, con su escolta *mahe* a bastante distancia y un torrente enloquecido de knnn cerrando el desfile.

—Están locos —dijo Tirun.

Pyanfar se instaló en un asiento y clavó los ojos en la pantalla.

Haral entró en la sala, acompañada por Hilfy, con el desayuno. Las demás no tardaron en aparecer, prácticamente detrás de ellas, con sus propias bandejas.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Haral.

—La nave Tahar —dijo Tirun—, lleva detrás a todos los idiotas knnn que había en la estación.

La pantalla había cambiado ahora: los puntos luminosos estaban separándose. El que representaba a la nave Tahar seguía adelante, en tanto que los knnn...

—Se están parando —dijo Hilfy.

—Maravilloso —musitó Pyanfar, cogiendo su taza de efe y tomando un sorbo de ella, mientras observaba cómo la distancia se hacía mayor. Acabarán girando, pensó; a los knnn se les ha ocurrido un nuevo plan. Tully emitió un torrente de sílabas extrañas pero Pyanfar se había dejado el sensor en el camarote. Chur puso el suyo en posición de emitir.

—Nave enemiga —dijo el aparato.

—Son knnn —dijo Haral—. No son enemigos, son neutrales. Pero representan un problema. Ese punto es la *Luna Creciente*. Los knnn estaban siguiéndola y ahora han dejado de hacerlo.

—¿Por qué?

—Lo ignoro, Tully.

De pronto la *Luna Creciente* saltó, desapareciendo de la pantalla... sin que ningún knnn la siguiera.

—Dioses —dijo Hilfy, en tanto que los knnn giraban.

—Una maniobra típica de los knnn —dijo Tirun—. Esos bastardos están dando toda una exhibición. Son capaces de reducir el impulso de golpe y dar vueltas así de repente, algo que mataría a una hani, a cualquiera que respire oxígeno. Es imposible superarles en capacidad de maniobra. Ojalá los dioses no hagan que debamos combatir nunca con ellos, no hay ningún programa de ordenador capaz de acertarles: sus movimientos son imposibles de prever.

—No podrían dispararnos, no están armados.

—En los viejos tiempos —dijo Haral—, tampoco nadie pilló jamás a un knnn disparando pero de todos modos aparecieron naves hechas trizas. Eso fue antes de mi época pero he oído decir que rodeaban a una nave como si fueran un enjambre y luego saltaban a cualquier parte. Se llevaban la masa a un sitio donde les fuera posible destripar el casco con toda calma.

—¿Que se llevaban la nave? —dijo Hilfy, con el rostro lleno de incredulidad.

—Lo hacían entre una docena de ellos, sincronizando sus naves. Eso oí decir. Si unas naves hani lo intentaran acabarían convertidas en chatarra, pero los knnn son capaces de lograr tal sincronización.

—Ya —dijo Pyanfar. Era una vieja historia de muelles, casi tan vieja como la de las naves fantasma o los seres extraños procedentes de regiones exteriores al Pacto. Entonces sus ojos se posaron en Tully. Pyanfar decidió que era mejor seguir tomando

el desayuno, ya enfriado, y hacerlo bajar con el efe. En el comunicador se oyeron las instrucciones de la estación, advirtiéndole a su patrulla que se mantuviera lejos de los knnn. Luego se oyó la voz de un tc'a seguramente dirigiéndose a los knnn.

Y en su tablero se encendió una luz, indicando algo dirigido a la *Orgullo*. *Revisadas estimaciones*, empezaron a decir las letras que desfilaban por la pantalla una vez que Tirun la hubo sintonizado. *Reparaciones adicionales 15 horas*. *Disculpas*. *Más obreros asignados al trabajo*. *Dos equipos*. *Repetimos*.

—Que los dioses nos ayuden —Pyanfar cogió el micrófono con un gesto brusco y conectó el código de la estación—. ¿Qué tipo de problemas hay ahora? ¿Qué es eso de quince horas? ¿Quince horas más?

La estación siguió transmitiendo su queja a lo largo de todo el escalón jerárquico hasta llegar al supervisor de la cuadrilla *mahe*, que resultaba casi ininteligible.

—Todas cuadrillas estación trabajo —le contestó, repitiéndolo tres veces, cada vez con el volumen más alto, como si con ello pudiera mejorar la comunicación.

—Gracias —murmuró Pyanfar—. Cierro —se pasó los dedos por entre la melena, dejó el micrófono y se volvió hacia el círculo de ojos clavados en ella, intentando no poner tan mala cara.

—Bueno —dijo Haral en voz baja—, al menos lograron descubrir el problema antes de mandarnos al espacio.

—Iré fuera a echar un vistazo —dijo Geran.

—No —le dijo Pyanfar—, estoy segura de que encontrarás todas las averías que han dicho. Examínalo desde la cúpula de observación. Y, por todos los dioses, si hay alguna novedad quiero ser informada al momento —se calló durante unos segundos, intentando dominarse—. No, esos condenados *mahe* puede que nos frían con sus multas y recargos pero si he juzgado correctamente al supervisor, no están jugando sucio. De todos modos, haz esa comprobación.

—Bien —Geran cogió su bandeja y se alejó por el corredor en dirección a la entrada de la cúpula, un paseo que le haría pasar un poco de frío. Pyanfar estuvo a punto de ir ella misma pero decidió quedarse a terminar el desayuno. Los knnn se habían detenido otra vez en una posición que violaba de modo flagrante todas las normas del tráfico espacial. La estación informaba de la llegada de un carguero mahendo'sat que venía en dirección cenital y tanto la estación como el carguero se encontraban ahora con problemas: la nave *mahe* había estado esperando llegar a un puerto seguro y de pronto descubría un inexplicable atasco de tráfico y a varias naves knnn aparentemente fuera de control.

—Voy a la cubierta principal —acabó diciendo Pyanfar—. Haral, tómate un descanso, yo me encargaré de todo y si hace falta te haré llamar.

—Capitana... —empezó a protestar Haral, pero se lo pensó mejor y su frase de protesta no llegó a nacer—. Está bien.

Pyanfar salió de la estancia, tirando de sus pantalones, que en el curso de los últimos días habían empezado a quedarle un poco grandes, y se dirigió al ascensor. ¿Y si fuera a las oficinas de la estación y las hiciera pedazos? La idea era tentadora y en esos instantes deseaba ardientemente tener algo que romper al alcance de sus manos. Claro que eso no arreglaría mucho los problemas actuales. Quince horas. No resultaba demasiado sorprendente, pensándolo bien; las reparaciones eran algo que siempre tardaba más de lo previsto y superaba los presupuestos calculados desde épocas inmemoriales en todo el Pacto. Y luego quizá fueran dieciséis horas, diecisiete, y después veinte horas...

El ascensor la dejó en el puente y una vez instalada en su asiento empezó a hacer indagaciones mediante los canales adecuados. *Un cierre de tobera defectuoso*, acabaron respondiéndole en la oficina y, como para confirmarlo, le llegó una transmisión de Geran:

—He estado echando una mirada y están todos dispersos sobre una tobera, pero no puedo verla muy bien desde aquí... —la imagen apareció en su pantalla: las siluetas de los obreros con sus módulos de trabajo se aferraban a la tobera allí donde ésta se conectaba al casco. Los cables, la tobera y la conexión principal estaban cubiertos de luces rojas para evitar posibles accidentes dada la escasa iluminación del muelle. Sí, dioses, la reparación parecía plausible y no iba a ser nada barata. El que los paneles se hubieran soltado explicaba la gravedad de los daños, ya que el sistema afectado funcionaba sin ningún tipo de auxiliar y a través de él pasaba una tercera parte de la fuerza impulsora de los saltos.

—Es el cierre —le dijo Pyanfar a Geran, que muy probablemente estaría temblando de frío en la burbuja de observación—. Vuelve dentro; no podemos hacer nada más.

Un trabajo de quince horas. Sentía una molesta sospecha royéndole las entrañas. La avería habría tenido que aparecer en el tablero aunque también había razones para explicar el que no la hubieran visto: quizá se había producido justo cuando entraban. Sí, algo había encendido una luz roja pero en un fugaz instante se habían encendido tal multitud de luces rojas volviendo luego a su estado normal que era posible que la avería fuera real. Y también era posible que se tratara de lo que los mahendo'sat llamaban toques del diablo, esas misteriosas averías que hacían desaparecer naves en la nada, un simple cable suelto que se contraía bajo la tensión y mataba a toda una nave. Había cinco probabilidades sobre diez de que debieran estarle eternamente agradecidas a la cuadrilla de reparaciones mahendo'sat y otras cinco probabilidades de que estuvieran siendo retenidas en la estación mediante un engaño. Si intentaba comprobar el sistema ahora la luz roja se encendería sin duda alguna, dado que los paneles habían sido retirados. Se quedó inmóvil contemplando la pantalla, sintiendo cómo su presión sanguínea iba subiendo y en su interior se acumulaba una feroz rabia

carente de objetivo.

—Haral —dijo en el comunicador.

—¿Capitana?

—Ese problema que lograste arreglar cuando entrábamos en la estación, ¿tenía relación con el cierre de la número uno? ¿Hay algún modo de averiguarlo?

Un largo instante de silencio.

—Capitana, estábamos dejando de recibir datos; puse en funcionamiento un nuevo tablero y empezó a funcionar sin problemas. Pero ese instante sin datos sobrecargó todos los sistemas y todas las consolas quedaron afectadas. No puedo decirlo con seguridad.

Había problemas por todas partes y creí que eran los paneles. Lo siento, capitana.

En la voz de Haral había un profundo abatimiento: no estaba muy acostumbrada a equivocarse. Nunca.

—En una situación similar —dijo Pyanfar—, con los paneles sobrecargados se habrían encendido las luces rojas; así que no estoy demasiado segura de que te equivocarás, Haral.

No, no estoy nada segura de ello.

—Saldré ahí —dijo Haral.

—¿Y qué harás? Para una avería de ese calibre se necesitan obreros especializados.

Obreros *mahe*. No. Seguiremos esperando.

—Están llegando los suministros pedidos —le informó Chur un rato después por el comunicador desde la cubierta inferior. Había pedido pescado congelado de los viveros de Kirdu II; algunos artículos *stsho* para Tully y más cintas del traductor. Pyanfar comprobó el reloj y vio que ahora ya pasaban del tiempo previsto originalmente para la partida. El servicio de recaderos había sido informado del retraso tan rápidamente como ellas y el comprender la insolencia de ese acto hizo aumentar aún más su presión sanguínea—. ¿Capitana? —le preguntó Chur al no llegarle respuesta.

—Comprendido —dijo Pyanfar fríamente, y Chur cerró la transmisión.

Otra hora. La pantalla mostraba una incesante actividad alrededor de la tobera.

Pyanfar se dedicó a revisar los tableros, metiéndose por entre las consolas, haciendo una comprobación tras otra, emergiendo de vez en cuando para examinar de nuevo la pantalla o escuchar una nueva comunicación. La estación volvía ya a la normalidad. Sólo los *knnn* parecían haberse quedado dormidos, sus naves derivando por el sistema, comunicándose ocasionalmente entre ellos con sus eternos gemidos.

El ascensor al otro lado del pasillo abrió sus puertas con un zumbido. Pyanfar lo oyó y salió del hueco en el que había estado trabajando, limpiándose las manos y poniendo un poco en orden su melena. En el corredor resonaron unas suaves pisadas.

—¿Tía?

Pyanfar se apoyó en el brazo de su sillón y contempló a su sobrina con el ceño fruncido. Hilfy se quedó inmóvil un segundo en el umbral sosteniendo un papel entre los dedos y luego se acercó a ella, entregándoselo.

—Acaba de llegar con un mensajero. Lleva sello de seguridad.

Pyanfar lo cogió con cierta brusquedad y rompió el sello con una garra, arrugando la nariz. La firma del Stasteburana. Saludos, respetos y las máximas seguridades de que se estaba haciendo todo lo posible.

—Las buenas noticias del Maestre —fue traduciendo Pyanfar con voz disgustada—.

Tendremos escolta hasta nuestro punto de salto al partir y confirma la salida para dentro de quince horas. Maldita sea, estaban enterados de esto o de lo contrario ya habrían venido aquí a reclamar esa cinta. Estoy segura de que desean tenerla en sus manos antes de terminar el trabajo. ¿Está esperando aún el mensajero?

—No.

—Malditos sean todos.

—Te refieres a la cinta de Tully.

Pyanfar alzó los ojos hacia Hilfy, en cuyo rostro aún no muy barbudo de adolescente aparecía el inicio de un ceño fruncido.

—¿Se trataba de un comentario?

—No, tía.

—Ya le dije al Extraño las razones de haber obrado así.

—A Tully, tía.

Pyanfar tragó aire con un siseo ahogado.

—A *Tully*, si así lo prefieres. Le dije por qué. ¿Logré que me entendiera?

—Él estuvo hablando con Chur de ello.

—¿Y qué dijo?

—Que lo entendía.

—¿Y el resto de vosotras?

Hilfy ocultó las manos a la espalda, bajando la vista y luego mirándola de nuevo con las cejas arrugadas.

—Se ha dado cuenta de... de los problemas que estamos teniendo. Durante el último descanso intentó hablar con todas nosotras, dioses, cómo lo intentó. Al final... —sus orejas se abatieron de pronto y sus ojos volvieron a clavarse en el suelo— ...al final abrazó a Chur y luego hizo lo mismo con todas nosotras pero no era... no era como un macho a una hembra, no era eso, Era como si necesitara decir algo y no tuviera ningún otro modo de hacerlo.

Pyanfar siguió callada, apretando fuertemente las mandíbulas.

—Ha empezado otra cinta —dijo Hilfy—, el nuevo manual.

—¿Ah, si?

—Se lo dimos y se instaló con él en la sala de operaciones. Ahora mismo está introduciendo el vocabulario tan deprisa como puede.

Pyanfar frunció el ceño, perpleja ante lo que oía.

—También le gustaron las ropas stsho. Dijo que eran *calientes*, y que no le importaban los adornos.

—Ya —Pyanfar se puso en pie y golpeó levemente el pecho de Hilfy con una garra—. Ah, qué buen chico es Tully, tan comprensivo y agradecido. Chiquilla, he recorrido esta ruta bastantes veces y he tenido mi buena ración de mentirosos y timadores en ella. En primer lugar, dado que estamos hablando de ese tema, no me gusta nada que el Extraño duerma con vosotras. Lo permití en un instante de blandura y quizá de estupidez porque no me gustaba que andará por ahí abatido y no deseaba que se matara del mismo modo en que... del mismo modo, entiéndelo bien, chiquilla, en que admitió haber matado a uno de sus compañeros... en nombre de la amistad.

—No es justo hablar así de él. Lo que hizo fue un gesto muy valeroso.

—Concedido. Y puede que aún tenga en su cabeza unas cuantas ideas valerosas que poner en práctica. La tripulación está acostumbrada a tratar con especies diferentes a la nuestra y las creí capaces de no perder la cabeza, pero no me gusta que estés ahí. Bien saben los dioses que te has ganado el derecho a estar ahí abajo, y preferiría que estuvieras ahí en otra situación distinta a la actual pero ahora tenemos también a ese condenado Extraño y me pone nerviosa, sobrina, igual que me ponen nerviosa los objetos que pueden explotar sin ningún aviso. No me gusta que estés cerca de él. Las orejas de Hilfy estaban tan pegadas al cráneo que resultaban casi invisibles.

—Perdóname, tía. Si me ordenas que vuelva a mi camarote particular, lo haré.

—No —dijo Pyanfar—. Pienso hacerte algo peor que eso: voy a confiar en tu buen sentido. Sólo te diré algo para que lo vayas meditando: piensa en todo lo que puede ir mal si cualquier tontería hace estallar a nuestro invitado en un momento inoportuno. Chanur, sobrina, ¿has entendido?

Las orejas de Hilfy se enderezaron de pronto y aunque su ceño seguía fruncido estaba claro que el mensaje de Pyanfar había dado en el blanco.

—Tengo muy claro que deseo regresar, tía; pero tengo igualmente claro que cuando esté en Anuurn quiero sentirme orgullosa, al menos, de *una* rama de la familia.

Pyanfar alzó la mano pero el golpe que había amagado con ella no llegó a nacer, convirtiéndose en un cansado gesto de adiós.

—Vete, chiquilla, Vete.

Hilfy giró sobre sus talones y se marchó. Pyanfar se dejó caer en el asiento y estrujó el mensaje del Maestro con sus garras hasta hacerlo pedazos. Maldición, haber

confiado en la chiquilla para ese asunto; y todo para nada, para nada. Pronto se encontrarían en un terreno de juego mucho más amplio en el cual sólo los dioses sabían qué contrincantes iban a tener delante.

Alargó la mano sintonizando el canal del traductor y durante unos instantes escuchó la firme voz de Tully, hablando sin cesar. Luego, con un golpe seco, cerró el canal.

Unos instantes después meneó la cabeza y, recomponiendo el mensaje lo mejor posible, lo archivó en el ordenador. Luego conectó de nuevo el traductor y se dedicó a escuchar la tranquila y ya familiar voz de Tully que iba introduciendo palabra tras palabra en la memoria del aparato.

Seis horas; nueve; doce; trece. El día fue transcurriendo entre comidas apresuradas y comprobaciones interminables; con breves descansos que eran casi obligaciones desagradables y preparativos para el salto y, por encima de todo, vigilando las pantallas y el comunicador. Pyanfar llegó al estadio de los paseos inquietos cuando ya habían transcurrido doce horas y no soportaba la idea de comer un bocado más o intentar dormir otro minuto. Sus garras resonaban rítmicamente sobre el suelo para detenerse sólo cuando alguna tripulante se acercaba al puente, obligándola a intentar esconder la ansiedad que sentía.

Pero Hilfy se las arregló para no acercarse al puente y permaneció en la cubierta inferior, sin que Pyanfar lograra descubrir un modo plausible de saber qué estaba pensando en aquellos momentos o cuál era su idea de la situación.

—Un mensajero —dijo la voz de Chur en el comunicador, quebrando el silencio del puente—. Pide la cinta, capitana.

—Pregúntale al mensajero cuánto falta para terminar las reparaciones —le replicó Pyanfar.

Un lapso de silencio.

—El mensajero dice que menos de una hora, capitana.

—Comprendido —Pyanfar contuvo el aliento y sus ojos fueron hacia la consola de la izquierda, donde había dejado preparada la cinta. La cogió y se la guardó en el bolsillo, yendo luego hacia el ascensor con tal prisa que sólo cuando la cabina empezó a descender se le ocurrió pensar de nuevo en lo que iba a hacer. Su mente parecía incapaz de pensar en algo que no fuera salir de la estación y la cinta era un modo de conseguir la libertad. El que de esa forma pudiera salir de ese horrible amasijo de presiones y dependencias era algo que la alegraba enormemente: que la *Orgullo* se viera por fin libre de los mahendo'sat, que pudiera seguir su camino.

Pero Hilfy estaba ahí abajo. El recordarlo fue como un golpe físico. El ascensor se detuvo y la puerta se abrió: Pyanfar vaciló durante una fugaz fracción de segundo antes de salir, conteniendo esforzadamente ese aliento que tanto ansiaba gastar con el *mahe* para reprocharle la tardanza de las reparaciones, y perdiendo en esa lucha tanto

el aliento como la ira que deseaba liberar por fin.

Tully. Dioses, también él estaba en la sala de operadores, esperando en el pasillo al que, naturalmente, acudiría todo visitante de la nave no confinado a la escotilla.

Al dar la vuelta por el corredor Pyanfar se encontró con lo que parecía toda una reunión social: un *mahe* de aspecto digno y estirado, con el cuello cubierto de joyas y un faldellín; un ayudante *mahe*, Haral, Tirun y Hilfy. Caminó hacia el grupo, repentinamente consciente de lo informal de su atuendo. Frunció el ceño y se irguió al máximo de su talla, que no era precisamente excesiva, dadas las medidas mahendo'sat.

—Mal asunto —le soltó bruscamente el *mahe* de alto rango—. Gran problema estás causando, hani. De todos modos, arreglamos nave.

El Portavoz del Maestre, envuelto en un rígido caparazón de acusaciones y fanfarronadas. El Portavoz paseó su mirada de los pies a la cabeza de Pyanfar, aprovechando la ventaja de su mayor estatura. Cubierto de joyas, perfumado. Pyanfar flexionó las garras y luego, con toda la frialdad de que fue capaz y de modo ostentoso, le dio la espalda, volviéndose hacia su tripulación.

—Tully. ¿Dónde está Tully? ¿Sigue en la sala de operaciones?

—Poneís en peligro la estación —siguió acusándole el Portavoz, cumpliendo con su deber—. Gran problema con los tc'a; bastardos knnn secuestro y extorsión. Queréis llevaros con vosotras el módulo que los knnn trajeron para intercambiar por un buen ciudadano tc'a, ¿eh? Tiene vuestro nombre en él, hani. *Orgullo de Chanur*, letras bien claras.

—¡Tully! Haz aparecer tu maldita persona aquí... ¡ahora mismo!

—Ahora los knnn no entran en la estación, no, están navegando de modo peligroso por todo el sistema. Todo al revés. Minería detenida. Comercio parado. Todos los negocios punto muerto. Usar señal knnn, ¿eh? Inquietar a los knnn; apropiarse de bien kif; ponerlos nerviosos; hacer que secuestren tc'a y tc'a muy preocupados; hacer que stsho discutan por control de la estación; hani no hablar contigo más; ¿para qué hacemos trato contigo, hani, eh?

Tully apareció en la puerta de la sala de operaciones con Chur junto a él. Llevaba su nueva ropa stsho, de seda blanca con ribetes azules: tenía un aspecto inmaculadamente civilizado y parecía francamente preocupado ante el griterío.

—Los documentos, Tully —dijo Pyanfar—. Enséñaselos a este amable *mahe*.

Tully se metió la mano en el bolsillo, con una luz ansiosa en sus pálidos ojos.

—No necesito malditos papeles —dijo secamente el Portavoz, pero Tully, sin hacerle caso, los extendió frente a él. El Portavoz los apartó con un gesto brusco.

—Son obra vuestra —dijo Pyanfar—. Un «bien» de los kif. Así que has dicho un «bien» de los kif. ¿Así que tienes delante a este honesto miembro de una especie inteligente, civilizada y capaz de viajar por el espacio, provisto de los documentos

adecuados, y te diriges a él llamándole «bien» de los kif? Oh, digo que debes avergonzarte de ello y te pido que le expliques, tú mismo y con tus propias palabras, qué pretendes decir con eso de «bien».

El Portavoz agachó bruscamente las orejas y miró a su ayudante, el cual le ofreció una botellita de perfume. Haciendo del gesto una complicada maniobra dilatoria el Portavoz abrió la botellita e inhaló su contenido, batiéndose claramente en retirada. Cuando se volvió de nuevo hacia Pyanfar su expresión entraba dentro de lo apacible.

—Las cintas —dijo el Portavoz—. Las cintas con que hiciste trato cubren cierta parte de los daños.

—Todos los daños. Nada de multas ni procesos posteriores. Nada de quejas.

—Rescate de la *Buscaestrellas*...

—Eso es otro asunto. Chanur y Faha cumplirán con sus obligaciones al respecto de modo conjunto cuando volvamos a casa. En cuanto al capitán de esa nave que efectuó el rescate, cuenta con mi palabra y eso vale más que todas sus pérdidas. El asunto está arreglado.

El Portavoz quedó callado y pensativo durante unos instantes para acabar asintiendo.

—La cinta —dijo, extendiendo la mano—. Dar cinta y reparación terminar. Os daremos escolta. Trato justo, Chanur.

Pyanfar sacó la cinta de su bolsillo sintiendo un extraño calor en sus orejas, como si la sangre estuviera afluyendo a ellas. Luego miró a Tully y le metió la cinta entre los dedos.

—Dásela tú. Es tuya.

Hilfy abrió la boca como para decir algo, pero no llegó a hacerlo. Tully contempló la cinta y luego alzó los ojos hacia el Portavoz para acabar tendiéndole la cinta con expresión vacilante.

—Amigo —dijo en hani—. Amigo de *mahe*.

La mano de oscuro pelaje se cerró sobre la cinta. El Portavoz agitó levemente las orejas y frunció los labios, pensativo. Tully seguía con la mano extendida en su acostumbrado ademán, ofreciendo sus dedos para el contacto.

Muy lentamente el Portavoz fue alargando sus dedos, gracias a que el protocolo y el trato con especies extrañas eran su oficio, y permitió estoicamente que Tully los estrechara, retirando luego la mano sin ningún gesto visible de repugnancia, pero manteniendo un silencio total que resultaba más que extraño dado su cargo. Luego inclinó la cabeza con una medida reverencia en la que había la más pequeña fracción de cortesía posible.

—Transmitiré tus palabras —dijo. Y luego, frunciendo de nuevo el ceño, se volvió a Pyanfar y añadió—: Dentro de una hora, salida del muelle, en firme. Estación de Kirdu os dará toda ayuda posible. Os apremio a darnos situación mundo

natal de este buen ciudadano; peligro de perderse él, todas vosotras, en este viaje.

—En estos momentos sospechamos que su mundo natal se encuentra más allá del espacio kif. No hemos tenido aún tiempo para precisar más detalles, honorable *mahe*.

—Estupidez —dijo el Portavoz, utilizando los privilegios profesionales de su cargo.

—Nuestro desgraciado amigo fue obligado a viajar con los kif en circunstancias miserables; sufrió daños y no actuó de un modo estúpido. Es demasiado inteligente como para hablar con alguien que no desea entenderle. Ahora ya no hay tiempo. Ayudadnos a salir de aquí y más pronto o más tarde le arreglaremos las cuentas pendientes a los kif.

—Ese *hakkikt*... Akukkakk. Le conocemos. Problema malo, capitana Chanur.

—¿Qué sabéis de él? —le preguntó Pyanfar, sintiendo de repente y no por primera vez abundantes sospechas acerca del Portavoz y de todos los *mahe* de Kirdu—. ¿Qué sabéis de ese kif?

—Salir de muelle dentro de una hora. Ahora irse cuadrilla de reparaciones. Que viaje sea bueno y rápido, capitana Chanur.

—¿Qué sabéis de ese kif?

—Buen viaje —dijo el Portavoz, haciendo una reverencia colectiva a las presentes y luego, con su ayudante detrás, se dirigió hacia la escotilla.

—Así sea —dijo Pyanfar, irritada e impotente, mandando con un gesto a Haral para que acompañara al Portavoz y a su ayudante. Luego se volvió hacia Hilfy, que parecía algo abatida a juzgar por el aspecto de sus orejas, y después miró por turno a Tirun, Chur y Tully. Tully no parecía demasiado tranquilo. Pyanfar se le acercó y le dio una palmadita en el hombro—. Bien —le dijo—. Eso de «amigo» fue un detalle excelente. De ese modo la hiciste cargar con el peso, ¿entiendes? El Portavoz habla en nombre y representación del mismísimo Maestro de Kirdu y por los dioses que lo hiciste estupendamente, mi inteligente y educado Extraño: al decirle eso fue como si te confiaras a los buenos cuidados del Maestro. Ahora, el problema es suyo.

Tully miró hacia el suelo y se encogió levemente de hombros, no mucho más tranquilo que antes. Pyanfar no llevaba el auricular conectado.

—Una hora, ¿lo habéis oído? —les dijo a las demás, dirigiéndose también a Geran, que estaría de guardia en la sala de operaciones: con tanta gente desconocida entrando y saliendo de la nave, era imposible dejar la sala sin alguien de vigilancia—. Una hora más y estaremos de camino. Habremos salido de aquí. Vamos a casa.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Geran desde la sala—. ¿Haciendo los saltos seguidos igual que antes?

—Los haremos tan seguidos como sea posible —dijo Pyanfar, y se volvió hacia la izquierda al percibir un movimiento por el rabillo del ojo. Era Haral, apareciendo por el inicio del pasillo, que volvía ya de la escotilla.

—¿Cierro ya, capitana? —gritó Haral a medio pasillo.

—Cierra —le confirmó Pyanfar, y se quedó helada al ver cómo una figura de gran talla y pelo oscuro aparecía en el corredor detrás de Haral—. ¡Cuidado!

Un mahendo'sat. Haral se había vuelto ya en redondo y el *mahe* de cuerpo larguirucho y casi negro siguió andando como si la nave fuera suya, sonriendo con una abundante dentadura de color dorado.

—Ismehanan —gritó Pyanfar—. *Dientes-de-oro*, maldito seas, ¿cómo puedes andar sin permiso por los corredores de mi nave? ¿Quién te ha dejado entrar?

La sonrisa no pareció afectada por sus palabras. El *mahe* hizo una reverencia y volvió a erguirse mientras que Pyanfar se acercaba a él.

—De pronto un negocio, Chanur, quizá mismo rumbo que tú.

—¿De quién es ese negocio?

—Quizá mismo que tú.

Pyanfar tragó aire y alzó los ojos hacia el *mahe*.

—Quizá sea hora de que hables claro, capitán. Al menos, por una vez.

—¿Adonde vais?

—Quizá debería anunciarlo por todo el muelle. Para que se enteren los kif.

—¿A casa, quizá? ¿Ruta de Ajir?

—Piensa lo que te dé la gana.

—Tengo armas primera clase en *Mahijiru*—, amigo mío llegó hoy puerto, también equipo primera. Espera un poco, Chanur.

—¡Bastardo!

El *mahe* retrocedió un paso alzando su mano de uñas romas. La mano de Pyanfar, también levantada, exhibía una buena colección de afiladas uñas. El *mahe* sonrió de nuevo, como esperando aplacarla con ello.

—Necesidad, tiempo de que *mahe* suelte carga.

—Mentirosos chupa-huevos. Mi destino es algo que no te importa en lo más mínimo. Es asunto hani, ¿me has oído? Asunto privado. Si quieres meterte en líos con los kif, tendrás que buscar en otro sitio.

—Vas a casa, ¿no?

—Te he dicho que se trata de algo privado.

—Aviso —dijo Dientes-de-oro—. Una vez. Quizás ahora vaya tratar puerto hani; mucho comercio. Tú hablarás entonces allí en favor amigo tuyo, ¿sí?

—Dientes-de-oro, ¿cuál es tu juego?

El *mahe* sonrió y se dio la vuelta echando a caminar hacia la escotilla, donde le aguardaba una Haral más bien indignada.

—¡Dientes-de-oro!

El *mahe* se detuvo un segundo y agitó la mano.

—*Mahijiru* te escolta, capitana. Es lo mejor de lo mejor.

—¡Maldito sea tu pellejo, no pienso servir de cebo en algún juego *mahe* con los kif!

Pero el *mahe* ya había desaparecido cuando los últimos ecos de su grito resonaban todavía por el aire. Haral, sin ninguna orden concreta, se quedó inmóvil mirándola y Pyanfar dejó colgar los brazos a sus costados: en esos momentos no se le ocurría ninguna orden que dar. El *mahe* había impuesto sus términos y ahora no podían hacer nada para impedir que las siguiera.

—Cierra esa escotilla —le dijo—. Sólo los dioses saben qué otras visitas pueden meterse por ella. —Haral fue corriendo a obedecerla y Pyanfar se volvió hacia Tully y las demás.

Geran había salido del cuarto y se había unido a todo grupo.

—La *Mahijiru* está transmitiendo —dijo Geran—. Alguien ha preparado una línea protegida y estamos recibiendo su transmisión. Dicen que tienen órdenes y nos piden datos para la salida.

—Nos vamos a casa —le dijo Pyanfar, secamente—. A casa, por los dioses... Ya nos han hecho perder el tiempo suficiente. Si ese Stasteburana tiene planes para utilizarnos, maldito sea, creo que a ese juego pueden jugar dos. Les daremos nuestro rumbo y un trayecto de entrada en el perímetro de Anuurn.

—Chanur... —protestó Tirun en voz muy baja.

—En este juego está metida más que toda la casa de Chanur. Puede que Anuurn necesite verlo de un modo algo brusco para enterarse. Estamos metidas en un lío y el lío es muy grande: no sabemos hasta dónde llega, en realidad. Aquí tendría que haber hani, ¿lo entendéis? Tendría que haber montones de naves hani entrando y saliendo de la estación, y no sólo la nave de Tahar. Nos encontramos en una de las principales paradas de la ruta de nuestros rivales. Y no hay ninguna nave hani excepto ésa. Y se dirige hacia casa. Primas, me atrevería a jurar que cuando llegaron aquí venían ya de casa. Por eso nuestro sendero de entrada estaba vacío. La *Buscaestrellas* lo sabía y creo que la noticia se ha estado extendiendo a cada contacto en cada puerto.

—Claro —murmuró Chur—, claro. Dioses. Puede que hayan tenido seis meses de ventaja para...

—Me voy al puente. Quiero tener controlado este pasillo: Haral, Geran y Chur. El resto encargaos de la sala de operaciones y dadle su sedante a Tully antes de que se nos olvide otra vez.

—¡Tía! —gritó Hilfy al ver que se iba. Pyanfar se detuvo en seco y se volvió—. Capitana... —dijo Hilfy en voz más baja y tranquila.

—¿Alguna pregunta? —le dijo Pyanfar con el ceño fruncido.

Hilfy alzó el mentón.

—No, capitana —le respondió con voz firme y controlada.

Pyanfar asintió, apretando levemente los labios y percibiendo el brillo de

satisfacción que ardía en los ojos claros de Hilfy. Luego se dio otra vez la vuelta y fue hacia el ascensor.

Al otro extremo del corredor la escotilla se cerró con un golpe seco. La *Orgullo* había empezado el proceso que la separaría del muelle.

—Recibo señal de nuestro compañero —dijo Chur, desde su asiento ante el tablero de comunicaciones—. Juran que la línea está a salvo de interferencias.

—Ya —Pyanfar acabó con sus comprobaciones y se volvió hacia su módulo de comunicaciones, en el que parpadeaba una luz—. Aquí, Chanur.

—Yo presentar —dijo Dientes-de-oro—, Capitana Pyanfar Chanur, tengo enlace con *Aja Jin*. Capitán Nomesteturjai.

—Chanur —una voz retumbante y más lejana—. Nombre *Jik*, aquí.

—*Jik* de primera —dijo Dientes-de-oro—, Tan honesto como tú, Pyanfar Chanur.

—Muy honesto: me ha engañado y ha hecho que me tuvieran aquí perdiendo el tiempo. Chanur está combatiendo por su vida, bastardo de orejas peladas, ¿te ha entrado eso en la cabeza? Se trata de un desafío y no estoy ahí para responder a él. ¿Has logrado enterarte de lo que significa eso durante tus tareas de espía?

—Ah... —dijo Dientes-de-oro—. Conozco ese problema, sí.

Pyanfar no le respondió y se obligó con un esfuerzo de voluntad a esconder las garras.

—Sé también dónde está *Akukkakk* —dijo Dientes-de-oro—. ¿Interesada, capitana hani?

—Después de que haya arreglado mis propios problemas.

—Mismo lugar.

—¿*Anuurn*?

—Sigue viva, hani. Puede que te hagamos más lenta pero haz trato como queremos. Algo más grande que perlas y herramientas, ¿eh, hani?

—Seguidme y así os pudráis —comprobó el rumbo y los diagramas en el ordenador y luego los transmitió—. Ahí tenéis el camino.

Por el comunicador le llegó un siseo *mahe*, ronco y melancólico.

—¿Te guías por suerte, hani? ¿Loca Idiota, ese curso?

—Lo hacemos constantemente, *mahe*. ¿Te asusta?

—Broma hani, ¿eh?

—Tenemos a dos kif en el muelle. Cuando salgamos ellos harán lo mismo. ¿Has hecho que alertaran a esa patrulla?

—Hecho —dijo la segunda voz.

—Bien —murmuró Pyanfar—. Ahí tenéis los datos y eso es todo cuanto queráis. Con eso basta: nos vamos de aquí.

—A.

Afirmativo. Pyanfar desvió la mirada hacia Haral, sentada al otro extremo de la consola, y la comunicación se interrumpió. Chur estaba transmitiendo señales a los obreros del muelle.

—Nos han dado prioridad uno —le informó Chur—, no hay problemas de momento —los cables de conexión se estaban soltando y los indicadores empezaron a parpadear, avisando de que había llegado la hora de sellar las escotillas. Haral puso los cierres en funcionamiento siguiendo la secuencia habitual y las pantallas del puesto numero uno se encendieron a medida que Geran conectaba con los sensores de la estación. El cierre de la esclusa principal se abrió con un chasquido metálico y la última escotilla acabó de quedar asegurada.

—Nos movemos —dijo Pyanfar a modo de aviso por el comunicador, soltando las abrazaderas de la *Orgullo*, eliminando con ello la sujeción que la nave ejercía sobre el muelle, al igual que éste la había soltado durante los minutos anteriores. Las abrazaderas entraron en el casco con un sordo retumbar en tanto que los propulsores de maniobra en superficie comenzaban para separar la nave del dique.

La partida fue perfecta: un leve empujón bastó para hacer que la proa de la nave apuntara hacia el nadir, totalmente vacío de tráfico, mientras que la gravedad empezaba a subir acompañada por el gemido de los motores de rotación. En el ordenador empezó a brillar el trayecto de salida que debían seguir y las pantallas mostraron a la *Mahijiru* y la *Aja Jin* que empezaban a desplazarse hacia el perímetro externo de los muelles. La *Orgullo* iba cobrando velocidad y en esos momentos la gravedad interior era ya de un g y medio.

—Los kif se están soltando —dijo Chur por el comunicador—. Es un aviso de la estación.

—No hay confirmación en pantallas por ahora —dijo Geran.

Pyanfar ya tenía la mano sobre el interruptor de armamento; con un gesto brusco quitó la cubierta protectora y lo puso en situación de encendido. Una fugaz oleada de luces le indicó que las portillas de fuego se estaban abriendo.

—Déjalo en posición manual —le advirtió a Haral, sin apartar los ojos del tablero—. Con los *mahe* por en medio no quiero sincronizar al ordenador de fuego: no podemos correr el riesgo de darle a uno de ellos por error.

—Espero que ellos sean igual de considerados —musitó Haral.

—Sí.

—Los kif se están moviendo —dijo Geran—. Pantalla número dos.

—¿Dónde está la escolta? —preguntó Pyanfar con voz malhumorada—. Cubierta inferior, preparadas. Permaneced a la escucha y actuad según lo que oigáis.

—La escolta se mueve —dijo Chur—. Se encuentran en posición de interceptar un ataque; la estación hace que no aparezcan en las pantallas.

—Comprendido —Pyanfar desvió la cabeza hacia la pantalla en que aparecía la señal de la estación: en la imagen la *Orgullo* aparecía como una cuña superior a su tamaño real, ocultando con su punto luminoso la agrupación de naves sincronizadas por el ordenador de la estación, Geran le envió más imágenes. La gravedad seguía

subiendo lentamente, tirando de sus entrañas, intentando clavar sus brazos en el asiento. Los kif no ganaban terreno, limitándose a mantener una velocidad lenta para no perderlas de vista. Dientes-de-oro y ese desconocido, Jik; su escolta. Pyanfar se vio obligada a confesar en su fuero interno que no entendía la escala de valores *mahe*, al igual que nadie entendía a los stsho. Comerciar con ellos era una cosa pero intentar comprender hasta dónde estaba dispuesto a llegar un *mahe* como el Stasteburana era otro asunto muy diferente.

Dientes-de-oro y su amigo *mahe*, llegado como por arte de magia al sistema justo cuando partía la nave Tahar. Quizá fueran mercaderes, cierto; pero lo que había visto de la *Mahijiru* la *Aja Jin* en la pantalla le resultaba más bien ominoso. Esas naves tan largas y delgadas a las que se había despojado de todo el espacio de carga; un espacio que había sido utilizado para albergar unos motores capaces de darles una enorme capacidad de salto, cuidadosamente oculta en esos cascos de aspecto extraño cuya forma era tan abultada que ningún tanque de combustible normal podría encajar bien en ellos. Y también estaban los extraños huecos oscuros de las toberas, como rejillas de conexión entre unas toberas que, para empezar, ya eran de un tamaño muy superior al que correspondería a naves de tal masa. Qué extraño resultaba el que las naves nunca llegaran a verse entre sí, que estuvieran casi pegadas unas a otras en las estaciones pero siempre invisibles detrás de las mamparas de los diques; que existieran meramente como puntos luminosos y cifras en la pantalla del ordenador, moviéndose con tal rapidez que ninguna señal de vídeo era capaz de captarlas.

Sólo ahora, estando en sincronía, moviéndose como un grupo compacto a la misma velocidad y a una distancia mutua que permitía tal observación.

—Están hechas para correr —le dijo en voz baja Pyanfar a Haral—. Fíjate en nuestra escolta, prima.

—Ya me he dado cuenta —le respondió ella, en voz igualmente apagada—. Ya me he dado cuenta, capitana.

Así que había novedades entre los mahendo'sat, novedades que durante mucho tiempo habían sido mantenidas en el más cuidadoso secreto; naves iguales a las de los kif.

Naves de caza. Los pelos de su bigote se irguieron como si Pyanfar oliera algo amenazador.

Dioses: la *Mahijiru* rondando junto a Punto de Encuentro, en los confines del espacio stsho.

¿Rumores de caza, meramente? Una tripulación que holgazaneaba en el muelle, ruidosa y perfectamente visible, ocupada en unas reparaciones que podrían haber hecho también desde dentro de la nave. Dos partidas de cazadores sueltas en el muelle aparte de los kif, husmeándose con cautela unas a otras, intentando con toda su astucia evaluar la capacidad del adversario, de Pyanfar y de los kif.

—Ese bastardo con los dientes de oro sabía algo —dijo Pyanfar—. Lo sabía desde el principio. Conocía a ese Akukkakk y esas nuevas naves kif; sabía que algo se estaba cocinando por ahí.

Haral la miró, con expresión inquieta.

—Knnn —dijo Geran de pronto. Una pantalla se apagó para encenderse casi inmediatamente con otra imagen que revelaba el sector donde se hallaban las naves knnn, ahora en movimiento.

—Dioses —murmuró Chur—, ahí vamos.

—No te preocupes de esos malditos knnn —le dijo Pyanfar—. Vigila a los kif; sala de operaciones, sintoniza esa imagen del sector y no la pierdas.

La imagen se desvaneció de su pantalla y unos segundos después Tirun informó de que la había sintonizado en la sala de operaciones. En la nueva imagen que llenaba ahora la pantalla se veía a los kif, empezando a moverse más deprisa.

—Tenemos knnn —dijo bruscamente la voz de Dientes-de-oro, transmitida desde el tablero de Chur.

—Un estorbo —dijo Pyanfar—. ¿Sabes algo más sobre ellos, *mahe*? ¿Qué otras cosas sabes? ¿Cómo te encontraste tan oportunamente en la estación, buscando líos?

—No necesito ir caza. Hani en puerto.

—Capitana —la voz de Tirun—. Intervalo decreciente.

Pyanfar ya lo había visto en la pantalla. Sus dedos, con las garras fuera, acariciaron cautelosamente el interruptor.

—Vamos a movernos más deprisa —le dijo al *mahe*—. Vamos a incrementar la velocidad y haremos una prueba; quiero despejar mi campo, ¿entiendes? No quiero seguir aquí ni un instante más.

—A.

Pyanfar movió el control y la *Orgullo* aceleró bruscamente para aumentar la distancia que la separaba de los *mahe*. En la pantalla número uno se esfumó la imagen transmitida de la estación y apareció la de una estrella encuadrada por un diagrama vectorial. La imagen fue pasando de una pantalla a otra para acabar dominando el monitor central: los kif se estaban quedando cada vez más retrasados, aparentemente decididos a no correr riesgos con la patrulla.

Y los knnn... los knnn seguían avanzando como un torrente enloquecido, acelerando cada vez más, un poco separados del curso de la *Orgullo*.

—Intervalo restaurado —dijo Haral.

—Acelerando —le advirtió Pyanfar a las demás tripulantes. Apretó levemente el control de salto, tragando saliva al sentir la familiar inquietud en las tripas, y vio que los instrumentos se iban ajustando a la nueva velocidad.

—Despejado y estable —dijo Haral—. Nos acercamos al punto de salto.

—Preparadas para el salto largo —le dijo Pyanfar a la cubierta inferior. Por

última vez sus ojos examinaron a toda prisa la pantalla, viendo que la *Mahijiru* y la *Aja Jin* estaban de nuevo en la posición calculada al principio. Ahora era imposible comunicarse; el retraso de transmisión resultaría excesivo. Ésa era la posición que ella deseaba, con los *mahe* corriendo pegados a su cola: la *Orgullo* era capaz de preocuparse por lo que hubiera delante de ella. Resultaba mucho mejor pasar a toda prisa por cualquier emboscada que les hubieran preparado y no meterse en ella ocupando el segundo o tercer lugar de la fila, como le había ocurrido a la *Buscaestrellas* en Kita, cuando el nido de insectos ya había sido alertado y los kif estaban bien despiertos.

¡Suerte!, les deseó a los *mahe*... pese a todo, a sus engaños y a sus ocultas intenciones que nada tenían que ver con las suyas. «Suerte», pensó, «maldito tramposo».

Su trayecto previsto se encendía y apagaba en la pantalla: primero un salto hasta el sistema de Ajir y, a través de éste, luego hasta la propia Anuurn. Era el trayecto más breve posible y, por ello, también el más susceptible a las emboscadas, pero no tenían el tiempo suficiente para andarse con remilgos.

—Preparadas —le advirtió a la tripulación.

Estaban llegando al punto indicado. Detrás, siguiendo su estela, estaría la *Mahijiru*—, y después de ella la *Aja Jin*, la misteriosa compinche de Dientes-de-oro...

...Hasta que llegaran a su destino.

Un creciente gemido en el comunicador una baliza, la señal indicadora de Ajir desvaneciéndose a medida que la transmisión se hacía más lejana, hasta volverse ininteligible. La estación de Ajir funcionaba bajo una cooperativa mahendo'sat/hani: el tráfico era muy abundante y el espacio de salto presentaba muchos peligros para el tipo de irrupción alocada que ahora estaban realizando, sin reducir prácticamente la velocidad. Una segunda oportunidad para intentar la maniobra que había fallado en Kita y que había causado tantas averías en la nave. Que los dioses ayudaran a quien tuviera la desgracia de hallarse en su trayectoria.

«ALERTALERTALERTA —gemía la *Orgullo*, repitiendo constantemente una transmisión grabada—: *Escolta mahe detrás. Posible acción hostil. Tomar precauciones ante kif en el interior del sistema. Tomar precauciones. Dos naves siguiéndonos como escolta.*

La siguiente nave supone problemas. Rajas en ataques anteriores: Viajera de Handur; Buscaestrellas de Faha. Ataque kif sobre nave no-perteneciente al Pacto sin armas, tres víctimas especie desconocida hasta ahora. ALERTALERTALERTA...»

En Ajir se desataría el caos: posiblemente los kif atracados en el muelle hicieran caso omiso de la señal: quizás hubiera alguna nave de Handur en situación de captarla, quizás una nave de Faha.

Si los kif no estaban esperándolas, con su emboscada ya dispuesta...

Ante ellas se alzaba la enorme masa del sol amarillo de Ajir: Ajir, la más extraña de todas las estrellas del sector, ataviada con su cinturón de mundos y polvo cósmico aparatosamente ladeado; una zona peligrosa, como le repetía constantemente la memoria de Pyanfar, aún más peligrosa por la confusión que siempre acompañaba a la salida de un salto, con sus elevadas velocidades y sus instrumentos capaces de absorber solamente pequeñas fracciones de la realidad circundante, demasiado rápido, demasiado rápido.

—¿Dónde está? —le preguntó a Haral. En nombre de los dioses, la estrella de su hogar; hasta un recién nacido era capaz de encontrarla una vez en Ajir y podía dirigirse hacia ella por muy grave que fuera la desorientación del salto: su proa debía estar enfilando directamente hacia...

—La tengo —ronroneó la voz pausada de Haral a través de toda la confusa locura que las rodeaba, a medida que aumentaba su constante de velocidad y el sistema se convertía en una masa borrosa e irreal, moviéndose lentamente mientras que ellas se desplazaban a una velocidad que superaba todo movimiento posible: ante ellas, perfectamente clara, se encontraba una estrella, encuadrada en el diagrama de la pantalla, en tanto que el resto del universo había enloquecido... *El hogar*.

Semanas, en el tiempo sin tiempo del salto...

Habían pasado. Resultaba difícil pensar y aún más difícil dar inicio a la secuencia de frenado. Si la tripulación fallaba por completo la nave tomaría el mando automáticamente, reduciendo la velocidad y siguiendo un curso gradualmente más lento hasta detenerse fuera del sistema, a una distancia tal que aún fuera posible regresar a él. Sería tan sencillo dejar que la nave derivase por sí sola, dejar que el sistema pasara a su lado como una mancha confusa, dejar que los mecanismos automáticos se encargaran de todo...

No. El último salto se había efectuado bajo control manual: después de todo, las reglas hechas por las máquinas habían sido ya quebrantadas. Pyanfar levantó el brazo y en sus ojos nublados apareció Haral, que había empezado su misma lucha desesperada, debatiéndose lentamente contra el cansancio y la desorientación ocasionados por su salida del salto. Una luz de advertencia parpadeaba en el tablero: no era la misma avería de antes; era una alerta exterior, una comunicación, un faro.

Redujeron la velocidad y por un instante quedaron totalmente ciegas. El faro de Anuurn las esperaba para darles la bienvenida cuando la ceguera desapareció. Su señal de alarma seguía resonando en el espacio, precediéndolas con su grito de peligro. Pyanfar levantó la mano y agitó débilmente los dedos, mirando a Chur después de un segundo que pareció interminable, la señal se apagó.

Segunda reducción de velocidad. La voz de Tully en el comunicador y luego Hilfy tranquilizándole. Hilfy, quien hacía muy poco tiempo se había mareado

terriblemente durante los saltos, calmando y consolando ahora a su pasajero.

—Recibiendo imagen —dijo Geran—. Hay naves ahí fuera.

Pero ninguna estaba en su rumbo o, de lo contrario, la voz de Geran no sonaría tan calmada. Estaban en el cénit máximo del sistema, lejos de todo y de todos.

—Recibiendo datos del rumbo —dijo Haral y la imagen de la pantalla empezó a cambiar: las líneas se encendían y se apagaban, creando nuevas conexiones y delineando ya el sendero de entrada asignado por el faro.

Tercera reducción de velocidad. Pyanfar trago saliva con un duro esfuerzo y examinó nuevamente la pantalla, donde se formaba una nueva imagen.

—Señal de popa —dijo Geran, y la pantalla número dos se encendió después de unos instantes. La *Mahijiru*—, la oscilación creada por su rápida entrada en el sistema estaba creando ahora oscilaciones laterales y de no reducir pronto la velocidad tanto la *Mahijiru* como su compañera toparían de frente con ellas.

—Demasiado cerca, *mahe* —musitó Pyanfar.

Última reducción. Estaban por fin en el curso asignado, sin un solo error, guiados ahora por la estación de Kilan.

—Transmite nuestra intención de atracar en Gaohn —dijo Pyanfar. Esa estación era la más protegida de las dos que había en el sistema Ahr, ya dentro de la periferia de Anuurn.

La señal fue emitida, y una de las balizas robot les indicó con un destello que había sido recibida y aceptada como parte del control automático de tráfico, como si su llegada fuera tan rutinaria como la de cualquier nave mercante.

—Reducción de velocidad detrás nuestro —dijo Chur—. Segunda llegada: nuestros dos amigos están aquí.

—Transmite instrucciones de que ignoren el rumbo que les asignen y que sigan detrás nuestro. Dales la señal de guía.

—En las pantallas de la estación aparecen muchas naves —dijo Geran—. Un montón de naves.

Pyanfar miró hacia esa pantalla. Había seis planetas principales alrededor de Arh: Gohin, la propia Anuurn, Tyo, Tyar, Tyri y Anfas, con todo su abundante surtido de lunas, anillos y planetoides. Sólo Anuurn era habitable sin problemas y la estación de Gaohn orbitaba ese planeta, estando además la estación de Kilan, que mantenía la pequeña colonia de Tyo. Siempre había tráfico. La especie hani no tendía a colonizar del modo que lo hacían los mahendo'sat y los stsho, o incluso los knnn, pero en su sistema natal había una gran abundancia de tráfico, desde las pequeñas naves que surcaban el sistema hasta las naves de mayor tamaño que saltaban desde otras estrellas; existiendo además el enorme astillero en gravedad cero de la estación Harn, donde nacían todas las naves hani y al que acudían para efectuar reparaciones o ser modernizadas.

Pero en esos momentos el tráfico doblaba holgadamente su frecuencia habitual: había naves fuera de sus senderos, esperando; naves agrupadas en números variables, y enjambres de cuatro o cinco naves que se movían sin cesar.

—Esto no me gusta —dijo Haral.

—No todas son nuestras —observó Pyanfar y, unos instantes después, añadió—: Está aquí. Dientes-de-oro lo dijo, y el kif de Kirdu también. La *Hinukku* ha venido hasta aquí buscando venganza.

Nadie abrió la boca. Los minutos se iban acumulando lentamente en el cronómetro.

La *Orgullo* estaba enviando ahora su propia señal y un ordenador dialogaba con otro. Un dial se encendió y en el comunicador se recibió una transmisión.

—La *Mahijiru* —dijo Chur—, y la *Aja Jin*. Las dos siguen nuestra ruta.

—Envíales una señal de que sigan con nosotras —dijo Pyanfar—. Mándala en un haz comprimido y no añadas nada más.

—Permiso para subir —dijo Tirun desde la cubierta inferior.

—Denegado. Tenemos situación de posible emergencia. Sigue a la escucha.

—Comprendido —respondió Tirun.

Chur se agachó, abriendo el compartimiento que había bajo su tablero, y sacó de él una botella. Tomó un sorbo y luego la pasó a Geran, que se la pasó a Haral. Haral se la entregó finalmente a Pyanfar, con una cuarta parte exacta del contenido visible a través del plástico opacado. Pyanfar tomó un sorbo, sintiendo como si tuviera la boca hecha de papel y llevara días sin beber líquido. Cuando arrojó la botella en el conducto de basuras su mano izquierda dejó unos cuantos pelos sobre el plástico húmedo, El líquido salado la ayudó, aliviando un poco el temblor de sus miembros, aunque la espalda y las articulaciones seguían atormentándole y notaba los ojos algo llorosos. Un salto doble no era nunca fácil para el organismo, que no había sido diseñado para semejantes abusos. Pyanfar, abatida, pensó en la maniobra de atraque, en las caminatas que serían necesarias, los posibles problemas que solucionar.

Ah, coger una lanzadera y bajar directamente al planeta dejando que todas esas naves siguieran en el cielo.

Algo se retorció en su interior con un gemido de protesta. Pyanfar alzó los ojos hacia su pantalla, la número cuatro, donde un punto de luz se estaba colocando en posición de interceptar. Otro punto acababa de encenderse en el borde de la pantalla.

—Conseguida sincronía —la voz de Dientes-de-oro—. Jik llegando por otro lado.

—Hay demasiadas naves —dijo Pyanfar, indicándole a Chur que fuera emitiendo—. Te quiero justo donde estás ahora, *mahe*.

Una risita *mahe*.

—A.

—Maldito sea tu pellejo.

Cortó la transmisión con un golpe seco.

—Tenemos contacto de la estación —dijo Chur—. No están diciendo nada que se salga de lo acostumbrado: de momento, son las instrucciones normales de aproximación.

—Tres diques —dijo Pyanfar—, y contiguos. Si no los tienen disponibles, di que los vayan preparando. Convéncelos como puedas, pero hazlo.

El intervalo fue largo, ya que aún había demora en las transmisiones de la estación.

—El Maestre ha intervenido garantizándolo personalmente —acabó diciendo Chur—. Tenemos del veinte al veintidós.

—¿Algún comentario al respecto?

—Ninguno —le informó Chur.

Problemas. Pyanfar sintió que las orejas se le erguían de golpe. Si podían exigir que se cambiara de sitio a las naves para hacerles espacio en los muelles y si les hacían caso era porque consideraban que tenían derecho a ello; y si tenían derecho a ello, entonces había una situación de emergencia. Los parientes que volvían a casa tenían toda la prioridad; en casos de muerte, desafío o catástrofe.

—El sistema parece tranquilo —le siguió informando Chur—. Pero no me llega nada del parloteo habitual. No están dejando que se les escape ninguna información, capitana.

—Kif —dijo Pyanfar—. Hay extraños por aquí.

Tully dijo algo desde la cubierta inferior y se calló de pronto. Le siguió la voz de Hilfy, hablando con él, en tono bajo y apremiante.

—No quiero ningún caso de pánico ahí abajo —dijo Pyanfar—. Tully: estate quietecito y callado. Obedece las órdenes, ¿me has oído?

—Comprendido —dijo Tully.

Los minutos se arrastraban lentamente. La *Aja Jin* de Jik ocupó finalmente su posición y la *Orgullo* se vio flanqueada por las dos naves *mahe*.

—Dientes-de-oro —dijo Pyanfar—, vendrás a la estación conmigo. Quiero que tu amigo no se acerque al muelle y vigile atentamente, ¿a?

—A —le respondieron por el comunicador, en tono suave y mesurado. De Jik no hubo ninguna respuesta. Obedecería, pensó Pyanfar. La estación estaba enviando ahora instrucciones más específicas y Haral se estaba encargando de obedecerlas, introduciéndolas en el computador. Pyanfar conectó el control que desviaba todos los datos a las pantallas de Haral, advirtiéndole con un destello en su panel de que el control de la nave pasaba a sus manos: Haral lo aceptó con un gesto de cabeza, sin perder ni un segundo en sus delicadas operaciones con los teclados. Pyanfar se quitó el cinturón del asiento, lo hizo girar e intentó ponerse en pie.

—Mejor que subáis al puente —dijo a la cubierta inferior, inclinándose sobre el

comunicador con cierta dificultad.

—Bien —le respondió Tirun. Pyanfar caminó un poco por el puente, no demasiado segura aún de sus fuerzas, y cogió un poco de las raciones secas que había en el compartimiento de su consola. Botellas de líquido salado y trozos de carne. Fue abriendo las raciones y las puso donde Haral, Geran y Chur pudieran alcanzarlas, masticando luego un poco de carne seca y haciéndola pasar con media botella del líquido. Estaba deshidratada: después de todo, los saltos hacían que el tiempo pasara algo más deprisa para el organismo. Siguió andando para librarse de las agujetas que sentía en las articulaciones y oyó funcionar el ascensor, seguido luego por pasos acercándose en el corredor.

—Capitana.

Una canción knnn, tan gimoteante como siempre, brotó del comunicador.

—¡Dioses y truenos! —bufó Pyanfar—, Localízala.

—Está delante nuestro —dijo Chur—, es una de las naves que se acercan a la estación.

Tirun, Hilfy y Tully permanecían inmóviles en el umbral del puente, guardando silencio mientras el gemido chirriante que brotaba del altavoz iba subiendo de tono a lo largo de toda la escala auditiva.

Los knnn jamás habían hablado directamente con Anuurn. Nunca hasta ahora.

—Nos adelantó en el salto —dijo Pyanfar con lo que esperó fuera una voz lo suficientemente calmada—. Si se trata de nuestro knnn, al menos nos lleva una hora de ventaja.

—Un bastardo veloz —murmuró Tirun.

—La *Mahijiru* pregunta si lo hemos oído —dijo Chur.

—Quita eso del altavoz —le dijo Pyanfar—, y dile a la *Mahijiru* que sí, que lo hemos oído —enderezó las orejas con un esfuerzo de voluntad, agitando la oreja izquierda para poner bien en orden los anillos—. Hilfy, el canal de Tully —Hilfy puso su sensor en posición de emitir—. Tully, ahora estamos en casa, en Anuurn. Y tenemos problemas aquí mismo.

—Kif —dijo Tully—. He oído. Hani... ¿trata con ellos?

—Tus documentos —le dijo Pyanfar secamente. Tully metió la mano en el bolsillo izquierdo y Pyanfar siguió hablando—. No te separes de ellos. Ahora estás registrado y tienes un número dentro de los confines del Pacto. No, no hay modo alguno de que los kif se te puedan llevar legalmente. Así quizá nos estemos enfrentando a un buen montón de kif enloquecidos y alguna que otra hani fuera de sus cabales, pero no hay modo de que se te lleven salvo por la fuerza.

—Luchar con ellos.

—Obedecerás mis órdenes. Formas parte de mi tripulación y obedecerás mis órdenes.

—Pyanfar —Tully extendió la mano para detenerla, pensando que iba a volverse —. No me separo de ti.

Las orejas de Pyanfar se abatieron de golpe y sus ojos se clavaron en las pálidas e inquietas pupilas de Tully.

—No necesito que alguien me ponga ahora condiciones. Harás lo que te diga.

—Hacer. Sí. Voy en esta nave. Contigo. == dar == hani yo rápido muerto.

—Ya tenemos suficientes problemas, Extraño. Tanto por parte de los kif como de las hani. No lo hagas tú peor.

—Contigo. Viaje largo tiempo. Contigo.

—No soy de tu especie, condenado seas. Vienes en mi nave, me das un montón de problemas. Por todos los infiernos *mahe*, ¿quieres decirme qué más debo hacer por ti?

—Fuera, muerto. Te necesito.

—Ya. —Un macho, sí. Su grito repentino dejó detrás un tenso silencio. Pertenece a una especie extraña pero pese a ello Pyanfar percibió claramente que ahora había trazado una línea imposible de rebasar, más allá de la cual no habría razonamiento posible. Su paciente y dócil Extraño... Pyanfar le cogió por el brazo, con las garras a medio salir—. Escúchame, amigo Tully; debes pensar, maldito sea tu pellejo. Vamos a salir de esta nave, nosotras y tú, y cuando volvamos a ella tú volverás con nosotras. ¿Me has entendido?

—¿Iré contigo?

—Eso he dicho.

Tully la rodeó bruscamente con los brazos, como si quisiera fundir en el cuerpo de Pyanfar su propio cuerpo, cubierto de sudor maloliente al igual que el de ella. Pyanfar logró librar primero un brazo y luego el otro, apartándole indignada de un empujón, lo cual no alteró la expresión de Tully.

—Hago todo lo que tú digas —murmuró Tully.

—Por los dioses, desde luego que lo harás. Como hagas algo equivocado yo misma pienso encargarme de hacerte una muesca en esas feas orejas. Y sigue haciendo funcionar eso que tienes por cerebro o lo sacudiré como si fuera una fruta hueca. ¿Puedes conseguirlo? ¿Eres capaz de mirar a un kif y no perder el control?

Tully necesitó unos segundos para pensarlo y acabó asintiendo.

—Les cogeré otra vez —dijo con voz confiada, señalando con la mano hacia el vacío infinito—. Otra vez iremos buscar kif para arrancarles cabezas.

La salvaje irracionalidad de sus palabras la dejó algo sorprendida, casi tanto como la locura que brillaba en sus ojos. Pyanfar le sacudió el brazo otra vez, ahora con mayor fuerza, y en sus ojos apareció una sorpresa pasajera pero no la explosión de ira que había esperado. Reaccionó como Khym, su afable y tranquilo Khym, y no como habría hecho Kohan, que se habría lanzado contra ella con una maldición en los

labios. Ahora estaba algo más tranquila en cuanto a su capacidad de contenerse y sabía que un buen golpe en las orejas seguía siendo capaz de llevarle por el buen camino; que sus uñas romas y su endeblez le hacían fácilmente controlable por un par de ellas.

—Si salimos de todo esto —le prometió—, iremos juntos a despellejar kif. En el próximo viaje te llevaré conmigo.

Eso resultaba algo prematuro dado que no tenían nada con qué hacer planes en el futuro, y menos aún en lo tocante al destino del Extraño. Si Chanur pierde, pensó con un escalofrío, no estarás en situación de hacer ninguna promesa, pero en los ojos de Tully ardía una feroz confianza en que Pyanfar cumpliría con su palabra.

Dioses, ahora era *suyo*, podían usarle para encontrar a su lejana especie antes de que lo hicieran los mahendo'sat o los kif, estableciendo de ese modo una firme cabeza de puente para el comercio hani. Pero en su forma de mirar a Pyanfar había algo de Hilfy. Adoración no, exactamente eso no. Una confianza absoluta. Observó disimuladamente a Hilfy para estar bien segura y descubrió la misma expresión. Cada vez más inquieta, se volvió hacia Haral, Geran, Chur y Tirun, que tenían sus propios derechos sobre una nave que era tan de ellas como suya, que llevaban mucho tiempo en el espacio y debían tener una idea mejor de la situación, sabiendo cuáles eran sus auténticas posibilidades de salir con bien y también en sus ojos, un poco más escondida, estaba esa misma expresión de loca confianza. Estaba hablando de cazar kif y todos la miraban de ese modo, con esa ciega credulidad,

—Vamos a tomárnoslo con calma —dijo—. Voy a limpiarme un poco y Tully, en nombre de los dioses, date un buen baño.

Salió del puente mientras que la *Orgullo* seguía rumbo a la estación. No tenía duda alguna de que entre esas naves de ahí fuera habría kif y que existía como mínimo una remota posibilidad de que los kif concibieran la loca idea de lanzarse sobre la *Orgullo*, persiguiendo la venganza.

Si Akukkakk no veía ninguna otra posibilidad de actuar, quizá lo hiciera. Pero su presencia aquí antes que la *Orgullo* indicaba que estaba enterado de su venida, de las razones que la habían motivado y que tenía a su alcance una venganza mucho mayor que una simple nave y un puñado de muertes.

Su objetivo era la casa de Chanur y su información sobre ella era lo bastante exacta como para haberle traído hasta aquí. En algún lugar una hani se había ido de la lengua y ahora él sabía dónde aplicar exactamente la presión necesaria.

Faha, pensó, avergonzándose inmediatamente de que se le hubiera ocurrido tal idea, sintiendo pese a todo que la sospecha le roía las entrañas. Y si no había sido la casa Faha, entonces debía ser alguna otra, alguien que se había ido de la lengua en los muelles—, quizá, los dioses se apiaden de ella, alguna prisionera de Handur, que había llegado viva a Punto de Encuentro. Aunque eso último le parecía bastante

difícil, ya que la destrucción de Punto de Encuentro había sido llevada a cabo de un modo más que concienzudo y Dientes-de-oro había afirmado que no pudo sobrevivir nadie. Pero alguien, en algún lugar, había dicho lo bastante a quien no debía oír. Pyanfar luchó por apartar esa idea de su mente: le resultaba demasiado amarga.

Esta vez llevaba los pantalones rojos: se había puesto también sus mejores anillos y el pendiente con la perla. Ah, las apariencias. Se pasó el cepillo hasta que su barba y su melena brillaron con un resplandor dorado, rociándose luego abundantemente con perfume y, en el último segundo, pensando en que a Tully no le disgustaría un cierto exceso de aroma dulzón, rebuscó entre los frascos de su cómoda, añadiendo un último toque olfativo a su atuendo.

También pensó en Hilfy y también para ella encontró algo en sus cajones. Luego fue hacia el puente y una vez en él pasó unos cuantos minutos examinando las transmisiones, todas dentro de la normalidad y referentes a su trayectoria de entrada; Hilfy no estaba en el puente, y tampoco se veía a Tully, Geran o Chur. Sólo estaba Tirun, ocupando el asiento número tres, junto al puesto acostumbrado de Haral.

—Parece que no hay ningún problema —dijo Pyanfar.

—Por el momento, sólo rutina —dijo Haral.

—Yo me ocuparé de todo. Descansa un poco. —Pyanfar se instaló en su asiento y Haral abandonó el suyo, cansada y algo vacilante al mover de nuevo sus músculos endurecidos por la larga inmovilidad de la guardia.

—Estamos recibiendo algunas transmisiones kif —dijo Tirun unos minutos después—.

Son todas relativas a las operaciones habituales. Saben que estamos aquí. De momento no han dicho nada más.

—¿Cuántos crees que son?

—Según las estimaciones de la estación, siete.

—Que los dioses tengan piedad de nosotras.

—Así sea.

Pyanfar meneó la cabeza y fue haciendo pasar las imágenes disponibles por las pantallas. Ahora estaban recibiendo las transmisiones de forma automática, ya que se encontraban bajo la guía de la estación. En una pantalla aparecía Anuurn, un globo azulado estriado por las nubes. Magnífico; siempre resultaba magnífico al acercarse, nunca tan espectacular como Urtur pero siempre lleno de vida. La imagen hacía pensar en cielos azules, llanuras cubiertas de hierba, ríos caudalosos y mares inmensos. Para un hani, evocaba una serie de colores, aromas y texturas, y en las entrañas empezaba a revolverse una extraña sensación que lo hacía distinto de cualquier otro planeta. Para una hani.

Pyanfar permaneció absorta durante largos minutos ante la pantalla: con la *Orgullo* en control automático no había mucho que hacer. Un barrido de la segunda

cámara le mostró a su escolta *mahe* un poco más atrás, dos cascos esbeltos y de aspecto mortífero moviéndose con tal precisión que casi parecían una sola nave.

—La *Aja Jin* sugiere quedarse detrás para protegernos mientras efectuamos la entrada en la estación —le dijo Tirun.

—Comprendido.

—Seguimos recibiendo señal de ese knnn. He probado a pasarla por el traductor y lo único que he conseguido son instrucciones de atraque, aparte del canturreo.

—¿Atracaron?

—Hace un cuarto de hora. Sólo los dioses saben qué va a hacer la estación con ellos.

Tendrán que arreglárselas con el sistema de emergencias, pero no he recibido ninguna transmisión al respecto.

—Bien.

—Y tampoco se recibe nada del sistema. Hay un silencio fuera de lo normal.

—¿Han atracado los kif?

—Sí, los siete.

—Alabados sean los dioses. ¿Estás segura de ello?

—La estación me ha dado su palabra.

Las orejas de Pyanfar se fueron inclinando lentamente hacia atrás mientras pensaba, con el ceño fruncido. De momento todo resultaba demasiado fácil, como si todos desearan ayudar, incluyendo a los kif que atracaban pacíficamente en la estación. No, ahí había algo que no tenía buen aspecto, algo muy fuera de lo normal. Pero ya era demasiado tarde para retroceder y bajo la *Orgullo* estaba Kohan y toda la casa de Chanur, para los cuales no había ninguna posibilidad de dar la vuelta y salir corriendo. La *Orgullo* no tenía otra opción.

—La estación nos pide que desactivemos el armamento,

Pyanfar lo pensó durante unos instantes y luego tendió la mano hacia el tablero, haciendo lo que les habían pedido.

—Ya está —dijo, deseando en su fuero interno haber podido actuar de otro modo.

Suponía que la *Mahijiru* haría lo mismo. Ahora la *Aja Jin* se encontraba detrás de ellas, defendiendo sus vulnerables espaldas.

—¿Tienes plan? —dijo de pronto en su oído la voz de Dientes-de-oro, transmitida desde el tablero de Tirun.

—Te quiero a mi lado cuando salgamos —dijo Pyanfar—. Ya sabes cuáles son las reglas de una estación hani, ¿verdad? ¿Las conoces todas?

—Todas —le confirmó Dientes-de-oro.

—Te veré en el muelle.

Armas, eso era lo que había pretendido hacerle entender: en las estaciones hani no se observaba ninguna regla sobre el armamento. Pero eso no era algo que estuviera

dispuesta a comentar por el comunicador. Confiaba en que el *mahe* acudiera armado.
Y estaba segura de que los kif sí irían armados.

La parte final de la maniobra se hizo de modo automático y el contacto con el muelle fue suave y sin problemas. Las abrazaderas del dique sujetaron a la nave por los costados y la estación les dijo que hicieran accesibles las entradas de la nave a los cables de conexión del dique. *Negativo*, transmitió Pyanfar, declinando con ello el servicio habitual de la estación: considerando las circunstancias no creía que protestaran demasiado al respecto.

Tal y como esperaba, la estación no hizo ningún comentario, limitándose a tomar la lectura acostumbrada de presión y recomendándoles que ajustaran el nivel de ésta en la compuerta.

—Sabén que va a haber problemas —murmuró Pyanfar—. Tirun, alguien debe permanecer a bordo. Quiero que seas tú y que Geran te acompañe: lo siento.

—Bien —musitó Tirun, algo disgustada pero sin discutir—, ¿Llamo a Geran y se lo digo?

—Hazlo. Quiero que estéis bien alerta. Si no podemos volver a la nave, toma el mando y actúa como mejor te parezca. Saca la nave de aquí, busca tripulación en Kirdu, mahendo'sat o lo que puedas encontrar, y sácale todo el provecho posible, ¿me has entendido?

—No será ése el plan que... —empezó a decir Tirun, con las orejas bruscamente pegadas al cráneo.

—No, dioses, claro que no estoy planeando que ocurra eso. Pero si perdemos, en el sentido que sea, no quiero que ninguna otra hani o un kif ponga sus manos en la *Orgullo*. De eso estoy segura.

—Muy bien —dijo Tirun—. Tully... ¿va a ser problema tuyo o nuestro?

—Mío —le dijo Pyanfar—. Es una prueba viviente y te daría aún más problemas de los que ya tienes. Posees la cinta y el Maestro de la Estación de Kirdu puede servirte de aliado si llegara el momento. No pienso dejarte ninguna instrucción más: si algo sale mal, tendrás que inventar tus propias reglas.

—Está bien —dijo Tirun.

La orden que acababa de dar dividía por la mitad a los equipos de hermanas. Si algo salía mal, Tirun y Geran formarían una pareja herida. Pero no había otro modo de hacer las cosas: quería tener a su lado el tamaño y la fuerza de Haral y Tirun no estaba en condiciones de aguantar una pelea. Chur era la más pequeña de las tripulantes pero era la más feroz a la hora de luchar. Pyanfar alargó la mano hacia Tirun y le apretó levemente el hombro. Todo lo que había hecho obedecía a consideraciones prácticas, y Tirun lo sabía.

Se reunieron en la cubierta inferior. Todas se habían aseado excepto Tirun, que no había tenido tiempo de lavarse y cepillarse. Tully vestía una camisa blanca stsho

recogida con un cinturón y se había cambiado los pantalones azules de faena por otros de mejor calidad, probablemente de Haral, ya que ella era quien había estado dejándole la ropa antes.

Pyanfar examinó al grupo y, recordando el perfume que llevaba en el bolsillo, lo sacó arrojándoselo a Tully, que lo cogió al vuelo.

—Todo ayuda —le dijo. Tully abrió el frasquito, lo olisqueó y arrugó la nariz con expresión dubitativa, pero cuando ella representó una pequeña pantomima de ponerse perfume, Tully vertió un poco en su mano y se lo echó por la barba y el cuello. Tosió un poco y se guardó el frasquito en el bolsillo—. Otra cosa —dijo Pyanfar. Sacó un magnífico anillo de oro que llevaba en el bolsillo de la izquierda, se lo ofreció a Hilfy y tuvo la satisfacción de ver cómo se le encendían los ojos—. No pienso llevarte a ninguna parte sin anillo. Si nos encontramos con algún kif o con alguna otra compañía más civilizada... será mejor que tengas el aspecto adecuado a tu lugar de origen, ¿entendido, chiquilla?

—Gracias —dijo Hilfy, contemplando el anillo con cara de no saber muy bien qué hacer con él, y se ruborizó un poco. Pero Geran, sin darle mayor importancia, le hizo inclinar la cabeza y con una limpia dentellada le agujereó el lóbulo, pasando luego el anillo por el agujero y asegurándolo.

—Bueno... —dijo Pyanfar, no muy segura de qué decir ante la visión de su sobrina, con su primer anillo de oro brillando en su oreja y un callado resplandor de orgullo en su mirada—. Vamos, debemos averiguar lo que nos está esperando ahí fuera. Tirun y Geran, quiero esa compuerta cerrada para todo el mundo excepto nosotras, sin importar el jaleo que podáis oír en el muelle o las ofertas que os hagan para abrirla. Ahora, decidle a Dientes-de-oro por el comunicador que se ponga en movimiento.

—De acuerdo —dijo Tirun. Estaba claro que ni a ella ni a Geran les complacía mucho haber recibido la orden de quedarse a bordo: Geran intentaba poner una cara más animada, pero no le estaba saliendo demasiado bien.

—Ten cuidado —dijo, dándole una palmadita a Chur en el hombro.

—Y suerte —añadió Tirun. Pyanfar le indicó al grupo que empezara a caminar y se dirigió hacia el pasillo, dejando que Tirun y Geran se ocuparan de las tareas de la nave.

Nadie miró hacia atrás excepto Tully, en cuyos ojos había una abatida mezcla de tristeza e inquietud.

Pyanfar llegó la primera a la compuerta y esperó a Tully, su mano apretando la dura superficie de la pistola que llevaba en el bolsillo. Todas llevaban armas menos Tully, que apresuró el paso para entrar con ellas en el recinto de la compuerta. Haral cerró la escotilla interior y durante un instante interminable Pyanfar luchó consigo misma para acabar decidiéndose y abrir el compartimiento que había junto a la

escotilla exterior. Cogió la pistola que se guardaba en él y la entregó a Tully.

—Bolsillo —dijo mientras que él la miraba, nervioso y sorprendido—. En el bolsillo y no la toques. Ni tan siquiera pienses en ella. Si yo disparo, tú también puedes hacerlo, ¿entendido? Si me ves disparar, entonces disparas tú, Pero no pienso disparar porque estamos en un lugar civilizado. Las hani no aceptan estupideces por parte de los kif y los kif lo saben. Si empiezan a ponerse desagradables se encontrarán con tal cantidad de hani encima que no sabrán ni adonde huir, te lo prometo. Y si sacas esa arma cuando no debas hacerlo, te arrancaré la piel.

—Entendido —dijo Tully con voz llena de fervor. Se metió la pistola en el bolsillo y luego, como para demostrar que lo había entendido, se llevó las manos ostentosamente a la espalda—. Yo obedezco órdenes. No hago errores.

—Bien —Pyanfar accionó el control y el sello exterior de la escotilla quedó desactivado.

El aire frío del muelle empezó a entrar por el tubo de acceso y Pyanfar sintió un chasquido en los oídos al variar la presión. Los ruidos que llegaban de fuera parecían dentro de la normalidad. Pyanfar se encaminó hacia la rampa, yendo en cabeza del grupo, y empezó a bajar por ella, dirigiéndose hacia la masa grisácea del muelle, todo metal y maquinaria.

Ahora el traductor ya no estaba dentro del alcance de la nave y Tully se convirtió nuevamente en sordo y mudo. Pyanfar le observó disimuladamente mientras emergían por el arco final de la rampa y pisaban por primera vez el muelle. Tully no se apartaba de Chur y Hilfy, o quizá fueran ellas quienes no se apartaban de él, en tanto que Haral cerraba la marcha, alta y sólida, y con aspecto de no tenerle miedo a los problemas, su cicatriz bien visible en el rostro al igual que los anillos de su oreja izquierda. Haral había ocupado de modo instintivo esa posición para guardarles la espalda y, muy posiblemente, para detener a Tully si éste perdía la cabeza en algún momento. Pyanfar estaba razonablemente segura de que eso era improbable: siendo una veterana en la caza, tenía un cierto instinto en cuanto a lo que podía ocurrir en una crisis, y su opinión sobre Tully era que si echaba a correr lo haría hacia adelante. Olvidando tales ideas, Pyanfar miró al frente y vio que unos estibadores habían dispuesto una barrera con cordones. Ante ella montaba guardia una empleada de la estación, quizá de la casa Llun, aunque podía pertenecer a cualquiera de la media docena de familias protegidas restantes que se ocupaban del mantenimiento del lugar. En una estación hani su solitaria presencia era guardia suficiente, pues todas las especies civilizadas sabían a lo que se arriesgaban caso de molestar a una empleada que actuaba en representación de su familia y de la posición que ésta ocupaba.

La empleada (Llun, en efecto, si la forma de sus orejas podía tomarse como un indicativo suficiente) era de edad madura y vestía los pantalones negros que desde tiempo inmemorial se reservaban a los puestos oficiales. Al acercarse sacó un papel

que llevaba en el cinturón y se lo ofreció, no sin mirar antes a Tully con las orejas algo caídas pero logrando mantener bastante bien su dignidad.

—*Ker* Chanur, se te pide que asistas a una reunión en el área principal. Se te hace responsable de los demás miembros de tu grupo y se da por sentado que la nave *mahen* se encuentra bajo tu escolta.

—Lo acepto —dijo Pyanfar, cogiendo el papel ofrecido. La empleada se echó a un lado para dejarles pasar, con una neutralidad irreprochable. En el dique contiguo había una barrera similar ante el acceso de la *Mahijiru*—. Venid —le dijo Pyanfar al resto del grupo, echando a andar hacia allí mientras examinaba velozmente el documento para enterarse de las imputaciones que se le hacían—. Los cargos iniciales son violación del Pacto y piratería.

—Malditos sean —murmuró Chur.

—Tendremos que arreglar todo eso de inmediato —dijo Pyanfar, apartando los ojos del documento para contemplar, boquiabierto, cómo Dientes-de-oro bajaba por la rampa encabezando un considerable grupo de *mahe*. Dientes-de-oro tenía un aspecto resplandeciente con su collar rojo oscuro, su faldellín y un reluciente montón de condecoraciones *mahen*—. Echadle una mirada, por todos los dioses...

—Un mercader... —escupió Haral—. Y yo un kif.

—Vamos —dijo Pyanfar. Dientes-de-oro le enseñó sus documentos a la empleada que montaba guardia en su barrera, pero ésta le indicó que pasara con una seña silenciosa, sin hacerle ninguna pregunta. El *mahe* y su séquito se reunieron con Pyanfar y su grupo junto a la entrada principal del muelle, formando una pequeña multitud. Iban armados y no hacían el menor intento de esconder las pesadas pistolas que llevaban en fundas sujetas al muslo derecho. En cuanto a las condecoraciones, había más repartidas por entre el séquito.

—¿Adonde vamos? —le preguntó Dientes-de-oro.

—A una reunión. *Ihiu*. A un lugar donde lo pondremos todo en claro. Aquí impera la ley hani, *mahe*. Este lugar es civilizado.

—Aquí hay kif —murmuró Dientes-de-oro—. Tengo Jik vigilando cola.

Entraron en el pasillo: estaba vacío, lo que resultaba bastante raro, y su pulida longitud se extendía ante ellos, aparentemente interminable. Mientras lo recorrían sólo encontraron de vez en cuando empleados de uniforme y algunas hani que por su atuendo parecían proceder de una nave, las cuales se apartaban para dejarles pasar y les observaban en silencio.

—Demasiado pocas —observó un *mahe*. Dientes-de-oro emitió un leve carraspeo que no resultaba nada claro como opinión al respecto.

—Maldición, demasiado pocas —dijo Pyanfar. Dobló una esquina y vio ante ella las puertas de la sala, en las que había una guardia doble. A partir de entonces se olvidó tanto de su grupo como de los *mahe*: agitó las orejas para poner bien los

anillos y saludó con un gesto majestuoso a la hani con pantalones negros que esperaba ante las puertas.

—Chanur —dijo alguien. Las puertas se abrieron para revelar una gran sala repleta de hani hablando ruidosamente, que se callaron de pronto y abrieron paso a Pyanfar y a todos los demás. Pyanfar se detuvo y miró hacia el punto Cardinal de la gran estancia en el que se encontraban las autoridades de la estación: Llun y Khai, Nuurun, Sahan, Maura y Quna... su posición resultaba evidente por los Colores ante los que permanecían inmóviles.

Y a su derecha había un grupo de figuras con túnicas negras: kif. Pyanfar vio también un par de stsho y automáticamente sus orejas se pegaron al cráneo mientras que arrugaba la nariz, pero al detenerse ante la Llun, que ocupaba el lugar más prominente entre las familias de la estación, ya había vuelto a levantarlas. Extendió el papel y un paje lo cogió para entregárselo a la decana de la casa Llun.

—Chanur pide transporte al planeta —dijo con voz calmada Pyanfar—. Nuestra petición debe ser atendida antes que cualquier otro litigio.

La decana de la casa Llun (Rifas Llun en persona, con sus rasgos anchos y macizos vueltos aún más inconfundibles por el oro y la impalpable dignidad que la envolvían) cogió el papel sin apresurarse, se lo metió en el cinturón y miró nuevamente a Pyanfar.

—Se ha hecho una queja por piratería siguiendo la ley del Pacto y según el tratado estamos obligadas a examinar de modo preferente esa queja.

—Cuando se ponen en cuestión los derechos de una familia, reciben el apoyo del tratado: así obra el *han*. La sede de nuestra familia está amenazada.

Kifas Llun vaciló unos segundos, apretando los labios.

—El desafío todavía no ha sido proclamado.

—Todavía; pero ahora lo será, ¿verdad, *ker* Kifas? Tú lo sabes y yo también y algunos de los presentes cuentan con ello, eso está claro. Es un punto de equidad, *ker* Kifas, y a ella apelo.

A sus palabras siguió un largo silencio. La decana de la casa Llun agachó las orejas para erguir las luego lentamente, frunciendo la nariz.

—Un punto de equidad —acabó declarando—. De hecho, lo que se encuentra ahora en juicio constituye la misma esencia del *han*. El derecho de familia tiene prioridad. La audiencia se pospone hasta que los derechos de Chanur y Mahn hayan sido puestos en claro.

—No —dijo una voz kif, ya familiar. Hubo una leve agitación en el grupo de figuras vestidas con túnicas negras y Pyanfar deslizó las manos acercándolas a sus bolsillos. Los kif se pusieron bruscamente en movimiento y, para ofensa y sorpresa de la asamblea, todo su grupo abandonó el lugar que ocupaba antes junto a una pared para colocarse en el centro de la gran estancia. Los stsho se movieron con ellos,

agachando la cabeza y andando como si sus cuerpos lamentablemente delgados fueran a quebrarse de un momento a otro: los adornos que cubrían sus pálidas pieles parecían bailar asimétricamente a cada paso. Y en el grupo de kif había uno más alto que los demás, uno cuyo porte indicaba la autoridad que poseía. Pyanfar apretó los labios y sus ojos no se apartaron del grupo de kif: sería aproximadamente una docena y estaba totalmente segura de que bajo esas túnicas llevaban armas.

—Akukkakk —dijo.

—Protestamos por esta decisión —dijo el kif, dirigiéndose a Kifas Llun. En su voz no había ni rastro del habitual tono gimoteante de su raza y erguía el cuerpo con desafiante arrogancia—. Nuestra propiedad ha sido violada y hemos sufrido daños. Nuestro litigio concierne a este Extraño y esos *mahe*. Le reclamo a él para que sea sometido a la jurisdicción kif y reclamo igualmente a esos *mahe* por los crímenes cometidos en nuestros territorios. Pertenecen a la nave *Mahijiru*, la cual debe responder de crímenes en contra del Pacto.

—Tully —dijo Pyanfar—, los documentos.

Tully se puso junto a ella y se los entregó sin decir palabra. Pyanfar le ofreció los documentos al paje, el cual los aceptó y empezó a leerlos.

—Tully. Registrado por la autoridad de la Estación de Kirdu como tripulante, *Orgullo de Chanur*, con un número *mahe*.

—La relación es obvia —dijo el kif—. Acuso a este Extraño de atacar un navío kif en nuestros territorios; de asesinar ciudadanos kif; de cometer numerosos crímenes y atrocidades contra el Pacto y la ley kif en nuestros territorios.

Pyanfar echó la cabeza hacia atrás con una pálida y feroz sonrisa en los labios.

—Todo eso es falso. ¿Piensa la decana de Llun tolerar sus acciones?

—Actos en los cuales —prosiguió Akukkakk—, intervino esta nave de Chanur y toda su tripulación en Punto de Encuentro, provocando un tiroteo en los muelles durante el cual fue asesinado un miembro de mi tripulación; también provocó un ataque hani en la vecindad de la estación, del cual tuvimos que defendernos. Durante dicho ataque intervino este *mahe* y sufrió averías, un descarado acto de piratería que...

—Mentiras —dijo Dientes-de oro—. Tengo aquí papeles mi gobierno acusan este kif.

—Una conspiración muy amplia —dijo Akukkakk—, en la cual está implicada la propia Chanur. Ambición, sabia hani... ¿No conocéis acaso al linaje de Chanur y su ambición? Soy un kif e incluso yo he oído hablar de ella; la casa de Chanur ha mantenido un estricto control sobre los territorios más lejanos a los que llegan vuestras naves, intentando de ese modo reservarlos para ella y sus partidarias. Ahora están en tratos con los *mahe* para obtener provecho de ellos, están haciendo tratados separados con las fuerzas del Extraño y con los *mahe* enemigos vuestros. Sabemos

muy bien quién es el capitán que ahora tenéis delante y su compañero, que espera armado junto al perímetro de la estación, amenazando así nuestras naves y las vuestras. ¿Ésta es vuestra ley? ¿Éste es el respeto que tenéis por el Pacto?

—Llun —dijo Pyanfar—, este kif hace caso omiso de la decisión adoptada por las autoridades de la estación. No tengo necesidad de especificar en qué juego anda metido. La ley protege a toda *han* de tales manipulaciones exteriores. Todas estas acusaciones son una táctica y nada más...

—No —dijo una voz desde el fondo de la sala. Una voz hani... una voz que Pyanfar ya había oído antes. Se volvió hacia ella y sus orejas se irguieron de golpe al ver una serie de rostros familiares al otro extremo de la sala. Eran Dur Tahar y su tripulación, con las Faha al lado.

—Esto no es una audiencia pública —dijo Kifas Llun—. La delegación kif tiene el derecho de presentar una protesta, pero se pospone el examen de sus acusaciones.

Dur Tahar dio un paso hacia adelante y se plantó ante ella, abriendo desafiantemente las piernas.

—Lo que voy a decir está relacionado con esa protesta, El kif tiene razón al afirmar que Chanur ha ido demasiado lejos y tiene también razón al decir que está haciendo tratos en secreto para su beneficio propio. Preguntadle sobre una cinta de traductor que le ofreció a los mahendo'sat y que se negó a darnos luego a nosotros. Preguntadle sobre este Extraño que según Chanur es tripulante de su nave. Preguntadle sobre los tratos que hizo en las oficinas de Kirdu, en los que se dejaba fuera a toda otra hani que no fuera ella y que provocaron un reguero de incidentes desde allí hasta Punto de Encuentro.

—¡Ambición, por todos los dioses! —gritó Pyanfar, señalando con una garra hacia Dur Tahar—. La ambición consiste en una capitana de nave que se alía con un kif culpable de haber asesinado hani para servir el deseo de poder que domina su casa. ¡Dioses! —gritó de nuevo, contemplando los rostros desconocidos que llenaban la sala, las caras de todas aquellas tripulantes del sistema, casi ninguna de las cuales tenía casa que la representara en Anuurn—. ¿Hay aquí alguien de Aheruun, alguien de esa parte del planeta que pueda hablar en nombre de la nave Handur que este kif destruyó en Punto de Encuentro, estando él en el dique contiguo, cuando esa nave no sabía nada de que hubiera problemas en el sistema? *Ambición*. Eso es lo que demostró Dur Tahar al dejarnos averiadas en Kirdu, sin ayuda, para volver corriendo aquí y usar la información que poseía en ventaja de su casa. Dur Tahar, que se ha aliado con los kif, que sabe cómo su aliado atacó tres naves hani y una cuarta nave procedente del exterior de nuestro espacio. Un kif que ha conseguido aterrorizar a esos desgraciados stsho para que acudan aquí con sólo los dioses sabrán qué historia. Un kif que ha creado una crisis en la que está envuelta toda la estructura del pacto. Por los dioses, sé muy bien la razón de que Dur Tahar prefiera seguir ciega ante los

hechos; pero tú, Faha, tú... por los dioses. Él mató a tus parientes ¿y ahora te presentas aquí apoyando a ese *hakkikt* que te abordó en el espacio? ¿Qué ha sido de tu coraje, Hilan Faha?

Hilan abrió la boca dispuesta a responder y avanzó hacia ella con las orejas gachas y el rostro furioso. Un kif empezó a gritar con algo que era una mezcla de aullido y chasquido, haciendo imposible oír a Hilan, pues al primer kif se le unieron inmediatamente los otros y no cesaron hasta que Akukkakk alzó un huesudo brazo de piel gris y, volviéndose hacia la decana Llun, gritó:

—Justicia, hani, justicia. Esta ladrona mentirosa, esta Chanur, se encontró complicada en todo desde el principio, actuando como aliada secreta de los mahendo'sat, como agente suyo, haciéndoles participar en feroces ataques sobre nuestro territorio que no pensamos olvidar.

—Este kif... —rugió Dientes-de-oro, a un volumen superior incluso al de Akikkakk— ...este *hakkikt*. Asesino. Treinta naves obras suya. Este *hakkikt* unir a todos los kif. Crear nuevos problemas en el Pacto, problemas nunca vistos, no importarle Pacto, escupe en él —dio un paso hacia adelante y sacó de su cinturón algo que metió bruscamente en las manos del paje—. Papeles dicen de mi gobierno verdad. Hani y *mahe* le cazan, sí. Hacer kif huir de *mahe*, entrar en territorio de este nuevo Extraño, este Tully. Gran territorio, gran problema.

Yo digo verdad para *han*—, yo digo mentiroso este Akukkakk Hinukkui. Yo testigo en Punto de Encuentro; este kif miente.

—Peligro nuestra estación —tartamudeó un *stsho*, propulsado hacia primera línea por un brusco empujón de los kif—. Protestamos... Protestamos por el incidente; pedimos compensación.

—¡Basta! —dijo la decana Llun alzando su voz sobre el tumulto general. Al oírla todas las hani se callaron al instante y el griterío de los kif se fue apagando gradualmente.

—Llun... —dijo Hilan Faha aprovechando el repentino silencio.

—Basta —repitió la decana con el ceño fruncido—. El kif tiene derecho a protestar y a interponer sus cargos. Pero una vez existentes dichos cargos, todas las partes deben ser oídas. En esta causa acaba de aparecer un nuevo documento.

Extrajo una tarjeta de su cinturón y se la entregó al paje, el cual la cogió y se apresuró a introducirla en la rendija del muro que controlaba la pantalla de la gran sala. La pantalla se encendió con un destello y por ella empezaron a desfilas las letras.

stsho	kif	knnn	(*)	hani	<i>mahe</i>	tc'a
estación	nave	nave	nave	nave	nave	yo
comercio	muerte	ver	aquí	correr	ver	saber
miedo	deseo	ver	hani	huida	ayuda	knnn

violación violación violación violación violación violación yo
Pacto Pacto Pacto Pacto Pacto Pacto Pacto
ayuda ayuda ayuda ayuda ayuda ayuda ayuda

El modo de comunicación tc'a, una matriz de comunicaciones mantenida entre las varias partes de un mismo cerebro que formaban simultáneamente cadenas de pensamiento.

Pyanfar estudió la pantalla y tragó aire, en tanto que Dientes-de-oro, los kif y las hani iban leyendo detenidamente los mensajes.

—Es nuestra sombra —murmuró Haral—. Es el tc'a con ese maldito knnn.,.

—Por todos los dioses, tiene un intérprete —dijo Pyanfar mientras que una gran sonrisa se iba extendiendo en su cara—. Ese tc'a que cogieron en Kirdu; ahora está hablando con nosotros, por la bendición de todos los dioses. ¿Lo has visto, kif? Tus vecinos no aprecian nada tu compañía y hubo otro espectador de lo que sucedió, un espectador al que no serás capaz de corromper...

—Gracias a ti ahora nos enfrentamos a una seria crisis —gritó Dur Tahar, interponiéndose de pronto entre Pyanfar y la decana Llun—. Ojalá los dioses te fulminen, Chanur, si eres capaz de alegrarte viendo que los tc'a están metidos también en este lío. Fueron los *knnn* quienes rodearon a mi nave en Kirdu; los knnn, como en los viejos tiempos de las tripulaciones muertas y los cargueros hechos pedazos. ¿Estás orgullosa de haber logrado que también *ellos* se metan en esto? Pido la detención de este Extraño mientras tiene lugar la acción judicial; pido la suspensión del permiso y los documentos de este *mahe*, pido que se censure formalmente a la capitana de la *Orgullo de Chanur*, así como a su tripulación y a la casa que está en el origen de todo este embrollo.

—¿Y para los kif nada? —le replicó Pyanfar—. ¿Para un aventurero kif que asesinó hani y *mahe*, que ha provocado la posible ira de una poderosa especie desconocida, con todo lo que eso puede llegar a significar... nada? *Ambición*, Tahar, y codicia, y cobardía. ¿Qué te ha dado ese kif? ¿La promesa de que las naves de Tahar quedarán a salvo si todo esto es silenciado? Yo rechacé el soborno de un kif. ¿Cuál fue tu respuesta a ese ofrecimiento?

Sus palabras eran sólo un desesperado tiro a ciegas, pero Dur Tahar agachó las orejas y sus pupilas se dilataron como si acabara de recibir un golpe inesperado. Todos se dieron cuenta de ello. De pronto se hizo un espeso silencio en la estancia: Dur Tahar no sabía cómo reaccionar y los kif se apretaron muy levemente entre sí, formando un grupo aún más compacto, en tanto que los stsho, aterrados, se abrazaban. Al ver cómo se batían en retirada, Pyanfar sintió una amarga satisfacción.

—Bastardo —dijo Pyanfar, con un repentino rubor de vergüenza por Dur Tahar y

por Hilan Faha, inmóvil junto a ella con las orejas gachas. Akukkakk no se había movido: tenía los brazos cruzados y la diversión que le producía todo eso inclinaba hacia abajo las comisuras de sus labios alargando aún más su rostro de arrugada piel gris.

—Se está riendo —dijo Pyanfar—, se ríe de las debilidades hani. De la ambición capaz de hacernos olvidar que no estamos en todos los mercados y que no comerciamos con cualquier artículo. Y se ríe porque está convencido de que haremos un trato con él para conseguir que nuestras naves puedan moverse con libertad fuera de nuestro sistema natal, porque ahí fuera hay muchos más kif de los que habéis visto y él cree que no pensamos combatir. La especie hani nunca combate porque no le hace falta. Ya he sufrido bastante retraso. Se me prometió un transporte al planeta y pienso conseguirlo. Me voy a mi hogar y luego volveré, maestro de ladrones y asesinos... y me enfrentaré a ti en ese juicio plenario.

Akukkakk ya no reía. Aún tenía los brazos cruzados y los otros kif seguían absolutamente inmóviles y callados. En la sala el silencio era completo. Pyanfar le hizo una rígida reverencia a la decana de Llun, se dio la vuelta y fue hacia la puerta, pero Dientes-de-oro y su séquito no se movieron, los ojos clavados en los kif. Tully se paró a mirarlos y Pyanfar se detuvo también, frunciendo el ceño.

—Dientes-de-oro, ven. Soy responsable de ti, ¿me has entendido?, al igual que Dur Tahar se hizo responsable de estos kif en la estación. Ven.

Dur Tahar no respondió a su pulla, lo que revelaba hasta qué punto había quedado abatida.

—Tengo amigo —le dijo Dientes-de-oro al kif—. Esta vez, tengo amigo y no en muelle. Tú muy bien en muelle, kif, tú proa a la estación. Quizá pedir hani que te den escolta, ¿eh?

Akukkakk le miró, torciendo el gesto.

—Quizá. Y quizá Chanur será tan amable como para hacerlo ella misma cuando vuelva de Anuurn.

Pyanfar creyó sentir en la espalda como una ráfaga de viento helado. Permaneció unos segundos inmóvil, mirando al kif, pensando en las posibilidades que tenía.

Seguramente tanto la decana de Llun como todas las comerciantes del sistema estaban pensando en lo mismo, en cuáles eran las opciones lógicas a considerar con siete naves kif y dos navíos de caza *mahe*.

—Dame al Extraño —dijo Akukkakk—. O la cinta de traducción. No es tanto, ya que puedo obtenerla más pronto o más tarde de los *mahe*.

—¿Igual que tú obtener de hani? —murmuró Dientes-de-oro.

—Lo que las hani estén dispuestas a dar —le dijo Pyanfar con una expresión de repugnancia—, es algo que sólo concierne a la especie *han*, algo que debe ser decidido de mutuo acuerdo. Quizá, *hakkikt*, puede que acabemos hablando de esto

una vez que todas las partes implicadas hayan quedado tranquilas sobre sus derechos, antes de que el Pacto quede aún más dañado de lo que ya está.

En la gran sala seguía reinando el silencio. Los stsho la contemplaban con sus pálidos ojos como animales atrapados y Pyanfar sentía también clavadas en ella las oscuras pupilas kif, rodeadas de círculos rojizos, y el negro con irisaciones de ámbar de los ojos hani. Fe en un kif... Dio la vuelta y al llegar a la puerta de la gran sala no le hizo falta mirar para darse cuenta de que esta vez tanto Dientes-de-oro como su tripulación estaban detrás de ella; igual que Tully, con el rostro lívido y cubierto de sudor.

La puerta se abrió para cerrarse nuevamente a sus espaldas. Pasaron junto a las centinelas de Llun y entraron en el corredor, ancho y vacío.

—Voy a mi nave —dijo Dientes-de-oro—. Seguir vigilando ese bastardo kif.

—Yo cogeré el trasbordador —dijo Pyanfar—. Tengo asuntos muy urgentes de los que ocuparme: un hijo estúpido y problemas en las tierras de Chanur. Es cuestión de vida o muerte, *mahe*.

—Kif descubrir dónde vas, derribar tu trasbordador. Jik te dará escolta, ¿a? Irá junto a ti, luego hará órbita y te acompañará de vuelta sana y salva.

Pyanfar alzó los ojos hacia el rostro del *mahe*, serio y tranquilo. Luego alargó la mano y le apretó fuertemente el brazo, musculoso y cubierto de vello oscuro.

—Si quieres mi ayuda después de todo esto, *mahe*, la tendrás. Seré la primera en ayudarte, Ese kif miente y tú lo sabes.

—Eso yo sé —dijo Dientes-de-oro—. Durante todo este tiempo yo sabido.

Al llegar a la intersección del corredor sus caminos se bifurcaban. Pyanfar señaló hacia el muelle y Dientes-de-oro fue en esa dirección con su séquito detrás, como un gigantesco organismo de oscuro pelaje que iba avanzando hacia la entrada. Pyanfar le hizo una seña a su grupo y partió en dirección opuesta, siguiendo la curvatura del pasillo que conducía hasta el trasbordador.

De pronto oyeron ruido de pasos detrás de ellas y el chirrido de unas garras hani impulsadas por una premura no muy digna. Pyanfar se volvió a mirar, igual que el resto de su grupo, y vio a una joven empleada de la estación, con sus pantalones negros, que se acercaba a la carrera, jadeando. La joven se apresuró a hacerle una reverencia y luego alzó los ojos hacia ella, con las orejas respetuosamente bajas.

—Capitana. Ana Khai. La estación os pide que vengáis. A todas vosotras. De prisa y con la mayor discreción posible.

—La estación me dio permiso para atender a mis asuntos, que son muy urgentes, joven Khai. Tengo que tomar el transbordador para el planeta y no pienso perder tiempo en conferencias.

—Es lo único que se me dijo —jadeó la mensajera, con sus ojos yendo nerviosamente de ella al resto del grupo—. Debo hacer que vengas. El decano Llun

está aquí mismo. De prisa, por favor.

Pyanfar la miró con cierto enfado y luego, con un gesto de asentimiento, les indicó a los demás que siguieran a la mensajera.

—No perdamos más tiempo —le dijo secamente y la joven se puso en marcha tan deprisa como podía, logrando a duras penas mantenerse un poco por delante de Pyanfar.

Tal y como les había dicho, no tuvieron que alejarse mucho: la mensajera les llevó a una de las salas de reunión secundarias y en su puerta se encontraron con un numeroso grupo de personal de la estación y bastantes comerciantes del sistema, que les abrieron paso al verles llegar para rodearles una vez hubieron entrado en la sala.

Y ahí estaba el decano, cierto: el anciano de la estación en persona, instalado en un gran sillón cubierto de almohadones y teniendo junto a él un compacto grupo de compañeras/hijas/nietas, aparte de algunos hijos aún pequeños y, por supuesto, todos los súbditos comerciales de la familia, el personal de la estación y las capitanas de naves.

También estaba allí Kifas Llun, su primera esposa, a su lado, así como gente de otras casas.

La casa Llun estaba protegida; no podía ser desafiada, pues ocupaba un puesto demasiado importante, al igual que todos los encargados de puertos y vías fluviales y, en general, de todas las cosas que la especie hani utilizaba en común. El anciano ya había rebasado hacía mucho tiempo su madurez pero cuando se puso en pie aún resultaba impresionante y Pyanfar borró su fruncimiento de ceño para saludar con gesto respetuoso al anciano y a Kifas.

—Este problema... —dijo, haciendo temblar el aire con su sonora voz de bajo—, Este Extraño, dejad que lo vea.

Pyanfar se volvió cogiendo a Tully por el brazo. En sus ojos brillaba una luz aterrada, como si no deseara acercarse ni un paso más al anciano Llun.

—Amigo —le dijo ella—, él amigo.

Tully se dejó conducir y Pyanfar le pinchó levemente el brazo con las garras para que no olvidara sus buenas maneras. Tully hizo una reverencia, demostrando así que el pánico no le había hecho perder del todo la cabeza.

—Un macho, *na* Llun —dijo Pyanfar en voz baja y el Llun asintió lentamente, agitando con ello su impresionante melena, los labios fruncidos por el interés.

—¿Agresivo? —le preguntó el Llun.

—Civilizado —dijo Pyanfar—, pero semejante a los *mahe*. Armado, *na* Llun. Los kif le tuvieron prisionero durante un tiempo y mataron a sus compañeros de nave. Logró huir de ellos y eso fue el principio de todo. Tenemos una cinta de traducción para su lenguaje y estamos dispuestas a hacerla accesible con generosidad. Quiero dejar bien claro que él la grabó con toda libertad y por razones propias. En cuanto al

asunto de Tahar, ése es un problema *han*. No confié en Dur Tahar para que hiciera de mensajera y pongo a los dioses por testigos de que me apena haber estado en lo cierto. Y ahora, *na* Llun, si me lo permitís, volveré luego para responder a vuestras preguntas. El tiempo es ahora muy importante, y ya se me había dado permiso para irme

—El desafío ha sido proclamado —dijo Kifas Llun y Pyanfar se volvió bruscamente hacia ella, contemplándola con dureza—. La noticia acaba de llegar.

Pyanfar hizo retroceder a Tully, confiándolo nuevamente a Hilfy, y, sin decir palabra, giró para marcharse.

—*Ker* Chanur... —dijo Kifas y Pyanfar se volvió a mirarla con ojos que echaban fuego—. Hay un modo más rápido: escúchame.

—Quiero un enlace de comunicaciones —dijo Pyanfar—. Ahora mismo.

—Escucha, *ker* Chanur, escucha... —Kifas cruzó la estancia y la cogió del brazo para detenerla—. Nuestra neutralidad...

—Que los dioses se lleven vuestra neutralidad. Mantened a los kif bien lejos de mí, tengo cosas que hacer ahí abajo.

—Tengo una nave —dijo una de las capitanas sin que nadie se hubiera dirigido a ella.

Era de edad media y aproximadamente tan grande como Haral—. Es vieja, *ker* Chanur, pero puede bajar directamente hasta Chamar y aterrizar ahí, cosa imposible para un traspordador. Es un carguero de Tyo, la *Suerte de Rau*. Estoy dispuesta a correr el riesgo, si Chanur así lo decide.

Pyanfar tragó aire y la miró. Rau era una casa sin propiedades en el planeta. Las casas del sistema carecían de tierra o propiedades, aparte de sus naves, a no ser que estuvieran establecidas en Tyo, siendo llamadas entonces coloniales.

—Tu palabra sigue teniendo algún valor, Pyanfar Chanur —dijo Rifas—. Estamos sometidas al Pacto y no podemos hacer nada, salvo retener a esos kif en la estación el mayor tiempo posible. Cuentas con los *mahe* para que te ayuden y puedes hacer bastante más que nosotras. Chanur tienen dos naves más que podrían ser de utilidad. Tahar...

Kifas no llegó a terminar la frase—, sus orejas se agitaron con incómodo nerviosismo.

—Sí —dijo Pyanfar—, Tahar. No estoy demasiado segura de poder confiar en sus naves llegado el momento.

—No podemos ofrecer una defensa muy fuerte en estos momentos —dijo Kifas—. Tus capitanas están en el planeta con la mayoría de sus tripulaciones, al igual que ocurre en otras casas. Tendremos a los kif en el muelle tanto tiempo como nos sea posible retenerlos aquí, pero tú misma dijiste... dijiste que podía haber otros.

—Tenéis a las capitanas del sistema.

—Contra naves capaces de alcanzar velocidad de salto...

Pyanfar paseó la mirada por las capitanas presentes en la estancia.

—Coged todas las naves con capacidad de salto que tengáis a mano y reclutad tripulaciones. Aceptad las órdenes que se os den en el momento, no importa de qué casa procedan. Preparad esas naves para que estén listas y en condiciones de navegar. Traeré aquí de vuelta a las capitanas de Chanur y a todas las demás que pueda encontrar. Mientras tanto, tener las naves listas es lo mejor que podéis hacer en contra de los kif. —Miró a Kifas Llun con el rostro austero y serio—. Vuestra neutralidad ya ha sido hecha pedazos. Haz que me acompañe alguien de tu casa para que pueda decir en el planeta lo que está pasando. Tengo que irme ahora mismo. La *Mahijiru* y la *Aja Jin* mantendrán inmovilizados a los kif y se asegurarán de que el camino siga abierto. *Ker Llun*, si no actúo ahora mismo, los trastornos que sufrirá el *han* no afectarán solamente a la casa de Chanur. No me cabe duda de que Dur Tahar estará muy pronto ahí abajo, ocupando el primer lugar en la cola para recoger los despojos. Ya os encontráis metidas en ese problema y no pienso dejar que la casa Chanur pague las consecuencias,

—Rau —dijo Rifas Llun—, ¿estás dispuesta a ir?

—Ahora mismo —dijo la capitana Rau.

—Ginas —dijo Kifas, señalando hacia un miembro de su séquito—. Acompaña a la capitana Chanur y habla con ellas ahí abajo. Responde a todas sus preguntas. Te pongo a sus órdenes.

La hani así señalada hizo una reverencia y Kifas movió la mano, señalando ahora hacia la puerta.

—Llun —murmuró Pyanfar, haciéndole una rápida reverencia a Kifas y a *na Llun*, el cual había vuelto a sentarse. Luego se volvió y con una apresurada señal partió hacia la puerta, con su grupo detrás, incluyendo ahora en él a la mensajera Llun, precedida por la capitana Rau.

—Por aquí —le dijo ésta, indicando un pasillo que les conduciría hasta los muelles en que atracaban las naves de pequeño tonelaje.

Pyanfar estaba totalmente convencida de que Kohan no habría aceptado el desafío de inmediato, sabiendo que Pyanfar ya estaba de vuelta en el sistema. En estos momentos ya debía estar enterado de ello, dado que la notificación a una casa de que una nave de su propiedad había llegado a puerto era un asunto de mera rutina. La secuencia en que se habían ido produciendo los acontecimientos parecía indicar que sus enemigos lo sabían y Kohan también debía estar enterado. Era demasiado inteligente como para permitir que le obligaran a lanzarse a la acción sin ciertos preliminares y Pyanfar confiaba en ello con todas sus fuerzas.

Dos horas por avión desde el punto en que bajara el trasbordador hasta el aeropuerto utilizado por Chanur, Faha y las casas menores del valle. Con la propuesta

de la capitana Rau podrían ahorrarse ese tiempo, y también ello era algo que formaba parte de sus planes y esperanzas.

Al igual que un par de *mahe*.

Ojalá los dioses hicieran que Akukkakk no hubiera perdido totalmente la esperanza. Si una de esas naves kif recibía la señal de atacar. Si Akukkakk se inclinaba por el suicidio, quizá fuera capaz de tomar esa decisión. Si realmente había más naves kif fuera del alcance de los aparatos de observación. Quizá hicieran falta cinco o seis horas de retraso para enviar el mensaje y llevar a cabo el ataque: con suerte, quizá los kif no supieran que las naves hani situadas en el sistema no contaban apenas con tripulación; con suerte quizá los kif decidieran considerarlas como una auténtica amenaza para ellos. Con suerte, y si nadie había hablado demasiado.

—Esa nave tuya —le dijo Pyanfar a la capitana Rau mientras andaban por el pasillo—, ¿está armada?

—Tengo unos cuantos rifles a bordo —dijo la capitana Rau.

Para las naves que recorrían incesantemente el sistema como bestias de carga no había rampas de acceso: sólo un tubo oscuro que conducía directamente desde el muelle al interior de la nave, frío y con muy poca iluminación. La capitana Rau entró en primer lugar, llamando con un grito a su tripulación, que respondió rápidamente con un ruidoso estruendo de pies sobre las placas metálicas desprovistas de protección. El aire olía mal y resultaba difícil respirar. Pyanfar entró en la nave unos segundos después que la capitana de la *Suerte* y al agachar la cabeza en la escotilla se apoyó con la mano en el metal, retirándola luego cubierta de minúsculas gotitas; en los sistemas de reciclaje debía haber algún cierre a punto de romperse. Sólo los dioses sabían con qué margen de eficiencia trabajaban ahí los sistemas vitales. Pyanfar pasó junto a hileras de compartimientos cerrados y llegó al foso de control, confiando en Haral y Chur para que se ocuparan de instalar el resto del grupo.

—¿Nombre? —le preguntó a la capitana Rau, instalándose en uno de los asientos del foso y hundiéndose hasta la cintura, evitando por un pelo las pantallas que colgaban por encima de éste.

—Nerafy —dijo la capitana, señalando con un gesto hacia otras dos haní, que Pyanfar supuso debían ser su copiloto y su navegante, las cuales estaban entrando por el otro lado del foso—, Tamy, Kihany.

—Tenemos escolta —dijo Pyanfar—. Los *mahe* se encargarán de que lleguemos hasta allí y podamos volver, así que en marcha. No podemos seguir perdiendo el tiempo. ¿Es posible disponer de comunicaciones?

—Nos iremos ahora mismo —dijo Nerafy, hundiéndose en el almohadillado de su asiento. La escotilla se cerró con un golpe ensordecedor—. Kihany, vamos hacia Anuurn.

Ocúpate de que la capitana tenga un enlace de comunicación disponible.

El campo repulsor desapareció de pronto y Pyanfar fue hasta el tablero de comunicaciones y navegación, agarrándose de un respaldo a otro. Una vez allí se afianzó con manos y pies en el tablero para examinarlo.

—Quiero una transmisión constante con la *Aja Jin* —dijo, ignorando la gravedad que se esforzaba por echarla hacia atrás—. Nave *mahe*. Debo hablar con ella antes de partir.

Un instante después una voz *mahe* chisporroteó en el tablero. La *Suerte de Rau* empezó a maniobrar y por unos segundos se quedaron sin gravedad, recuperándola después.

—*Aja Jin*, ¿nos tienes bajo observación? Quiero que sigáis esta señal y nos localicéis.

—Localizada —respondió la voz, tranquilizándola un poco—. Localizada,

observamos.

—Corto —dijo Pyanfar. Cerró la transmisión, no deseando mantener conversaciones demasiado largas con kif cerca para poder oírlas. Sosteniendo el micrófono en la mano tocó con la otra el hombro de la navegante, frenéticamente ocupada con su tablero—. Siguiendo llamada: satélite a estación de superficie en la región de Enafy, área 34, número local 2-576-98. Habla con cualquier hani que te responda.

La navegante se volvió a mirarla fugazmente, con ojos más bien desesperados, le traspasó sus funciones a la copiloto y se puso al trabajo sin hacerle ninguna pregunta ni ponerle impedimentos.

—¿Dónde vamos a posarnos? —le preguntó la copiloto.

—Primero tenemos que llegar hasta allí —dijo Nerafy—. Estamos efectuando una misión de rescate y la velocidad es lo principal.

—Coordenadas del mapa 54.32/23.12 —dijo Pyanfar, escuchando las transmisiones del tablero. Estaban en contacto con Enafy. Unos segundos después la navegante le hizo una seña y Pyanfar se puso el auricular levantando el micro hasta sus labios—. Chanur —dijo, temblando un poco pero solamente a causa del frío—. ¿Estoy hablando con Chanur?

—Aquí Chanur —dijo una voz desde el planeta, lejana y casi ininteligible a causa de la mala recepción—. Aquí Residencia de Chanur.

—Aquí Pyanfar. Vamos de camino, ¿Quién eres?

Un instante de silencio durante el cual Pyanfar creyó haber perdido el contacto.

—Es la tía Pyanfar —siseó débilmente en el micrófono la voz lejana—. ¡Por todos los dioses, corre, díselo a Jofan!

—¡No te preocupes ahora por Jofan, chiquilla! Busca a Kohan sin perder un segundo, ¿me has entendido?

—Tía Pyanfar, soy Nifas. Creo que *ker* Jofan vendrá en seguida. Las Tahar están aquí y el desafío de Mahn ya ha sido proclamado oficialmente, Kara Mahn se ha encargado de ello. De momento Faha es neutral, pero Hurán sigue aquí. Araun y Pyruun han llamado diciendo que vendrían. Todas estamos aquí. Sabían... tía Jofan, es...

—Pyanfar. —Otra voz al micrófono—. Gracias a los dioses. Ven aquí de inmediato.

—Busca a Kohan, tráelo aquí. Quiero hablar con él.

—Está... —La voz de Jofan calló o quizá fuera un brusco estallido de interferencias—. Lo intentaré. Mantén el contacto.

—Lo mantendré —Pyanfar se tapó la boca con los dedos, sosteniendo aún el micrófono, moviéndose un poco para intentar aliviar el dolor de su cuerpo envarado: ahora ya estaban acelerando. El borde del foso de control se clavaba agudamente en

su espalda. El cambio de postura la alivió un poco pero el esfuerzo estaba haciendo que le empezaran a temblar los músculos. Examinó las pantallas, viendo que algo se movía en ellas. Tenía la esperanza de que fuera la *Aja Jin*, y ojalá lo fuera.

—Pyanfar. —La voz, grave y profunda, pareció explotar en su oído pese a la estática.

Era Kohan sin duda alguna—. Pyanfar.

—Kohan, voy en camino. Estoy a punto de llegar. ¿Cuánto tiempo nos queda, Kohan?

Un largo silencio.

—Kohan.

—Te esperaré. Creo que podré retrasar las cosas el tiempo suficiente.

—Pienso efectuar un aterrizaje directo. Quiero que te quedes en la casa y que no oigas ni veas nada. Tengo algo aquí, algo que encontrarás muy interesante.

—Ese Extraño.

—Veo que os han llegado las noticias.

—Tahar te acusó de varias cosas.

—Eso ya está arreglado. Está arreglado, ¿me entiendes?

Otro silencio, igualmente prolongado.

—Aún no he perdido la cabeza. Sabía que vendrías. Debía estar aquí por si les ocurría adelantarse al momento debido; tienen mucha prisa.

Pyanfar dejó escapar un largo suspiro.

—Bien. Has hecho bien. Sigue así.

—¿Dónde está Hilfy?

—Está bien. Bien y a salvo. Estoy a punto de llegar. Basta de charla, tenemos mucho que hacer. ¿Me has entendido?

Un lejano suspiro apenas audible a través de las interferencias.

—Haré que ese mocoso de Mahn reciba su merecido. —El suspiro se convirtió en lo que parecía una leve risita—. Me quedaré aquí, bebiendo efe y gozando de la sombra, hasta que le dé un ataque de nervios. Date prisa, Pyanfar. Te necesito aquí.

—Cierro —dijo ella y devolvió el micro al tablero, sintiendo cómo su brazo luchaba contra la aceleración. Al cesar en el esfuerzo se dio cuenta de lo larga que había sido la conversación y de lo fácil que habría resultado comprender quién viajaba en este cascarón metálico. La transmisión había sido dirigida directamente al satélite: quizá nadie la había recogido, pero...

—Todo va bien —dijo Nerafy.

—Voy a reunirme con mi tripulación —dijo Pyanfar. Cruzó nuevamente el pozo, apoyándose con los pies en las mamparas.

—Es mejor usar el cable de seguridad —le aconsejó la capitana.

Pyanfar lo encontró y, una vez que el pasador estuvo cerrado, lo cogió firmemente

entre los dedos. Luego se lanzó a lo largo del pasillo central, pasando junto a paneles metálicos cubiertos de humedad y células de iluminación medio apagadas por el tiempo, sosteniendo con sus brazos una vez y media su peso corporal. Llegó por fin a la barrera almohadada en que se encontraban las demás y Haral la recogió, consiguiendo con cierta dificultad hacerla pasar por encima del protector acolchado que cerraba el compartimiento.

Ayudada por varios pares de manos, uno de ellos perteneciente a Tully, Pyanfar se derrumbó sobre los almohadones.

—Logré entrar en contacto y hablé con Kohan —jadeó, intentando desenredar sus miembros del confuso montón que ocupaba el compartimiento—. Intentaré ganar tiempo.

El rostro de Hilfy. Pyanfar vio cómo una oleada de alivio reprimido inundaba sus rasgos y sintió cierta pena ante la muchacha que había entrado en la *Orgullo* aparentemente muchos años antes, convertida ahora en la mujer que tenía delante, capaz de autocontrolarse y medir cuidadosamente las posibilidades que les quedaban en su situación actual.

—También hablé con los *mahe* —dijo Pyanfar—. Siguen con nosotras —miró a Ginas Llun, que estaba medio escondida tras Chur y Haral, y ésta asintió, con las orejas pegadas al cráneo y los ojos llenos de nerviosismo—. No es necesario que nos acompañes en el viaje de regreso —prosiguió Pyanfar—. No hay razón alguna para eso, *ker* Llun. Nos ocuparemos de que llegues abajo sana y salva y eso será todo.

—Gracias —le respondió Ginas Llun con voz seca y algo despectiva,

—Capitana. —Haral le entregó unas raciones y una botella. Pyanfar dejó la botella en su regazo y abrió el paquete con una garra, sintiendo que las manos le temblaban a causa del esfuerzo prolongado que había hecho en el foso. Luego usó la misma garra para perforar el cierre de la botella y tomó un sorbo. La comida la ayudó un poco, aunque tragar resultaba difícil por el efecto de la aceleración. Con un gesto, ofreció parte de sus raciones a las demás.

—Ya hemos comido —dijo Chur. A lo largo del cable hubo una lenta agitación de cuerpos, a medida que todas intentaban instalarse lo más cómodamente posible. Tully intentaba hablar, expresándose con las manos y con su aún tosco vocabulario hani. Hilfy y Chur le respondían hablando con lentitud e intentando hacerse entender: estaban explicándole algo de la nave y su atmósfera, al parecer. Tully tenía frío. Chur y Hilfy le taparon lo mejor posible con sus cuerpos y eso pareció ayudarle un poco. Pyanfar miró por última vez a Haral y luego cerró los ojos, agotada por el esfuerzo físico y lo incómodo de su situación.

No podía hacer nada para remediarla; ni en la nave ni en el planeta. En esos momentos Kohan debía tener los nervios destrozados y a cada hora que fuera pasando, la tensión psíquica de mantenerse preparado para el desafío e irlo retrasando

al mismo tiempo se haría peor, más agotadora, como si estuviera preparándose para saltar a un abismo y luego, llegado el instante decisivo, se apartara de él para empezar de nuevo. El esfuerzo de retroceder era el más difícil, el que sólo podía conseguirse con una férrea voluntad. Sólo los dioses sabían cuánto tiempo llevaban los nervios de Kohan soportando esa tensión; meses, quizá. Quizá desde la noche en que se fue Hilfy, quizás incluso antes, cuando se dio cuenta por primera vez de que Khym Mahn estaba planeando llegar al desafío. Al fin acabaría llegando a un punto en el que vomitaría el alimento y sería capaz de dormir, agotándose en interminables paseos de un lado a otro, manteniendo una tasa tan alta de adrenalina que en cuestión de días no sería más que piel y huesos. Huran y algunas otras se habían quedado con él y también estaban dos de sus hijos más jóvenes, los cuales no habían demostrado precisamente mucho sentido común quedándose a su lado, en vez de salir huyendo. Y luego estaban sus hijas, que debían estar realizando esfuerzos inauditos para lograr que comiera y durmiera lo más posible al acercarse el momento final. Hijas, compañeras y, contando a las capitanas, unas cuantas medio hermanas suyas, quizá las más dignas de confianza en todo el grupo. Pero también resultaba posible que algunos machos ya adultos de Chanur estuvieran volviendo del exilio, haciendo aún más tensa la situación, abandonando su retiro solitario, su vagabundeo o esas ocupaciones conocidas sólo por los dioses con que los machos de los santuarios llenaban su vidas. Cuando había un desafío, siempre podía contarse con la presencia de machos semejantes, dispuestos a todo y altamente peligrosos, merodeando por el lugar a la espera de obtener algún provecho.

En cuanto al joven Kara Mahn, probablemente era bueno. Había conquistado las tierras de Khym, y éste había logrado sobrevivir hasta entonces más por ingenio que por fuerza. La última vez que vio a Kara le pareció que anunciaba tanto fuerza física como inteligencia: después de todo, poseía la sangre y el temperamento de un Chanur. Pyanfar maldijo su propia estupidez al haber buscado un compañero como Khym, con su residencia tranquila y apacible, escondida en las montañas como un jardín de ensueño. Khym la había dejado hablar y luego había calmado sus nervios, haciéndola reír con sus bromas. Sí, era el compañero ideal, incapaz de plantear amenaza alguna a los intereses de la casa Chanur.

Pero, por todos los dioses, nunca se le había ocurrido pensar en lo que dejaba ahí detrás: su hijo, con toda la sangre y el espíritu de Chanur, de mayor tamaño y fuerza que cualquier otro descendiente habido por Khym con sus esposas locales, y que había heredado (si es que tales rasgos se heredaban) su tendencia a buscar líos y su propia ambición.

No había nada parecido a la lealtad familiar: ahora su hijo anhelaba de tal modo su herencia Chanur que estaba dispuesta a conseguirla como fuera.

Los filósofos hani llamaban a eso mejoramiento de la especie: *churrau hanim*. La

muerte de los machos no era nada, un mero cambio; la especie *han* se ajustaba a ello y los sobrevivientes engendraban a la siguiente generación de jóvenes. Un macho era tan bueno como cualquier otro, siempre que sirviera de modo eficiente a ese propósito.

Pero eso no era cierto, por todos los dioses: había jóvenes temerarios capaces de vencer a un contrincante muy superior a ellos gracias a que éste se encontraba en un mal momento pasajero, y había desafíos, como el planteado ahora a la casa de Chanur, en el que la relación numérica entre los contrincantes no era de uno a uno.

Y a veces, a veces, por todos los dioses, alguien amaba a uno de los contrincantes.

Logró dormir un poco mientras la nave seguía acelerando: se encontraba en una situación física tan incómoda que el sueño resultaba el mejor refugio y durante toda la confusión del salto su cuerpo logró convencerse de que le tocaba descansar, por difícil que ello resultara.

Finalmente una nueva sensación logró arrancarla de su sopor: la falta de peso y alguien tirando de ella entre una neblina luminosa.

—Vamos a bajar —dijo Haral, y Pyanfar buscó un asidero más seguro para estar preparada.

El descenso resultó bastante brusco, algo que Pyanfar ya había esperado. No tenían la menor idea de qué forma tenía la nave, pero estaba claro que no era una de las lanzaderas con alas, capaces de bajar en un suave planeo. La nave descendió entre sacudidas y estruendo, machacando la médula de los huesos que transportaba y haciendo vibrar la piel, los tejidos y los ojos de sus ocupantes hasta que éstas, aturcidas, se creyeron incapaces de hacer nada que no fuera aportar medio inconscientes el descenso y desear con ansia que al fin se viera algo, que hubiera algo con que ocupar las manos y alguna actividad en la que fuera nuevamente posible pensar de modo coherente.

En uno de esos instantes Pyanfar se limitó a cerrar los ojos, intentando calcular su posición probable: había llegado a la conclusión de que odiaba ser una pasajera. Por fin el ruido fue aumentando y las fuerzas que sacudían su cuerpo fueron modificándose. Dioses, el ruido. Deseó fervorosamente que ese estruendo infernal fuera el de los soportes de aterrizaje.

Bajaban en línea recta y la nave vibraba, rítmicamente.

Uno de los soportes tocó el suelo, seguido luego por los demás: una fuerte sacudida y luego otras más leves, seguidas finalmente por el silencio.

Pyanfar agitó las orejas con la repentina sensación de haberse quedado sorda y se volvió hacia sus aturcidas compañeras de viaje. El lugar había cambiado: la sección de pasajeros había girado nuevamente sobre su eje y, tras reorientarse, el pasillo central volvía a estar en una posición que permitía andar por él.

—Fuera de aquí —dijo Pyanfar—, veamos dónde hemos aterrizado.

Hilfy abrió el brazo acolchado que cerraba el compartimiento y el grupo salió al pasillo. Los mecanismos hidráulicos estaban funcionando con bastante ruido y cuando llegaron al pozo de control se encontraron con que la luz solar entraba a chorros por la escotilla abierta, bañando el suelo metálico.

Mientras las demás iban saliendo, Pyanfar se quedó unos instantes más para darle las gracias a la capitana Rau, que estaba saliendo del pozo, una vez convencida de que su nave había aterrizado sin más problemas.

—Si quieres venir... —dijo Pyanfar— ... bueno, serás bienvenida a las tierras de Chanur. Si prefieres quedarte aquí, te traeremos más pasajeras apenas sea posible.

—Esperaremos —dijo Nerafy Rau—, Hemos bajado tan cerca como pudimos del punto que nos diste, Chanur. Tendremos la nave lista para el despegue y os estaremos esperando.

—Bien —dijo ella, creyendo también que eso era lo más conveniente. Pyanfar pasó bajo los conductos y se agarró a la escalerilla retráctil, bajando por ella hasta el suelo rocoso sobre el que se habían posado, oscurecido ahora por la masa sombría y triangular de la nave. El aire olía a piedra quemada y metal caliente; el casco de la nave se iba enfriando con ocasionales chasquidos y un arbusto cercano humeaba levemente.

Por la sombra que arrojaba la nave, Pyanfar pensó que era casi mediodía. Se reunió con las demás y miró hacia donde señalaba Chur: un grupo de edificios recortados sobre el horizonte que formaban la Residencia de Chanur; con la de Faha aún más lejos. Y las montañas que alzaban sus formas azuladas a la derecha eran los dominios de Mahn. Sí, realmente habían bajado muy cerca del punto indicado.

—Venid —dijo Pyanfar. La brusca visión de todo ese espacio abierto le había dejado algo aturdida y al ponerse en marcha tuvo que fijar la vista cuidadosamente en el suelo rocoso para no caer. El horizonte parecía estar fuera de sitio y los colores—, dioses, los *colores*... El mundo parecía recubierto por una brillante capa de abigarradas tonalidades compuesta de mil materias distintas: los olores de la hierba y el polvo, el contacto cálido del viento en la piel. Le pareció que sería capaz de emborracharse sólo con eso, como si ya fuera incapaz de soportar tantas sensaciones juntas. El espectáculo le hizo vacilar por un instante bajo un pánico irracional, como si hubiera caído de una realidad a otra.

—No estamos demasiado lejos —dijo Hilfy jadeando, recuperándose más de prisa que las demás por haber sido la que llevaba menos tiempo fuera del planeta—. Tienen que habernos oído. Debe saber que estamos aquí,

—Sí, debe saberlo —accedió Haral.

Y otros lo sabrán también, pensó Pyanfar, haciendo un esfuerzo de voluntad para andar más despacio. Aparecer exhausta, a la carrera, No, eso no sería nada inteligente.

Tully había disminuido sus largas zancadas al mismo ritmo que ella y Ginas Llun, que se había quedado rezagada, logró reunirse una vez más con el grupo. El viento agitaba las melenas de todas, haciendo destacar aún más que ninguna la de Tully. El sol brillaba con una suave calidez: Pyanfar se dio cuenta de que estaban en otoño al ver la tonalidad oscura de la hierba y los colores de la tierra. Los insectos, asustados por su paso, iban tranquilizándose de nuevo a sus espaldas.

—Seguramente enviarán un vehículo —dijo Chur—. Si es que nos han visto.

—Sí —dijo Pyanfar confiando también en ello. Pero de momento ninguna columna de polvo se había dibujado en el horizonte—. Puede que en este momento tengan demasiado que hacer y si las cosas se están acelerando, quizá no sea buena idea salir ahora de la casa.

Nadie respondió a su observación. Realmente, no era necesario.

Pyanfar siguió andando un poco por delante de las demás. El terreno le resultaba familiar, lo había conocido desde niña. Llegaron a un arroyo y lo vadearon, mojándose hasta los tobillos: al llegar al otro lado Pyanfar vio que Tully cojeaba.

—Se ha cortado en el pie —dijo Chur, cogiéndole del brazo. Tully levantó el pie para examínarselo.

—Tendrás que seguir —dijo Pyanfar con voz implacable. Tully asintió, conteniendo el aliento, y siguió caminando.

Ya no estaban demasiado lejos. Llegaron al camino que conducía hasta las puertas, con lo que al andar resultaba más fácil, tanto para Tully como para el resto. Pyanfar se apartó la melena de los ojos y examinó el lugar, viendo los muros de piedra dorada de la Residencia Chanur extendiéndose a través del horizonte. No habían sido concebidos como defensa sino como protección contra las plagas de cosechas y jardines: las grandes llanuras morían mansamente en ellos como olas de hierba. Y detrás de los muros, más edificios hechos con la misma piedra dorada. Habrían debido ver ya algún vehículo: el aeropuerto quedaba detrás de ellas, al otro lado del camino, y por ahí habían debido de llegar todos los espectadores atraídos por el desafío, todos aquellos sin nada mejor que hacer. Sólo los aventureros de las colinas, los ermitaños y los que vinieran de los santuarios habrían decidido acercarse más sigilosamente, escondiéndose en el terreno colindante. Seguramente el camino había debido de rebosar de vehículos que habrían cruzado las puertas para acabar aparcando en los campos que había detrás de la mansión, donde siempre habían aparcado los visitantes.

Cuando su tío había caído ante Kohan.

Los años se movieron hacia adelante y hacia atrás como bajo los efectos de un salto estelar, dejándola igual de trastornada. El hogar, aceptado por su mente de un modo tan condenadamente familiar y entusiasta.

O quizá todo fuera fruto de su educación, de haber crecido en él.

Las verjas labradas estaban abiertas y los hierros se habían incrustado en un seto de ernafyas rojizas, que perfumaban el aire con su olor almizclado incluso ahora, en otoño: el seto continuaba hasta las verjas internas y luego seguía hasta la mansión, formando una especie de túnel sombreado más alto que Pyanfar. Al cruzar la puerta se volvió hacia el camino, deteniéndose para dar tiempo a que las demás le alcanzaran, y al volverse...

—Pyanfar —una voz entre el seto y un susurro de hojas: una voz de macho, ronca y gutural, la hizo volverse en redondo llevándose la mano al bolsillo, pensando en alguien que había abandonado el santuario. Pyanfar se quedó helada a medio gesto, comprendiendo que había tardado una fracción de segundo más de lo necesario en reconocer esa voz que tan familiar le era, procedente de la silueta encorvada que ahora se alzaba de entre el seto, cubierta de harapos y heridas.

—Khym —murmuró. Tully y las demás se habían detenido, figuras confusas más allá de su campo visual. Cómo le dolía ver así a Khym. Le recordaba impecable y lleno de gracia pero ahora su oreja derecha estaba hecha pedazos, y su barba y su melena estaban cubiertas de sangre seca, procedente de una herida que le iba de la frente al mentón. Sus brazos estaban cubiertos de heridas más antiguas y su cuerpo se había convertido en un mapa que hablaba de dolor y malos tratos, tan antiguos como recientes. Khym pareció doblarse muy lentamente y acabó desplomándose sobre el polvo, medio cuerpo caído en el seto, las rodillas asomando por entre sus pantalones destrozados. Con un esfuerzo logró alzar su maltrecha cabeza y mirarla, aunque la hinchazón de su ojo derecho apenas sí debía dejarle ver algo.

—Tahy —dijo con voz débil—. Está dentro. Han quemado las puertas... te esperé... te esperé...

Pyanfar le miró abatida, sin saber qué hacer, sintiendo que las orejas le ardían de vergüenza al pensar en que detrás estaba su tripulación y Ginas Llun, contemplando a esa ruina que había sido su compañero, perdiendo hasta ese nombre cuando perdió Mahn ante su hijo.

—Han encendido hogueras en el salón —tartamudeó Khym, incluso su voz convertida en una sombra de lo que fue antes—. Chanur está ahí dentro, han tenido que retroceder. Han llamado a *na* Kohan, pero no quiere salir. Todas las Faha le han abandonado... todas menos *ker* Huran. Araunn sigue ahí. Han usado *armas*, Pyanfar, para quemar la puerta.

—Ahora saldrá Kohan —dijo Pyanfar—, y yo me ocuparé de Tahy —Pyanfar se removió inquieta, no sabiendo aún qué debía hacer—. ¿Cómo lograste llegar hasta aquí? ¿Lo sabe Kohan?

El ojo intacto de Khym giró en su órbita, enfocándola. El otro estaba cubierto de una mezcla de sangre y lágrimas, hinchado hasta el punto de que casi no podía abrirlo.

—Caminando hace mucho tiempo. Ya no me acuerdo de cuánto hace. *Na* Kohan me dejó... me dejó quedar aquí. Sabía que estaba aquí pero me dejó quedar. Adelante, Pyanfar. Adelante. No hay tiempo.

Pyanfar siguió andando por el camino que llevaba a la mansión y no miró hacia atrás.

Detrás de ella iban Hilfy, Chur y Ginas Llun, pero Tully... Tully se había quedado atrás, los ojos clavados en Khym, y Khym había tendido la mano, como pidiéndole que no se fuera, en silencio, mirándole.

Khym, al que siempre le habían encantado las historias que ella le traía a cada viaje, los relatos de puertos desconocidos y Extraños misteriosos; Khym, que jamás había visto una nave o un Extraño hasta ese momento.

—¡Tully! —gritó Pyanfar. Haral le cogió del brazo y le hizo seguir andando de un tirón. Y unos segundos después, en voz mucho más suave, Pyanfar llamó—: ¡Khym! —No tenía ninguna razón clara para ello, quizá solamente la vergüenza. Qué blando se había mostrado Kohan cuando Khym había llegado hasta aquí en su vagabundeo, buscando una muerte mejor de la que tendría a manos de algún desconocido.

Khym alzó el rostro hacia ella y en su expresión empezó a nacer una débil esperanza.

Pyanfar señaló hacia la casa y Khym, haciendo un esfuerzo, logró ponerse en pie y les siguió. Pyanfar esperó el tiempo suficiente como para asegurarse de ello. Luego se volvió en redondo y reemprendió la marcha a buen paso por el camino cubierto de polvo, con los ojos clavados en el seto que lo bordeaba. Emboscada, pensó; pero no, eso era algo típico de los Extraños, de los kif y los *mahe*, algo indigno de una hani.

Y, sin embargo...

—Dispersaos —le dijo a su tripulación, acompañando las palabras con un gesto del brazo—. Llegad hasta el muro del jardín y una vez allí ya nos las entenderemos con mi hija. Hilfy: ve con Haral. Chur, encárgate de Tully. Ker Llun, tú y yo entraremos por la puerta principal.

Ginas Llun asintió, las orejas gachas a causa de su cada vez más acentuado nerviosismo, mientras el resto del grupo se iba internando en el seto. Pyanfar se metió las manos en el cinturón y siguió andando a buen paso por el camino hasta llegar a la curva que conducía a las puertas interiores. Oyó a su espalda un roce apagado y supo que era Khym: se volvió hacia él y le hizo un gesto de ánimo con la cabeza. Qué extraño grupo: ella con su ropas de seda roja y brillante; su compañera vestida con el negro de su cargo oficial y Khym, con sus andrajos cubiertos de suciedad que quizás en un tiempo pasado fueron sedas azules. Khym se acercó cojeando hasta casi tocarla. Dioses, el olor de sus heridas infectadas; pero aún a pesar de ellas, Khym se mantenía en pie y lograba seguir andando.

Podían oír ya el murmullo de las voces y de vez en cuando algún grito. Las orejas

de Pyanfar se agitaron un par de veces y una brusca emisión de adrenalina inundó sus cansados músculos, que pudo provocarle un espasmo.

—No es un desafío —murmuró—, es un motín...

—Tahar ha venido hasta aquí —logró decir Khym, con la respiración jadeante—. *Na Kahi* y sus hermanas. Ese es el segundo problema por orden de importancia. Todo ha sido muy bien preparado, Pyanfar.

—Apostaría a que así ha sido. ¿Dónde tiene los sesos nuestro hijo?

—Debajo del cinturón —dijo Khym. Y unos cuantos pasos más adelante, cuando el estrépito se apagó momentáneamente, añadió—: Pyanfar. Si consigues hacerme pasar la barrera de Tahy y sus grupos, quizá pueda lograr que las cosas cambien; y quizá también pueda aliviar un poco la atención de Kohan. Puede que al menos sea capaz de hacer eso.

Pyanfar arrugó la nariz, mirándole de soslayo. Lo que estaba proponiendo no entraba en los límites estrictos del honor, pero tampoco entraba en ellos lo que pretendía hacer Dur Tahar. Su hijo... acabar con él en una maniobra como ésa...

—Si no consigo detenerles... —dijo— ... hazlo.

Khym logró emitir una risita cascada.

—Siempre fuiste muy optimista.

Llegaron finalmente a la última curva del camino y se encontraron con la puerta que daba a los jardines: estaba abierta y más allá se veían los viejos árboles y las doradas piedras de la mansión, recubiertas de hiedra y enredaderas. Ante la fachada principal había un numeroso grupo de hani, pisoteando los macizos de flores, lanzando feroces gritos de burla y desprecio hacia Chanur, agarrándose a los barrotes de las ventanas y sacudiéndolos con todas sus fuerzas.

—Malditos sean —murmuró Pyanfar, dirigiéndose hacia la puerta. Un puñado de Mahn la vio venir y empezó a chillar; eso era exactamente lo que ella deseaba. Pyanfar gritó aún más fuerte que ellos y, con Khym a su lado, les apartó a empujones en tanto que los Mahn se retiraban al jardín en busca de más refuerzos—. ¡*Hai!* —aulló Pyanfar, y de pronto Hilfy y Haral aparecieron en lo alto del muro y una ráfaga de disparos removió el polvo ante el grupo de Mahn, haciéndoles salir huyendo en busca de refugio—. Id a la puerta —continuó Pyanfar, haciéndoles una seña: Haral y Hilfy bajaron dando un salto del muro y echaron a correr. Un grupo más numeroso de Mahn se encontraba en el porche de las columnas pero de repente Chur y Tully aparecieron en el pequeño muro del jardín que flanqueaba el porche: Chur gritaba a pleno pulmón, como si estuviera dando ánimos a toda una partida invisible de seguidores. Los Mahn se removieron indecisos, como un rebaño asustado que no sabe hacia dónde huir, y acabaron encaminándose hacia la puerta, enfrentados a ese brusco ataque que caía sobre ellos desde tres frentes distintos. Pyanfar subió corriendo los peldaños y se unió a Haral y Chur, pistola en mano, para irrumpir por el umbral y

encontrarse en un oscuro caos de cuerpos y humo. La estancia era enorme y las ventanas enrejadas apenas si dejaban entrar la luz: al fondo se distinguía la destrozada silueta de la puerta. Las siluetas que se agolpaban ante ella se volvieron como paralizadas por el estupor y Pyanfar, flanqueada por Haral y Chur, se enfrentó a cien rostros intrusos que no apartaban los ojos de sus pistolas.

Algunas siluetas se movieron y un grupo de mujeres jóvenes avanzó para encararse con ellas. En los extremos del grupo hubo un sigiloso removerse de cuerpos asustados. Las voces resonaban estruendosamente en los muros de la gran estancia. Pyanfar sostenía el arma con las dos manos y sus pupilas, dilatadas al máximo, no se perdían ni un solo movimiento.

Esa joven, su propia imagen, con esa melena rojo dorada y más alta que sus hermanas Mahn: Tahy. Sus pupilas se contrajeron levemente. El joven, dioses, qué alto era, con esas espaldas tan anchas y el cuerpo erguido como un árbol orgulloso; habían pasado años desde la última vez en que los vio. Para su hija y su hijo, que habían permanecido en el planeta, esos años habían sido más largos: habían crecido tanto durante esos años, habían logrado hacerse con tantos aliados: esa multitud de jóvenes Mahn, tanto hembras como machos, y las otras siluetas que se confundían con los muros de la estancia. Kahi Tahar, *na* Kahi, el viejo, el eterno rival sureño de Chanur, y muchos otros, desde esas mujeres maduras de lo que creyó reconocer como la casa de Enaury hasta los eternos parásitos de Tahar, reunidos aquí para obtener su parte de los despojos.

—Fuera de aquí —dijo Pyanfar—. Salid de aquí, todos.

—Armas... —escupió Tahy—, ¿así piensas jugar? También tenemos armas. ¿Ésa es tu elección, mientras que *na* Kohan se esconde de nosotras?

—Guardad las armas —dijo Pyanfar, echando el seguro de su pistola y guardándola en el bolsillo. Por el rabillo del ojo vio cómo Haral hacía lo mismo y las demás, con mayor lentitud, acababan por imitarla—. Ahora —dijo Pyanfar—, hablemos. Estás muy lejos de tu territorio, hijo mío. Esto debe ser resuelto en el lugar adecuado y no aquí.

—Que sea aquí —dijo Kara.

Un movimiento en el pasillo detrás de los Mahn: Pyanfar lo captó al instante y contuvo el aliento. Chanur. Casi todo el séquito de la mansión. Y Kohan, superando en talla a los demás por una cabeza.

—¡Quietos! —gritó Pyanfar, echándose bruscamente a un lado para distraerles. Los invasores se removieron, confusos, sus manos volando ya hacia sus armas en un fugaz instante de tiempo que pareció durar eternamente y, de pronto, el grupo de Mahn se dio cuenta de lo que había a su espalda. La retirada se hizo a toda prisa y en desorden, intentando acercarse a la pared que antes estaba a su izquierda, pero Tahy y sus compañeras se interpusieron entre Kara y Kohan con la rapidez del instinto.

Pyanfar se lanzó hacia el otro lado en tanto que Haral, Chur y Hilfy se movían como por un impulso común, interponiéndose entre ella y los demás. Pyanfar tocó levemente el brazo de Kohan: estaba ardiendo, y temblaba.

—Atrás —le dijo—, atrás, Kohan. —Y luego, mirando a Tahy, añadió—: Fuera. Nadie ha vencido ni perdido. Si Kohan rehusó momentáneamente el desafío fue por obra mía. Ahora estoy aquí. Y he venido con Ginas Llun, la cual confirmará todo lo que debo decir. Y también tengo a un Extraño, lo cual es prueba suficiente de que tenemos graves problemas. Hay kif en la estación y han tenido que llamar a las capitanas para defender Gaohn. El problema es tan serio que ahora no podemos permitirnos el lujo de que la especie *han* se encuentre dividida.

Tahy sacudió la cabeza.

—Hemos estado oyendo una historia muy diferente desde hace ya tiempo. No. Lo quieres arreglar tú sola, pero ya nos encargaremos nosotras. ¿Tanta ayuda necesitaba Kohan como para que tú debieras acabar sacándole a rastras de su escondite? Bueno, también de eso nos encargaremos.

—La estación ha caído —dijo una voz entre las filas de Chanur y una de las capitanas se abrió paso hacia adelante. Era Rhean, seguida por su tripulación—. La noticia acaba de llegar por el comunicador, estuvieron pidiendo ayuda. No es una mentira, *ker Mahn*.

Al oír esas palabras un murmullo colectivo de abatimiento pareció recorrer a todos los presentes. Ginas Llun dio un paso hacia delante, olvidándose ya de toda su neutralidad.

—¿Cuánto hace de eso, Chanur, cuánto tiempo hace ya de eso?

—El mensaje aún sigue llegando en estos momentos —respondió Kohan, con el rostro absolutamente inexpresivo aunque seguía respirando con dificultad—. Kara Mahn, por mi parte, olvido todo esto. Se acabó. *Iros* y no volveremos a hablar de ello.

Kara no respondió, Sus ojos parecían nublados, como ausentes, y tenía las orejas pegadas al cráneo. Pero Tahy, aparentemente no tan segura de sí misma, le hizo un gesto a los suyos para que retrocedieran.

—Ya has tenido tu oportunidad —dijo Pyanfar con voz tranquila—. Escúchame; Mahn te pertenece y Tahar no es aliada de nadie. Si llevas adelante el desafío, Tahar estará aquí para lanzarse sobre el vencedor; un vencedor que, en esos momentos, se encontrará agotado, ¿me entiendes? Con eso entrará en posesión de dos Residencias, pues su ambición es mucho mayor que la tuya. Ginas Llun puede decírtelo. Una capitana Tahar, tratando con los kif.

—Maldita sea tu impertinencia —gritó Kahi Tahar mientras que una de sus hermanas interponía un brazo entre él y Pyanfar.

—Eso es mentira —dijo otra voz.

—Quizá —dijo Pyanfar sin perder la calma—, no sea más que un malentendido.

Un... un exceso de celo, una lengua que habló sin pensar. Marchaos de aquí y no os perseguiremos. Tahy, sal de aquí. El Pacto está a punto de hacerse pedazos. No es el momento de luchar. Sal de aquí.

—*Na Mahn* —dijo Kohan—, no sacarías ninguna ventaja de esto.

—Perderás Mahn —dijo Khym de repente, apartando a Hilfy de un empujón—. Escúchame, cachorro, lo perderás todo, ya sea ante Kohan o ante Kahi, Usa tu inteligencia y...

Pero Kara ya había ido más allá del punto en que eso era posible. Sus oscuras pupilas estaban dilatadas al máximo y tenía las orejas casi invisibles entre la melena. Sus fosas nasales eran dos agujeros negros. De pronto lanzó un grito y saltó hacia adelante.

Y Khym saltó al mismo tiempo. Pyanfar giró en redondo y su cuerpo se estrelló sobre el de Kohan unos segundos antes de que su tripulación hiciera lo mismo, al igual que Hilfy y Huran Faha, así como Rhean y su tripulación. Kohan les indicó que se apartaran con un gesto y, dominando el temblor convulsivo de su cuerpo, logró recobrar el control: Pyanfar vio cómo su ojos se clavaban en los dos contrincantes que se revolvían ante él y se dio la vuelta... a tiempo de ver cómo Khym aflojaba lentamente la presa vacilante que mantenía las garras de Kara a unos centímetros de su cuello.

—¡Detenles! —le gritó a Tahy mientras daba un paso adelante e intentaba separarles, luchando por agarrar cualquiera de esos dos cuerpos escurridizos. Un codo se estrelló en su cabeza y Pyanfar se tambaleó por unos segundos para lanzarse de nuevo sobre los contrincantes, mientras que algunos otros imitaban su acción.

—¡Tully! —gritó Hilfy y de pronto un diluvio líquido cayó sobre ellos, derramándose justo sobre el rostro de Kara y salpicando también el suyo, casi ahogándola y haciendo que los ojos le empezaran a llorar incontroladamente. Kara retrocedió lanzando un rugido ofendido y Pyanfar también retrocedió, frotándose los ojos y tosiendo, ayudada por las manos de sus parientes. Por entre las lágrimas que la cegaban, Pyanfar vio a Tully, con una Chanur detrás de él sujetándole los brazos en una fuerte llave, y luego vio a Khym en el suelo y a Kara, que también se frotaba los ojos e intentaba recobrar el aliento. Aún tosiendo, Pyanfar apartó las manos que la sostenían. Conocía bien ese aroma y luego sus ojos encontraron el frasquito en el suelo, ahora vacío: el potente olor de las flores era tan abrumador y tan penetrante que incluso sus irritadas membranas nasales podían percibirlo.

—Tully —logró decir, aún tosiendo, y alargó la mano hacia él para cogerle por la nuca.

La Chanur que le había estado sosteniendo le soltó y Pyanfar le atrajo hacia sí, dándole luego una buena palmada en el hombro y volviéndose hacia su hijo, que aún tenía los ojos llenos de lágrimas—. Olvídalo todo, *na* Kara. Aún tienes en tu poder la

residencia de Mahn: con eso basta.

—Fuera de mis tierras —dijo Kohan—. Y tú, Tahar... alégrate de que no sea yo quien te desafíe ahora. Salid ahora mismo de la Residencia Chanur. Y para ti, *na* Kara... de ti quiero despedirme con más cortesía. Por favor, debemos enfrentarnos con problemas urgentes. No deseo atacarte ahora, aunque podría hacerlo. Piensa en ello.

Kara escupió en el suelo y, dando media vuelta, abandonó la estancia limpiándose los ojos y apartando las manos que intentaban ayudarle, despojado ahora de todo su ímpetu y dignidad anteriores y, junto con ellos, de toda su ventaja. Tahy se quedó inmóvil contemplando a Khym, que se había medio incorporado sobre los codos, con la cabeza abatida. Era el momento de lanzar un último insulto, pero en vez de ello Tahy les hizo una reverencia a los presentes; Pyanfar y Kohan la vieron, pero Khym no llegó a darse cuenta de ese gesto. Luego salió de la estancia, seguida por todos los Mahn.

Kahi Tahar y sus hermanas se quedaron hasta el último instante.

—Marchaos —dijo Kohan, y en el grupo de las Tahar hubo una general agitación de orejas. Pero el viejo acabó volviéndose y salió del salón, llevándose con él a sus hermanas y partidarios.

Kohan lanzó un prolongado y ronco suspiro. Tendió la mano hacia Hilfy y le rodeó los hombros con el brazo, revolviéndole la melena, acariciando el anillo que colgaba de su oreja izquierda. Luego miró a Pyanfar y a Khym, que había logrado ponerse de rodillas.

Khym apartó la vista al darse cuenta de que le observaba y finalmente, con un gran esfuerzo, consiguió ponerse en pie para abandonar la estancia, con la cabeza baja y los hombros encorvados, sin mirarle ni una sola vez.

—No tenemos tiempo —dijo Pyanfar—. Lo hiciste todo bien, muy bien.

Kohan suspiró, esta vez con menos fuerza, y asintió, señalando con la mano libre al resto del grupo, indicándoles que fueran hacia la puerta.

—*Ker* Llun.

—*Na* Chanur —murmuró Ginas Llun—. Por favor, la estación...

—¿Crees que habrá combates ahí arriba?

—No serán precisamente pequeños —dijo Pyanfar.

—¿Podrás dominar la situación?

—No me vendría mal alguna ayuda de la mansión.

—Iré —dijo Kohan—. Yo mismo subiré allí.

—¿Y le dejarás de ese modo el campo libre a Tahar y a los cachorros? No puedes hacerlo. Préstame a Rhean, Anfy, y sus tripulaciones; y a cualquier otro capaz de manejar un arma. Tenemos que actuar con rapidez.

Kohan lanzó un gruñido y acabó asintiendo.

—Rhean, Anfy, Jofan... escoge a quien desees de la mansión y date prisa — golpeó suavemente el hombro de Hilfy y luego repitió la misma caricia con Haral y Chur. Por último se acercó a Tully, le miró durante largos segundos y extendió la mano, como dispuesto a hacer lo mismo con él; pero no llegó a completar el gesto. Luego se dio la vuelta y se acercó a ellas—, Hilfy —dijo.

—Mi nave —dijo Hilfy—. Es mi nave, padre.

A él le costaba tanto ceder como le costaba a su hija. Kohan hizo un gesto de asentimiento y Hilfy apretó brevemente su enorme mano. Luego se volvió y estrechó las manos de Huran Faha, que le hizo un gesto similar.

—Vamos —dijo Pyanfar—. Vamos, empezad a moveros. Todos. Haré que vuelva, Kohan.

—Volved todas —dijo él. El grupo fue con paso rápido hacia la puerta, en tanto que algunos de sus miembros se detenían unos instantes para coger armas. Pyanfar se retrasó unos segundos y miró a Kohan, viendo la expresión de sus ojos, sus ojos dorados, que ahora estaban llenos de sombras, y notando que había logrado mantener erguidas las orejas.

—En cuanto a mi Extraño... —le dijo—, cuando vuelva lo explicaré todo. No te preocupes y haz que el orden vuelva a reinar en Chanur. Ahora tenemos una ventaja de la que antes no disponíamos, ¿me comprendes?

—Vete —le dijo él con voz muy suave—. Yo arreglaré las cosas aquí. Encárgate del resto, Pyanfar.

Pyanfar le acarició levemente los dedos y se volvió hacia la puerta, cruzando la estancia en una docena de grandes zancadas y saliendo al porche, donde no se veía ya señal alguna del ataque exceptuando los restos pisoteados del jardín y una hilera de vehículos que enfilaban a toda prisa el camino, más allá del muro, huyendo sin ningún disimulo.

Y Khym. Khym estaba ahí, junto a la puerta, agazapado en un rincón apoyando la cabeza en los brazos. En sus hombros de un marrón oscuro relucían las nuevas heridas.

Había sobrevivido y ahora seguía sobreviviendo, pese a que tamo su tiempo como sus razones para vivir habían muerto hacía ya mucho.

—Khym —dijo Pyanfar y él levantó la cabeza. Pyanfar empezó a caminar rodeando la mansión, no queriendo tomar el atajo hasta la parte trasera que había utilizado el resto del grupo y donde estaría el transporte necesario.

Khym se puso en pie y la siguió, cojeando un poco al principio y luego ya sin ningún rastro de cojera.

—Estoy cubierto de suciedad —le dijo—. No soy una compañía muy civilizada. Pyanfar se pasó los dedos por la barba y luego los olisqueó, arrugando la nariz al hacerlo.

—Dioses, yo apesto lo suficiente para los dos...

—¿Qué es?

—¿Nuestro Extraño? Es humano. O algo parecido.

—Ya —dijo Khym. Ahora jadeaba un poco, como si empezara a costarle respirar, y volvía a cojear de modo bastante pronunciado. Dejaron atrás la mansión y tomaron por el sendero bordeado de árboles que se iniciaba detrás de ésta, momento en el cual se les unieron algunos rezagados procedentes de la casa, llevando rifles. Khym miró hacia atrás, algo nervioso.

—¿Quieres ir, Khym? —le dijo Pyanfar—. ¿Quieres echarle una mirada a la estación?

—Sí —dijo él.

Llegaron finalmente a la llanura, donde Haral y Chur habían puesto ya en marcha dos vehículos pesados y un número bastante grande de miembros de la casa se había reunido para ir subiendo a ellos: Pyanfar calculó que serían por lo menos treinta o cuarenta, aparte de la docena escasa que se habían encontrado en el camino. Tully estaba inmóvil junto a uno de los vehículos, con Hilfy al lado. Pyanfar fue hasta ellos y le dio un golpecito en el brazo.

—Muy bien —le dijo—. Arriba, Tully.

Tully se encaramó al vehículo, demostrando una agilidad sorprendente para alguien que no tenía garras. Hilfy subió detrás de él y Khym se derrumbó sobre la plataforma como un peso muerto, haciéndole vacilar un poco. Luego fueron subiendo los demás.

Pyanfar fue hasta la cabina del vehículo y se instaló en ella.

—Adelante —le dijo a Haral y el vehículo se puso en marcha con una sacudida, siguiendo por la curva del camino hasta llegar al sendero principal. Se dirigieron hacia las puertas exteriores envueltos en una nube de polvo y rozando estrepitosamente el seto. Estuvieron a punto de estrellarse en uno de los postes de la reja exterior y por fin lograron enfilarse a través de los campos, dirigiéndose en línea recta hacia la nave que las esperaba.

Que los dioses nos ayuden, pensó Pyanfar, mirando el variopinto grupo que llenaba la plataforma del vehículo: Chañar, jóvenes y viejas, armadas con rifles; un antiguo señor que había perdido su casa; Tully y Ginas Llun, que finalmente había decidido volver con ellas pese a todo.

Las naves habían salido de la estación para impedir que los kif pudieran huir y los kif seguían en la estación, por descontado. Ahora los pasillos y oficinas deberían estar rebosando de kif, todos enloquecidos por el deseo de venganza y dirigidos por un *hakkikt* que debía estar empezando a considerar bastante dudosas sus posibilidades de salir vivo y que, por lo tanto, debía valorar mucho más la venganza de lo que ya lo haría normalmente.

Pyanfar se volvió otra vez hacia adelante, sujetándose bien para soportar las sacudidas del vehículo que avanzaba dando tumbos sobre el terreno desigual. Haral manejaba el volante con una desesperada combinación de giros y golpes secos, siguiendo el trayecto por el que habían venido antes: entre la hierba se distinguía aún la huella dejada por su paso y allí era menos probable que hubiera desniveles del terreno o pozos ocultos.

—Espero que la *Aja Jin* siga todavía en su sitio —murmuró Haral.

—Yo espero que la *Hinukku* y el resto de naves kif sigan también en su sitio —dijo Pyanfar, sujetándose con la mano al tablero de mandos—. Si nos encontramos ahora con más kif que antes, si han logrado emitir un mensaje pidiendo refuerzos...

—El retraso de transmisión está a nuestro favor.

—Al menos hay algo a nuestro favor —dijo Pyanfar—. Dioses, si tuviera un comunicador...

Haral meneó la cabeza y se concentró en la tarea de manejar el volante, reduciendo la velocidad al empezar la pequeña cuesta que llevaba hasta el arroyo. El vehículo se fue abriendo paso torpemente a través de la hierba y sus ruedas arañaron el fango y las rocas, patinando ferozmente y logrando agarrarse en el último instante a la otra orilla hasta enderezarse de nuevo, en tanto que la masa triangular de la *Suerte de Rau* crecía cada vez más ante ellas.

Una luz brillante como el sol destellaba en el flanco de la nave. Pyanfar señaló hacia ella y Haral hizo un gesto de asentimiento. La capitana Rau las había visto llegar. Una serie de luces empezó a parpadear en el costado de la nave, destellos rojos y blancos que formaban un código.

Era el mensaje que ya habían recibido en la mansión. Haral encendió y apagó los faros, luchando desesperada mente con el volante.

Velocidades planetarias. En el tiempo que habían tardado para recorrer esta distancia desde la mansión una nave capaz de saltar habría podido ir de un mundo a otro. Quizás algunas lo estuvieran haciendo ahora mismo. El *han* seguía intacto, así como la estructura de las residencias capaz de llevar a cabo una política u otra; pero la pérdida de la Estación Gaohn...

Pyanfar se maldijo por haber pensado que ese tipo de venganza, el ataque de una estación, era demasiado grande para el orgullo de Akukkakk, el cual había acabado atreviéndose a realizarlo. Pero atacar un mundo... no, en toda la historia de la civilización nadie había hecho algo semejante.

Excepto los kif. Se rumoreaba que durante las luchas por el poder que habían precedido a su conquista del espacio, habían hecho justamente eso. Habían osado atacar su propio planeta.

Los motores fueron acelerando con un hueco rugido de los cohetes secundarios y la *Suerte* abandonó el suelo. Pyanfar se dejó caer en la parte trasera del oscuro foso de control en el mismo instante en que la cubierta se acomodaba a la nueva posición de la nave y tocó el fondo con un golpe sordo que la hizo tambalearse. Luego, ya mejor instalada, puso en su lugar la manta y la almohada que se había procurado para protegerse la espalda, dejándolos al lado de los tres almohadones que usaba la capitana Rau. Ésta levantó la mano, indicándole que ya se había dado cuenta de su llegada, y volvió a concentrarse en el tablero que tenía delante. La *Suerte* continuaba ascendiendo: la maquinaria escondida en su casco metálico retumbaba con un apagado estrépito y la presión iba subiendo. Pyanfar empezó a notar que le dolía el hombro y se removió, intentando ajustar mejor la manta para aliviarlo un poco.

El despegue no se realizó en un ángulo tan pronunciado como el de su llegada: la nave era relativamente capaz de *volar* y al principio la subida fue vertical desviándose luego en un ángulo cada vez más agudo que seguía manteniendo su popa dirigida hacia el planeta, siguiendo el impulso de la fuerza gravitatoria. Los motores principales entraron en acción con un golpe seco que pareció impulsar bruscamente sus entrañas en dirección diametralmente opuesta a la de su columna vertebral.

Parte del grupo se encontraba relativamente bien instalado en el compartimiento acolchado de popa. Ahí estaban Tully, Khym y Ginas Llun, protegidos por gruesos almohadones, así como Haral, encargada de hacerles compañía y resolver los pequeños problemas que pudieran irse planteando. Los demás, no tan afortunados, ocupaban el resto de la nave, acomodándose lo mejor posible en las divisiones acolchadas que, en caso de necesidad, brotaban del mamparo principal: abandonados a su ciega incomodidad, envueltos en las tinieblas, debían encontrarse como peces en una lata, dispuestos en hileras de cuatro, sufriendo cada una de ellas la presión del acolchado posterior en el rostro y, a su vez, doblando su propio acolchado para molestar a la fila siguiente. Dioses, dioses, viajar de ese modo en una nave a la que esperaban tales problemas. Pyanfar sintió cierta culpabilidad al pensar en las relativas comodidades de que gozaba en su posición actual.

La copiloto dejó caer algo a su lado. Pyanfar se agachó con cierta dificultad y recogió un objeto envuelto en plástico, era un auricular. Le quitó la cubierta protectora y se lo puso. Por el momento no estaban recibiendo ninguna información, sólo estática, pero saber que estaba en condiciones de recibirla y mantener el contacto siempre era un pequeño consuelo.

La estación no había emitido más que un solo mensaje y seguía emitiéndolo al empezar el despegue, lo cual significaba que el mando central de la estación había estado en manos hani y que en esos momentos había demasiados problemas de los

que ocuparse, siendo imposible responder a cualquier tipo de preguntas. El mensaje seguía llegando aún, así que los kif no habían logrado reducirlo al silencio o quizá no sentían demasiado interés por ello.

Pero los muelles... Se imaginó fácilmente a los estibadores huyendo en todas direcciones presa del pánico, desorganizados, careciendo de la preparación necesaria para enfrentarse al ataque de los kif. Atacar estaciones era algo inimaginable para un hani; algo que estaba fuera de toda razón y algo para lo que, lógicamente, no se había hecho ningún preparativo. Maldita fuera esa lógica y maldita fuera la torpe complacencia que la había engendrado. Ah, maldita fuera su propia especie y la naturaleza hani, capaz de hacer que cada individuo de su raza se ocupara solamente de sus propios asuntos porque ése era el modo en que todo su mundo funcionaba. No le había quedado más remedio que ir a Chanur, ya que un hani era capaz de mantener un desafío aunque su propia casa estuviera ardiendo; al menos, hasta sentir las llamas chamuscándole el pelo. Un hani siempre se ocupaba de lo suyo, sin tomar en consideración lo que pudieran pensar los Extraños y guardándose mucho de admitir, dado su orgullo, que difícilmente habría logrado llegar al espacio en tanto que raza de no haber sido por los exploradores mahendo'sat que encontraron su planeta; pero así estaban las cosas. Y las cosas seguían haciéndose al viejo estilo, ese estilo que tan bien había funcionado cuando no existían ni las colonias ni el comercio espacial; cuando la especie hani poseía su mundo sin tener que enfrentarse a ningún desafío de fuera y sus instintos resultaban perfectamente adecuados al mundo que poseían.

Pero ahora, por los dioses... ahora existían otros ecosistemas. El mismo Pacto era uno de ellos y ahora estaban tratando con distancias muy superiores a las verdes llanuras de Anuurn: ahora debían tratar también con seres cuyos instintos se habían demostrado eficientes y justificados dentro de sus propias escalas de valores.

En un infierno imposible de imaginar los kif habían probado su capacidad de funcionamiento como especie y, por los dioses, incluso los chi habían logrado funcionar, por muy locos e incomprensibles que pudieran parecerle a otros Extraños. Y Tully, que a veces parecía casi racional y otras veces parecía completamente estúpido.

¿La habría despreciado Dientes-de-oro a causa de su desertión, ya que siendo una hani no tenía más remedio que irse, a pesar de todas las razones que le aconsejaban justamente lo contrario? Ahora sentía vergüenza y por ello sospechaba que toda la especie hani no había logrado estar a la altura de las esperanzas *mahe*, esas esperanzas que les habían proporcionado dos naves de escolta. Quizás ahora mismo estuvieran notando en el espacio los restos destrozados de sus aliados *mahe* mezclados con los de la mismísima *Orgullo*, con un kif esperando para convertir en vapor y chatarra este cascarón en el que ahora viajaban, junto con el cerebro hani que al fin había logrado comprender algo de crítica importancia para el futuro de su

especie. Demasiado tarde.

Todo era una locura. El ángulo de ascenso hacía que a su cerebro no le llegara el oxígeno suficiente y estaba empezando a notar una especie de neblina gris en los ojos. Su espalda se había vuelto insensible, al igual que sus brazos y sus piernas, y la presión gravitatoria seguía aumentando.

El ruido de los motores cambió de tono. Estaban saliendo de la atmósfera y seguían acelerando. Pyanfar parpadeó varias veces y luchó por mover el cuello, viendo una confusa masa de indicadores que parpadeaban en la oscuridad a través de la que distinguió un estallido luminoso: era la pantalla de observación, que se había encendido. Pyanfar parpadeó de nuevo, intentando ver más allá del brazo de la copiloto, tras el que se perfilaba algo muy grande y bastante cercano a su posición.

—...*Suerte* —chasqueó una voz a través de su oído—, *aquí la Orgullo de Chanur. Vamos a interceptar vuestro curso y efectuar el acoplamiento.*

Tirun.

Si hubiera sido capaz de empezar a saltar y dar gritos de alegría lo habría hecho. Pero bajo el enorme peso de la gravedad que la inmovilizaba lo único que pudo conseguir fue una sonrisa lenta y dolorosa, mientras que el corazón le golpeaba las costillas como un martillo enloquecido y la sangre se agolpaba en sus extremidades.

Los motores de la *Suerte* se detuvieron y Pyanfar, ante el brusco alivio, dejó escapar un prolongado jadeo. La mano invisible que la había mantenido como clavada al suelo del pozo se había esfumado y Pyanfar logró moverse, de un asidero a otro, con la práctica de quien lo ha hecho toda su vida, hasta llegar al tablero de comunicaciones, avanzando rápidamente con los pies por delante y doblándose luego otra vez para coger el micrófono.

—De prisa, Tirun, por todos los dioses —le dijo. Y luego, dirigiéndose a la capitana Rau, añadió—: ¿Dónde están los kif? ¿Recibes alguna señal de ellos?

—Las pantallas de la estación no transmiten nada —le dijo la navegante Rau—. No es sólo Gaohn: también Harn y Tyo están fuera de señal. Estamos limitadas a nuestros propios aparatos y nada más.

—Conecta la señal de rescate —le dijo Pyanfar, mientras luchaba por confinar esas malas noticias en un rincón alejado de su mente—. La *Orgullo* puede guiarse por ella y sus aparatos automáticos se encargarán del resto.

—Mi consejo —dijo la capitana—, es que ahora sería mejor que aceptaras el mando, *ker* Chanur. Que los dioses nos ayuden, porque ahora no podemos distinguir a ninguna de esas naves con capacidad de salto que andan por ahí fuera...

—Mantén la velocidad lo más baja posible, sin variaciones, y ten preparada la nave para una buena sacudida. —Pyanfar volvió a toda prisa al refugio que le ofrecía su manta en el fondo del foso—, Las abrazaderas de la *Orgullo* se encargarán de la parte delicada. Nada de impulsores ahora, la *Orgullo* se está guiando mediante el

ordenador.

—Dioses, la tenemos encima nuestro —dijo la copiloto.

—*Acercándonos*— la voz de Geran en el auricular—. *No os mováis. Buena suerte.*

Una alarma se disparó bruscamente y fue rápidamente desconectada en el tablero. Las pantallas se apagaron.

—Oh, dioses —dijo la navegante.

Pyanfar encogió el cuerpo, apretándose con todas sus fuerzas contra la manta.

Impacto: la *Suerte* se estremeció de un extremo al otro con un ensordecedor estruendo metálico y Pyanfar notó cómo su cuerpo rebotaba en la cubierta, casi haciéndole perder el asidero. Luego hubo un ruido menos prologando y el roce de las abrazaderas al afirmar su presa.

Ya estaba: un silencio tranquilizador y la ausencia total de gravedad.

—Tenemos problemas —dijo Tirun—. La escotilla ha saltado y hemos puesto un tubo al otro lado. Por el cuadro de mandos de los dioses, ¡tenéis que abandonar la nave! No podemos defenderos si...

—¡Haral! —gritó Pyanfar, volviéndose hacia el pasillo—. ¡En marcha, todos!

—Capitana —dijo Nerafy Rau.

—Vamos —le respondió Pyanfar, propulsándose con una mano hacia el asiento acolchado de la capitana y sosteniéndose en él precariamente, clavando los ojos en su rostro—. Todas vosotras debéis acompañarnos. Si hay alguna oportunidad de hacerlo luego, os devolveremos a vuestra nave. Si no es posible hacerlo, hay muchos kif con los que arreglar cuentas y toda esa gente de las estaciones... ¿Queréis morir aquí sin haber disparado ni un tiro?

—No —dijo la capitana Rau, empezando a soltarse de su puesto. Las demás siguieron su ejemplo. Pyanfar dio un salto en el aire y miró hacia el pasillo, viendo cómo una silueta ataviada con una camisa blanca se acercaba flotando por él, seguida muy de cerca por una marea de hani con armas. La capitana Rau salió del pozo yendo hacia la esclusa más cercana, Pyanfar fue hasta el tablero y cogió el micrófono mientras que el resto de la tripulación abandonaba los controles.

—¡Tirun! ¿Dónde están los kif?

—Sólo los dioses lo saben. La *Mahijiru* está protegiendo nuestra retaguardia; el resto será mejor explicarlo cuando hayáis subido a la *Orgullo*.

Pyanfar se vio bruscamente rodeada por los cuerpos de sus compañeras. La esclusa se abrió hacía dentro y un torrente de aire frío entró silbando por ella.

—Ahora vamos —dijo Pyanfar y, soltando el micrófono, le dio una patada al conducto más cercano y se precipitó entre el torrente de cuerpos, cayendo en el oscuro y paralizante frío que reinaba en el interior del tubo que la *Orgullo* había conectado con la otra nave. Sus miembros se quedaron rápidamente insensibles y el

aliento era como mil alfilerazos en sus pulmones, en tanto que las lágrimas que brotaban de sus ojos parecían congelarse nada más haber nacido. Dolía, dioses, cómo dolía. Cuando llegó al casco de la *Orgullo* vio encenderse una luz verde, una baliza de seguridad, ardiendo como una lejana estrella capaz de guiarla a través de las tinieblas, indicando la situación del ascensor. Una cadena azul de luces más pequeñas puntuaba las tinieblas indicando dónde empezaba el cable de entrada rápida—. ¡Khym! —gritó Pyanfar, pensando en su falta de experiencia en el espacio—, Khym, las luces azules indican el cable. ¡Tully, ve hacia las luces azules!

—Ya los tengo —gritó más adelante la joven voz de Hilfy—, les he cogido a los dos.

Una puerta se abrió en el ascensor. Alguien había conseguido llegar hasta él. El lejano rectángulo se fue haciendo mayor, dibujando un perímetro de blancura cegadora por el que se precipitaba un torrente de siluetas oscuras que iban avanzando penosamente a lo largo del camino marcado con las luces azules: algunos se movían como si estuvieran nadando en el aire y otros utilizaban el cable para impulsar a los nadadores. Los cuerpos chocaban unos con otros pero seguían avanzando lentamente hacia la recámara del ascensor, donde cobraban repentinamente color e identidad. Pyanfar se encontró propulsada por fin al interior del recinto y unos segundos después una última silueta se materializó en mitad del resplandor blanco: la capitana Rau.

—Ya estamos dentro —gritó Chur por el comunicador. Haral gritó a su vez una advertencia y cerró la puerta del ascensor: la cabina se puso en marcha y de pronto todos los cuerpos que la ocupaban se encontraron empujados hacia el suelo.

—¡Cogeos donde podáis! —les gritó Pyanfar a los novatos pero los que tenían experiencia ya estaban ayudándoles a sostenerse y, con igual brusquedad a la usada para arrancar, la cabina se detuvo con un fuerte golpe y su posición se sincronizó casi al instante con la del cilindro giratorio interior en el que había encajado. Ahora ya había gravedad y el ascensor se puso de nuevo en movimiento, ahora hacia arriba. La *Orgullo* se movía, lentamente al principio, y los ocupantes de la cabina empezaron a sentir los efectos de su aceleración. Algo crujió en la distancia.

—La abrazadera se ha soltado —dijo Haral—. El ascensor siguió subiendo, dejando atrás la cubierta inferior hasta llegar a la principal. Los pies de sus ocupantes iban logrando encontrar el suelo y quienes nunca habían salido de su planeta se resistían a soltar a quienes les habían guiado durante la etapa de ingravidez, con las orejas gachas y los ojos extraviados.

La cabina se detuvo y la puerta se abrió, dejando ver la cubierta principal. Pyanfar se abrió paso a empujones y corrió por el pasillo principal hasta llegar al puente, con sus garras rechinando sobre la cubierta para resistir el aún suave impulso de la aceleración.

Haral iba detrás de ella, casi pisándole los talones.

—Cubierta inferior —gritó Chur detrás de ella—. Vamos abajo, allí hay más espacio y se está más seguro.

La puerta volvió a cerrarse y el ascensor se puso de nuevo en marcha con un zumbido. Pyanfar no miró hacia atrás. Pasó corriendo junto a Geran y Tirun, que ocupaban los puestos números tres y dos, mientras que Haral se instalaba en su asiento, y llegó finalmente a su puesto, ocupándolo sin decir palabra. Las imágenes afluían veloces a las pantallas, indicando su posición con respecto al planeta y a la estación: un punto simbolizaba a los knnn, que flotaban bastante alejados del caos de puntos que representaba al resto de naves, dos de ellas identificadas como *mahe*, en tanto que junto a la estación se veía una masa borrosa que señalaba la horda de restos metálicos sin identificar creada por la destrucción de varias naves y el curso errático que seguían sus restos.

—La *Aja Jin* sufrió daños —dijo Tirun con voz tranquila—. Los kif invadieron el control de tráfico de la estación y destruyeron los aparatos. La familia Llun tenía demasiados problemas a la vez; todo el mundo se estaba lanzando hacia la nave más próxima: Logramos abandonar el muelle y salimos huyendo con el resto. Supusimos que se dedicarían a observar las naves que iban en dirección opuesta. El ataque tuvo lugar hace unos tres cuartos de hora y esta vez venía del exterior del sistema. Nuestro curso actual nos lleva de vuelta a la estación: la *Fortuna* logró desembarcar un grupo no hace mucho y algunas otras naves lograron pasar después que ella. ¿Qué hacemos?

—Seguiremos hablando y de momento mantened el rumbo actual —Pyanfar tendió el brazo y accionó el aviso de que la nave estaba en movimiento—. Estamos acelerando —dijo por el comunicador, dirigiéndose a toda la nave—. Agarraos bien; voy a mantener el comunicador abierto desde aquí. Tenemos problemas y no quiero ningún jaleo por ahí abajo. Tirun, ¿qué dice el ordenador sobre los movimientos de los kif? ¿Tienes algún curso trazado?

Los datos aparecieron en la pantalla.

—Todas las estaciones han desconectado sus pantallas de datos, o al menos no recibimos nada de ellas. Algunas naves kif han salido del muelle pero no sabemos cuáles son. Lo único bueno de todo el asunto es que, al interrumpirse los datos procedentes de la estación bastante antes del ataque, no sabían nada sobre nuestras posiciones para poder guiarse, salvo la última que transmitieron de la estación, con lo que su ataque no fue muy preciso. La *Aja Jin* fue alcanzada al encontrarse inmóvil y como mínimo le dieron a un carguero y creemos que a unos cuantos kif, pero no sabemos nada con precisión, pues nadie está emitiendo apenas y muchos cargueros se están escondiendo lo mejor posible. Creo que en su próximo ataque se concentrarán en los blancos localizados hasta el momento: la estación, la última posición conocida

de la *Aja Jin*...

—Anuurn, quizá.

Tirun la miró con las orejas pegadas al cráneo.

—Veo que has estado analizando la cuestión —dijo Pyanfar—. Te sigo. Dime cuáles han sido tus conclusiones. ¿Dónde piensas que se encuentra Akukkakk?

—Creo que logró salir de la estación y le habrá sido imposible acelerar lo suficiente como para participar en el ataque. Creo que debe ser una de esas naves que andan por ahí, manteniéndose tan quieto y callado como el resto. Y sólo descubriremos de cuál se trata cuando la fuerza de ataque vuelva para repetir su embestida de antes.

Pyanfar asintió. Comprender rápidamente las posibilidades de la maniobra que le habían servido en bandeja al salir los cargueros de la estación y aprovecharla en ventaja propia. Sí, era muy probable. Entraba en el estilo de Akukkakk, un estilo para el que ya estaba empezando a desarrollar cierta intuición, como si fuera capaz de percibir en cierto grado cuáles serían sus movimientos, sabiendo que si se enfrentaba a un desafío su reacción era siempre responder con otro mayor.

—Va a mandarles una u otra vez contra la estación —dijo Pyanfar, como pensando en voz alta—, para que sigan martilleando los restos, Eso, para darnos una lección; pero sabe condenadamente bien quiénes somos, primas. Somos demasiado visibles y tengo la impresión de que cuando pueda querrá ajustarle las cuentas a la *Mahijiru* y a nosotras. Y dado que la *Mahijiru* cuenta con Jik... —Miró hacia la pantalla y vio el punto doble que representaba a los *mahe* junto a la estación ocupada por los kif—. Esa fuerza de ataque estará ocultando sus emisiones pero Akukkakk va a tener una buena imagen para identificarles con toda precisión. Maldito sea.

—Podríamos dejar nuestro grupo en la estación —dijo Haral desde el puesto número cuatro—, y luego virar en redondo. Podríamos intentar aclarar un poco ese embrollo de naves.

—Lo que está claro es que debemos hacer algo. Tirun, te lo entrego —desactivó las funciones que había aceptado en su tablero y se volvió hacia ella—. Llévanos hasta allí. Hablaré con las demás pero os necesito aquí arriba. Sigue en tu puesto, Haral.

—De acuerdo —musitó Haral.

Pyanfar higo girar el asiento y se puso en pie, aprovechando el impulso de la nave para salir disparados fuera del puente, con su garras clavándose en el suelo para no perder el control. Estuvo a punto de chocar con la pared antes de llegar al ascensor pero logró evitarlo. Apretó con un gesto brusco el botón de llamada y contuvo el aliento mientras esperaba que llegara el aparato.

El ascensor se detuvo por fin ante ella y Pyanfar entró en la cabina, que se puso en marcha inmediatamente hacia la cubierta inferior. Sentía que le temblaban los

músculos y notaba una molesta tendencia a estremecerse como si tuviera frío, incluso cuando la atmósfera era cálida.

El ascensor se detuvo dejándola en el pasillo principal de la cubierta inferior, El grupo de Chanur estaba allí: se habían sentado en el suelo y sostenían los rifles en el regazo, como si esas armas fueran lo único seguro que les quedaba en ese instante, cuando estaban a punto de enfrentarse a lo desconocido, Al verla se pusieron en pie y entre esas siluetas distinguió a Chur y a Khym; a Tully, con Hilfy al lado, y también a Ginas Llun y a las capitanas Chanur con sus tripulaciones. En un par de zancadas estuvo junto a ellas y, cogiendo a Chur del brazo, miró a las demás:

—¿Habéis entendido todo?

—Sí —dijo Rhean Chanur—. Hemos de intentar reunir al personal de la estación y si mientras estemos allí hay otro ataque debemos ir hasta el centro de la estación y buscar por todos los medios vuestra señal cuando haya pasado. Que los dioses nos ayuden.

—La *Orgullo* volverá, Rhean. Tu nave logró romper el bloqueo, Tu nave y tu tripulación, bendita sea. No tengo ni idea del daño que pueden haber sufrido y será mejor que no partas con ningún plan preconcebido en cuanto a lo que puede ocurrir. Anfy, lo mismo digo; usa cualquier nave que tengas a mano. Si te hace falta cubrir los puestos con tripulantes del sistema, hazlo. Y al resto de vosotras... si usáis las armas, os aconsejo que busquéis a las tripulantes que haya por allí para que os apoyen, aunque sólo los dioses saben dónde pueden encontrarse ahora. Si os equivocáis de blanco habréis matado a un aliado, ¿comprendido? Lo mismo ocurrirá si os cargáis alguna escotilla, así que mantened la cabeza sobre los hombros y procurad saber lo que hay detrás de vuestro blanco. Si queréis andar pegando tiros en una estación debéis apuntar a la cubierta y mantener las piernas listas para salir corriendo, ¿comprendido?

Las orejas de las más jóvenes se agacharon, inquietas. Pyanfar sentía clavados en ella docenas de ojos, un infinito de negras pupilas dilatadas. Pero Hilfy parecía ahora totalmente distinta: tenía las orejas erguidas y el rostro tranquilo. Pyanfar la miró, sintiendo en su interior una compleja mezcla de orgullo y dolor. Era imposible sacarla de aquí, mantenerla lejos de todo el embrollo; y no era necesario. Los que fueran a la estación y los que se quedaran en la *Orgullo* estarían compartiendo el mismo peligro; y quizá las ocupantes de la nave corrieran riesgos aún mayores. Si tenía una oportunidad, por pequeña que fuera, Akukkakk se encargaría de ello.

—Nos acercamos al muelle —dijo el comunicador—. Preparados para frenar.

—No debemos perder más tiempo —dijo Pyanfar en voz baja a las que tenía más cerca—. Chur, Hilfy, la *Orgullo* no puede prescindir de nadie más. Hacedlo tan bien como podáis y volved enteras. Los demás... Khym, no te separes de mis tripulantes, ¿me has oído?

Khym asintió. En el aire parecía flotar una tensión indefinible: nadie habría querido ocuparse de él, claro... pero en los ojos de Hilfy y Chur no hubo ni la menor señal de protesta. Khym las miró y los escasos restos de oreja que le quedaban se irguieron levemente al ver cómo ellas le devolvían su mirada.

Que los dioses las ayuden, pensó Pyanfar. Que los dioses le ayuden si por su culpa una de ellas muere, si comete alguna estupidez.

La velocidad disminuía rápidamente. Todos se agarraron a las paredes del corredor: la presión era muy fuerte, hasta el extremo de resultar casi insoportable. Pyanfar cerró los ojos por un instante y se dejó caer hasta el suelo como todos los demás, conformándose por ese instante con estar donde estaba y rogándole a los dioses en su fuero interno que le fuera posible acompañarles.

Tully estaba en cuclillas junto a Hilfy. Pyanfar volvió lentamente la cabeza hacia ellas, frunciendo los labios mientras pensaba en Tully. Sí, podía perder el control en un instante dado: no quería oír las instrucciones que se le dieran y podía enloquecer a causa de la ira. Khym estaba algo más lejos y Pyanfar sabía muy bien que le avergonzaba su estado físico, como le avergonzaba el aura casi palpable que le rodeaba: la desconfianza, la seguridad de que no iba a serles de ninguna ayuda sino que, al contrario, sólo conseguiría aumentar los riesgos que ya corrían, el temor de que siguiera sus propios impulsos, de que cediera a su inestable temperamento de macho. Khym, que les había salvado el cuello a todas y les había dado la oportunidad y el tiempo necesarios para despegar. Igual que Kohan, debatiéndose en su agonía, atrapado en la Residencia Chanur; y, a pesar de ello había acabado venciendo, por todos los dioses.

La gravedad fue disminuyendo en una errática serie de cambios de vector, haciendo que los cuerpos amontonados en el pasillo chocaran unos con otros a cada estallido de los impulsores secundarios. Los que habían logrado agarrarse firmemente a las paredes se encargaban como buenamente podían de quienes no habían sido tan afortunados o hábiles.

Contacto. La fuerza gravitatoria terminó afirmándose en la última dirección que habían padecido y las abrazaderas se instalaron en sus posiciones con un sonoro chasquido.

La rampa de acceso quedó en posición con un golpe sordo.

—Hemos entrado en contacto con una fuerza ahí fuera —dijo Geran—, La salida está despejada. Buena suerte.

—Espero que vosotras también tengáis un poco de suerte —dijo Chur por el comunicador.

—Eh, ¡arriba! —gritó Hilfy y todo el grupo se puso en marcha, con un súbito nerviosismo por llegar a la escotilla.

Pyanfar se incorporó al mismo tiempo que todas las demás.

—Tully —dijo, indicándole con una seña que se acercara. Su rostro, que había estado lleno de una nerviosa alegría, se volvió repentinamente sombrío al darse cuenta de lo que deseaba. Pyanfar repitió su seña en tanto que las fuerzas de Chanur empezaban a desfilar por el corredor hacia la escotilla y al ver que Tully no se acercaba fue hasta él y le cogió por el *brazo*, mientras que Chur y Hilfy se quedaban esperándoles—. Seguid —les dijo Pyanfar—, y tened cuidado.

Chur y Hilfy se apresuraron a obedecerle y se reunieron con el resto del grupo, que ya estaba en la entrada de la escotilla. Pyanfar, con las orejas pegadas al cráneo, sintió cómo Tully tiraba de su mano.

—Pregunto —le dijo—. ¿Lucho con ellos, Pyanfar?

—No —replicó ella—. Allí fuera no puedes oír las órdenes que te den, ¿me comprendes? Ven conmigo, iremos al puente.

Si esas orejas patéticamente pequeñas que poseía hubieran podido moverse, Pyanfar estuvo seguro de que se habrían desplomado hasta confundirse con su cabeza. Tully le miró con ojos en los que habían un desánimo absoluto.

—¿Sí? —le dijo con un hilillo de voz—. Entiendo.

La escotilla se abrió y volvió a cerrarse unos instantes después.

—Vamos a subir —dijo Pyanfar por el intercomunicador—. Tened cuidado con la maniobra.

Tully la acompañó hasta el ascensor, casi corriendo. Pyanfar le metió dentro de la cabina y Tully se apoyó en la pared sin apartar los ojos de ella, con una mirada llena de dolor muy parecido al de Kohan: sus pupilas parecían cubiertas de sombras y su melena de tonalidades claras estaba convertida en un revuelto amasijo de pelos, en tanto que su cuerpo parecía haberse encogido a causa del cansancio y la desilusión.

—Iremos —le dijo mientras la puerta del ascensor se abría revelando el corredor que conducía al puente—. Iremos hasta allí y cogemos a los kif, amigo mío; cogemos a ese Akukkakk, esté dónde esté, y le arreglaremos las cuentas, nave por nave.

—¿Ahí? —Tully movió la mano en un amplio arco, abarcando el infinito.

—En este sistema; y debe de estar muy cerca, quizá demasiado —Pyanfar cruzó el umbral del puente, cogiendo a Tully del brazo y haciéndole sentar con un brusco empujón en el asiento auxiliar que había junto al puesto de Haral. El lugar no resultaba demasiado seguro pero en esos momentos no había lugares seguros. Pyanfar se dejó resbalar sobre la familiar superficie de su maltrecho asiento y se colocó el cinturón de seguridad mientras que Tirun desconectaba las abrazaderas de la nave. Cuando la *Orgullo* adquirió su propia gravedad, Pyanfar tomó los controles y la hizo partir en un rumbo mucho más arriesgado del que habría osado tomar si las autoridades de la estación hubieran estado en situación de protestar.

—¿La situación sigue como antes? —le preguntó a Tirun.

—Según mis cálculos creo que tenemos una media hora antes de ese ataque —le respondió Tirun.

—Haral; comunica con todas las naves. Tenemos kif entre nosotras. Emite ahora mismo la señal de identificación, tanto la de origen como la de nuestra casa, y diles a todas que hagan lo mismo.

—Bien.

Pyanfar colocó la nave por encima de la estación y en la pantalla de vídeo aparecieron con bastante claridad las dos naves *mahe* y un grupo disperso de naves que no habían logrado alejarse lo bastante de la estación como para escapar a su fuerza rotatoria, algunas por estar averiadas y otras por habérselo impedido los restos metálicos de la estación o de alguna otra nave destruida.

En el dique había tres naves kif con las popas ennegrecidas: al menos, la *Mahijiru* había logrado encargarse de eso.

Y de los *mahe* nada, ni una sola señal. Pero, de pronto, las dos naves empezaron a moverse, primero lentamente y luego con mayor rapidez.

—Parece que hemos conseguido agitar las cosas un poco —dijo—. Nuestros amigos parecen haberse enterado de que no son ellos los que están transmitiendo.

—Estoy recibiendo señales de identificación —dijo Geran.

En la pantalla empezaron a surgir los datos que identificaban a las naves hani. Los *knnn* se movían trazando bruscos giros aparentemente irracionales y en la pantalla aparecían las sombras fantasmales que indicaban sus aceleraciones. Pyanfar se pasó la lengua por encima de los dientes, intentando no distraerse con esas imágenes, observando atentamente a las naves que aún no se habían identificado. El número de señales de identificación iba aumentando y la *Orgullo* aceleró un poco más. En el dique se veía otra nave moviéndose y luego otra más; eran cargueros construidos para operar dentro del sistema y comparados con la aceleración creciente de la *Orgullo* parecían casi inmóviles. Las naves se estaban moviendo casi al azar, intentando que el ataque inminente no las alcanzara... o, al menos, con la esperanza de que así fuera.

—¡Malditos sean! —dijo Haral—. Parece que le han dado bien: fíjale en su velocidad.

Haral se estaba refiriendo a Jik. La *Aja Jin* llevaba detrás un reguero de fragmentos metálicos pero a pesar de ello las dos naves *mahe* estaban acelerando sin demasiados problemas aparentes y se dirigían en línea recta hacia el grueso de las demás naves.

Pyanfar decidió reducir su propia velocidad. Los *mahe* habían sacrificado su flexibilidad de movimientos y de modo deliberado se habían metido en el punto donde habría más problemas, en un lugar donde la abundancia de naves era tan grande que les resultaría imposible maniobrar luego.

—Mantengamos nuestras opciones —dijo Pyanfar con voz calmada.

De pronto un carguero identificado antes como hani desapareció en una flor de estática brillante.

—Capitana —dijo Tirun—. Tres puntos hasta entonces sin identificar quedaron etiquetados como enemigos. La *Mahijiru* y la *Aja Jin* se lanzaron hacia ellos.

—No os metáis en mi camino, condenados —musitó Pyanfar—. Haral estaba transmitiendo frenéticamente por el comunicador, aconsejando a todas las naves que se apartaran de la zona en que estaban los kif.

—Si no giran de inmediato los *mahe* se meterán en nuestra línea de fuego —dijo Geran—. Van a meterse de cabeza en...

—Vamos a dejar que los kif rebasen nuestro cénit —dijo Pyanfar secamente—. De todos modos, ése es nuestro lado mejor protegido.

—Los tengo localizados —dijo Tirun, quitando el protector que cubría su mando de armamentos en la parte superior del casco.

—Knnn acercándose —dijo Geran, lacónicamente. La alarma empezó a zumbar estridente mientras que una nave a toda velocidad pasaba sobre la *Orgullo* dirigiéndose hacia la inminente confrontación *mahe/kif*, desvaneciéndose con tal celeridad que en la pantalla su curso apareció como una línea de puntos probables,

—Saludos de la *Mahijiru* —le informó Haral.

En la pantalla aparecía una confusa masa de restos metálicos: *mahe*, hani o kif; resultaba imposible saberlo, ya que las posiciones eran aún demasiado cercanas. Los puntos luminosos empezaron a superponerse y a dividirse a medida que los kif avanzaban. Una nave fue alcanzada y de pronto la *Orgullo* se vio metida en pleno combate.

—Akukkakk está aquí —dijo Pyanfar, sin quedarle la menor duda sobre la identidad de un kif que decidiera poner como blanco principal de su ataque a la *Orgullo*, sin hacer caso de los *mahe* que se habían lanzado sobre él.

—Ahora hay dos naves —exclamó Tully y en la pantalla aparecieron las dos naves *mahe*, todavía juntas, que habían dejado de acelerar y muy probablemente estarían frenando para reiniciar su ataque. También se distinguían naves hani que convergían sobre los kif desde todos los vectores de la esfera, así como dos naves kif en buen estado para combatir. La tercera estaba rodeada por una nube de polvo y fragmentos metálicos, junto al inestable punto luminoso que representaba a los kif—. A ese kif le han atrapado.

—Y a esos dos los cogeremos nosotras —murmuró Tirun. La doble imagen estaba ahora casi encima de la *Orgullo* y el intervalo de distancia se reducía a cada segundo que pasaba, con su propia velocidad añadida ahora a las de los kif que se les echaban encima. La nave knnn estaba regresando, como si se hubiera materializado de entre la nube de fragmentos.

La *Mahijiru* y la *Aja Jin* estaban más lejos aún que antes, pues debían reducir

velocidad antes de poder cambiar el rumbo y lanzarse de nuevo sobre los kif, encontrándose en esos momentos a unas distancias demasiado reducidas como para que fuera posible usar el impulso de salto.

—¿Cuál? —le preguntó Tirun.

—Escoge el blanco que te parezca mejor —dijo Pyanfar—. No se me ocurre cuál de las dos.

Ahora las pantallas lejanas mostraban naves de salto hani que se precipitaban en un curso directo para interceptar a los kif, pero no llegarían a tiempo de ayudarles. Hacer carreras con esas veloces naves de caza no era algo en lo que un carguero pudiera tener muchas esperanzas, aunque fuera vacío: resultaba imposible ganarles.

Las naves kif pasaron como una exhalación sobre el cénit de la *Orgullo*. Un intercambio de disparos y las pantallas parecieron explotar. El impacto hizo bambolearse a la *Orgullo*, sacándola de su curso y llenando los tableros de luces rojas. Las pantallas se despejaron a tiempo de mostrarles una imagen nueva, la de otra nave que parecía desplomarse sobre ellas, en tanto que un agudo gimoteo knnn inundaba el comunicador.

La nave se desvaneció en el cénit de la *Orgullo* y Pyanfar hizo girar la nave ciento ochenta grados, previendo el regreso de los kif y un nuevo ataque; esperando que así la posición para replicar a su fuego fuera algo mejor. La *Mahijiru* y la *Aja Jin* estaban volviendo; quizá llegaran a tiempo, La *Orgullo* empezó a devolver el fuego tan pronto como sus cañones se alinearon con el blanco. Los kif habían girado nada más alejarse del primer punto de impacto y un nuevo estallido de fuego sumergió las pantallas, colmando de luces rojas los tableros que aún seguían despejados.

—¡Blanco! —aulló Geran—. Mirad cómo se mueve esa maldita. ¡Le hemos dado, por todos los dioses!

La otra nave seguía disparando. La distancia que separaba a las dos naves seguía aumentando, pero ahora con mayor lentitud. La nave volvería muy pronto.

—Dientes-de-oro —dijo Pyanfar, accionando con un golpe seco el comunicador —, maldito seas, date prisa... que alguien ahí fuera se dé prisa, maldición.

La nave knnn estaba virando en un ángulo imposible, una de esas maniobras a las que sólo un knnn podía sobrevivir. La nave apareció de pronto en el intervalo que separaba a las dos combatientes, justo en la línea de fuego.

—*Buen trabajo* —dijo, de pronto, la voz de Dientes-de-oro—. *Tengo...*

La comunicación se interrumpió sin ningún aviso y las pantallas se volvieron locas, en tanto que todos los sensores parecían quedarse ciegos bruscamente... un campo de salto.

Por los dioses, un campo de salto... en un espacio lleno hasta rebosar.

—¡Capitana! —gritó Tirun, a una distancia que primero pareció enorme y luego volvió a reducirse al soltarles el campo con idéntica brusquedad a la de su aparición.

Tully lanzó un quejido interminable y agónico.

Había algo. Donde antes sólo había estado el vacío apareció una masa colosal, dibujando un punto enorme en la pantalla que volvía a encenderse. Una nave monstruosa en el cénit de estribor. Su repentina aparición las había sacado de su curso, al igual que había sucedido con todas las demás naves. El ordenador luchaba como un loco para compensar su trayectoria. Pyanfar empezó a examinar el sistema, intentando comprender lo que había ocurrido. Por los dioses, el recién llegado era inmenso. En la pantalla todos los demás puntos luminosos parecían haber empequeñecido de pronto, tanto los kif y los *mahe* como las naves hani y el knnn solitario.

—Capitana —la voz de Haral, En el comunicador, que ya funcionaba de nuevo, empezó a recibirse un coro de gemidos que estuvo a punto de hacer estallar el altavoz, tal era su potencia. Los ruidos y parásitos que acompañaban la señal rebasaban ampliamente la escala auditiva de Pyanfar y los oídos le dolían como si se los estuvieran haciendo pedazos.

De pronto el gran punto luminoso se hizo pedazos pero no para convertirse en despojos metálicos: un punto más pequeño permaneció inmóvil en el centro y los demás se expandieron en todas las direcciones.

—Knnn —jadeó Pyanfar—. Viajando en sincronía... Que los dioses nos ayuden a todos.

—*Hani*... —Un chasquido en el comunicador, una voz kif que ya le era familiar —, *Pyanfar Chanur*...

Las naves knnn se movían al unísono, como un enjambre, dirigiéndose hacia los kif, que de repente empezaron a incrementar su velocidad: Akukkakk tenía el camino libre y estaba utilizando todos sus recursos para largarse por él. Se estaba retirando pero no podía acelerar lo bastante rápido; los knnn se encontraban demasiado cerca de él y la distancia se estaba reduciendo por segundos.

La solitaria nave knnn frenó en seco y con un brusco viraje se unió al enjambre lanzado en persecución de los kif.

—¡*Chanur!* —gritó Dientes-de-oro.

Pyanfar permanecía como helada, con los ojos clavados en las pantallas. En el comunicador se oía un confuso estruendo de voces hani, aterradas, haciendo un montón de preguntas casi ininteligibles. Las naves knnn iban a una velocidad cada vez mayor.

De repente apareció otra señal en la pantalla, una para la que el ordenador no poseía ninguna referencia con que manejarla: el barrido de la pantalla siguió e hizo parpadear el objeto del tamaño de una nave que los knnn habían dejado atrás, en tanto que el ordenador indicaba la necesidad de que interviniera el control manual.

En el comunicador sonó una voz extraña, parecida a la de Tully, aparentemente

asustada,

Pyanfar miró a Tully, que estaba agarrado al borde del tablero con la piel cubierta de sudor y los ojos aún aturridos por el salto y vio cómo su expresión cambiaba bruscamente al oír esa voz.

—== nave —dijo el traductor interpretando la transmisión del recién llegado—. = nave = tú.

—¡Comunicaciones! —gritó Pyanfar hacia Haral y ésta le pasó el control del tablero. El corazón le golpeaba las costillas como un animal enloquecido—. Aquí la nave hani el *Orgullo de Chanur*. Os encontráis en espacio hani. Amigas, ¿comprendido?

—Capitana —exclamó Tirun—, capitana, los knnn...

La respuesta del traductor empezó a zumbear monótonamente en sus oídos. Pyanfar clavó los ojos en la pantalla, viendo cómo la distancia que separaba a los Kif de sus perseguidores knnn se iba reduciendo cada vez más.

—Tully —dijo, sin apartar la vista de la imagen—. Haral, pásale el comunicador. Deja que lo utilice.

La voz mecánica del traductor se calló bruscamente y Pyanfar se arriesgó a volverse un instante, viendo a Tully, ya más dueño de sí mismo, con el micrófono en la mano y hablando en una veloz cascada de sílabas cristalinas con los seres que habían sido transportados por el grupo de naves knnn en sincronía, en una nave que había sido tratada como un fardo de mercancías, incapaces de comunicarse con los knnn y hacerse entender por ellos.

—Capitana...

Pyanfar alzó los ojos. Los knnn estaban rodeando a la *Hinukku*: la habían alcanzado. Sus masas se confundieron, igual que se habían agrupado alrededor de la nave de los Extraños al llegar ésta.

—Dioses —musitó Tirun.

—Están comerciando —dijo Pyanfar con incredulidad—, igual que en Kirdu. Dioses, están haciendo un trato. Una nave Extraña a cambio de la *Hinukku*. De Akukkakk.

—¡Pyanfar! —La voz de Dientes-de-oro en el comunicador—. ¿Comprender esos bastardos?

—Una nave humana —dijo Pyanfar, activando su conexión con el transmisor, que no había llegado a desconectar—. Los knnn acaban de entregarnos una mercancía viviente. Pertenecen a la especie de Tully. Por todos los dioses, los knnn siguen acelerando el hacia el exterior del sistema.

—Nave kif deja estación —gritó, de pronto, la voz de Jik—. Él va.

Una nave kif de las tres que estaban en el muelle. Claro, eso era: una nave kif medio estropeada, con los propulsores casi inútiles, retirándose con agónica lentitud,

intentando pasar desapercibida.

—Están siguiendo el curso del ataque anterior —dijo Pyanfar, prácticamente temblando por la excitación que sentía—. En nombre de todos los dioses, grandes y chicos, se están escapando, se están preparando para escapar.

De pronto la pantalla registró una especie de vacío, el típico fantasma que dejaba siempre una nave al partir en el salto: el vacío tenía su centro allí donde un segundo antes había un grupo de naves knnn rodeando a la *Hinukku*. El fantasma esta vez era tan grande que causó momentáneas ondulaciones en la textura del tiempo y el espacio y cuando se desvaneció Pyanfar distinguió un fantasma más diminuto y fugaz: la nave knnn. Se había ido.

Las dos naves kif que aún quedaban se alejaban lentamente hacia el exterior del sistema y sus oscuras profundidades, emitiendo con todas sus fuerzas una señal en la que estaba contenido todo el desastre que habían sufrido.

—*Tenemos* —dijo Dientes-de-oro—. *Tenemos, Pyanfar.*

—Tenemos... sólo los dioses saben qué tenemos. —Oía aún el parloteo de Tully en el comunicador y ahora percibía en sus palabras matices y tonalidades emocionales que antes nunca había notado. Se volvió a mirarle y le vio instalado en el tablero de Haral como si le hubiera pertenecido desde siempre. Tully se dio cuenta de que le miraban y se volvió hacia ella. Tenía el rostro cubierto de líquido.

—Amigo —le dijo en su propia lengua—. Todos amigos.

Los dioses eran testigos de que había mucho que contarles a los recién llegados y si algo no necesitaba el traductor en esos momentos era más vocabulario con el que embrollarse. Sólo los dioses sabrían de qué modo sería posible entenderse con otra docena de Tullys, tan confusos y aterrados como lo había estado él al llegar.

—Que vengan —le dijo Pyanfar, articulando lentamente las palabras para hacerse comprender—. Diles que vengan a la estación.

—Venir, si.

Pyanfar se volvió de nuevo hacia la pantalla y empezó a planear un rumbo a la estación. Algunas naves ya estaban dirigiéndose hacia ella, principalmente las naves hani con capacidad de salto que no habían llegado a tener ocasión de reducir su velocidad: tenían parientes en la estación o quizás iban e busca de sus tripulaciones o de los grupos que habían desembarcado en los diques para ayudar a la casa Llun.

En esos instantes podía estar ocurriendo cualquier cosa en la estación, dado el pánico en que debían encontrarse los kif.

Y en esos momentos ni cien Extraños sobre bandejas de oro habrían podido interesarle en lo más mínimo.

—Capitana —dijo Geran y de pronto un torrente de datos nuevos apareció en la pantalla, en tanto que una señal familiar brotaba firme y clara en el altavoz—. La estación vuelve a transmitir, capitana.

Oyó cómo los *mahe* las avisaban de lo que ya era obvio en tanto que los Extraños parloteaban incesantemente, con toda seguridad porque ellos también estaban recibiendo la señal, y una confusa multitud de voces hani que le hacía ansiosas preguntas a la estación.

—La estación se encuentra totalmente a salvo y en orden —fue la respuesta—. Aquí Kifas Llun. La resistencia ha terminado y la estación se encuentra totalmente a salvo.

Pyanfar mantuvo la velocidad, sin hacer caso de la multitud de luces que le indicaban las averías sufridas. Esa condenada tobera número uno volvía a estar mal y sólo los dioses sabían qué otras partes de la nave habían sufrido un buen vapuleo pero aún podían controlar su dirección y su capacidad de frenado no había resultado afectada. No había necesidad de entrar cojeando, ya que la estación no había tenido el tiempo necesario para establecer los senderos de aproximación: las naves deberían arreglárselas manteniendo los ojos bien abiertos y evitando los choques.

Estaban recibiendo otras señales. La estación de Harn volvía a emitir y unos minutos después se recibió una transmisión de Tyo, informando de que ni los daños ni las bajas habían sido de gran consideración.

Hilfy, pensaba constantemente Pyanfar, y Chur.

Y Khym, aunque eso estaba casi oculto en lo más hondo de su cerebro, y Khym, para quien ya no podía concebir ninguna esperanza.

Pero, después de todo, él había venido hasta aquí buscando precisamente eso.

Una gota de sudor resbaló por su nariz, haciéndole cosquillas. Le costaba respirar dada la aceleración. Los *mahe* viajaban casi pegados a la *Orgullo* y detrás de ellos, por razones ignoradas y movidos por un propósito imposible de adivinar, venía la nave de los Extraños, rebasando uno a uno a los cargueros más lentos para los que el viaje sería cuestión de horas.

Para cuando llegaran, quizá la estación de Gaohn tuviera ya los primeros informes sobre las bajas sufridas.

La *Orgullo* abrió sus accesos en tanto que la *Mahijiru* se instalaba en el dique contiguo y Jik, a bordo de la *Aja Jin*, permanecía montando guardia con la proa hacia ese cuadrante del sistema por el que aún era posible la aparición de alguna nave kif. Nadie creía probable tal aparición pero, pese a todo, decidieron tomar precauciones al respecto.

La nave de los Extraños se posó lentamente en el muelle y se mostró perfectamente dispuesta a recibir visitantes, pero el proceso se vio algo retrasado por el hecho de que sus ocupantes no entendían ni el lenguaje ni los procedimientos habituales, careciendo al mismo tiempo de equipos compatibles con las instalaciones de la estación.

—A nuestro lado —se había limitado a decirles Pyanfar—. ¿Tenéis equipo de vídeo? Veréis cuatro abrazaderas; la escotilla debe quedar en el centro, ¿entendido? Debéis ir despacio y con mucho cuidado. Si tenéis algún problema paradlo todo y retroceded. Esperad a que llegue una nave pequeña de la estación para ayudaros en el ataque. ¿Lo habéis comprendido todo?

—Comprendido —le habían respondido a través del comunicador. Y la nave de los Extraños se acercó cautelosamente al muelle de la estación en tanto que sus ocupantes, sin duda, se hacían múltiples preguntas sobre los cascos destrozados de las naves kif y las señales de fuego reciente que se veían en esa zona de la estación.

Una de las cuadrillas del dique se encargó de establecer una línea directa de comunicación.

—Capitana —dijo Geran, con sus pupilas ambarinas casi echando chispas—, capitana, son Chur y Hilfy. ¡Las dos están ahí abajo!

—Ya —dijo Pyanfar sin dar excesivas muestras de emoción, ya que en ese mismo instante tenía a la nave de los Extraños parlotando en su otro oído pero sintiendo en sus entrañas una poderosa oleada de alivio, con el resultado final de que no escuchó gran cosa de lo que le estaban diciendo. Miró a su tripulación y luego a Tully, al que también se le habían iluminado los ojos al oír las noticias.

—Están a salvo —le medio preguntó, medio afirmó Tully—. ¿Chur y Hilfy?

—Vamos a salir —dijo Pyanfar, apartándose de los controles—. Vamos a salir todas de aquí, por los dioses. —Se puso en pie y recordó la cinta que habían estado grabando durante el regreso. La cogió y se la metió en el bolsillo—. Vamos.

Salieron del puente y recorrieron el pasillo a toda prisa, cogiendo el ascensor y luego yendo hasta la escotilla. Si hubo un momento en el que pareciera adecuado echar a correr de pura alegría, sin duda debió ser durante ese interminable trayecto por la rampa; pero Pyanfar logró mantener el paso relativamente tranquilo hasta encontrarse en el muelle ennegrecido por el fuego, donde grupos de hani armadas

montaban guardia.

Chur, Hilfy, algunos miembros del grupo de Chanur. Oh, dioses, Hilfy llevaba un vendaje manchado de sangre en el costado y se apoyaba en Chur, que, a su vez, llevaba un brazo en cabestrillo; pero las dos estaban sonriendo, lo cual parecía indicar que al menos tenían las fuerzas suficientes para ello. Chur le dio un apretón a Geran utilizando sólo el brazo bueno y Pyanfar agarró a Hilfy por los hombros, clavando sus ojos en los de ella.

Hilfy tenía la nariz bastante pálida y el fruncimiento de sus labios delataba el dolor que sentía, pero sus ojos brillaban y no había agachado las orejas ni un solo segundo.

—Les cogimos —dijo Hilfy con voz ronca—. Logramos pillarles por detrás del muelle mientras que otro grupo cruzaba por el núcleo de la estación y les hacían salir de sus refugios. Luego creo que recibieron algún tipo de orden porque parecieron volverse locos intentando regresar a sus naves, Ése fue el problema principal. Una nave logró huir. Al resto las cogimos.

—¿Y Khym?

Hilfy se volvió con evidente dificultad y señaló a una figura empequeñecida por la distancia, al otro extremo del muelle.

—*Na* Khym logró acabar con el que me hirió, gracias a los dioses.

—Se le echó encima con las manos desnudas —dijo Chur—. Dijo que no lograría hacer blanco jamás con un arma. Cruzó el muelle como un rayo y cayó sobre esos kif y, dioses, eran cinco pero no consiguieron más que chamuscarle un poco. Creo que jamás habían visto a un hani de ese tamaño. Dioses, fue algo digno de presenciar. Salieron corriendo de su escondite, dando gritos, y fue fácil encargarse de ellos después.

Pyanfar miró hacia la figura lejana, sintiendo una mezcla de tristeza y orgullo al ver su rígida inmovilidad. Sentía orgullo por lo que había hecho (ah, Khym, que nunca había servido para combatir...) y tristeza al verla en ese estado y pensar en su futuro. Dioses, si al menos le hubieran matado; si le hubieran dado lo que su hijo no tuvo la piedad y el coraje necesarios para darle.

O quizá Kara se había dado cuenta de que no podía matarle, de que cuando Khym Mahn se encontraba con la espalda contra la pared se convertía en un Khym muy distinto.

—Voy a ver cómo está —dijo—. Tendremos que llevaros al hospital de la estación.

—Perdón, capitana, pero el hospital de la estación está abarrotado —dijo Hilfy—. Rhean se encuentra bastante mal y Ginas Llun tampoco se encuentra nada bien, así como muchas otras.

—Hilan Faha y su tripulación... —dijo Chur— ...han muerto, capitana. Todas.

Encabezaron el ataque al centro, insistieron en ello. Creo que sentían vergüenza, que les avergonzaba el tipo de amistades que habían hecho en los últimos tiempos.

—Entonces, que los dioses cuiden de ellas —dijo Pyanfar después de guardar silencio unos segundos.

—Las Tahar... —dijo Hilfy con amargura— ...bueno, lograron llegar a la *Luna Creciente* y se apresuraron a saltar. Salieron corriendo, eso es lo que dicen ahora en la estación... pero las Faha no quisieron ir con ellas.

—Ése será su final —dijo Pyanfar—. Cuando se enteren de esa historia en Enafy, ni Kahi Tahar ni sus partidarias podrán mostrar sus rostros en Chanur o en cualquier otro lugar.

—Hani —gritó una voz *mahe* y unos momentos después apareció Dientes-de-oro y su tripulación, una docena de mahendo'sat de oscuro pelaje con rifles, que pareció sumergirles como una marea por su número y elevada talla. Dientes-de-oro cogió a Pyanfar por el brazo y se lo apretó hasta que unas garras le recordaron de pronto las precauciones necesarias para tratar con una hani. El *mahe* sonrió y le dio una sonora palmada en el hombro—. Tenías ayuda primera clase, ¿no dije yo a ti?

Las hani del muelle se habían quedado algo boquiabiertas ante semejantes muestras de familiaridad, casi tanto como su tripulación. Pyanfar agachó las orejas, incómoda, y recordó algo avergonzada todo lo que le debían a Dientes-de-oro y su poco elegante tripulación, lo que tuvo la virtud de hacerle erguir las orejas de inmediato. Más aún, entrelazó su brazo con el del larguirucho *mahe*, decidiendo que todas las espectadoras del muelle merecían tener algo realmente digno de verse.

—Ayuda de primera clase, sí —le dijo.

—Tenemos trato —dijo Dientes-de-oro—. Tenemos amigo Jik necesitando reparaciones, igual que tú necesitar en Kirdu. Chanur arreglar, ¿a?

—Maldito seas tú y...

—Tenemos trato.

—Sí, tenemos trato —acabó admitiendo Pyanfar, debiendo soportar a causa de ello otro golpe en el hombro. Miró a Tully, pensando en la contabilidad de Chanur, en todas sus deudas y créditos, y se encontró con que Tully la estaba mirando con un fulgor de adoración en sus pálidas pupilas. Detrás de él se desplegó una rampa de acceso y por ella empezó a bajar la tripulación de la nave Extraña, todo un asombroso muestrario de criaturas como él que iban desde lo oscuro hasta lo pálido con bastantes tonalidades intermedias—. Tully... —le dijo Pyanfar, indicándole con los ojos que mirara, y Tully siguió la dirección de su mirada.

Pareció quedarse paralizado y luego echó a correr hacia ellos, vestido al estilo hani y, para un observador poco avezado, susceptible de ser tomado por un hani, para confundirse con sus camaradas, que iban afeitados y llevaban la melena muy recortada, cubiertos de pies a cabeza con extraños atuendos que se pegaban a su

cuerpo. Sus camaradas abrieron los brazos para recibirle y Tully intentó abrazarles a todos al mismo tiempo, mientras que ellos intentaban hablar al unísono en su extraño e ininteligible idioma, armando tal jaleo que el muelle se inundó de ecos.

Bien, se va, pensó Pyanfar con una extraña tristeza y, con una cierta ansiedad egoísta ante la idea de que un contacto tan valioso pudiera escapársele de las manos para acabar en otras, quizás en las de la casa Llun, que por todos los dioses, estaría muy ansiosa esperando echarle las garras encima, por no hablar de Kanamm, Sanuum y el resto de rivales del puerto. Pyanfar dejó ir el brazo de Dientes-de-oro y cruzó el muelle hacia el grupo, con su tripulación yendo detrás. Tully y sus congéneres habían recorrido ya un cierto trecho cuando él se dio cuenta de que Pyanfar venía detrás y, sin vacilar ni un segundo, regresó corriendo hasta ella y le apretó el brazo con una alegría casi febril.

—Amigo —dijo, utilizando su mejor pronunciación, y llevando casi a rastras la nada convencida mano de Pyanfar hasta la de un Extraño canoso cuyo rostro sin vello era casi tan arrugado como el de un kif y tenía el color leonado de un hani.

El capitán, pensó ella, guiándose por su aparente edad. Se dejó estrechar los dedos con las garras cuidadosamente ocultas, le hizo una reverencia y obtuvo a cambio una inclinación llena de cortesía. Tully habló a toda velocidad en su propia lengua y fue señalando con el dedo a todo el grupo de Pyanfar, pronunciando sus nombres en su lengua, indicando luego a los mahendo'sat sin tanta oratoria, como si se limitara ahora a designar su especie.

—Quiere hablar —logró decir luego Tully en hani—. Quiere entender ti.

Pyanfar agitó velozmente las orejas, viendo que después de todo quizá tuviera ocasión de lograr algún beneficio de todo esto. Logró adoptar su expresión más agradable con un tenaz esfuerzo de voluntad y les miró: dioses, había algunos realmente extraños.

Variaban mucho tanto en peso como en estatura y había dos tipos radicalmente distintos entre ellos. Eran hembras, comprendió de pronto sorprendida: si Tully era un macho, entonces ese tipo tan fuera de lo corriente debía ser el de la hembra.

—Nosotros hablamos —dijo, de pronto, Dientes-de-oro—. *Mahe* también trato.

—Amiga —le dijo Pyanfar al grupo de Extraños, en lo que resultaba su mejor imitación de su lenguaje. Tully se vio obligado a traducir lo que había dicho pero el esfuerzo obtuvo, pese a todo, cierto resultado simbólico—. Voy a vuestra nave —dijo, rebuscado en el aún limitado vocabulario hani de Tully—. Vuestra nave. Hablar.

—Yo voy también —dijo Dientes-de-oro con expresión tozuda, nada dispuesto a permitir que le dejaran fuera del asunto, Tully tradujo sus palabras.

—Sí —dijo luego Tully, traduciendo la respuesta con una ancha sonrisa—. Amigo. Todos amigos.

—Haciendo tratos igual que un *mahe*... —murmuró Pyanfar. Pero, después de

todo, el arreglo le convenía bastante. Empezó a imaginar planes en los que entraba alquilar las dos naves *mahe* con vistas a un viaje lleno de beneficios.

—Capitana.... —dijo Haral, tocándole levemente el brazo y señalándole un grupo de siluetas que se aproximaban por uno de los pasillos que daban al muelle.

Un grupo de Llun, encabezados por Kifas Llun en persona, dispuesto a enfrentarse a la nada acostumbrada visita recién llegada a la estación de Gaohn, seguido por unos cuantos empleados y altos cargos vestidos de negro.

Pyanfar estaba segura de que le pedirían la cinta del traductor.

—Amigas —dijo mirando a Tully con aire tranquilo y metiéndose las manos en el cinturón. Tully dejó de contemplar el grupo que se aproximaba con aire inquieto y se apresuró a transmitir la noticia a sus camaradas.

—Hilfy —dijo Pyanfar—, Chur no hace falta que aguantéis todo esto. Id a la nave. Geran, acompaña las y cuida de ellas.

—De acuerdo —dijo Geran en seguida—. Venid las dos.

Sin ningún intento de protesta, Chur y Hilfy se alejaron detrás de Geran quedándose sólo el tiempo necesario para que Tully les cogiera la mano brevemente, como si temiera algún acontecimiento futuro que le impediría volver a encontrarse con ellas.

Dioses, en ese instante no sentía el menor deseo de tratar con la casa Llun ni con nadie. Le dolían las rodillas y sentía pinchazos en todo el cuerpo por falta de sueño: estaba agotada. Tenía la impresión de haber encogido después de Kirdu, como si hubiera perdido años de vida en esos instantes, y tenía la impresión de que todos, Tully incluido, sentían lo mismo. Quería...

Quería tiempo para hablar con el resto de su casa, para saber si había alguien más herido, para llamar a Kohan.

Y tenía que pensar en cómo hablaría a Khym. Para hacer algo que pudiera aliviar un poco su miseria actual, pese a lo que pudieran pensar y decir los demás.

—Geran —le gritó al trío que ya estaba un poco alejado—, recoge también a Khym. Llévale a bordo y cuida de él. Dile que ha sido cosa mía. Un leve movimiento de orejas.

—Bien —dijo Geran, yendo hacia donde estaba Khym en tanto que Hilfy y Chur la esperaban inmóviles. Pyanfar se volvió hacia el grupo de Llun con su más deslumbrante sonrisa, sacó la cinta de su bolsillo y se la entregó a Kifas sin perder ni un segundo, sonriendo durante todo el tiempo.

—Registramos a estos amables Extraños como invitados en la estación de Gaohn —dijo Pyanfar—, bajo la protección y el patrocinio de la casa de Chanur.

—¿Aliados, *ker* Chanur? —Una sombra de sospecha cruzó por los rasgos de Kifas Llun—. Nada de lo que pueda decir la casa Tahar tiene ahora el menor peso entre nosotras pero... ¿les hiciste venir hasta aquí?

—No, por todos los dioses. Fueron los knnn. Supongo que debían de estar ya hartos de que los kif se metieran en su espacio propio y al encontrar a estos Extraños en las inmediaciones de su zona decidieron, siguiendo su peculiar modo de pensar, preocuparse de que encontraran algún ciudadano del Pacto con buena reputación y una biología similar. Para ello se apoderaron de su nave utilizando la sincronía y luego se llevaron del mismo modo al *hakkikt*, lo que espero les dé incontables alegrías y placeres. Como bien sabes, *ker* Llun, son comerciantes... a su modo. Apostaría a que nuestros amigos, aquí presentes, no saben todavía demasiado bien lo que les ha ocurrido, si están muy lejos de su hogar o cómo llegaron hasta aquí. Debieron tomar drogas para soportar los saltos que tardaron en transportarles y sólo los dioses saben cuántos fueron necesarios y cuál era su punto original de partida.

—Presentadnos —dijo Kifas Llun.

—Debo recordaros —dijo Pyanfar—, que tanto nosotras como ellos hemos pasado por bastantes penalidades y no estamos en condiciones de soportar ninguna ceremonia excesivamente prolongada. Son invitados y huéspedes de Chanur; los he puesto bajo mi protección y me siento responsable de que obtengan el reposo necesario pero... naturalmente, firmarán los papeles de registro adecuados.

—Primero, las presentaciones —dijo Kifas Llun con voz seca, siendo demasiado vieja y sabia para dejarse engañar por toda la palabrería de Pyanfar.

—Tully —dijo Pyanfar—, condenado seas, tienes *demasiados* amigos.

Las formalidades resultaron, tal y como había esperado, un calvario que puso a prueba la buena disposición de todas las partes implicadas, aunque la peor parte resultó ser la interminable visita a las oficinas de la estación. Por respeto a las pérdidas sufridas en la última contienda y en atención a que ciertos estados de ánimo rozaban peligrosamente lo hipersensible, así como al hecho de que por una vez entre mil bastantes miembros de la especie hani habían logrado cooperar sin tener en cuenta la casa o provincia a la que pertenecían y dicho espíritu de cooperación no se había desvanecido por completo, no hubo ningún incidente desagradable.

Luego llegó el momento de mostrar la gratitud debida a Dientes-de-oro y sus naves *mahe*, a las que se concedieron los privilegios de la estación y las reparaciones que necesitaban. La estación de Gaohn estaba más que dispuesta a compartir la factura con Chanur y no veía el momento de meter a la *Aja Jin* en los astilleros, para que durante las reparaciones fuera posible estudiarla y analizarla. Los mahendo'sat se encontraban evidentemente satisfechos con la situación y Pyanfar pensó que los bastardos peludos iban a reventar de felicidad, sintiendo cierta irritación (como buena hani) ante la desagradable evidencia de que los mahendo'sat iban siempre por delante de su especie y que su tecnología, que les había llevado hasta el espacio, seguía siendo la responsable en esos momentos de que aún tuvieran un lugar que ocupar en él. Al menos los mahendo'sat no parecían demasiado incómodos ante la idea de que

sus aliadas le echaran un buen vistazo a sus nuevas naves; pero, bueno, maldito fuera el Maestre y su peluche con él.

La estación sentía igualmente grandes deseos de echarle un vistazo a la nave de los Extraños y, sin duda, éstos sentían bastantes sospechas por ello y por todo lo demás pero la petición resultaba francamente justa en esos momentos y podían acceder a ella sin demasiados problemas. Pues, de momento y a efectos prácticos, se habían perdido.

—Encontramos hogar —dijo Tully—, no lejos de Punto de Encuentro. Ya sabes. Tus registros, los instrumentos de tu nave, nos ayudarán.

—No será difícil —le replicó Pyanfar—. Sólo necesitamos hacer pasar vuestros datos al traductor y luego acoplaremos nuestros mapas respectivos, ¿entiendes? En seguida descubriremos la respuesta.

—Mahendo'sat —dijo Dientes-de-oro—, tienen idea primera clase sobre dónde encontrar espacio de Tully. Mapas de primera clase.

Sí, pensó Pyanfar, realmente tenía demasiados amigos.

Tully partió finalmente para ocuparse de sus propios asuntos, no sin darle un buen apretón de brazos antes a Haral y Tirun, y uno más fuerte aún a la propia Pyanfar, tras estrechar enérgicamente la mano de Dientes-de-oro y de Kifas Llun, entre otras: Pyanfar pensó que ahora Tully debía ocupar una posición de importancia entre los suyos, dado que sabía muchas cosas que ellos ignoraban y poseía amistades poderosas y de gran utilidad.

Pyanfar pensó igualmente que se lo merecía, recordando aquel pobre ser envuelto en mantas que se había agazapado en un rincón de los lavabos.

Hizo una breve llamada a Kohan (sentía que la voz se le estaba poniendo ronca y le temblaban las rodillas) pero valió la pena: oír que las cosas se habían arreglado resultaba tranquilizador, así como enterarse de que Kohan había tomado por fin una comida decente y que en la mansión volvía a reinar un poco el orden.

Mientras su mundo había estado bajo la amenaza de los cañones kif, habían limpiado la casa y luego prepararon una buena comida y empezaron a encargarse de repoblar el jardín. Pyanfar sintió cómo se le abatían las orejas al pensar en lo poco real que resultaba el universo para todos los miembros de la raza hani que vivían en su planeta, incapaces ni tan siquiera de llegar a concebir lo que estuvo a punto de ocurrirles. Al oír hablar de los graves daños sufridos por la estación les parecía oír que en algún lugar remoto del globo había tenido lugar un terremoto: meneaban la cabeza en simpatía y lo lamentaban pero no tenían ninguna sensación personal de pérdida (sí, naturalmente, sentían cierta preocupación por su parentela), aunque luego, una vez en el planeta, hubiera muchos abrazos y expresiones de simpatía. Pero eran capaces de restaurar el orden de su mundo plantando nuevos esquejes en el jardín y preparando la comida de Kohan.

Ah, que los dioses cuidaran bien de ellos.

Usando sus últimas reservas de fuerza fue hasta el hospital para ver a las heridas de Chanur, porque ocupaba la primera posición en la casa y eso tenía bastante significado para ellas; porque debía ser cortés con Rhean, que estaba sentada junto a sus propias bajas; porque el recibir noticias del hogar sería un consuelo para ellas, ya que no pertenecían a las tripulaciones y no se habían olvidado del planeta y eran capaces de comprender lo necesario que era arreglar una vez más el jardín.

Luego se puso en contacto con la oficina central de la estación, asegurándose de que las Rau habían logrado encontrar un modo de volver a su nave: un pequeño carguero se había ofrecido a llevarlas hasta allí.

Y por último ella, con Haral y Tirun detrás, recorrió el largo camino que había hasta la *Orgullo*, sintiendo que con el sencillísimo acto de poner un pie a continuación del otro estaba llegando al límite de su resistencia. Cojeaba y se dio cuenta de que, sin saber cómo, había logrado partirse una garra. Pero deseaba con tal fervor un baño, la cama y el desayuno cuando despertara que no le importó demasiado.

Sin embargo, cuando estuvo a bordo de la *Orgullo* aún hizo una cosa más: pasó por la enfermería a ver qué tal estaban Hilfy y Chur, para encontrarlas cómodamente dormidas en sus catres, casi tocándose en el diminuto compartimiento, en tanto que Geran dormitaba sentada junto a la puerta.

Geran despertó al sentir la sombra de Pyanfar sobre su rostro y empezó a murmurar disculpas con los ojos hinchados por el sueño. Pyanfar le hizo un gesto de que no importaba y en ese mismo instante Tirun y Haral se asomaron al hueco de la puerta como dos fantasmas agotados.

—¿Y Khym? —dijo Pyanfar, notando de pronto su ausencia.

—Un catre en el lavabo —dijo Geran—. Capitana, yo... se negó a instalarse en el camarote de Hilfy, a pesar de que ella insistió mucho.

—Ya —Pyanfar se acercó a Chur y luego a Hilfy, notando que tenían los rasgos relajados y dormían con toda normalidad.

—¿Alguna orden? —preguntó Haral, aparentemente temiendo lo peor.

—Dormid —le dijo Pyanfar desde el umbral, disponiéndose a salir, y las dos hermanas se dispusieron a obedecerla con el rostro bastante alegre.

Pyanfar recorrió el pasillo que conducía hasta el lavabo y abrió la puerta.

Khym estaba envuelto en un gran montón de mantas y dormía profundamente. Uno de sus ojos estaba cubierto por un vendaje pero el otro se abrió, enfocándose sobre Pyanfar.

Khym se removió en el catre, medio incorporándose y Pyanfar vio que le habían curado las terribles heridas de sus pobres orejas, al igual que los profundos arañazos de sus brazos y espalda. Había zonas donde le faltaba el vello y tanto su barba como

su melena parecían haber sufrido el asalto de un vendaval, revelando los sitios donde habían tenido que afeitarle para curar los arañosos.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó.

—*Ker Geran* me ha metido tal cantidad de antibióticos dentro que ahora debo ser inmortal.

Su eterno humor, aunque sonaba algo apagado. Pyanfar se dejó caer en un extremo del catre y trató de poner buena cara, al igual que lo hacía Khym, por muy fea que fuera la situación. Alargó la mano y le golpeó levemente la rodilla.

—He oído decir que dejaste sin aliento a todos esos kif.

Khym se encogió de hombros, agitando las orejas como para no darle importancia a todo eso.

—Ya has visto una estación —le dijo Pyanfar—. ¿Qué te parece?

Sus orejas se enderezaron de golpe.

—Que valía la pena verla. —

—Cuando hayamos recuperado un poco el sueño pendiente te enseñaré la nave.

—Ya sabes que no puedo permanecer aquí. Tendrás que encontrar un pasaje para mí en el trasbordador de mañana.

—¿Por qué no puedes quedarte?

Khym lanzó una risita algo sorprendida.

—Porque tanto la casa *Llun* como las demás dirán que no puedo, ésa es la razón. No hay muchos señores tan tolerantes como *na Kohan*...

—Así que la estación es su territorio, bien... Pensé que quizá pudieras llegar a considerar la conveniencia de permanecer un tiempo en el mío. En la *Orgullo*.

—Dioses, entonces...

—...entonces, ¿qué harían? ¿Hablar por los codos? Por los dioses, Khym, si puedo transportar a un Extraño del sexo masculino desde un extremo del Pacto hasta el otro y sobrevivo a ello, estoy condenadamente segura de que sabré salir con bien de sus comadreos. En estos momentos una Chanur puede permitirse el lujo de hacer lo que le venga en gana. Ese Extraño es un premio de primera categoría y nos ha proporcionado unos contactos que costará años el explorar a fondo. Puedo entendérmelas bien con Tully, así como con los mahendo'sat y haré un trato sin precedentes, Khym. ¿Quién va a enterarse de tu presencia a bordo y quién va a escandalizarse por ello una vez que no estemos en el territorio de siempre? ¿Crees que a los mahendo'sat les importan algo las costumbres hani?

No, en lo más mínimo.

—*Na Kohan*...

—¿Es asunto suyo? Tú eres cosa mía, como siempre lo fuiste; te dejó quedarte en las tierras de Chanur, ¿no? Si llegó a consentir eso, entonces aún le preocupará menos el que te encuentres unos cuantos años luz más lejos a bordo de una nave Chanur. Y

en este mismo instante, lo que deseo es... Bueno, Kohan va a tener mucha paciencia con mis deseos.

Khym estaba escuchando atentamente, con las orejas tan erguidas que realmente le faltaba muy poco para estremecerse.

—Eso es lo que tú piensas, ¿no?

—¿Qué pueden ofrecerte en nuestro mundo? ¿Santuario? ¡Bah! ¿Piensas acaso que te volverías loco a bordo de una nave? ¿Te comportarías de un modo poco estable? ¿Causarías problemas con la tripulación?

—No —acabó diciendo él unos segundos después. Y luego añadió—: Oh, maldita sea, Pyanfar, no puedes hacer algo semejante.

—¿Tienes miedo, Khym?

Sus orejas se abatieron de golpe.

—No. Pero debo pensar en ti. Sé muy bien lo que intentas hacer pero no puedes luchar contra algo tan establecido. Es el tiempo, Pyanfar, nos hacemos viejos. Los jóvenes deben tener su momento y contra el tiempo no se puede luchar.

—Hemos nacido y vivido luchando con él.

Khym se quedó callado durante un tiempo y sus orejas se fueron enderezando muy lentamente.

—Un viaje, si la tripulación no tiene nada que objetar. Quizás uno...

—Tendremos que esperar un poco en el muelle mientras nos arreglan la propulsión.

Habrá que solventar un montón de pequeños problemas y luego saldremos de nuevo. Esta vez el viaje será muy largo.

Khym la contempló con el ceño fruncido.

—Ahí fuera todo es distinto —le dijo Pyanfar—. Las costumbres no se parecen en nada a las nuestras, nada es como una sola especie cree que es. Lo bueno y lo malo nunca son iguales, y tampoco lo son las formas de comportarse. Debo decirte algo —Pyanfar sacó una garra y le tocó levemente el pecho—. En nuestro mundo lo único que desean es que nada ponga en peligro sus preciosas casas y sus costumbres. Y nada más. No se preocupan demasiado de lo que hagamos mientras las mercancías sigan llegando bien y no suban de precio hasta las nubes; y mientras no pongamos demasiado públicamente en ridículo a nuestra casa, tanto da lo que hagamos. Kara sufrirá un poco, claro, pero no se va a morir por ello. Cuando la *Orgullo* esté a unos cuantos años luz de distancia, quizás acabemos imponiendo una nueva moda. Quién sabe...

—Soñadora —dijo Khym,

Pyanfar se puso en pie, agitó levemente las orejas y esperó el tiempo necesario para que Khym volviera a dormirse. Luego salió de la habitación con paso vacilante y suponiendo que aún le quedaba la resistencia necesaria para llegar hasta su camarote

primero y luego hasta el baño y la cama, estrictamente en ese orden.

Tully pasó una temporada muy agitada ocupándose de sus camaradas y visitando con bastante frecuencia la *Orgullo*. Para sorpresa de Pyanfar, no llegó a cortarse la melena y no se quitó la barba, sin adoptar tampoco el estilo indumentario de su raza: llevaba zapatos, sí, pero ahí terminaba todo.

Pyanfar pensó que lo hacía para mantener las apariencias y en recuerdo respetuoso de los consejos que ella le había dado en su momento, así como para mantener la buena opinión de la Llun (y la de Chanur también, ya que hicieron una breve visita al planeta para permitir que Kohan pasara algún tiempo con su hija favorita y pudiera echarle un rápido vistazo a los invitados que se encontraban bajo su protección). Tully se encontraba radiante: sonreía, llegando a la carcajada de vez en cuando, y se movía con una zancada briosa que en él resultaba francamente extraña. Acompañó a un solemne trío de camaradas suyos a bordo de la *Orgullo* para que tomaran notas y a la reunión asistió Dientes-de-oro, trayendo sus propios registros de viaje, formulándose durante ella una buena cantidad de preguntas e intercambiando los datos necesarios para permitirles elaborar algunas referencias comunes de navegación.

Sus congéneres entraron en la *Orgullo* frunciendo el ceño con cierta sospecha en el rostro, pero no tardaron en dejar de hacerlo cuando se enteraron exactamente de donde se hallaba su mundo natal: a medio camino entre el espacio knnn y el de los kif.

—Tenemos centro —dijo Tully con entusiasmo, clavando el dedo sobre el mapa que mostraba el territorio hani y el de los mahendo'sat, abarcando luego con una mano el extremo de la zona hani-mahendo'sat y con otra el domino de su propia especie, dejando de tal modo a los kif limpiamente pillados entre sus dos manos. Y después, con gran lentitud, movió sus dos manos hasta unir las—. Así, cogidos.

Vaya, vaya, vaya, pensó Pyanfar, en tanto que sus labios formaban involuntariamente una mueca más bien feroz y su nariz se arrugaba de placer.

Un tiempo después Tully volvió con los suyos y la escotilla se cerró por última vez, a lo cual siguió el despegue de la nave Extraña y su salida de Gaohn. La nave se llamaba *Ulises*, lo que según Tully quería decir *Viajes-Lejanos*. Su tripulación era de unos cincuenta y Pyanfar no llegó nunca a tener claro si había relaciones de parentesco entre ellos o no.

Una vez que la *Ulises* hubo despegado, Pyanfar volvió a través del muelle dirigiéndose hacia la *Orgullo* para seguir su mismo curso: esta vez la carga no sería demasiado grande, sólo algunos artículos que resultaban interesantes para la especie de Tully. Quizás al final del viaje tuviera ocasión de verle nuevamente pero, claro, las cosas serían muy distintas. Tully se encontraba ahora entre los suyos y tenía todo el derecho del mundo a sentirse feliz por ello: desde luego, no sería Pyanfar quien

pensara reprochárselo.

Tenía bastantes planes para utilizar la amistad de Tully, al igual que la del capitán de esa *Viajes-Lejanos*. Naturalmente, también Dientes-de-oro tenía planes similares y su esbelta nave, ya reparada, iba a acompañarles en su viaje, en tanto que Jik volvía (indudablemente, para informar de todo lo ocurrido al Stasteburana) y los mahendo'sat se devanaban los sesos intentando imaginar un buen modo de robarle a una hani tan honesta como Pyanfar los acuerdos que había logrado hacer en exclusiva.

Pero en ese encuentro, al menos, los dos bandos estarían igualados.



CAROLINE JANICE CHERRY, nacida en 1942, ha hecho famoso su pseudónimo C. J. Cherryh desde que apareció su primera novela GATE OF IVREL (1976), que le mereció el premio John W. Campbell de 1977 al autor más prometedor. El éxito de sus primeras obras le llevó a abandonar su trabajo como profesora de latín y dedicarse completamente a la escritura.

Se trata de una autora muy prolífica (dos o tres buenas novelas al año), que posee una extraña habilidad para zambullir al lector en el corazón de culturas extrañas y ajenas y, por ello, ha sido comparada a Ursula K. Le Guin. Capaz de utilizar un ágil ritmo narrativo, ha recreado la clásica space opera a la que ha incorporado un tratamiento maduro y completo de los personajes, a menudo femeninos y de culturas no humanas. La primera y prometedor novela se extendió hasta una trilogía conocida como THE BOOK OF MORGAINÉ formada por GATE OF IVREL (1976), WELL OF SHIUAN (1978) y PIRES OF AZEROTH (1979), para llegar a convertirse en tetralogía con EXILE'S GATE (1988). Otra de sus series famosas es THE FADED SUN compuesta por THE FADED SUN: KESRIT (1978), THE FADED SUN: SHON-JIR (1978), y THE FADED SUN: KUTATH (1979).

Obtuvo el Hugo de 1982 por su novela LA ESTACIÓN DOWNBELOW (1981), en cuyo universo se ambientan también MERCHANTER'S LUCK (1982) y FORTY THOUSAND IN GE HENNA (1983). Otra serie es la formada por PORT ETERNITY (1982) y VOYAGER IN NIGHT (1984).

Estuvo a punto de ser la primera persona que obtuviera el Hugo dos años consecutivos con EL ORGULLO DE CHANUR (1982), cuyo gran éxito de ventas

llevó a la aparición de la tetralogía de la Saga de Chanur formada además por CHANUR'S VENTURE (1984), THE KIF STRIKE BACK (1985) y CHANUR'S HOMECOMING (1986).

También destaca en el campo de la fantasía con la serie formada por THE DREAMSTONE (1983) y THE TREE OF SWORDS AND JEWELS (1983) y otras obras como ÁNGEL WITH THE SWORD (1985) y SERPENT-S REACH (1980).

Más estrictamente de ciencia ficción son BROTHERS OF HARTH (1976) y HUNTER OF WORLDS (1977) y, más recientemente, CUCKOO'S EGG (1985) y LEGIONS OF HELL (1987).

Son ya veintitrés los títulos citados que no agotan todavía la ingente producción de Cherryh en estos últimos diez años. Hay que añadir HESTIA, THE GREEN GOODS (escrita en colaboración con N. C. Henneberg), SUNFALL, y WAVE WITHOUT A SHORE.

Y todo ello sin contar sus relatos cortos, algunos de los cuales están recogidos en la antología Visible Light (1986) que incluye, entre otros, el relato Cassandra, que obtuvo el premio Hugo de 1979.

Y esta fecundidad no parece estar reñida con la calidad. Su obra, apreciada por el público, es también muy reconocida por críticos y estudiosos, principalmente por su gran imaginación, la cuidada y minuciosa descripción de culturas extraterrestres y su tratamiento del rol de los sexos en otras culturas.